SILA

EL ORIGEN DEL DICTADOR



ÁLVARO PAVÓN

ÁLVARO PAVÓN

SILA, EL ORIGEN DEL DICTADOR

PLAZA JANÉS

A papá y mamá,
los autores de mis días

Nada es malo al principio.

J. R. R. TOLKIEN,
La Comunidad del Anillo, II, 2.

Los malos no todos nacieron malignos del vientre materno.

TEOGNIS DE MÉGARA

Dramatis personae

Personajes principales

Sila (Lucio Cornelio Sila).
Mario (Cayo Mario).
Escauro (Marco Emilio Escauro).

Familiares de Sila

Afranio (Lucio Afranio), su amante.
Cornelia, su hermana melliza.
Cornelio Sila, su padre.
Su madrastra.
Nicópolis, su otra amante.
Nonio (Sexto Nonio Sufenas), su cuñado.
Publio, su medio hermano.

Familiares de Mario

Fulcinia, su madre.
Lusia, su esposa.
Cayo Lusio, su sobrino.
Marco (Marco Mario), su hermano.
Rutilio (Publio Rutilio Rufo), su vecino.

Metelos

Metelo el Macedónico (Quinto Cecilio Metelo el Macedónico), excónsul, excensor, augur, primer hombre de Roma.

Metelo el Baleárico (Quinto Cecilio Metelo el Baleárico), su primogénito.

Metelo Diademato (Lucio Cecilio Metelo Diademato), su segundo hijo.

Marco Metelo (Marco Cecilio Metelo), su tercer hijo.

Cayo Metelo (Cayo Cecilio Metelo Caprario), su cuarto hijo.

Lucio Metelo (Lucio Cecilio Metelo, posteriormente el Dalmático), su sobrino mayor.

Quinto Metelo (Quinto Cecilio Metelo), su sobrino menor y benjamín de la familia.

Julios Césares

César (Cayo Julio César), *pater familias*, senador.

Lucio César, su sobrino mayor.

César Estrabón, su sobrino menor.

Julila, su sobrina.

Julia, su hija.

Marcia, su esposa.

Quinto Marcio Rex, su cuñado.

Fabios y Servilios

Fabio (Quinto Fabio Máximo, posteriormente el Alobrógico), cónsul del 121 a. C.

Fabio hijo, tribuno militar.

Eburno (Quinto Fabio Máximo Eburno), primo del cónsul del 121 a. C.

Cepión (Cneo Servilio Cepión), excónsul, excensor, tío de Eburno.

Quinto Servilio, sobrino del anterior.

Otros senadores conservadores

Opimio (Lucio Opimio), cónsul del 121 a. C.
Léntulo (Publio Cornelio Léntulo), *princeps Senatus.*
Bruto el Galaico (Décimo Junio Bruto el Galaico), augur.
Carbón (Cayo Papirio Carbón).
Domicio (Cneo Domicio Enobarbo), procónsul.
Cota (Lucio Aurelio Cota).
Pisón (Lucio Calpurnio Pisón el Frugal), censor.
Pisón hijo.
Marco Octavio, tribuno de la plebe.
Bestia (Lucio Calpurnio Bestia).
Escipión Nasica (Publio Cornelio Escipión Nasica).
Postumio (Espurio Postumio Albino).

Senadores populares

Cayo Graco (Cayo Sempronio Graco).
Marco Fulvio, excónsul.
Subulón (Publio Decio Subulón), tribuno de la plebe.
Escévola el Augur (Quinto Mucio Escévola el Augur), pariente de Graco.
Publio Escévola (Publio Mucio Escévola), *pontifex maximus*, primo del anterior.
Memio (Cayo Memio), tribuno de la plebe.

Senadores sin afiliación

Druso (Marco Livio Druso).

Geta (Cayo Licinio Geta).
Pompeyo (Sexto Pompeyo).
Cátulo (Quinto Lutacio Cátulo).
Sabacón (Cayo Casio Sabacón).
Casio (Lucio Casio Longino Rávila).
Aquilio (Manio Aquilio Floro).

Otros ciudadanos romanos

Quinto Antilio, lictor del cónsul Opimio.
Aulo Afranio, hermano de Afranio.
Publio Letorio, amigo de Graco.
Septimuleyo (Lucio Septimuleyo de Anagnia), asesino de Graco.
Flaco (Lucio Valerio Flaco), joven oficial de caballería.
Cayo Trebonio, legionario veterano arruinado.
Trebonio hijo.
Quinto Cecilio, portavoz de los publicanos.
Roscio (Quinto Roscio de Lanuvio), actor.
Marco Antonio, fiscal.
Cayo Herenio, comerciante de *silphium.*
Lucio Licinio Craso, abogado.
Cicerón (Marco Tulio Cicerón), équite confidente de Escauro.

Itálicos y griegos

Barro (Tito Betucio Barro), piceno amigo de Afranio.
Saunión, jefe de actores.
Maras Espurnio, rico ciudadano de Pompeya.
Minia Castricia, esposa de Espurnio.
Hermias Macrón, traficante de esclavos.

Otras mujeres, libertos y esclavos

Atreo y Tiestes, hermanos esclavos de Cornelio Sila.
Emilia, enigmática amiga de Tito Betucio Barro.
Escirto, esclavo de Nicópolis.
Epicado, esclavo de Sila.
Tárula, esclavo de Sila.
Metrobio, esclavo de Maras Espurnio.
Marco Estlaccio Pandoro, liberto.

Galos

Congonnetiaco, hijo del rey de los galos enemigos de Roma, Bituito.
Cratón, jefe de los galos saluvios, aliados de Roma.

Númidas

Jugurta, rey de Numidia.
Hiémpsal, rey de Numidia, primo del anterior.
Adérbal, rey de Numidia, hermano del anterior y primo de Jugurta.
Bomílcar, general númida.
Aspar, emisario númida.
Masiva, pretendiente al trono de Numidia.

Glosario

***ab urbe condita*:** «desde la fundación de la ciudad». Fórmula utilizada para datar años, relativa a la fundación de Roma en el 753 a. C.

***aes equestre*:** dinero que el Estado romano proporcionaba a los *equites equo publico* para que comprasen el caballo con el que servir en el ejército.

***ager Falernus*:** territorio al pie del monte Falerno, hoy monte Massico, donde romanos y cartagineses libraron batalla en el 217 a. C.

***ager Praetutianus*:** antiguo territorio de los *praetutti*, una tribu en la región del Piceno, apropiado por el Estado romano.

***ager Veientinus*:** antiguo territorio de la ciudad etrusca de Veyes, apropiado por el Estado romano tras la conquista y destrucción de esa urbe en el 396 a. C. La *gens* Fabia poseía tierras aquí.

***agnomen*:** el cuarto nombre o sobrenombre añadido al *tria nomina* (*praenomen*, *nomen*, *cognomen*) de un varón romano, a menudo por una hazaña destacada (por ejemplo, Quinto Cecilio Metelo el Macedónico, Quinto Fabio Máximo el Alobrógico).

***ambitus*:** en la antigua Roma, delito de soborno electoral o cohecho.

***apodyterium*:** del verbo griego ἀποδύω («desvestirse»). Vestuario de las termas romanas.

***arbiter bibendi*:** «árbitro de la bebida». Persona elegida en los banquetes para determinar la mezcla de vino y agua (cuanta menos agua, más potente la bebida).

***arca ferrata*:** literalmente «cofre de hierro». Caja fuerte o cofre reforzado, a menudo encastrado, para guardar dinero y objetos de valor en una casa romana.

***Argileto*:** avenida de Roma que conectaba la Subura y el Foro.

***armatura*:** simulacro de combate mediante el que el recluta romano aprendía el uso de las armas.

***arúspice*:** sacerdote de origen etrusco que practicaba la adivinación examinando las entrañas de los animales sacrificados o los fenómenos meteorológicos, y que vino a complementar el papel de los augures.

***as*:** moneda de cobre o bronce de menor valor y unidad base del sistema que se empleaba para pequeñas transacciones. En época de Mario y Sila cuatro ases equivalían a un sestercio, y dieciséis ases, a un denario.

***asamblea de las centurias*:** asamblea popular romana organizada por centurias (unidades de votación con base en la riqueza de los ciudadanos) y responsable de elegir pretores, cónsules y censores. También servía como asamblea judicial.

***asamblea de las tribus*:** asamblea popular romana, organizada por tribus (unidades de votación con base geográfica). Elegía a los cuestores y ediles curules y, excluidos los patricios, también a los tribunos de la plebe y ediles plebeyos.

***atriense*:** esclavo mayordomo responsable de custodiar el atrio de una *domus* romana.

***augur*:** sacerdote romano que interpretaba la voluntad de los dioses observando el vuelo y comportamiento de las aves. En época de Mario y Sila eran nueve.

***bis de eadem re ne sit actio*:** «No debe repetirse la acción relativa a un mismo hecho». O lo que es lo mismo, no se puede juzgar a una persona dos veces por el mismo hecho.

***braccae*:** pantalones largos que vestían los pueblos bárbaros, como los galos y los germanos.

***caldarium*:** en las termas romanas, sala de agua caliente y vapor.

***Caballo de Octubre*:** sacrificio ritual de un caballo celebrado todos los 15 de octubre en el Campo de Marte, asociado a la agricultura y la guerra.

***Campo de Marte*:** una llanura en Roma, fuera de la muralla serviana, empleada para ejercicios militares y reuniones de las asambleas populares.

***cardo maximus*:** eje vial principal de orientación norte-sur en una ciudad o campamento romano.

***cartibulum*:** mesa rectangular de mármol o piedra, a menudo con patas ornamentales, que los romanos de alto estatus colocaban en el atrio para exhibir objetos de lujo.

***censor*:** magistrado romano de inmenso prestigio que llevaba a cabo las actividades del censo y velaba por la moral pública. Dos censores eran elegidos de entre los excónsules cada cinco años aproximadamente, aunque sus funciones no se extendían más allá de los dieciocho meses.

***centuria praerogativa*:** la centuria elegida por sorteo para votar en primer lugar en la asamblea de las centurias. Su voto a menudo influía en el de las demás.

***clarissime vir*:** «hombre preclaro». Título honorífico para senadores de alto rango.

***ciato*:** cucharón pequeño o copa para tomar vino de una crátera.

***clivus Palatinus*:** pendiente que subía al monte Palatino en su cara norte.

***clivus Suburanus*:** pendiente que descendía a la Subura desde el monte Esquilino.

***clivus Victoriae*:** pendiente que subía al monte Palatino en su cara oriental.

cognomen*:** tercer nombre o apodo de un varón romano después del ***praenomen y el *nomen*, que a menudo distinguía ramas distintas de una misma *gens* (por ejemplo, Lucio Cornelio Sila, Publio Cornelio Escipión, Publio Cornelio Léntulo).

***cohors amicorum*:** «cohorte de amigos». La escolta de allegados y personas de confianza de un general romano.

***concilio de la plebe*:** asamblea popular romana que elegía a los tribunos de la plebe y a los ediles plebeyos, y votaba plebiscitos. Probablemente no se distinguía en nada de la asamblea de las tribus, más que en el hecho de excluir a los patricios.

***confarreatio*:** la forma más antigua y solemne de matrimonio romano, reservada a los patricios y requerida para ostentar ciertos sacerdocios.

***cónsul*:** el magistrado de más alto rango en la República romana, con *imperium*. Eran dos, elegidos todos los años.

***consulari potestate*:** «con poder consular». Dicho de los tribunos militares que en los primeros siglos de la República se elegían a veces en sustitución de los cónsules. Con anterioridad al 367 a. C., solo los patricios podían ser cónsules y los plebeyos únicamente podían aspirar a ser tribunos militares con poder consular.

***cornicularius*:** suboficial del ejército romano que servía como asistente de un tribuno, legado o centurión de alto rango. Gestionaba la administración, la contabilidad y el archivo de documentos. Su nombre proviene de la palabra *corniculum* («cuernecillo»), ya que llevaban como insignia dos pequeños penachos de metal en forma de cuernos sobre su casco. Recibían

el doble de paga que un legionario raso.

***crátera*:** vaso grande de boca ancha utilizado para mezclar vino y agua en los banquetes.

***cuestor*:** magistrado romano menor responsable de la tesorería y las finanzas públicas, así como del avituallamiento de las legiones. Primer escalón del *cursus honorum.* En época de Mario y Sila eran diecinueve.

***Cui prodest?*:** «¿A quién beneficia?». Según Cicerón, Lucio Casio Longino Rávila, censor del 125 a. C. y personaje de esta novela, fue quien introdujo esta locución en el ámbito judicial.

***cunnus*:** «coño». A menudo empleado como insulto.

***curatores tribuum*:** funcionarios responsables de los asuntos administrativos de las tribus romanas.

***cursus honorum*:** la secuencia de cargos públicos, que comenzaba por la cuestura y terminaba por el consulado, a los que aspiraba el político romano.

***deditio*:** la rendición total e incondicional de un pueblo al poder de Roma.

***dediticius*:** enemigo que se había rendido totalmente a Roma.

***denario*:** moneda de plata que en época de Mario y Sila equivalía a dieciséis ases o cuatro sestercios.

***diribitores*:** funcionarios que distribuían y recogían las tablillas de voto en las asambleas populares.

***divisores*:** agentes que el político culpable de *ambitus* empleaba para distribuir sobornos a los votantes. Trabajaban de la mano con los *interpretes* (quienes hacían de intermediarios) y los *sequestres* (quienes custodiaban el dinero).

***dominus*:** el dueño de un esclavo era el *dominus*. Los esclavos se dirigían a él por el vocativo: *domine*.

***domus*:** la casa romana típicamente aristocrática.

***Domus Publica*:** residencia oficial del *pontifex maximus*, sita en un extremo del Foro, junto a la Regia y el atrio de Vesta.

***edil*:** magistrado romano superior al cuestor e inferior al pretor, responsable del mantenimiento de edificios públicos, carreteras y mercados, así como de la organización de los juegos. Eran cuatro: dos ediles plebeyos y dos ediles curules. Los primeros siempre se escogían de entre la plebe, los segundos, de entre la plebe y los patricios, pero en años alternos.

***Equirria*:** carreras de caballos celebradas en honor a Marte, el 27 de febrero y el 14 de marzo.

***équite, équites*:** singular y plural. Ciudadanos que formaban originalmente la caballería del ejército romano y que llegaron a constituir una clase social acaudalada por debajo de la senatorial. *Stricto sensu*, équites eran solo los llamados *equites equo publico*, es decir, aquellos aristócratas a los que el Estado romano abonaba el *aes equestre* para la compra del caballo estatal. Sin embargo, cuando otros ciudadanos se prestaron a servir como caballería aportando su propia montura, se empezó a hablar de estos como *equites equo suo*. Todos los senadores fueron *equites equo publico* hasta la década del 120 a. C., cuando se les obligó a renunciar al caballo estatal y a los subsidios aparejados. Asimismo, con la aprobación de la *lex Sempronia iudiciaria*, que entregó los tribunales de justicia a los *equites equo publico* o a aquellos que tuvieran una riqueza equivalente (o sea, los *equites equo suo*), los équites cobraron conciencia como clase separada de los senadores, con sus propios intereses. Además, como los senadores tenían prohibida la actividad comercial, fueron los équites quienes se convirtieron en la clase mercantil por antonomasia de sociedad romana.

***ex iure Quiritium*:** «por derecho de los ciudadanos». Fórmula

empleada, por ejemplo, por el funcionario para declarar libre a un esclavo en presencia de su amo durante el rito de la manumisión.

***fabulae palliatae*:** uno de los dos géneros principales de la comedia teatral romana durante la República. La *palliata* (*pallium*, manto griego) usaba tramas y personajes de origen griego (p. ej.: Plauto y Terencio).

***fabulae togatae*:** uno de los dos géneros principales de la comedia teatral romana durante la República. La *togata* (toga, vestimenta romana) presentaba temas y costumbres de la sociedad e Italia romana.

***Favete linguis*:** literalmente, «hagan el favor con sus lenguas». Fórmula con la que se pedía silencio a los presentes durante los juicios y algunas ceremonias religiosas.

fellatio: felación, estimulación del pene con la boca.

***flamen, flamines*:** singular y plural. Sacerdotes dedicados al culto de ciertos dioses. Los más importantes eran los flamines de Júpiter, Marte y Quirino.

***Forum Boarium*:** el mercado de ganado de Roma, situado junto al Tíber.

***Forum Holitorium*:** el mercado de vegetales, cercano al anterior.

***garum*:** una salsa de pescado fermentado que se empleaba para condimentar los alimentos y que era muy apreciada en la cocina romana.

***gens, gentes*:** singular y plural. El clan o familia primitiva romana, cuyos miembros compartían todos un *nomen*. Así, Lucio Cornelio Sila, Publio Cornelio Escipión y Publio Cornelio Léntulo pertenecen todos a la *gens* Cornelia.

***grammaticus*:** el maestro de enseñanza secundaria que enseñaba literatura griega y latina, especialmente a poetas como Homero, y ayudaba a desarrollar la maestría en el lenguaje.

***Haec pars maior videtur*:** «Esta parte parece ser la más numerosa». Fórmula empleada por el magistrado que presidía una sesión del Senado para indicar la mayoría en una votación.

***haruspex maximus*:** «arúspice máximo». Jefe de los arúspices.

***hastati*:** miembros de la primera línea de infantería pesada de la legión republicana, compuesta por hombres más jóvenes.

***homo novus, homines novi*:** singular y plural. Literalmente «hombre nuevo», dicho (a menudo despectivamente) del político plebeyo que no tenía antepasados ilustres.

***Hunc hominem liberum volo*:** «Quiero que este hombre sea libre». Fórmula empleada por el amo de un esclavo durante el rito de la manumisión.

***Iacite pila*:** «Arrojad las *pila*» (*pila* era una jabalina pesada). Orden de combate a las legiones para lanzar sus jabalinas antes del combate cuerpo a cuerpo.

***ima cavea*:** parte inferior del graderío de un teatro reservada para personas importantes.

***imperium*:** el poder para mandar, especialmente el militar, que poseían los magistrados superiores (cónsules y pretores) y que podía prorrogarse.

***in flagrante delicto*:** «En flagrante delito». Sorprendido en el acto de delinquir.

***insula*:** edificio de apartamentos de varios pisos, de carácter típicamente popular. En la planta baja por lo general había comercios (*tabernae*) y las primeras plantas, con acceso a mejores servicios y a una huida rápida en caso de incendio, estaban reservadas para los inquilinos más ricos. En las plantas superiores se hacinaban los más pobres.

***interpretes*:** agentes que actuaban como intermediarios entre el político culpable de *ambitus* y el electorado, ayudando a coordinar

los sobornos. Trabajaban de la mano con los *divisores* (quienes repartían el dinero) y los *sequestres* (quienes lo custodiaban).

***Io, Saturnalia*:** exclamación de alegría empleada durante las fiestas Saturnales.

***iugerum, iugera*:** singular y plural. Unidad romana básica de medida de superficie agraria. Representaba la cantidad de tierra que un par de bueyes podía arar en un día. Equivalía aproximadamente a 0,25 hectáreas.

***ius gentium*:** «derecho de gentes». El cuerpo de leyes que se aplicaban tanto a los ciudadanos romanos como a los extranjeros (*peregrini*) y que da lugar al derecho internacional.

***karkinos*:** nombre con el que los médicos griegos conocían al cáncer, por la forma de cangrejo de algunos tumores visibles.

***larario*:** altar en la casa romana dedicado a los lares, los dioses protectores del hogar.

***Lautumias*:** antigua cantera de piedra en el Capitolio empleada como prisión.

***legado*:** oficial de alto rango nombrado por el Senado que servía como subordinado de un magistrado con *imperium* (cónsules, pretores, gobernadores) o como embajador.

***lex curiata*:** un tipo arcaico de ley romana. Una *lex curiata de imperio* se aprobaba de manera protocolaria para confirmar formalmente el *imperium* de los magistrados.

***lex de consule altero ex plebe*:** ley aprobada en el 367 a. C. que obligaba a que al menos uno de los dos cónsules fuese plebeyo.

***lex Fabia de plagiariis*:** ley aprobada en el 183 a. C. (durante el consulado de Quinto Fabio Labeón y Marco Claudio Marcelo) que castigaba el robo o secuestro de personas libres y su venta como esclavos.

***lex Maria de pontibus*:** ley impulsada por Cayo Mario en el 119 a.

C. para estrechar las pasarelas de votación (*pontes*) e impedir que se apostasen en ellas personas que pretendieran intimidar a los electores.

***lex Octavia frumentaria*:** ley impulsada por Marco Octavio en el 119 a. C. para reducir el número de beneficiarios de la *lex Sempronia frumentaria* de Cayo Graco.

***lex Sempronia de capite civis*:** ley impulsada por Cayo Sempronio Graco para reforzar el derecho de apelación y garantizar que ningún ciudadano romano fuese condenado a muerte sin un juicio ante el pueblo.

***lex Sempronia frumentaria*:** ley impulsada por Cayo Graco que obligaba al Estado romano a adquirir grano para vender posteriormente a precios subsidiados a cierto número de beneficiarios. La nobleza siempre consideró el coste de esta medida prohibitivo y trató de modularla o abolirla varias veces, como mediante la *lex Octavia frumentaria*.

***lex Sempronia iudiciaria*:** ley de Cayo Graco que modificó la composición de los jurados, antes formados por senadores, y que pasaron a control de los équites.

***lex Valeria de provocatione*:** ley impulsada por el cónsul Publio Valerio Publícola en el 509 a. C. para garantizar a todo ciudadano el derecho de apelación (*provocatio*) contra la sentencia de un magistrado, de manera que ningún ciudadano pudiera ser condenado a muerte sin un juicio ante el pueblo.

***lex Villia annalis*:** ley del 180 a. C. que reguló la edad mínima para cada magistratura del *cursus honorum* y estableció un intervalo de dos años entre magistraturas.

***Liberalia*:** festividad en honor de Liber Pater (una advocación de Baco, dios del vino y la fertilidad), celebrada el 17 de marzo, cuando los varones de quince o dieciséis años asumían la *toga*

virilis y se consideraba que habían cumplido la mayoría de edad.

***Libros Sibilinos*:** una colección de oráculos en griego, consultada por el Senado romano en momentos de crisis.

***lictor*:** funcionario que precedía y escoltaba a los magistrados con *imperium*. Portaba los faces (manojos de varas) y, fuera de la ciudad, también las segures (hachas).

***litterator*:** maestro de enseñanza elemental en Roma que enseñaba lectura, escritura y aritmética.

***lituus*:** bastón curvo o varita utilizados por los augures para tomar los auspicios.

***ludi sollemnes*:** juegos públicos celebrados regularmente a expensas del Estado romano en honor de un dios.

***Lupercales*:** fiesta de fertilidad y purificación celebrada a mediados de febrero, caracterizada por la carrera ritual de los sacerdotes llamados lupercos.

***lustratio*:** ceremonia que los censores realizaban tras la conclusión del censo.

***manípulo*:** unidad táctica fundamental de la legión romana durante parte de la República. La legión se componía de diez manípulos de ciento veinte *hastati*, diez manípulos de ciento veinte *principes* y diez manípulos de sesenta *triarii*, además de mil doscientos vélites y trescientos équites. En total, cuatro mil quinientos hombres entre infantería y caballería.

***Mare Interum*:** «Mar Interior». El Mediterráneo.

***Mare Superum*:** «Mar Superior». El Adriático, visto desde Roma.

***murallas servianas*:** la primera gran muralla defensiva construida alrededor de Roma, atribuida al rey Servio Tulio.

***nobilis, nobiles*:** «noble, nobles». Los *nobiles* eran la clase dirigente patricio-plebeya. Un plebeyo era *nobilis* si tenía antepasados ilustres o, más específicamente, si tenía algún

antepasado cónsul, mientras que todos los patricios eran, por definición, *nobiles*.

***nomenclator*:** esclavo responsable de recordar a su dueño los nombres de las personas que encontraba en público, especialmente durante una campaña electoral.

***nundinium, nundinia*:** singular y plural. Periodo de nueve días en el calendario romano, al cabo del cual se celebraba el día de mercado y el descanso de la actividad rural. A menudo empleado en la novela en sustitución del término «semana».

***optimas, optimates*:** «el mejor, los mejores». Facción del Senado asociada a posiciones reaccionarias y aristocratizantes.

***Ordo Sexaginta Haruspicum*:** el Colegio de Sesenta Arúspices, originario de la ciudad etrusca de Tarquinia.

***pater familias*:** el cabeza de familia en la antigua Roma, con autoridad legal sobre su esposa, sus hijos y sus esclavos.

***patres conscripti*:** «padres conscriptos». Manera formal que tenían los romanos de referirse al conjunto de los senadores (también *patres*), más o menos como llamar «señorías» a los diputados del Congreso.

***patricio*:** miembro de la aristocracia romana primitiva, una clase social hereditaria que en época de Mario y Sila había perdido casi todos sus privilegios.

***pax deorum*:** «paz de los dioses». El estado de armonía entre Roma y sus dioses, mantenido mediante el cumplimiento de ritos religiosos.

***peregrinus, peregrini*:** singular y plural. Personas libres de Roma, Italia o las provincias que no poseían la ciudadanía romana.

***petteia*:** un juego de mesa griego similar a las damas.

***plebeyo*:** todo romano que no era patricio. En época de Mario y Sila numerosas familias plebeyas se habían ennoblecido.

***pontifex maximus*:** «pontífice máximo». Jefe del Colegio de Pontífices y de la religión estatal romana.

***pontífice*:** miembro del Colegio de Pontífices. En época de Mario y Sila eran nueve, incluyendo al *pontifex maximus*.

***populares*:** facción del Senado asociada a posiciones populistas y democratizantes.

***praenomen*:** el nombre de pila o primer nombre de un varón romano (Lucio Cornelio Sila, Publio Cornelio Escipión). Los más populares eran Cayo, Marco, Lucio, Quinto o Publio. Algunas familias empleaban otros más raros, como Tiberio, Apio o Espurio.

***praetorium*:** originalmente, la tienda del general en un campamento romano; por extensión, la residencia del gobernador de una provincia.

***praetor peregrinus*:** pretor responsable de resolver disputas legales que involucrasen a *peregrini*.

***praetor urbanus*:** pretor cuya jurisdicción era la ciudad de Roma y que resolvía disputas legales entre ciudadanos romanos.

***pretor*:** magistrado con *imperium*, superior al edil e inferior al cónsul, que tenía funciones judiciales. En época de Mario y Sila eran seis.

***princeps civitatis*:** el primer hombre de Roma, o sea, el más influyente de la ciudad.

***princeps Senatus*:** «líder del Senado». Su nombre encabezaba la lista de senadores. Debía ser patricio y preferentemente excónsul y excensor. En época de Mario y Sila, era el primero en dar su opinión en todos los debates.

***principes*:** tras los *hastati*, miembros de la segunda línea de infantería pesada de la legión republicana.

***privatus*:** ciudadano que no ostenta ningún cargo público.

***procónsul*:** excónsul cuyo *imperium* era prorrogado para que fuese

a gobernar una provincia.

***proletarius, proletarii*:** singular y plural. Ciudadanos romanos de la clase social más baja y más pobre. Estaban exentos del servicio militar y tampoco pagaban impuestos. Su único valor para la República era su capacidad para engendrar futuros ciudadanos, o sea, su prole.

***propraetor*:** expretor cuyo *imperium* era prorrogado para que fuese a gobernar una provincia.

***pteruges*:** tiras de cuero que cuelgan bajo la coraza del soldado romano para proteger las ingles, a modo de faldellín.

***publicano*:** persona que pujaba por obtener concesiones del Estado romano, por ejemplo, para la recaudación de impuestos en las provincias o la explotación de minas de sal, oro y plata. En tanto que ciudadanos acaudalados, pertenecían a la clase de los équites.

puteal Scribonianum: brocal o pozo sagrado en el Foro Romano, cercano al templo de Cástor, junto al que los prestamistas llevaban a cabo su actividad.

***Quid censes?*:** «¿Qué opinas?». Era la fórmula con la que el magistrado que presidía la sesión del Senado preguntaba uno por uno a los senadores su parecer sobre algún asunto.

***Qui hoc censetis, illuc transite; qui alia omnia, in hanc partem*:** «Los que opinen así, que crucen a aquel lado; los que difieran, que crucen hacia esta parte». Fórmula con la que el magistrado que presidía la sesión del Senado pedía la división física de los senadores, a fin de visualizar rápidamente qué postura tenía más apoyos.

***quincunx*:** disposición táctica de batalla romana que organiza tres líneas de manípulos en un patrón escalonado o en damero (similar a los cinco puntos de un dado). Esta estructura permitía a las

unidades de la segunda y tercera línea avanzar a través de los huecos para relevar a las unidades delanteras, ofreciendo gran flexibilidad táctica.

***quirites*:** manera solemne de llamar a los ciudadanos romanos.

***Refer ad Senatum*:** «Pregunta al Senado». Fórmula con la que los senadores reclamaban al presidente de la sesión que sometiera cierto asunto a votación.

***Respice post te. Hominem te esse memento*:** «Mira tras de ti. Recuerda que eres un hombre». Según Tertuliano, alguien acompañaba al *vir triumphalis* en su carro para decirle estas palabras al oído.

***rhetor*:** el maestro de retórica, el nivel de educación superior en Roma, que preparaba a los jóvenes para la vida pública y la profesión forense.

***Salve*:** saludo romano.

***senatus consultum*:** decreto o consejo del Senado a los magistrados. En época republicana nunca fue legalmente vinculante, pero tenía un gran peso moral.

***senatus consultum de re publica defendenda*:** «decreto del Senado en defensa de la República», más conocido como *senatus consultum ultimum* («decreto del Senado extremo»), empleado por primera vez en el 121 a. C. y luego continuamente hasta el final de la República, por el que el Senado autorizaba a los magistrados a hacer todo cuanto estuviera en su mano (legal o extralegalmente) para defender al Estado de una amenaza inminente. Su constitucionalidad siempre estuvo en entredicho.

***sequestres*:** agentes que el político culpable de *ambitus* empleaba para que tuviesen el dinero de los sobornos electorales a buen recaudo hasta la hora de repartirlos. Trabajaban de la mano con los *divisores* (quienes repartían el dinero) y los *interpretes*

(quienes hacían de intermediarios).

***sestercio*:** moneda que en época de Mario y Sila equivalía a cuatro ases. Era la unidad de cuenta más común para expresar sumas de dinero en la vida cotidiana.

***silla curul*:** asiento sin respaldo, de patas corvas, hecho de marfil, sobre el que se sentaban cónsules, pretores, ediles curules y censores, y era símbolo de su autoridad.

***silphium*:** planta medicinal importada de Cirene, cuya popularidad como abortivo condujo a su extinción en la Antigüedad.

***spatha, spathae*:** singular y plural. Espada larga y recta de origen celta adoptada por la caballería romana.

***Subura*:** barrio de mala nota ubicado al noreste del Foro, en el valle sito entre las colinas Viminal y Esquilina. Algunas familias patricias, como la Julia, tenían aquí su residencia.

***tabernae*:** plural de *taberna*, que más que una taberna moderna, era una tienda de cualquier tipo, normalmente ubicada en la planta baja de una *insula*.

***tablinum*:** el despacho del *pater familias* en una *domus*, a menudo entre el atrio y peristilo.

***Thalassio*:** un grito tradicional en las bodas romanas, propiciatorio de la fertilidad.

***toga candida*:** toga blanqueada con tiza que vestían los candidatos a un cargo público.

***toga praetexta*:** toga blanca con borde púrpura usada por los magistrados curules y los niños romanos.

***toga virilis*:** toga blanca sin adornos que asumían los jóvenes romanos al cumplir la mayoría de edad.

***Transduc equum*:** «Pasa con tu caballo». Orden que el censor daba a los *equites equo publico* durante la *transvectio equitum*, si superaban su inspección.

***transvectio equitum*:** inspección ceremonial quinquenal durante la que, como parte de las actividades del censo, los *equites equo publico* sometían sus caballos a la inspección de los censores.

***Tres Tabernae*:** lugar en la vía Apia, a unos cincuenta kilómetros de Roma, con posadas donde los viajeros podían descansar.

***tresviri capitales o nocturni*:** magistrados menores responsables de la prisión, las ejecuciones, el orden público y hasta cierta medida la lucha antiincendios.

***triarii*:** miembros de la tercera y última línea de infantería pesada de la legión republicana, compuesta por los soldados más veteranos.

***tribuno militar*:** oficial militar de alto rango en las legiones romanas.

***triclinium*:** comedor en la *domus* romana, a raíz del triclinio o lecho de tres en el que se reclinaban los romanos para comer.

***vélites*:** infantería ligera de las legiones republicanas, reclutada de entre ciudadanos jóvenes y pobres (por debajo de los *hastati*, pero por encima de los *proletarii*). No formaban una línea de batalla fija, sino que se situaban delante de la legión para hostigar al enemigo con jabalinas ligeras.

***vestal*:** sacerdotisa de la diosa Vesta, cuyas dos tareas fundamentales eran mantenerse siempre virgen y preservar el fuego sagrado, hogar simbólico de toda la ciudad. En total eran seis.

***Veto*:** «Lo prohíbo». El poder de bloquear acciones de otros magistrados era una prerrogativa del tribuno de la plebe.

***Villa Publica*:** el lugar en el Campo de Marte donde se realizaba el censo.

***virgo vestalis maxima*:** «virgen vestal máxima». La jefa del Colegio de Vestales.

***vir triumphalis*:** «hombre triunfal». El general romano victorioso que había sido honrado por el Senado con un desfile triunfal, la más alta distinción militar.

***vittae*:** cintas o ínfulas usadas en el cabello por las vestales.

***vomitorium*:** el pasaje de entrada o salida de un teatro o anfiteatro. No hace referencia al acto de vomitar.


GALIA
TRASALPINA
GALIA
CISALPINA
Aquilea
ILÍRICO
TRACIA
Vindalium
Narbo
Martius
Masilia
Etruria
Piceno
Lacio
Roma
Campania
Córcega
HISPANIA CITERIOR
Tarraco
MACEDONIA
Tesalónica
Cerdeña
Carales
GRECIA
ASIA
Atenas
Útica
Sicilia
Siracusa
Cirta
Cartago
A HISPANIA
ULTERIOR
ÁFRICA
NÚMIDIA
SIRIA
EGIPTO


Aquilea
Cupra Marítima
Ásculo
Tarquinia
Trébula Sufenas
Roma
Ostia
Arpino
Lanuvio
Monte Falerno
Capua
Nápoles
Pompeya
Carales
Panormo
Siracusa

PRESAGIUM

Por tanto, no puede ser que los dioses existan y no manifiesten el futuro mediante señales. Pero los dioses existen, luego dan señales. Y, si dan señales, no pueden dejar de darnos alguna vía para el conocimiento de su significado.

CICERÓN, *SOBRE LA ADIVINACIÓN*, I, 83.[1]

Actuando entonces con gran cuidado, anhelantes como estaban del reino, se dedican, ambos a un tiempo, al auspicio y al augurio.

ENNIO, *ANALES*.[2]

Arpino, 145 a. C.

El niño caminaba todo lo deprisa que podía sin echar a correr. Temía dañar el precioso cargamento que llevaba entre los pliegues lanudos de su túnica, a modo de zurrón.

—¡¡Padre!! ¡¡Madre!! —llamó con toda la fuerza de sus pulmones cuando se acercaba a la vieja casa de cascotes argamasados que se enseñoreaba de la colina.

La madre, que llevaba un bebé en brazos y, a juzgar por la pronunciada curvatura de su vientre, volvía a estar encinta, salió al porche dispuesta a regañar a su revoltoso primogénito, que se había pasado toda la mañana desaparecido:

—¡Ven aquí inmediatamente, Cayo! Como hayas vuelto a subir a los riscos me vas a oír. ¿Te crees una cabra?

El niño moreno, casi adolescente, no se dejó amedrentar por las palabras hirientes de su progenitora ni tampoco por su ceño permanentemente fruncido. En su orgullo, decidió ignorarla para dirigirse mejor a la figura masculina que estaba de pie al lado de ella, vestida con la túnica roja de oficial militar.

—¡Mira, tío Lucio, mira! —le dijo, muy animado.

Por los gorgoritos que emergían de los pliegues de su túnica, era evidente que había encontrado un nido. Al echar un vistazo, Lucio Fulcinio identificó con asombro la especie a la que pertenecían los siete polluelos blancos despeluchados que le devolvieron la mirada.

—¡Son polluelos de águila! —se adelantó el niño—. ¡Siete! Los encontré en un nido en los riscos.

Su madre, harta de que trajese a casa culebras y sapos, puso el

grito en el cielo.

—¿En un solo nido? —preguntó Fulcinio por encima de las protestas de su hermana. Había quedado lívido.

—¡Sí!

—No mientas —lo reprendió su madre mientras acunaba en brazos a su hermana.

—¡Es la verdad! —protestó él—. Estaban los siete dentro. Sabía que no me creeríais si no los traía conmigo.

—¡Ningún águila pone tantos huevos! —alzó ella la voz.

—¡Yo vi a los padres volando en el cielo! ¡Eran águilas!

—¡Te habrían sacado los ojos!

—¡Ellos no me vieron a mí!

—Las águilas lo ven todo —sentenció religiosamente su tío—; son emisarias del dios Júpiter. Fulcinia, será mejor que llames a tu marido. Esto es un presagio.

—¿Un presagio? —inquirió la madre—. ¿Un presagio de qué?

—Su significado exacto solo nos lo desvelarán los *Sexaginta Haruspices* —respondió su hermano, y, ante la mención de los misteriosos adivinos de su Tarquinia natal, ella enmudeció—, pero sin duda estamos ante un presagio de grandeza —apostilló Lucio Fulcinio al tiempo que acariciaba los cabellos despeinados de su sobrino.

Roma, 138 a. C.

La esclava paseaba al bebé de su amo por el peristilo de la casa. Otra la seguía con su hermana melliza en brazos. La madre había muerto en el parto y la primera esclava era su ama de cría.

Esta tomó asiento en un banco bajo rodeado de palmitos; en sus hojas habían aparecido unas manchas negras, pero el añublo era la última de las preocupaciones del *pater familias*. La nodriza se sacó el pecho para amamantar allí al niño mientras la otra esclava acunaba a su hermana, que no dejaba de llorar. Tenía hambre, pero en Roma un hijo era más valioso que una hija y esta última debía esperar a que las necesidades de su hermano quedaran cubiertas.

El niño miraba a su nodriza fijamente a los ojos mientras le succionaba el pezón con avidez. Ni ella, perdida en sus pequeños ojos grises, ni la otra esclava repararon en la figura que los observaba desde el atrio hasta que esta se hizo notar. Se trataba de una mujer encapuchada, arrebozada en un manto oscuro y un halo de misterio. Traía un mensaje que transmitió con una voz cavernosa que hizo estremecerse a las esclavas.

—¿Quién eres? —preguntó la que amamantaba al bebé, al que apretó contra su pecho instintivamente.

No obtuvo respuesta, ni la intrusa volvió a despegar los labios, sino que dio un paso atrás y desapareció tras una de las columnas del peristilo. Parecía que se hubiera esfumado en el aire.

Muy asustadas, las dos mujeres se lo contaron al esclavo atriense, que dio orden de registrar la casa. Pero ninguno de los criados encontró rastro de una figura como la descrita por las esclavas,

incluso a pesar de que el portero jurara no haber dejado entrar o salir a nadie extraño.

Cuando el señor de la casa interrogó a las mujeres personalmente en su *tablinum*, ellas repitieron palabra por palabra lo que habían oído decir a la intrusa misteriosa: «Salve, puer, tibi et rei publicae tuae felix!».[3]

—¿Y eso qué quiere decir? —se preguntó el padre.

—Es un presagio, no hay duda —respondió César.

Cayo Julio César[4] había prometido que lo ayudaría a buscar nueva esposa y ambos estaban reunidos en el *tablinum* cuando los esclavos, atemorizados, llamaron a la puerta.

—¿Un presagio de qué?

César se cruzó de brazos. Era un senador muy joven, pero más perspicaz que la mayoría.

—Roma está muriendo de éxito. Sus conquistas han despertado la codicia de los poderosos. La corrupción es rampante en las provincias y en Italia los ricos acaparan cada vez más tierras, públicas y privadas. Los campesinos que las labraban han sido sustituidos por esclavos y los desposeídos se hacinan en una ciudad que no puede vestirlos ni alimentarlos. El crimen se ha convertido en su medio de vida. La Subura, este barrio nuestro en el corazón de Roma, es el mejor ejemplo de la degradación. Los pobres no pueden servir en el ejército y las clases medias que lo sostienen cada vez están más mermadas. —Hizo una pausa—. Roma necesitará un salvador. Tu hijo… podría serlo.

LIBRO I

La plebe y el senado romano sostuvieron frecuentes disensiones entre sí con ocasión de la promulgación de leyes, de la cancelación de deudas, de la división de tierras o de la elección de magistrados. Sin embargo, nunca [...] fue llevada la espada a una asamblea, ni hubo muerte fratricida hasta que, durante el tribunado de Tiberio Graco y cuando promulgaba nuevas leyes, este fue el primero en caer víctima de una conmoción civil, y, después de él, otros muchos fueron copados en el Capitolio y muertos en torno al templo. Y no se detuvieron ya las revueltas internas con este odioso crimen. Estaban divididos, en toda ocasión, en claro enfrentamiento entre sí y, con mucha frecuencia, llevaban puñales. De cuando en cuando, en los templos, en las asambleas o en los foros cayó abatido algún magistrado, ya fuera tribuno de la plebe, pretor o cónsul, o bien alguno de los candidatos a estos cargos, o de los notables por alguna otra razón. Casi de forma constante persistió una violencia desmedida y un vergonzoso desprecio a las leyes y a la justicia.

APIANO DE ALEJANDRÍA,
Historia Romana. Guerras Civiles, I, 1-3.[5]

I

Lluvia y sangre en el Capitolio

Roma, anno DCXXXIII ab urbe condita.
L. Opimio et Q. Fabio Maximo consulibus[6]

La sangre manaba a borbotones de la herida abierta de Quinto Antilio, que se llevó la mano al pecho y se miró la palma teñida de escarlata con extrañeza y horror. Al levantar la vista, vio la misma extrañeza y el mismo horror en los ojos de Graco.

Todo había sucedido muy rápido.

Antilio, un lictor al servicio del cónsul, había reconocido a Cayo Sempronio Graco entre la multitud reunida en el Capitolio. Cayo Graco, el segundo vástago de *gens* Sempronia que se enfrentaba al Senado; su compasión por la plebe era encomiable, pero su oposición al *statu quo* amenazaba con hacer naufragar a la República. Antilio había sentido la urgencia de dirigirle unas palabras. ¿Podría él, aun siendo un mero servidor público, hacer recapacitar al noble Graco para que no siguiese los pasos ruinosos de su hermano Tiberio?

Impelido por una fuerza irresistible, Antilio se había separado de los suyos mientras el cónsul oficiaba el sacrificio y se había abierto camino entre el gentío que abarrotaba la explanada frente al templo de Júpiter Óptimo Máximo. No cabía un alfiler, y en su celo por llegar hasta Graco, que asistía con nerviosismo a la celebración de la

asamblea, Antilio había llegado a propinar algún codazo y dedicado algún improperio a los plebeyos que se interponían.

—¡Abrid paso a los ciudadanos honrados, escoria!

—¡Sin faltar!

—*Cunnus!*

—¿Está loco?

Graco permanecía ajeno al barullo más inmediato, con la mirada puesta más allá y la mente vuelta hacia sus propias preocupaciones. Cuando Antilio le agarró de la muñeca, se asustó, dio un brinco y pidió auxilio.

—¡Apiádate de tu patria, Cayo Graco!

Tan poseído estaba Antilio por su furor que no sintió apenas la puñalada directa al corazón que le asestó uno de los guardaespaldas de Graco.

—¡No! —exclamó este cuando la sangre le salpicó el blanco de la toga.

Era demasiado tarde.

El rostro del lictor perdió el color mientras sondeaba los ojos de Graco con pupilas llenas de espanto; todavía lo tenía cogido por la muñeca, pero cada vez con menos fuerza, hasta que finalmente colapsó.

La vida de Quinto Antilio acababa de terminar.

El caos en Roma no había sino empezado.

Lucio Cornelio Sila abrió sus ojos grises en un lecho del Argileto. Lo habían despertado los besos que Afranio le daba en el cuello de piel marfileña. El muchacho estaba acostado sobre un hombro y le daba a su amante la espalda, en cuyo varonil ensanchamiento Afranio había reparado la noche anterior. Sila se había aficionado a nadar en el Tíber tras algunas maniobras con los cadetes; aunque estas

habían sido pocas, el ejercicio podía cambiar muy rápido la fisonomía de un adolescente.

Menos todavía que las maniobras frecuentaba el Foro, donde los otros hijos de senadores se reunían para escuchar a los grandes oradores. El viejo *rhetor* que le había enseñado los rudimentos de la oratoria había declarado que nunca destacaría en ese ámbito. A Sila le atraía mucho más el teatro. Siempre que podía se unía al público que abarrotaba promiscuamente las estructuras de madera temporales del Campo de Marte (los teatros permanentes estaban prohibidos en Roma). Allí había conocido a Afranio, autor de salaces comedias de razonable éxito, al que precedía una reputación de pervertir muchachos.

Sila se hacía el remolón y emitía ruidos somnolientos mientras resistía a los avances matutinos de su amante, que rogaba poder acomodarse entre sus piernas. Él lo apartó con brusquedad para incorporarse de súbito cuando la luz de la mañana, que se filtraba por las celosías, fue a darle directamente en el rostro. El sol estaba más alto de lo esperado; no se había dado cuenta antes porque unos nubarrones lo ocultaban.

—¡Maldita sea! ¿Qué hora es?

No esperó respuesta, sino que se arrojó de la cama y se puso a recoger sus ropas esparcidas por el suelo.

—¿Te veré luego? —preguntó su amante desde el lecho mientras él trataba de pasar la cabeza y los brazos por entre los pliegues de su túnica.

Afranio era un hombre de facciones angulosas y despeinados rizos negros, como negro era el hirsuto vello que le cubría el torso. Su tez morena contrastaba con la blancura de Sila, salpicada aquí y allá de lunares oscuros. Azuladas venas se le marcaban bajo la piel extendida sobre la magra musculatura. El poco vello de su cuerpo le

nacía bajo el ombligo y formaba una mata cobriza sobre los genitales.

—No sé —respondió tras conseguir pasar la cabeza de mechones dorados por el cuello de la túnica y antes de lanzarse a abrocharse los cordones de los zapatos de cuero.

Sin despedirse de Afranio, a quien dejó tumbado en la cama, cruzó como una exhalación el apartamento y salió al rellano del edificio, una *insula* de seis plantas. Los apartamentos del segundo piso servían de picadero a su amante, que tenía como vecina de abajo a su casera.

Sila descendió a trancos las escaleras de maderos hasta la planta baja, que bullía con la actividad de las *tabernae*. Sus portadas estaban abiertas a la avenida del Argileto. Había llovido a mares durante toda la semana, y el barrio hedía a madera podrida y perro mojado. La lluvia había formado un pequeño arroyo que arrastraba toda la inmundicia y que los vecinos mismos aprovechaban para verter sus aguas de albañal. El problema era siempre para quien vivía una puerta más abajó, pensó Sila, que se había criado calle arriba, en las laderas del Esquilino.

Su casa, levantada por sus antepasados, estaba allí mucho antes de que proliferasen los bloques de pisos de la Subura para el hacinamiento de los plebeyos. La suya era una familia patricia, pero hacía siglos que los patricios no dominaban la ciudad; ni siquiera eran tan ricos como muchos plebeyos. Por eso su hermana melliza se casaba ese día con Sexto Nonio Sufenas, que no tenía antepasados ilustres, pero sí mucho dinero. Y, como solía decir en griego el cínico Afranio:

> *El dinero es el hombre, pues ningún pobre*
> *se antoja hombre de valía ni honorable.* [7]

El portero salió de su garita para cerrarle el paso a Sila en cuanto se acercó al porche adornado con guirnaldas. Debía esperar a que alertase al esclavo atriense, dijo. El atrio era su provincia, y ningún extraño avanzaba más allá del estrecho vestíbulo si él no daba el visto bueno.

—El *dominus* no quiere dejarte pasar —le dijo este sin emoción.

El enjuto esclavo no tenía nada en contra del muchacho o de su estilo de vida; solo obedecía órdenes. La paciencia del viejo Cornelio Sila con su hijo se había agotado unas noches atrás, cuando se corrió la voz de que había osado subir a un escenario. Ya no solo se codeaba con gente de mala nota, actores y cantores, ¡se había convertido en uno de ellos!

—Yo tampoco quiero verlo a él —respondió Sila con altivez—. Vengo a arropar a mi hermana el día de su boda.

—Me temo que debo insistir, joven *domine*.

Otros dos esclavos más corpulentos se aproximaron como para subrayar las palabras del atriense. Sila los llamaba Atreo y Tiestes, porque eran hermanos y siempre estaban riñendo, aunque las órdenes de su amo las obedecían sin rechistar.

—Está bien —dijo Sila, que dio un paso atrás.

Había otros muros más fáciles de traspasar que ese que formaban Atreo y Tiestes al juntar los hombros, así que actuó en consecuencia. El muchacho se alejó un par de manzanas y luego regresó por secretos callejones. Aunque su padre no prescindía de enjalbegar la fachada, la parte posterior de la casa no recibía el mantenimiento adecuado y era relativamente sencillo trepar el muro del patio trasero, si se tenía la agilidad de Sila.

El muchacho trepó la pared de ladrillo con la ayuda de pies y manos. Una vez arriba, bajó por una pérgola y cruzó el patio sin que nadie lo viera. Como el día estaba lluvioso, los invitados se

encontraban en el interior. Un caballo —su caballo, comprado a expensas del erario para que un día sirviera con él en el ejército— relinchó a modo de saludo desde el establo. Sila se llevó el índice a los labios para mandarlo callar como si el animal pudiera entenderlo. Al pasar cerca de la ventana del *tablinum*, el muchacho oyó las voces de su padre y del novio:

—La dote se me entregará en tres pagos y ni uno más —decía este último, tajante—. Es lo tradicional y lo acordado en los esponsales.

—Solo preguntaba para cerciorarme, no fuese que todavía hubiera margen para negociar…

—¿Volver a negociar el pago de la dote de tu hija el día de la boda? —inquirió Nonio, muy irritado ante la cicatería de su inminente suegro, a juzgar por el tono.

—La dote se pagará en tres plazos —le dio la razón con timbre conciliador una voz femenina, que Sila reconoció como la de su madrastra—. Para rubricarlo, querido esposo, ¿puedo sugerir que abramos ya una de esas ánforas de vino de nuestro viñedo del Falerno?

Sila se deslizó por debajo del poyete de la ventana del *tablinum* y corrió agazapado hasta la ventana de Cornelia. Al asomar la cabeza dentro, vio a su hermana de espaldas a él, sentada en un taburete frente al tocador. La muchacha escudriñaba con ojos tristes la superficie de bronce pulido de su espejo mientras una *ornatrix*, encorvada sobre su cabeza, le trenzaba con mucha paciencia los cabellos rubios como la mies. Era la oportunidad de Sila.

Cuando Cornelia reparó en el reflejo de su hermano, que hacía señas desde la ventana abierta al patio, actuó con la complicidad innata de los mellizos y mandó a la esclava a esperar fuera. Ambos hermanos se fundieron en un abrazo luego de que la *ornatrix*

cerrase la puerta y Sila saltara el pretil.

—Admito que no esperaba esta entrada tan teatral —dijo Cornelia mientras se mecía en los brazos de su hermano.

—Todo lo mío es teatral, ya lo sabes —respondió él—. Por desgracia también lo sabe nuestro padre.

No hizo falta que susurrasen, al menos no intencionadamente: la voz de ambos era naturalmente como un soplo rauco, aunque la de él se había agravado desde que le creció la nuez de la garganta.

—¿Qué has hecho esta vez para enfurecerlo tanto?

—Cantar sobre un escenario.

Cornelia puso los brazos en jarras.

—¿Por qué lo provocas así? —preguntó.

—¡Tuve que hacerlo! ¡Afranio me retó! Además, siempre pensé que la línea roja de nuestro padre estaba en la danza, no en el canto.

—Tú no dances, por favor —le rogó ella—. Mira las consecuencias de irritar a padre: teniendo que vernos a escondidas el día de mi boda como si fueses mi amante y no mi hermano.

Sila miró al suelo. Iba a pedir perdón cuando lo interrumpió el sonido de la puerta, que se abría.

—¡He dicho que esperes fuera! —graznó Cornelia.

Pero la mujer que cruzó el umbral no era su ornatrix, sino su madrastra, que al reconocer a su hijastro exclamó:

—¡Lucio!

Cerró la puerta tras de sí rápidamente y lo abrazó. Sila se dejó, aunque no correspondió el gesto de su madrastra con la misma emoción.

—¿Cómo has entrado? —preguntó ella con desconcierto.

—La pérgola del jardín —respondió por él Cornelia, que conocía bien a su hermano.

—Ya veo. Será nuestro secreto —dijo su madrastra, que los tomó de una mano a cada uno—. Me alegra mucho que estés aquí para apoyar a tu hermana, pero debes irte antes de que alguien más te vea.

—¿No hay manera de que me quede a la ceremonia?

Su madrastra movió la cabeza de lado a lado.

—Tu padre no atiende a razones. Debes irte ya.

—Está bien, ya me voy —claudicó Sila, que se despidió de ambas mujeres con un abrazo antes de regresar al poyete de la ventana—. Y a ti, hermana mía, te digo: *Thalassio!*

No mires atrás, a tu casa,
la que fue tuya, ni tu pudor genuino
detenga tu paso.
Llora, es preciso,
porque ya has de marchar.[8]

Tras descolgarse por el muro de ladrillo, Sila entretuvo la idea de volver con Afranio, pero regresar tan pronto al lecho de su amante le sabía a derrota, así que se puso a deambular. En esas pasó por delante de la casa de los Julios Césares.

—¡Buenos días, Lucio Sila! —lo saludaron al unísono desde el porche un par de jovencitos togados a los que acompañaba un esclavo.

—Buenos días, Césares —respondió Sila con una sonrisa—. ¿Qué hacéis aquí fuera?

—Lleva días lloviendo a cántaros y estamos cansados de estar encerrados dentro —respondió el mayor, Lucio César—. ¿A dónde vas?

—Pensaba ir al Argileto, a hojear libros.

—¿Te podemos acompañar? —preguntó su hermano, el más niño

de los dos. Era bizco, por eso su hermano y sus primos lo llamaban, no sin una pizca de maldad, Estrabón.

—Sí, si vuestro pedagogo no tiene nada que objetar —respondió Sila, en referencia al esclavo.

—¿Este? —inquirió Lucio César con desprecio—. El año que viene mi tío me impondrá la *toga virilis* y ya no pintará nada aquí.

El esclavo disimuló una expresión de alivio. Hacer de pedagogo de un adolescente era una tarea exasperante.

—Está bien, pues —dijo Sila—. Venid.

Mientras caminaban juntos, Sila reparó en el calzado raído de los Césares. A pesar de ser nietos de un cónsul, su familia era muy pobre. Su padre había sido víctima de un episodio de muerte súbita hacía dos años y Cayo Julio César, que era su primo carnal, había adoptado a los dos niños huérfanos y a su hermana. Pero César ya tenía dos hijos y una hija propios; ¿cómo iba a sufragar la dote de las niñas y la carrera política de los varones, que era lo que se esperaba de un linaje tan noble como el suyo?

La familia de Sila también era noble y también era pobre, por eso hacían piña. Por falta de fondos, su padre jamás había llegado a pretor ni mucho menos a cónsul, ni tenía claro cómo iba a hacer para meter a sus dos hijos en el Senado.

Sila condujo a los Césares y a su pedagogo por el Argileto hasta llegar a la esquina de la antigua calle de los fabricantes de sandalias. Allí se concentraban los talleres de los libreros, a los que acudía para leer a Plauto y a Terencio en latín y en griego a Menandro y Aristófanes, si tenía suerte y encontraba alguna copia de estos.

—¡Buenos días, joven Sila! —lo saludó Trifón, su librero de confianza, que interrumpió la conversación con Calino, mercader que le proveía de atramento—. Veo que hoy traes amigos.

—¿Qué tienes? —le preguntó Sila con avidez.

—Estás de suerte. Un ricachón me ha encargado hacer copias de Menandro, Filemón y Dífilo. Tengo lo más granado de la Comedia Nueva en la parte trasera.

Sila vislumbró a los amanuenses inclinados sobre pupitres al fondo; desde allí les llegaba el susurro del cálamo que rozaba la superficie del pergamino. Los estantes con forma de panal de abeja rebosaban de rollos de papiro, cientos de historias esperando a ser desempolvadas. Sila rara vez tenía dinero para libros, pero Afranio los compraba por él. Además, a Trifón le complacía el interés del joven por la comedia, conque su taller siempre estaba abierto para que Sila ojease las existencias.

—¿Os gusta el teatro? —preguntó Sila a los niños.

—¡Mucho! —respondió César Estrabón con una sonrisa.

Sila y los Césares pasaron al interior, impregnado del olor de papiro viejo y tinta fresca. Calino retomó la conversación con Trifón:

—Te digo que algo gordo ha pasado en el Capitolio esta mañana —insistía el mercader.

—Pero ¿el qué?

—No sé bien, llevo toda la mañana trabajando y no me he podido enterar. Pero he visto la estampida de gente que desalojaba el Capitolio en las Lautumias. Parece que ha habido un disturbio.

—Sería la lluvia, Calino.

—Que no, que ha pasado algo en la asamblea. Estaba la cosa tensa, Trifón. Muy tensa.

—¿Por qué? ¿Qué se votaba?

—Por Hércules, ¿no lo sabes?

—¿Yo? ¡Qué voy a saber! Soy un liberto y mi voto no vale nada. Por cierto, el tuyo, aunque nacieras libre, tampoco vale mucho más. Por eso a nosotros nuestros patronos no nos pagan por ir a votar, sino por copiar libros.

—Bueno, pues que sepas que se votaba la ley de la colonia de Cartago.

—¿Esa no se había votado ya hace año y pico, por Minerva?

—Sí, para ponerla, pero ahora se vota para quitarla.

—¡Qué majadería! ¿Por qué hacen eso? —preguntó Trifón.

—Porque los lobos de África han atacado las lindes y los augures han dicho que eso es señal de que los dioses no aprueban la colonia.

—Bueno, pues si ese es el caso que la quiten —dijo Trifón mientras se rascaba la barbilla con dedos manchados de negro de humo.

—Sí, eso parece que iba a votar la mayoría, alentada por el Senado. Pero a los seguidores de Cayo Graco y Marco Fulvio no les ha hecho ni pizca de gracia y han subido al Capitolio con intención de impedirlo —explicó Calino—. Y ya sabes lo que pasa cuando se juntan los seguidores del Senado y los de Graco.

—Que hay gresca.

II

La revancha de Escauro

El senador Marco Emilio Escauro solía ir a todas partes andando. Caminaba rápido y ligero, aunque no tan ligero como cuando se desprendió de la cota de malla salpicada de barro hispano cuyo peso había soportado por diez años, como un legionario más. Ese día caminaba como si tuviera talones alados. Muy pocos *nobiles* caminaban tan aprisa como él.

Su figura calva y aguileña se presentó al portero de una grandiosa *domus* del Palatino, con un pórtico de madera policromada sustentado por columnas blanquirrojas. Allí vivía el excónsul Quinto Cecilio Metelo el Macedónico. Su extenso clan era el más poderoso de la ciudad. Los Metelos controlaban su propia facción dentro del Senado y patrocinaban con cierta displicencia a las más jóvenes y no tan jóvenes promesas políticas. Eran tiempos extraños en los que, para abrirse camino en el *cursus honorum*, un patricio de la *gens* Emilia como Escauro debía rendir pleitesía a plebeyos ennoblecidos —pero plebeyos, a fin de cuentas— como eran los Metelos.

Todos estaban allí: el patriarca, sus cuatro hijos y sus dos sobrinos. Los acompañaba el octogenario Publio Cornelio Léntulo, que era *princeps Senatus*, oficialmente el primer senador de Roma. Para serlo había que ser patricio y gozar de autoridad sobre sus pares. Metelo gozaba de autoridad, pero no era patricio, así que había aupado a aquella posición a Léntulo, que era patricio, pero no

tenía autoridad.

Escauro acababa de unirse al grupo cuando el esclavo atriense anunció la llegada de Lucio Opimio, único cónsul presente en Roma.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Léntulo.

—¡Me han atacado! —graznó Opimio.

—¿Quién? —demandó saber el Macedónico.

Atrás había quedado el gallardo atractivo de su juventud. Este, epítome de todos los Metelos, era rotundo de cuerpo y tenía cara como de sapo, un parecido acentuado por las arrugas alrededor de la boca, cada año más profundas, y una papada carnosa.

—Los partidarios de Graco y Fulvio. ¡Han apuñalado a uno de mis lictores en el Capitolio! Inmediatamente ha estallado una batalla campal, pero la lluvia nos ha separado.

—¿Tu lictor está muerto?

—¡Tan muerto como lo estarán Graco y sus seguidores muy pronto, por Hércules! —declaró el cónsul.

Metelo enarcó una ceja. Sus hijos cuchichearon tras él.

—Vosotros queríais que lo destruyese. Por eso me hicisteis cónsul, ¿no? Hoy ha cruzado todos los límites, y pienso cobrarme mi venganza.

Escauro vio que las comisuras de los labios del Macedónico esbozaban una media sonrisa.

—Bien. Adelante.

—No tan rápido —dijo Opimio, y la sonrisa se le borró a Metelo del rostro sexagenario—. Hace once años, cuando el problema era Tiberio Graco, ¿recordáis quién acudió en vuestro rescate y le dio muerte? El *pontifex maximus*, Escipión Nasica. ¿Y qué le pasó? ¿Se lo reconoció un héroe? ¡No! La gente lo increpaba en las calles, y enseguida arreciaron sobre él las acusaciones de asesinato. ¿Qué hizo el Senado? ¡Mandarlo al exilio, y allí murió en la ignominia un

año después! ¡Eso no me pasará a mí, por Júpiter!

El Macedónico entornó los párpados, como para atravesar a Opimio con la mirada.

—Has convocado al Senado mañana en el templo de Cástor —señaló.

—Así es. No cometeré el error de Nasica. Si queréis que mate a Graco, lo haré como mandado.

—¡Habla claro, Opimio, por Hércules! —estalló Metelo.

—Quiero que Léntulo, como *princeps Senatus*, presente mañana una moción que me autorice a hacer lo que sea para proteger al Estado, y quiero que el Senado la apruebe. Gustoso libraré a Roma de sus males, ¡pero no me iré a continuación por el sumidero!

Todos, incluido Escauro, clavaron la mirada en el Macedónico.

—¿Lo que sea para proteger al Estado?

—Lo que sea —subrayó el cónsul, por si acaso no estaba claro.

—Estoy dispuesto, por Pólux —se adelantó a decir Léntulo.

—¡No nos lo pensemos tanto, tío! —intervino Lucio Metelo, el mayor de los sobrinos del Macedónico—. Tenemos un pretexto, tenemos al cónsul y su milicia a nuestra disposición… Es la oportunidad que esperábamos. ¡Golpeemos!

Su tío se mesó el bulboso mentón.

—De acuerdo —dijo, no sin reservas—. Tendrás lo que pides, Opimio. Léntulo presentará la moción. Nuestra familia la secundará. Dala por aprobada.

El cónsul no añadió nada más. Satisfecho, partió para hacer sus preparativos.

—Es lógico que quiera cubrirse las espaldas —admitió Léntulo.

—Un *senatus consultum*, un consejo del Senado a los magistrados, no es una ley —le recordó el Macedónico—. Lo que propone es manifiestamente ilegal y podría arrastrarnos a todos a

los tribunales. ¿Crees que el pueblo respetará tu edad, Léntulo? ¿Tu buena cuna? El pueblo no respeta nada.

—¡El pueblo no puede procesar a todo el Senado! —exclamó Lucio Metelo enardecido—. La prioridad es destruir a Graco y a Fulvio. ¡Démosle a Opimio lo que pide con tal de que cumpla su parte!

El Macedónico le ordenó callar con la mirada. Luego de mandar a Léntulo retirarse, se volvió de nuevo hacia su sobrino.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Qué? —repuso Lucio Metelo, confuso.

El Macedónico le dio entonces una bofetada.

—Responde.

—Soy Lucio Cecilio Metelo, hijo de Lucio Cecilio Metelo Calvo, tu difunto hermano —contestó este mientras se acariciaba la mejilla.

—Eso es. Tú no eres un Léntulo, cuyos antepasados eran cónsules cuando los nuestros eran todavía granjeros de Preneste. No hemos llegado a la cima de esta República siendo impulsivos e irreflexivos. Ahora dime: ¿qué es lo que quiere Opimio?

—Ya lo ha dicho: no quiere acabar como Escipión Nasica.

—¡No! Lo que quiere de verdad.

—Destruir a Graco. Lo odia porque su apoyo a otro candidato le costó la elección al consulado hace dos años. Por eso en las últimas elecciones nosotros le dimos el empujón que le hacía falta para que hiciera el trabajo sucio. ¡Justo lo que va a hacer ahora!

—¡No, por Hércules! —espetó su tío, que golpeó el suelo teselado con el talón—. Te presentas a cónsul el año que viene, ¿es que no te he enseñado nada? —se lamentó.

—Si se me permite, *clarissime vir* —osó intervenir Escauro—. Opimio se ha alineado con la facción más reaccionaria del Senado, los *optimates*.

—Los autoproclamados *optimates* —lo interrumpió Metelo el

Baleárico, que era el primogénito del Macedónico y había sido cónsul dos años atrás. El Baleárico era el vivo retrato de su padre, aunque más aficionado al vino.

—Opimio quiere liderarlos.

—¡Una esperanza vana! Opimio no tiene pedigrí suficiente. Los *optimates* jamás dejarán que los lidere.

—Sí, pero, con tal de emplear a Opimio como mastín, pueden aceptar que sea la cara visible de su partido por un tiempo. Y eso no os conviene —señaló Escauro.

—¿Por qué? —preguntó el Macedónico, que aún miraba de reojo a su sobrino.

Escauro respondió raudo:

—Porque vuestra familia se beneficia de las luchas intestinas de los *optimates*, de su falta de coordinación, de que nunca hablen con una sola voz, mientras vosotros tenéis un líder claro, que eres tú.

El patriarca asintió, satisfecho por fin.

Hacía dos años que el Macedónico había convocado a Marco Emilio Escauro a una reunión privada en su casa. Cuando el Macedónico convocaba a alguien, ese alguien iba, especialmente cuando tenía por delante toda su carrera política.

El *tablinum* de Metelo era un santuario a su conquista de Macedonia. Las paredes estaban decoradas con mapas de la península balcánica, cascos macedonios abollados por la batalla y escudos de bronce corroído. Sobre pedestales de mármol descansaban hermosas cráteras de cerámica rojinegra, copas de plata repujada, estatuillas broncíneas de héroes helénicos… Un gran escritorio de madera de cedro dominaba la estancia, cubierto de rollos de papiro y tablillas enceradas. Sobre su superficie pulida el Macedónico había dispuesto un tablero de *petteia*.

—El juego es simple —había dicho mientras disponía las fichas con forma de guijarro, blancas y negras, sobre la cuadrícula—: Uno come las fichas del rival atrapándolas entre dos fichas propias. Estas se mueven todas las casillas que uno quiera, mientras sea en línea recta. Gana quien coma todas las fichas del rival, o, cuando menos, las arrincone en una esquina de tal manera que no puedan moverse.

—Comprendo —había respondido Escauro con extrañeza, no hacia las reglas del juego, sino hacia la situación.

Echaron una primera partida para que se familiarizase con el juego. Durante toda esa partida, Metelo solo habló de la *petteia*, de sus aperturas y estrategias.

—En realidad —decía al tiempo que comía una de las fichas de Escauro—, el juego depende más de los errores del rival que de los aciertos propios.

—Ya —repuso Escauro, más concentrado en disimular su expectación que en las jugadas de su rival.

Cuando Metelo ganó, insistió en echar otra partida.

—Marco Emilio Lépido Porcina ha muerto —dijo mientras colocaba sus fichas sobre el tablero.

Escauro, que hacía lo propio, alzó la vista con mucho interés.

—Como yo, él también era augur —apostilló su anfitrión—. Para cubrir su vacante dentro del Colegio de Augures, la tradición y la cortesía dictan que se sondee a un miembro de la misma *gens*. En este caso, la *gens* Emilia.

Una de las cejas de Escauro estuvo tentada de arquearse, pero él se lo prohibió. No debía precipitarse.

—No faltan parientes cercanos del finado para reclamar ese privilegio —dijo.

—Sí. Emilios Lépidos, todos orgullosos, independientes y servidores de sus propios intereses. —Metelo hizo una mueca—.

Ninguno me será útil. Te quiero a ti.

Escauro contuvo la respiración.

—¿Yo, augur?

—Tú, augur.

—¿Por qué, *clarissime*?

—Porque yo lo digo —sentenció el Macedónico.

No estaba acostumbrado a ser cuestionado, ni lo consentía. Tenía fama de tomar decisiones abruptas y no comunicarlas hasta el último momento. «Si sospechase que mi túnica conoce mis planes, la quemaría ahora mismo», había dicho una vez, en Hispania, para responder a la crítica de sus legados.

«Metelo juega a la *petteia* con todos nosotros», se dijo Escauro para sus adentros después de que su anfitrión le conminase a mover ficha.

Año y medio después los lobos habían atacado las lindes de la colonia de Cartago. Aquello se elevó al Colegio de Augures.

—Todos sabemos que las tierras de Cartago fueron consagradas para siempre al pastoreo por un voto sagrado de Escipión Emiliano —expuso Metelo a sus colegas, todos reunidos en círculo con la cabeza velada—. La colonia se apropia de un terreno que pertenece a los dioses.

—Si dictaminamos eso, tendremos un estallido social —advirtió Quinto Mucio Escévola, representante de la facción opuesta.

—Esos cálculos políticos espurios no tienen cabida aquí —le reprendió el Macedónico, que agregó cínicamente—: Nuestro único cuidado es la *pax deorum*.

—¿En qué informes nos estamos basando? ¿Son de primera mano? ¿O son habladurías de villanos? A la luz de las tremendas implicaciones políticas, deberíamos ser más inquisitivos —insistía Escévola, empujado por su mente de jurista a hacer de abogado del

diablo.

—¡Ya saltó el leguleyo! —se burló Décimo Junio Bruto, conquistador de los galaicos, que a sus sesenta años seguía siendo un hombre de acción—. Di que has venido aquí a sacarle las castañas del fuego a tu amigo Graco. Pero que sepas que su pequeña colonia se acabó.

—Te pido que te dirijas a Escévola con más respeto —se interpuso un tercero.

—¡Él nos falta al respeto a nosotros y a los dioses con su obstruccionismo!

El debate fue igual de bronco el resto del día. Al final, el voto del desempate era el de Escauro, que, como neófito, había escuchado todo y no había pronunciado ni una palabra.

Para entonces la cuestión de fondo estaba clara: se trataba de condenar o absolver a Graco. «El protector de Córcega y Cerdeña», pensó Escauro, que rio para sus adentros ante las vueltas de la vida.

Aquellas islas no eran muy fértiles, su ganado se reducía a rebaños de ovejas y sus habitantes medio fenicios no valían ni para venderlos como esclavos. Pero tenían oro y plata, y un joven Escauro, destacado en Carales al principio de su carrera, habría podido llevarse un poco, si Graco no hubiera amenazado con denunciarlo a los censores.

Cuatro años después el destino ponía el futuro de Graco en sus manos. Y Escauro hizo exactamente lo que se esperaba de él.

III

Nicópolis

Sila se pasó la tarde bebiendo en una taberna, lamentando no poder arropar a su hermana, que en esos momentos estaría siendo conducida a casa de su marido por una procesión de antorchas.

En esas el muchacho empezó a sentir pena por Afranio, que se había quedado solo en el apartamento del Argileto, obligado a recurrir a la masturbación probablemente. Ebrio, decidió volver con él para alegrarle la noche. Cuál fue su sorpresa cuando, al subir las escaleras, reconoció los jadeos de Afranio provenientes del apartamento de la primera planta, entrelazados con los de su casera.

Que ambos se acostaban siempre había sido obvio para Sila, pero en ese momento se tomó como una ofensa que Afranio no hubiera esperado a su regreso. Llevado por los celos y la embriaguez, se puso a aporrear la puerta con un puño. Los jadeos y gemidos tardaron en apagarse.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

Se trataba de la casera, que respondía al nombre griego de Nicópolis.

—Sila. Lucio Cornelio Sila.

Primero se hizo el silencio. Luego se escuchó el crujir de las tablas de madera del suelo, a Afranio maldecir y las bisagras mal engrasadas chirriar al abrirse la puerta tímidamente hacia el interior.

—Creí que no ibas a volver —balbucéo Afranio, que se había envuelto la cintura a toda prisa con las sábanas de su anfitriona, pero disimulaba mal su erección.

Los ojos grises de Sila se recrearon un poco más en los pliegues de la tela y en la silueta que traslucía antes de subirle por el torso —que se hinchaba y deshinchaba como un fuelle para recobrar el aliento— y llegar al rostro arrebolado y sudoroso de Afranio, que evitó cruzar su mirada.

—Creíste mal —dijo el muchacho, y se adelantó para plantarle un beso voraz en los labios.

—Estás borracho —dijo Afranio tras dar un paso atrás—. Espérame arriba.

—¿Mientras tú terminas con ella? —le reprochó Sila, que dio un paso hacia él.

—¿Por qué no los dos? —sugirió la casera desde el interior del apartamento.

Sila se puso de puntillas para echar un vistazo por encima del hombro de Afranio. Nicópolis se encontraba desnuda, de pie, apoyada en el marco de la puerta del dormitorio. Su piel rivalizaba con la de él en palidez, lo que resaltaba cada marca de roce, mordisco o azote. Pero, mientras que el cabello de Sila era rubio con destellos cobrizos, el de ella era negro y reluciente como el plumaje de un cuervo. Y largo. Para salir de casa, las veces que Sila se la había cruzado en el rellano, ella lo llevaba recogido en una larga trenza de estilo griego que le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Ahora, no obstante, lo tenía suelto y salvaje, como la melena de un león. Los mechones oscuros caían en cascada y formaban bucles por delante de sus hombros, a modo de velo negro sobre sus generosos senos.

—No creo que seas su tipo, querida —se apresuró a decir Afranio.

—¿No se le levanta con mujeres? —preguntó Nicópolis a su espalda.

—Por supuesto que sí —dejó claro el muchacho—. Además, la tengo más grande que él.

Nicópolis dejó escapar una risa sugerente, y él, que aún permanecía de pie en el rellano, se mostró decidido a entrar.

—«Es preciso remar antes de llevar el timón»[9] —dijo Afranio en griego al interponerse.

Nicópolis, otra gran aficionada al teatro, rio de nuevo. Pero a Sila la condescendencia de Afranio no le hacía ninguna gracia.

—¿Te crees que solo me he acostado contigo? —dijo antes de apartarlo con un empellón.

Al estar ubicado en la primera planta, el apartamento era espacioso, y tan lujoso como podía ser un apartamento en la Subura. En las paredes se habían aplicado directamente pinturas que se transparentaban sobre los agrietados tablones de madera: falsos jardines flotantes, rígidas palmeras y estilizados camellos bactrianos avanzaban por un desierto de ocre, y un tigre de colores imposibles acechaba un venado con cuernos de coral. Todo era un intento desesperado por transmitir una riqueza y un exotismo que el artista solo conocía de oídas. Un hilo de pan de oro deslucido delineaba los techos, brillando con un reflejo engañoso.

El mobiliario era una mezcla de estilos sin coherencia: un triclinio de madera oscura con patas talladas en forma de leones persas, mesas de ébano deslucidas con incrustaciones de marfil sucio, cuencos de latón labrado que parecían recién llegados de un bazar oriental, lámparas de bronce oxidado que imitaban la figura de una esfinge, con rasgos demasiado duros para ser griegos. Del dintel de las puertas que comunicaban con otras habitaciones y pasillos pendían gruesas cortinas de colores violentos, y el aire estaba

impregnado de un penetrante olor a incienso de mirra.

Aquel pastiche de decoración evocaba falsos recuerdos de Babilonia y Samarcanda, en cuyos templos bárbaros Nicópolis bien podría haber ejercido de prostituta sagrada. Era muy hermosa, pensó Sila, con ojos de un verde terroso y labios acarminados; tenía una nariz prominente y ligeramente curvada hacia abajo, como de halcón, que le daba personalidad sin afearle el rostro. Ella seguía de pie en el umbral del dormitorio cuando el joven alargó las manos sudorosas para tocarla. Pareció sorprendido de que no se desvaneciera, como uno de esos señuelos de la diosa Hera en la mitología griega.

—Cierra la puerta, Afranio, y ven —ordenó Nicópolis mientras guiaba a Sila de la mano hasta la cama deshecha.

IV

Senatus consultum ultimum

El Foro era un espacio abierto en mitad de la ciudad, cercado por templos, basílicas y otros edificios públicos. Allí, los industriosos équites sellaban operaciones financieras por valor de millones de sestercios con el mismo apretón de manos firme con el que sus antepasados zanjaban la compraventa de unas reses. Organizados en sociedades de publicanos con inmenso capital detrás, también competían entre ellos para adjudicarse los suculentos contratos públicos que el Senado sacaba a concursos: para construir un nuevo acueducto, extender las calzadas, explotar las minas propiedad del Estado o recaudar impuestos en las provincias. El homicidio de un lictor, por truculento que fuese, no iba a paralizar toda aquella actividad.

Cuando los senadores, convocados por el cónsul en el templo de Cástor, cruzaron el Foro esa mañana, reconocibles en la distancia por la banda ancha púrpura del hombro de sus túnicas, su procesión concitó apenas las miradas curiosas de los prestamistas apostados, como de costumbre, junto al *puteal Scribonianum*.

El templo estaba elevado sobre un zócalo de siete metros de altura. Los senadores subían por dos escaleras laterales hasta una plataforma intermedia que servía de tribuna de oradores y luego continuaban hasta el pórtico por una escalinata frontal.

Opimio se había apostado en la plataforma y les iba estrechando

muy ostentosamente el antebrazo a los *patres* más destacados. Escauro difícilmente podía contarse entre estos. Tenía cuarenta años y había pasado por el edilato sin pena ni gloria. Los ediles organizaban los juegos y espectáculos públicos, pero estos solo eran memorables si los organizadores tenían dinero, pues el Senado únicamente sufragaba una pequeña parte. Otra época le habría disculpado a Escauro su pobreza en atención a su linaje, pero hacía ya mucho que la nobleza del patricio no valía tanto como la riqueza de un plebeyo.

Siendo adolescente, su padre, con los dedos de las manos oscurecidos del negro de humo que vendía a los libreros del Argileto, había comprado allí un librito de poemas griegos para regalarle. Escauro, que entonces tenía otros intereses, no lo había leído hasta años después de la muerte de su progenitor, pero, cuando finalmente lo hizo, se le grabaron en lo más profundo de su ser unos versos de Teognis de Mégara. Los trajo entonces a la memoria mientras subía la escalinata del templo con la vista clavada entre los omóplatos del Macedónico:

> *Cirno, esta ciudad aún es la nuestra, pero sus habitantes son otros.*
> *Antaño, ignorantes del derecho y de las leyes,*
> *cubríanse el cuerpo con pieles de cabra y pacían,*
> *cuales ciervos, al otro lado de las murallas.*
> *Estas son hoy las gentes de bien, Polipaides, y los buenos*
> *de antes son los villanos. ¿Quién es capaz de tolerar algo así?*[10]

Un súbito alboroto al pie de la plataforma interrumpió el hilo de sus pensamientos. Al asomarse al pretil, vio a la multitud que abarrotaba el Foro abrir camino a los familiares del lictor asesinado, que traían con ellos su cuerpo amortajado.

—¡Justicia para un servidor público vilmente asesinado, *patres*! ¡Justicia! —demandaban sus hijos y su viuda, que habían contratado a plañideras profesionales, a juzgar por las mujeres vestidas de negro que marchaban detrás.

Estas sollozaban, se tiraban de los pelos, picaban el suelo con los talones desnudos y se hincaban de rodillas para derramar sus lágrimas sobre el calzado de buen cuero de los senadores, a los que lograron escandalizar.

—¡Qué atrocidad! —decía Léntulo.

«¿Quién lo ha pagado?», se preguntó Escauro.

—¿Dónde están Cayo Graco y Marco Fulvio? —preguntó Lucio Metelo al aire—. ¿Qué están tramando esos canallas? ¿Quién será el próximo ciudadano al que maten sus sicarios?

—El Senado está llamado a deliberar sobre los hechos —recordó Opimio a los presentes.

—¡Deliberemos, pues! —espetó el *princeps Senatus*.

Este, tras recolocarse la toga, ascendió con sorprendente agilidad la escalinata para internarse el primero en la cella del templo. Los familiares y amigos de los senadores, que los acompañaban desde la puerta misma de sus casas a modo de séquito, se congregaron en el pórtico, junto a las puertas de bronce del santuario, desde donde pudieran escuchar algo de la sesión. Los más jóvenes todavía se encaramaron al plinto de las columnas y se abrazaron al fuste de madera renegrida por el paso de los siglos.

Dentro, Opimio subía ya a la tarima sobre la que descansaba su escaño, la marfileña silla curul sin respaldo.

—Mi alocución será breve, *patres conscripti*. Ayer por la mañana un crimen nefando perturbó el normal desarrollo de la asamblea en el Capitolio: un sicario asesinó de una puñalada trapera al lictor Quinto Antilio, cuyo lívido cuerpo acabáis de ver. El sicario era cliente

de Cayo Sempronio Graco. ¿Qué interés podía tener un hombre tan poderoso y de tan alta cuna como Graco en asesinar a un ministro tan humilde como Quinto Antilio? Sin duda el sicario fue enviado para asesinarme a mí, el cónsul, pero, al no poder sortear mi guardia, tuvo que contentarse con matar a uno de mis lictores. Bueno, ¿acaso va a conformarse su patrón con tan pequeña pieza, cuando su intención era cobrarse la vida de un cónsul romano?

»Conmigo muerto, Graco y su aliado Fulvio arrojarían la República a la confusión y el desorden. Los latinos, a los que ellos prometieron la ciudadanía y a los que yo reprimí hace unos años, se levantarían en armas y marcharían contra nosotros. Mi colega, Fabio Máximo, que se encuentra en la Galia con las legiones, no llegaría a tiempo de detenerlos y el Senado se vería obligado a capitular. Graco se proclamaría rey para tiranizaros, como su hermano Tiberio intentó hace once años. Tal es la situación. Este asunto, *patres conscripti*, os lo referimos a la espera de vuestro consejo. Publio Léntulo, *quid censes?*

El anciano *princeps Senatus* carraspeó para aclararse la voz:

—Seré igualmente breve, pues la situación es de una gravedad extraordinaria. Opino que el Senado debe decretar que el cónsul Opimio haga todo cuanto esté en su mano para que la República no sufra daño alguno. Lo que propongo es un «senatus consultum de re publica defendenda».

Hubo un clamor a sus espaldas de senadores afines previamente aleccionados, pero la mayoría no entendía bien lo que Léntulo proponía. Hubo murmullos y expresiones confusas. Todo el mundo permaneció quieto.

—Y tú, Quinto Metelo, *quid censes?* —preguntó el cónsul.

Un silencio sepulcral envolvió a todos los presentes a la espera de que el Macedónico se pronunciase.

—En lo que refieres al Senado, cónsul, concurro con Publio Léntulo.

Inmediatamente, una tromba de senadores de menos talla cruzó la sala para arropar al Macedónico. Como él opinaron la mayoría de los senadores de primera fila, excónsules todos, hasta llegar al *pontifex maximus* Publio Mucio Escévola, un anciano cuya sobrina estaba casada con Graco. El *pontifex maximus* —primo de aquel otro Escévola augur, que asentía a sus palabras desde su propio escaño— opinó que las acusaciones vertidas contra Graco eran muy graves y que debía esperarse a que él mismo se uniera a la sesión para defenderse. Claudios y Licinios, representantes de grandes familias aliadas con los Sempronios, concurrieron.

—Graco y Fulvio han recibido la convocatoria como todos los demás —detuvo el debate el cónsul para hacer unas precisiones—. No están de misión oficial, ni pueden argüir para excusarse los achaques propios de una edad provecta. Si no están aquí, es porque no han querido venir. No han querido venir porque no tienen intención de desvelar sus propósitos. No la tienen porque estos son aviesos.

Los senadores guardaron silencio, aunque ninguno tan ponderativamente como Marco Livio Druso. Aquel político joven e idealista competía directamente con Graco por el favor popular, pero su rivalidad no estaba motivada por la inquina, sino por la creencia de que Graco conducía a la plebe a un callejón sin salida. Por fin Druso cruzó la sala para unirse a los Metelos, y con él otro montón de senadores, lo que inclinó de manera definitiva la balanza.

—*Haec pars maior videtur* —proclamó el cónsul—. El *senatus consultum* queda aprobado.

V

El deber de los Sila

Sila, Afranio y Nicópolis durmieron toda la mañana en la espaciosa cama del dormitorio, cuyas mantas bordadas con motivos geométricos e hilo de oro eran una burda imitación de tapicería oriental. Los despertó una chiquilla que trabajaba para Nicópolis como doncella.

—Alguien te busca, señor —dijo a Afranio con voz temblorosa y los ojos tapados para no ver cómo los varones se vestían.

Afranio se asomó al rellano. Efectivamente, en la planta de arriba alguien aporreaba su puerta.

—¡Sal, por todos los dioses!

Se trataba de su hermano Aulo, mucho menos bohemio que él. Aulo no habría bajado a la Subura a buscarlo si no pasase algo verdaderamente importante.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras subía las escaleras.

—¿De dónde coño sales? —replicó Aulo en vista de la apariencia desaseada de su hermano.

—Por una vez de un coño, sí —le confirmó este.

—¡Las Furias te lleven! No te soporto —repuso su hermano más serio de lo normal y se volvió para bajar las escaleras. No parecía tener un minuto que perder.

—¿Me vas a decir qué pasa?

—El Senado ha declarado la guerra a Graco y Fulvio —contestó sin

dejar de darle la espalda a su hermano.

—¿Cómo? ¿Por qué? —quiso saber este, genuinamente interesado.

Un par de literas los esperaban en la calle, así como una escolta de esclavos armados.

—¿No lo sabes? ¡Han matado a un lictor! ¡Un lictor del cónsul! ¡Y en el Capitolio! Esta mañana el Senado se reunió de urgencia y aprobó un *senatus consultum*, que es un cheque en blanco al cónsul para que haga lo que quiera. Opimio nos ha ordenado a los équites tomar las armas y presentarnos en el Foro al atardecer; cada uno deber ir acompañado al menos por dos esclavos también armados.

—¿Y vas a ir? ¡Creí que apoyabas a Graco!

—¡Me equivoqué! Marco Druso tenía razón. Estaré del lado del cónsul. Y tú también, por Júpiter.

Afranio se frotó la barba de tres días al tiempo que procesaba toda aquella información.

—Dame un minuto —dijo, y volvió a subir los escalones de dos en dos.

—¿Qué sucede? —preguntó Sila, que había escuchado la conversación desde el rellano.

—Me tengo que ir. Será mejor que no salgas.

—¿Por qué?

—Porque va a haber muertos en las calles.

Los comercios del Argileto habían cegado sus portadas y ventanales y no quedaban mujeres o niños a la vista. Mientras Sila esperaba frente a la puerta de su casa —el portero se resistía a dejarle pasar hasta tener confirmación del *pater familias*— vio a un grupo de hombres vestidos con sayo bajar la calle escoltados por gladiadores.

«La cosa va en serio», pensó.

El portero regresó del interior con autorización para darle paso. Dentro Sila se topó con que Atreo y Tiestes empuñaban sendas espadas cortas. Su padre los había armado en cumplimiento con el edicto del cónsul y ahora se abalanzaba sobre Sila, en cuya mano puso un gladio también. No le preguntó, como era habitual, de qué cloaca o burdel venía, sino que lo agarró de la nuca firmemente y le dijo:

—Eres un hombre y un patricio. Nuestro deber es defender la República. Esta es tu última, ultimísima oportunidad para demostrarme que eres digno de llamarte Sila e hijo mío, ¿has entendido?

Un brillo maniaco asomaba a sus ojos inyectados en sangre. Mientras la madrastra de Sila lloraba detrás de él, su progenitor se puso a relatar cómo aquella hoja centenaria procedía del botín de guerra que su más que ilustre antepasado, el dictador y dos veces cónsul Publio Cornelio Rufino, había reunido tras derrotar en batalla a los samnitas, encarnizados enemigos de Roma.

—Contempla su rostro —dijo señalando la máscara mortuoria de Rufino.

Su familia la conservaba en un gabinete de puertas simétricas en el atrio de la casa, junto a las de sus descendientes: seis generaciones de Cornelios patricios. A fuerza de lecciones intensivas acompañadas de varazos, Sila conocía cada pétreo surco en aquellos rostros de terracota pintada casi tan bien como las hazañas de los personajes representados. Furtivamente, comparó aquellas facciones con las de su progenitor, que estaba desdentado, tenía la piel hinchada y llena de manchas, y el poco pelo que aún le quedaba sobre las orejas y el cogote era de un gris plateado que lo hacía parecer mayor de lo que en realidad era.

El padre mandó a su hijo cambiarse inmediatamente de atuendo.

Debía ponerse el sayo, de carácter marcial, sobre la cota de malla que vestía en las maniobras del Campo de Marte, solo que ese día no iba a participar en un simulacro. Sila no discutió con él, pues era evidente que estaba desquiciado. En el pasillo se topó con Publio, que fisgoneaba con la espalda pegada a la pared. Su medio hermano, cuatro años menor, se le parecía físicamente en todo menos en el color del pelo, que era castaño oscuro como su madre y no rubio como sus hermanos. Una vez, cuando Publio tenía seis años y él diez, a Sila se le ocurrió la desternillante idea de tiznarse la palma de la mano antes de revolverle el cabello juguetonamente.

—¡Mira qué sucio tienes el pelo, Publio! ¡Me has dejado la mano negra! ¡Por eso lo tienes marrón y no rubio! ¡Qué niño más guarro!

Sila se había partido de risa a costa de generarle un trauma a su hermano, que ese día acabó llorando. A pesar de todo, Publio lo idolatraba.

—¿Padre te ha dado una espada? —preguntó el mozo de trece años con ojos desorbitados.

—Ve a tu cuarto inmediatamente y cierra la puerta —le ordenó Sila.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —repuso, y, agarrándolo de la nuca, lo mandó a su cuarto con un puntapié. Lo último que quería en ese momento era que su padre se acordara de que tenía dos hijos.

—¡Nos vamos a cumplir con nuestro deber! —proclamó el *pater familias* en el vestíbulo después de que su primogénito regresase vestido con el sayo y cota de malla.

Él mismo abrió la puerta desvencijada y ordenó salir a Sila y a los dos esclavos. No hizo ningún caso a los ruegos de su esposa, pero, luego de ordenarle esperar a su regreso en casa de César, la tomó de la nuca y presionó los labios contra su frente para darle un

sentido beso de despedida.

VI

Los publicanos

Al anochecer Opimio había reunido un pequeño ejército entre voluntarios romanos y mercenarios cretenses reclutados originalmente para mandarlos a combatir a la Galia. Parte de sus fuerzas la envió a asegurar el Capitolio, parte la estacionó consigo en el Foro. Los seguidores de Graco y Fulvio se contaban por miles. Habían ocupado el distrito del Velabro y montaban guardia en torno a la casa de Graco.

—Fulvio tiene experiencia militar y capacidad para armar a la muchedumbre —advirtió el Macedónico.

—Tres mil hombres son más que una muchedumbre, ¡son un ejército! —observó Léntulo—. Los tres mil ciudadanos que Graco reclutó con el pretexto de poblar la colonia de Cartago al fin revelan su auténtico propósito: ¡servir de milicia para subvertir el Estado!

Todos los presentes llevaban coraza, pero en el caso del *princeps Senatus* su apariencia era ridícula, pues sus enjutos miembros sobresalían como los de una tortuga arrugada de su caparazón, pensó Escauro.

—Calma, Léntulo —lo tranquilizó Opimio, que, además de coraza musculada sobre la cota de malla, vestía faldellín de *pteruges* y cáligas militares—. Mañana a esta misma hora habremos purgado la ciudad.

Se hizo el silencio. Opimio marchó a pasar revista a sus hombres y

los senadores se dispersaron y reagruparon en conciliábulos menores. ¿Qué había querido decir el cónsul con lo de purgar la ciudad? Escauro se hacía una idea. Solo en una ocasión había visto esa misma mirada de zelote asomar a los ojos de Opimio. Había sido cuatro años antes, durante su pretura, cuando el Senado lo mandó con una legión para meter en vereda a los habitantes latinos de Fregelas, que se habían rebelado. Excepto que el pretor no se conformó con nada menos que arrasar la ciudad hasta los cimientos, matar sin miramientos y vender a los supervivientes como esclavos.

Un mensajero del cónsul se acercó entonces a Escauro. Opimio requería su presencia.

Opimio recibió a los adinerados portavoces de los publicanos, que también hacían de portavoces oficiosos de los équites, sentado en la silla curul de patas corvas. A su derecha Escauro permanecía de pie, con las manos cruzadas sobre el bajo vientre. El crepitar de los braseros resonaba en el vestíbulo del templo.

—El senador Cayo Papirio Carbón me ha dicho que queríais una audiencia conmigo —habló Opimio en primer lugar.

El cónsul dirigió la mirada al senador de toga blanca, blanquísima, que acompañaba a los dos équites. Carbón, un soberbio orador, era candidato al consulado del año próximo, de ahí su toga blanqueada con tiza, como era tradición entre quienes pedían el voto. Por supuesto no iba a dejar que una minucia como haber sido uno de los más estrechos colaboradores de Graco se interpusiese en su ambición.

—Así es, cónsul —dijo el primer publicano—. Has pedido a los équites que se unan a ti, y los équites hemos respondido.

—Ah, ¿sí? No os veo preparados para la batalla —repuso Opimio tras barrerlos con la mirada, desde las cabezas repeinadas a los pies

calzados con coturnos de buen cuero negro. Ambos vestían túnicas de púrpura de Tiro y llevaban en las manos múltiples anillos con gemas engarzadas.

—Nuestros esclavos y libertos lo están. Y ya sabes cuán numerosos son —le recordó el segundo publicano.

Opimio sonrió forzadamente. Carbón también.

—Os doy las gracias. No será fácil para vosotros, dada la amistad que a muchos de vosotros os unía a Graco…

—Somos realistas, *clarissime vir*. Cayo Graco ha hecho mucho por nosotros, sí, pero no podemos condonar el asesinato del lictor…

—Sabéis que Graco no sobrevivirá a esto, y os arrimáis al sol que más calienta —lo interrumpió muy maleducadamente el cónsul, que se movió en el asiento buscando una posición tan cómoda como permitiese la silla sin respaldo.

—¿Y calienta mucho ese sol vuestro?

Se hizo el silencio. El sonido del crepitar los envolvió a todos de nuevo. Carbón ya no sonreía, y Escauro miró al cónsul por el rabillo del ojo. Opimio, con el codo apoyado en el reposabrazos, se había llevado el puño a la boca y apretaba visiblemente las mandíbulas.

—¿Qué queréis? —preguntó directo, cansado de rodeos.

—Graco aprobó algunas leyes buenas…

—Leyes que os benefician —precisó el cónsul—, como la que os entrega la recaudación de los impuestos del Asia.

—Por ejemplo —corroboró el segundo publicano, desapasionado, mientras jugaba con los anillos de sus dedos—. Queremos que se mantengan.

Opimio resopló en la silla y cambió su peso del reposabrazos derecho al izquierdo.

—¿Esas son vuestras condiciones?

—Sí.

El cónsul dirigió una mirada oblicua a Escauro, que permanecía impertérrito junto a él, con la boca muy recta.

—Dadme una hora para pensarlo —dijo—. Podéis marchar.

Los dos équites dieron media vuelta, escoltados hacia la salida muy obsequiosamente por el senador Carbón. Las suelas de sus coturnos repicaron en el suelo del vestíbulo según abandonaban el santuario.

—Debería mandarlos estrangular a los tres junto a Graco —dijo Opimio, que se incorporó al fin de la silla curul.

—Ni se te ocurra —repuso Escauro—. Son los équites más ricos de Roma, representan a los publicanos que mantienen en funcionamiento la maquinaria del Estado, y cuando han mencionado lo numerosos que son sus esclavos, no era bravuconería. Roma no es Alejandría, no tiene fuerza policial, y el cónsul no puede emplear tropas regulares dentro de la ciudad…

—Lo sé.

—… Dependes enteramente de que los équites secunden tu proclama y aporten voluntariamente hombres y armas.

—¡Lo sé! —gritó Opimio, que comenzaba a ponerse rojo.

Escauro no se achantó.

—Me has pedido consejo porque se lo ofrezco a los Metelos y no les va mal. Mi consejo es que aceptes sus términos.

—¿Y dejar que las leyes de Graco sobrevivan a Graco?

—Muchos en el Senado piensan que el problema no son las leyes de Graco, sino él mismo y su popularidad. ¿Por qué iba a ser inaceptable para la mayoría que se funde una colonia en Cartago? No es la colonia lo inaceptable, sino que Graco prometiese las tierras de África como si fueran suyas para repartirlas y no del Estado. A diferencia de Druso, otro amigo del pueblo, Graco no quería compartir con el Senado el rédito de sus políticas (¡todo lo

contrario!), y eso le creó enemigos, y a ti, aliados. Pero, cuando Graco haya desaparecido, muchos senadores que ahora están contigo te abandonarán sin dudarlo un instante —dijo—. No tendrás apoyos para derogar las leyes de Graco y te quedarás solo en esa colina. Y no te conviene.

—¿No? —dijo Opimio, con una ceja enarcada.

—No —enfatizó Escauro—. Si de verdad quieres purgar la ciudad, necesitarás instituir un tribunal especial para juzgar a los gracanos más recalcitrantes. Y todos los jueces se sacan del censo de équites.

—¡Por culpa de una ley de Graco, precisamente!

—Sí, la *lex Sempronia iudiciaria*, que no podrás derogar —insistió Escauro—. En cuanto lo intentes, los publicanos, junto con todos los équites, se unirán contra ti, y ese será tu fin. Además, planeas una masacre de ciudadanos romanos, ¿me equivoco?

—Con la cobertura de un *senatus consultum* en defensa de la República —le recordó el cónsul, que no negó la acusación.

—Con el debido respeto, cónsul, si te llevan a juicio, el pueblo se limpiará el culo con él. A menos que las centurias de ciudadanos más ricos se unan para absolverte. Por lo que, de nuevo: no te conviene soliviantar a los publicanos. Con su connivencia, en cambio, todavía podrás procesar a muchos individuos incómodos para ti y para ellos. Las sociedades de publicanos se hacen la guerra entre sí con mucha más ferocidad que los senadores. Si les ofreces la posibilidad de suprimir a la competencia, se volverán socios tuyos. Así funcionan ellos. Solo tienes que ofrecerles un buen trato.

Opimio lo miraba con los párpados entornados.

—Comprendo —dijo.

VII

La batalla del Aventino

Tras una larga noche, el ejército del cónsul amaneció con la noticia de que los sediciosos se retiraban del Velabro para ocupar en su lugar la cima del Aventino, como sus antepasados habían hecho para protestar contra la dominación de los patricios durante los primeros siglos de la República. Al mismo tiempo, enviaron a uno de sus jefes a parlamentar. Se trataba de Marco Fulvio, el aliado y protector de Graco; venía con un único acompañante, que sujetaba una cimbreante rama de olivo por encima de sus cabezas.

La presencia de Fulvio sorprendió a los senadores, que se sobrecogieron cuando el excónsul y curtido veterano los barrió a todos con una mirada de superioridad, como si no fuera él el que estaba acorralado. Su arrogancia era característica.

—Habla rápido —le instó Opimio, que lo recibió sentado en la silla curul, con los senadores de pie a su alrededor.

A Fulvio, que se había ganado un desfile triunfal tras combatir a los bárbaros más allá de los Alpes, no le arredró la aspereza del cónsul.

—La muerte del lictor ha sido un triste error. Él abusó verbalmente de la plebe reunida en el Capitolio, pero no se merecía morir por ello. Ahora bien, ¿cómo es que el Senado romano, congregado en torno a su cuerpo, ha derramado lágrimas por un simple lictor, cuando no lo hizo hace once años por Tiberio Graco, cuyo cuerpo

fue arrojado al río a pesar de ser el de un tribuno de la plebe y por ello sacrosanto?

La voz de Marco Fulvio no era aguda ni impostada. Pese a haber adoptado un tono conciliador inusual en él, seguía siendo aquel trueno que restallaba sobre las cabezas de los legionarios en el campo de batalla. Haciendo gala de la nobleza de su estirpe —hasta diez veces adornaban su nombre y el de sus antepasados los fastos consulares—, Fulvio habló de concordia y de no repetir los errores del pasado. De cómo Cayo Graco, hombre gentil y nobilísimo, era el primer gran afligido por toda aquella situación. De cómo su esposa Licinia había llorado abrazada a sus rodillas frente a la puerta de su casa, temerosa por su vida…

—¿No os vais a compadecer tampoco de la hija de Escipión el Africano, la patricia Cornelia —dijo con tal convicción que parecía una acusación—, que ya únicamente encuentra solaz en Cayo, último superviviente de los seis varones que dio a luz?

Llegados a ese punto, los senadores murmuraban a espaldas del cónsul, que veía flaquear la determinación de sus seguidores. Opimio buscó la mirada cómplice de Escauro, quien ladeó un poco la cabeza para indicarle que Fulvio había hablado suficiente.

—¡Ya está bien! —exclamó el cónsul, que se incorporó al punto del asiento sin respaldo y se volvió a medias como para reprender a los senadores—. ¿Acaso se compadeció Graco de su madre cuando esta le rogaba no seguir los pasos del canalla de Tiberio? Regresa ahora con él. Dile a esa sabandija que no se esconda tras de ti como tras de un padre que le va a sacar las castañas del fuego. Que venga él mismo a rogar por su vida. El cónsul Lucio Opimio se lo ordena.

Fulvio asintió. Sin añadir nada más, se retiró llevando consigo el mensaje del cónsul. Este, con impaciencia manifiesta, ordenó poco después que sus hombres avanzaran a través del *Forum Boarium*

hasta el pie mismo del Aventino. Apenas había transcurrido otra hora cuando vieron de nuevo a alguien que portaba la vara de olivo bajar de la colina. No era Fulvio, sino su hijo Quinto. Dio igual que algunos senadores sintieran curiosidad por lo que el hijo de Fulvio tuviera que decir: Opimio mandó arrestarlo en el acto. Tras dar algunas instrucciones muy autoritariamente, se encasquetó la gálea, montó a caballo y se volvió a sus seguidores para dar la orden de ataque.

—¡A quien me traiga las cabezas de Graco y Fulvio le recompensaré con el peso de estas en oro! —exclamó a todo pulmón mientras recorría al galope la primera línea de su ejército—. ¡Haced correr la voz!

El cielo encapotado amenazaba lluvia otra vez cuando las trompetas resonaron para señalar el inicio del combate. Sila tragó saliva y comenzó a marchar colina arriba con su padre a la derecha y Atreo a la izquierda. Este último miraba a su alrededor buscando a todas luces la vía de escape más factible; el primero apretaba las mandíbulas y caminaba con los ojos desorbitados por una furia inexplicable.

Los envolvía el sonido de las suelas de cuero claveteado sobre los adoquines, el de la cota de malla tintinear bajo los sayos y el de la respiración ahogada de algunos hombres demasiado mayores para combatir.

La milicia rebelde se abatió sobre las tropas del cónsul blandiendo espadas largas de factura gala que Fulvio había atesorado como botín y recuerdo de sus campañas contra los bárbaros y que la noche anterior había repartido entre la multitud. Los mercenarios cretenses al servicio del cónsul se adelantaron entonces, tomaron las flechas de las aljabas, tensaron sus arcos y lanzaron una primera descarga.

Esta, con un silbido letal, dejó el suelo alfombrado de cadáveres.

Los defensores de la colina se acobardaron y optaron por replegarse hacia el templo de Diana.

—¡Adelante, adelante! —gritaba casi sin aliento mientras blandía la espada el octogenario Léntulo, subido a una especie de palanquín en la que lo transportaban sus esclavos.

Sila trataba de no separarse de su padre mientras las flechas de los cretenses, que ahora disparaban a discreción, pasaban silbando por encima de sus cabezas. Tiestes se había quedado rezagado al esforzarse, de un modo tragicómico, por no pisar los cuerpos tendidos por doquier. De Atreo no había ni rastro.

Sila había empezado a coquetear con la idea de seguir los pasos de este último cuando su padre lo aferró de la muñeca y comenzó a tirarle del brazo.

—¡Es tu última oportunidad! —repetía una y otra vez.

—¡Suéltame, viejo chocho! —protestó Sila, que ya se resistía a seguirlo colina arriba.

Mientras padre e hijo forcejeaban, uno de los cuerpos aparentemente inertes a sus pies revivió a tiempo de clavar un puñal hasta la guarda en la ingle del primero, que liberó la muñeca de su primogénito mientras caía al suelo con un grito de dolorosa sorpresa.

La mirada de Sila encontró la del hombre que acababa de abatir a su padre. El muchacho recordó sus escasas lecciones en el Campo de Marte y reaccionó rápido: antes de que su enemigo pudiera dotarse de una nueva arma, él le atravesó el cuello con la punta de su gladio. Era la primera vez que mataba a otro ser humano, y la sangre del enemigo le asperjó todo el rostro como en una suerte de macabro bautizo.

—¡Sila!

Era Afranio el que lo llamaba. Este, apostado con su hermano Aulo junto al templo de Juno Regina, había reconocido al muchacho rubio en la distancia y había ordenado a sus libertos, que eran más numerosos, correr a protegerlo.

—Maldito crío, ¿qué haces tú aquí? —le recriminó su amante, quien, sin soltar la empuñadura de su espada en ningún momento, le inspeccionaba el rostro en busca de alguna herida que explicase toda aquella sangre.

Sila, con expresión demudada, no despegó los labios. Se limitó a tragar saliva —tenía sabor metálico— y señalar a su padre, que gemía en el suelo con las piernas ensangrentadas. El mango del puñal enemigo asomaba por el bajo de la túnica teñida de rojo.

Afranio se agachó a examinarle la herida.

—Tiene mala pinta —dijo su hermano, acuclillado junto a él.

—¡No jodas, Aulo! —espetó y se volvió a los libertos—: ¡Tú! Trata de detener el sangrado. Vosotros, levantadlo del suelo. Hay que llevarlo al templo.

Uno de los libertos presionó la herida alrededor del filo del puñal con un trozo de túnica rasgado que enseguida se tiñó de rojo intenso. El senador malherido gritó de dolor y perdió el conocimiento.

—¡Se muere! —advirtió Sila, con un nudo en la garganta.

Atravesaron la calle, dejando un reguero de sangre a su paso. Su padre estaba lívido cuando lo depositaron en el suelo bajo el pórtico del templo. Allí se había refugiado Tiestes tras una de las columnas de madera; el esclavo entró en pánico cuando reconoció a su amo inconsciente.

—*Domine! Domine!* —vociferaba al tiempo que se abalanzaba sobre su cuerpo inerte.

Al percatarse de que la hoja que lo había abatido aún permanecía

hundida en su cuerpo, el esclavo profirió un grito, aferró el mango del puñal y lo extrajo de golpe.

—¡No! —gritó Afranio.

Demasiado tarde. La sangre brotó nuevamente y con mayor profusión de la ingle por el canal abierto que había dejado la hoja metálica.

—¡Idiota! —vociferó Aulo y soltó al esclavo una bofetada que le cruzó la cara—. ¡Lo has matado!

Sila se descompuso al oír aquello. Miró a Afranio a los ojos para demandarle la verdad, pero las pupilas de su amante lo rehuían. La lividez de los labios de su padre, no obstante, parecía inapelable.

—¿Ha muerto? —preguntó.

Afranio se inclinó sobre el senador para constatar que había dejado de respirar.

—Lo lamento —dijo.

Tiestes estalló en llanto como un niño pequeño. Sila, en cambio, quedó callado, con la boca muy recta.

—Lo siento —volvió a decir Afranio, que apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—Ya te oí la primera vez —respondió este, zafándose de su contacto—. La batalla sigue —le recordó.

Tenía razón, la cima del Aventino estaba sumida en el estruendo de alaridos y entrechocar de aceros.

—Por poco tiempo —repuso Afranio, consciente del número de cadáveres asaeteados que alfombraban la calle—. Quédate aquí. Regresaré para llevarte a casa —dijo y dejó con él a uno de los libertos para que lo protegiera.

VIII

La muerte de Graco

—¡Aprisa, *domine*, aprisa!

El esclavo de Graco tiraba de la muñeca de su amo mientras que en la otra mano sujetaba —más que empuñaba, dada su falta de destreza— una espada corta.

Habían conseguido escapar por los pelos de la masacre del Aventino, y los sicarios de Opimio les pisaban los talones tras casi darles caza en la puerta Trigémina, al este de la ciudad.

—¡Vamos, Letorio! —apremió Graco al último amigo que le quedaba.

Había estado tentado de quitarse la vida en el mismo templo de Diana cuando las fuerzas del cónsul iniciaron el ataque, pero Letorio lo había persuadido para no hacerlo y tratar de ponerse a salvo.

Graco tenía treinta y tres años y estaba en buena forma física. Podía correr. Si tras cruzar el puente sobre el Tíber conseguían caballos, la huida era factible.

—¡Vete! —exclamó Letorio.

—¿Cómo dices?

—¡Es el puente Sublicio! —le recordó su amigo, que señaló con el extremo de su espada los tablones de madera que pisaban.

Allí, siglos atrás, el soldado Horacio Cocles había plantado cara heroicamente al ejército etrusco.

—Es el destino —insistió Letorio, justo cuando los sicarios de

Opimio, al menos una veintena, que venían portando picas, se dejaban ver en la orilla del río—. ¡Vete!

Graco no dijo nada. El esclavo le tiró del brazo con más fuerza, y él reemprendió la marcha maquinalmente.

Dejaron atrás el puente y a Letorio. Frente a ellos se alzaba el monte Janículo, y, a sus pies, los jardines transtiberinos de numerosas familias pudientes. A los márgenes de la carretera, los ciudadanos los animaban a seguir, pero ninguno les brindaba un medio de escapatoria.

—¡Un caballo, malditos! —los increpaba Graco, que agitaba el puño, amenazadora pero impotentemente—: ¡Dadme un caballo!

Ellos no satisficieron su demanda, aunque continuaron jaleándolos, como a corredores de las Lupercales. Graco pensó que se estaban burlando de él, o que todo era una pesadilla.

—¡Alto, en nombre del Senado! —vociferaron a sus espaldas.

Sus perseguidores estaban ya encima de ellos. El noble sacrificio de su amigo apenas les había brindado unos instantes; suficiente tal vez para ponerse a salvo, si la apatía ciudadana no los hubiera condenado.

—¡Por aquí, *domine*!

El sendero que indicaba el esclavo se apartaba de la calzada y conducía a una arboleda. Quizá, si no podían escapar, pudieran ocultarse allí, pensó Graco, que siguió al esclavo cuando este se internaba en la espesura.

Sus esperanzas, no obstante, eran infundadas: los hombres de Opimio los habían visto adentrarse en la floresta y en poco tiempo les dieron caza a la sombra de los árboles.

—¡Deteneos! —les conminó Graco con la poca autoridad que todavía podía reunir.

Se sabía acorralado. No tenía escapatoria.

Quienes les daban caza intercambiaron miradas y risas perversas. El jefe de todos, que lucía una amenazante sonrisa de oreja a oreja, le dio su pica a uno de sus compinches para que se la sujetara un instante y se adelantó desenfundando la *spatha*.

—¡Septimuleyo, por todos los dioses! —exclamó Graco al reconocerlo.

Le temblaban las rodillas. Trató de darle el alto a Septimuleyo con la palma de la mano y un brazo extendido mientras con el otro aferraba la cintura de su criado.

Septimuleyo no retrocedió.

—Esta es la arboleda de las Furias —señaló Graco—. Si me matas aquí, te perseguirán por toda la eternidad.

Septimuleyo se carcajeó. Casi estaba sobre él.

—¿Es que no reconoces a las Furias cuando las tienes delante, Graco? —dijo.

Su víctima dio entonces por amortizada la vida y se abandonó al último abrazo de un esclavo.

IX

La cabeza de Graco

—La muerte de Marco Fulvio está confirmada. Su casa del Palatino será arrasada hasta los cimientos, y su cuerpo, arrojado con los de los demás rebeldes al río para que hagan compañía a Tiberio Graco. Los prisioneros, en tanto que se los aprehendió con armas, serán estrangulados inmediatamente. Los sospechosos de haber participado en la sedición serán procesados en un tribunal especial, presidido por mí…

—*Refer ad Senatum!* —clamó Quinto Mucio Escévola, el augur, que se puso en pie para interrumpir el discurso del cónsul—. ¿O es que no vas a preguntar nuestra opinión de toda esta locura?

—Ya tengo un *senatus consultum* que me permite tomar todas estas medidas en defensa de la República, ¿recuerdas, Quinto Escévola? —respondió Opimio—. Esta reunión la he convocado a mero título informativo. El tribunal queda instituido con efecto inmediato.

Un murmullo de sorpresa envolvió las bancadas en el interior del templo de Cástor. Ahora que era incontestable su victoria sobre una fuerza que no se correspondía con sus temores iniciales, los senadores repasaban más fríamente toda la cuestión. Muchos no se sentían cómodos con el destino reservado a tantos de quienes, a fin de cuentas, eran conciudadanos. Otros, en cambio, reconocían por lo bajo que no habría mejor ocasión de suprimir a sus enemigos y

secundaban aún el celo de Opimio.

—¿Qué destino cabe esperar para los procesados? —quiso saber Druso.

—La muerte o el destierro, si los jueces del censo ecuestre determinan su culpa.

—La *lex Sempronia de capite civis* estipula que solo la asamblea de las centurias puede condenar a un ciudadano a las penas que dices.

—Se ha dispensado al cónsul de obedecer la ley al pie de la letra. El *senatus consultum*…

—¡Un *senatus consultum* no puede suspender las leyes! —lo interrumpió Druso—. Me temo que estás equivocado, Lucio Opimio: si querías que alguien ejerciese ese poder, tenías que haber nombrado un dictador.

—Tiene razón —concordó Escévola.

Hubo renovados murmullos que la mirada maliciosa del cónsul, saltando de un escaño a otro, acalló.

—Vuestro *senatus consultum* de ayer, *patres conscripti*, pone en mis manos la defensa de la República hasta las últimas consecuencias. ¿Queréis que, pudiendo hacerlo, no extirpe el mal de raíz? ¿Creéis sensato que deje los restos del tumor dentro del cuerpo político para que continúe reproduciéndose?

—¡No! —vociferó Lucio Metelo, que se incorporó en su bancada.

Más noes resonaron en la estancia a medida que los senadores de menor edad se exaltaban. El Macedónico, sentado junto a Léntulo —que había recibido una herida en la frente durante el asalto al Aventino y lucía más descompuesto que nunca—, callaba.

—Nada impide que Quinto Escévola y Marco Druso hurguen en la legalidad de mis actos, si lo desean, el día de mañana —dejó claro Opimio—, pero hoy haré lo que debe hacerse.

—Hoy ya es muy tarde para poner remedio a tus equivocaciones —se atrevió a objetar Druso—. Nuestras equivocaciones…

Cuando el senador vio que a su alrededor nadie parecía tener algo que decir en su favor, o el ánimo para hacerlo, optó por tomar asiento.

—Míralo —dijo Opimio con desprecio—: cómo regaña a los suyos por no bailar al son de su música.

Escauro miró disimuladamente en dirección al corrillo de los Metelos. El Macedónico tenía un aparte con los de su clan, sin duda para pedir a su sobrino que moderase las muestras de apoyo al cónsul. A Escauro no le extrañó. Sentado un par de bancadas por detrás del sexagenario estadista, intuía las reservas de este hacia el inesperado liderazgo político de Opimio.

—No ha separado esos labios gordos en toda la sesión. No ha aplaudido ni una sola vez. Pero no me ha quitado el ojo de encima —prosiguió el cónsul—. Viejo cabrón. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto amigo de Graco a estas alturas?

—No, pero como a todos los viejos generales, le gusta que marchen tras él, no que le hagan marchar —explicó Escauro—. Hoy has dado muchos pasos sin consultarle.

—Que se rasque. Soy el cónsul, y él, un simple senador.

—No seas estúpido. El consulado es flor de un año, pero el poder que ese «simple senador» esgrimirá hasta la tumba ya lo quisiera yo para mí. Y tú también.

Se hizo el silencio entre ambos. Como la noche anterior, Opimio decidió escucharle.

—¿Qué me recomiendas hacer?

—No le menciones más inquisiciones y estrangulamientos, que los habrá —respondió Escauro categóricamente—. Háblale de la

necesaria reconciliación entre ciudadanos que vendrá después. Dile que quieres restaurar el templo de Concordia.

—Primera noticia de que quiero hacer eso.

—Quieres, hazme caso. Dile que admiras el templo de Júpiter Estátor que él mandó construir en el Campo de Marte hace veinte años. Que necesitas su consejo, su dirección…

Opimio se acariciaba el mentón y miraba hacia el Macedónico, meditando las palabras de Escauro, cuando de pronto Druso lo agarró bruscamente del brazo.

—Se dice que Graco y Fulvio no acudieron al Senado ayer porque no recibieron la convocatoria oficial. Que Graco, en cuanto se enteró por sus amigos, salió de su casa precipitadamente, con la toga sin ceñir, para tratar de unirse a la sesión, pero que esta ya había concluido. Que solo después de enterarse de que el Senado ya se había manifestado en su contra se dio la vuelta…

—… Y que derramó lágrimas frente a la estatua de su egregio padre, en el Foro —agregó Escauro con retintín—. No deberías prestar oídos a todo lo que se dice, Marco Druso. Si nos disculpas…

Escauro trató de llevarse a Opimio a otro lado, pero Druso aún lo tenía férreamente agarrado. Los lictores se aproximaron a la escena con decisión, pero ni aun así soltó Druso el brazo del cónsul.

—¿Acaso llamaron tus heraldos a las puertas de Graco y de Fulvio para decirles que habías convocado una sesión del Senado?

El cónsul se desembarazó con un movimiento brusco del brazo. Se recolocó al hombro los pliegues de la toga pretexta y, encarado a Druso, fue a decir algo cuando lo interrumpió el alboroto que se colaba en el vestíbulo del templo procedente del Foro. Una compañía de milicianos subía por la calle de los etruscos, que discurría entre la basílica Sempronia y el templo de Cástor. Portaban picas y, en una de estas, traían ensartada una cabeza.

La cabeza de Cayo Graco.

—¡Queremos ver al cónsul! —gritaban los sicarios al pie del zócalo y agitaban el crudo títere frente a los senadores horrorizados que se asomaban al pretil de la plataforma.

—¡Que traiga una balanza bien calibrada! —rieron.

Opimio bajó la escalinata del pórtico, dispuesto a satisfacer sus demandas. Los sicarios elevaron la pica y agitaron la cabeza ensartada a la altura del pretil para que el cónsul inspeccionase bien sus ensangrentadas facciones.

—¿Quién ha sido? —inquirió Opimio, que se echó hacia atrás no menos asqueado que complacido ante aquella visión—. ¿Quién le ha dado muerte?

El hombre que sujetaba la pica con el macabro trofeo clavado en su extremo subió la escalera lateral ovacionado por sus compinches.

—¿Cómo te llamas, ciudadano?

—Lucio Septimuleyo, hijo de Lucio, de la tribu electoral Publilia, natural de Anagnia —respondió este, que ofreció todas las señas posibles y ningún viso de remordimiento.

—¡Te conozco! —exclamó Cayo Carbón con una expresión de espanto—. ¡Eras amigo de Graco…!

—Y tú también, senador, o eso tengo entendido. Pero aquí estamos ambos.

Carbón se ruborizó y calló, lo que pareció divertir a Opimio. Septimuleyo se volvió hacia él.

—Creo haber entendido, cónsul, que prometiste entregar el peso de la cabeza de Graco en oro a quien te la trajese.

—Entendiste bien.

Las comisuras de los labios de Septimuleyo se contrajeron en una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes cariados.

—¿La pesamos? —dijo.

—¡Que la pesen! ¡Que la pesen! —jaleaban sus compinches a ras de suelo.

El cónsul mandó traer una balanza del cercano templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro público.

—Algo está mal —advirtió por lo bajo uno de los escribas del templo, sobre el que había recaído la ingrata tarea de anotar el peso de la cabeza.

En efecto, cuando colocó el cráneo de Graco en la balanza, la escala se hundió mucho más de lo esperado. Los senadores se miraron con desconcierto.

—Ábrele la boca —ordenó Opimio al escriba, en referencia a la cabeza cercenada.

Este obedeció a disgusto y enseguida reveló que el interior del cráneo de Graco había sido rellenado con plomo.

Septimuleyo se encogió de hombros, y hubo risas entre los espectadores. Los senadores, en cambio, se escandalizaron.

—Págale —ordenó, no obstante, el cónsul—. Y que alguien arroje esa basura al Tíber —agregó, con dificultad para hacerse oír por encima de los gritos jubilosos de la multitud.

—¡Esto es un ultraje! —protestó Léntulo, con la cabeza vendada.

—No, *princeps Senatus*, esto son gajes del oficio —le corrigió Opimio—. El truhan ha demostrado ser más inteligente que nosotros. Tomamos nota para la próxima vez —dijo y dirigió una mirada oblicua a Escauro.

X

Princeps Senatus

Léntulo y el Macedónico habían accedido a cenar en casa de Opimio para que este les explicase mejor su proyecto de restauración del templo de Concordia que se ubicaba en el Foro, al pie del Capitolio. El dictador Marco Furio Camilo lo había mandado erigir hacía casi doscientos cincuenta años para simbolizar el fin de la disputa secular entre los patricios y los plebeyos que había desgarrado la República desde su fundación. Desde entonces los dos órdenes sociales no habían vuelto a enfrentarse, y dos plebeyos como lo eran Metelo y Opimio compartían mesa con los patricios Léntulo y Escauro en pie de igualdad.

—El templo fue restaurado por última vez hace noventa y seis años —explicó el cónsul, que tenía la lección bien aprendida y una copa de vino en la mano que balanceaba suavemente en el aire—. Su deterioro desde entonces es evidente.

—Desde luego —concordó el Macedónico, que, reclinado junto a Escauro en el lecho, alargó el brazo para alcanzar un poco de membrillo.

Sobre la mesa había bandejas de plata rebosantes de ostiones, cañadillas y vieiras, y en el centro, rodeado de higos negros, ciruelas pasas, membrillo y hierbas aromáticas, un gran cochinillo asado, cuya piel crujiente brillaba bajo la luz de las lámparas.

—Convendrás conmigo, Quinto Metelo, en que el mejor momento

para rehabilitarlo es este —prosiguió Opimio—. Y tal vez así Roma supere estos hechos lamentables.

Escauro no comía porque estaba concentrado en repetir para sus adentros, cual ventrílocuo, el discurso de Opimio. Por el rabillo del ojo observó cómo el Macedónico asentía con vehemencia mientras masticaba.

—Estoy de acuerdo.

—Yo admiro mucho el templo de Júpiter que erigiste en el Campo de Marte tras tu victoria en Escarfeya.

—El primer templo de la ciudad en ser construido en mármol —se jactó Metelo.

—En efecto. El arquitecto, tengo entendido, es el mismo que el del templo de Marte de Bruto el Galaico.

—Hermodoro de Salamina. No lo hay mejor ni más exacto en toda Grecia. Si lo quieres, lo tendrás, pero no te saldrá barato —rio Metelo.

—No escatimaré en gastos —le sonrió Opimio.

—En ese caso, querrás a los espartanos Sauro y Batraco para los mármoles.

—Por supuesto.

El cónsul levantó su copa para que un esclavo le escanciase más vino, y Léntulo, reclinado junto a Opimio en otro lecho, lo imitó. Escauro se fijó en que el vino, un magnífico tinto de las colinas de Sabino, había llevado una pantomima de rubor juvenil a su rostro, arrugado como una de las ciruelas pasas bañadas en miel que el anciano *princeps Senatus* se llevaba a la boca medio desdentada. El vendaje de la cabeza estaba manchado de sangre seca.

En toda su vida Léntulo no había hecho nada para merecer que los censores lo nombrasen cabeza de lista del Senado, salvo ser un parásito de Metelo. Aquel pensamiento hizo que a Escauro lo

inundase una oleada de desprecio hacia el octogenario y de pena por la postración de un cargo que, antes de caer en manos de Léntulo, habían ocupado meritoriamente Quinto Fabio Máximo Verrucoso el Aplazador, Publio Cornelio Escipión el Africano o el *pontifex maximus* Marco Emilio Lépido, este último por más de veinticinco años.

Mientras el Macedónico trataba de ilustrar al agreste Opimio con sus conocimientos de arte y arquitectura, Escauro no quitó ojo de encima a Léntulo, que muy pronto empezó a quedarse dormido en el lecho.

Algún día, pensaba Escauro, volvería a haber un *princeps Senatus* como los de antaño: severo, con autoridad, capaz de imponer respeto por sí mismo.

Algún día.

XI

La herencia de Sila

Mientras su madrastra, sin dejar de sollozar, zarandeaba y abofeteaba las mejillas lívidas del despojo que había sido su padre, el joven Sila, con el rostro aún teñido de rojo, había rebuscado en los cajones del *tablinum* y revuelto todos los documentos del finado. Trataba de localizar en vano las tablas enceradas que contuvieran las palabras mágicas: «Lucius Cornelius Sulla filius meus heres esto». [11]

—¿Qué buscas, *domine*? ¿Qué buscas? —había preguntó alarmado el atriense, que lo encontró sacando los cajones de sus rieles para vaciarlos sobre la superficie del escritorio.

—¡El testamento, maldita sea!

No estaba allí, le explicó el esclavo. Había dos originales, del puño y letra de su amo: uno se lo había entregado solemnemente y en presencia de testigos a Cayo Julio César; el otro se custodiaba en el santuario de Semo Sanco. El mismo atriense lo había depositado allí.

—¿Cuándo? —demandó saber Sila.

«Es tu ultimísima oportunidad», le había advertido su padre. Temía que este hubiese cumplido la peor de sus amenazas.

El esclavo balbuceó un poco, todavía conmocionado por la muerte del *pater familias*, y no menos de ver que el hijo, con el rostro ensangrentado, había puesto el *tablinum* patas arriba.

—La noche que te echó de casa —había contestado.

Sila nunca imaginó que su padre llegara a cumplir la amenaza de desheredarlo. Tampoco el resto de su familia, por la sorpresa que reflejaron sus caras durante la lectura del testamento en casa de César, después de que este y otros seis amigos, los más cercanos del difunto, dieran fe de que eran sus sellos los impresos en la cera de las tablas testamentarias.

Sustraídos los legados y las numerosas deudas, como la dote de Cornelia que aún debía pagarse a Nonio, el patrimonio resultante era ridículo para un senador. Su viuda era nombrada heredera universal de los mermados bienes, de los que Publio recibiría tres cuartas partes al cumplir la mayoría de edad. La mujer retendría la cuarta parte y tendría que pagar a su hijastro, reducido a la condición de simple legatario, un estipendio anual de nueve mil sestercios. Aquella precaria cifra preservaba a Sila de la pobreza absoluta solo para condenarlo a un limbo social, pues era imposible que con una renta tan ridícula pudiera vivir de acuerdo a los estándares de la nobleza a la que pertenecía por nacimiento.

Sila había decidido pleitearlo, en contra del consejo de todos sus conocidos. Envuelto en los pliegues voluminosos de la *toga virilis*, que no se había puesto casi desde su emancipación, comparecía ahora ante el tribunal del *praetor urbanus*, Quinto Marcio Rex.

—Nos ahorraré a todos la pérdida de tiempo —dijo este desde la silla curul, después de que la parte demandante expusiera, con pobre oratoria, su caso—: Acepta los nueve mil sestercios, Lucio Sila.

—Pero…

—No hay «pero» que valga. La otra parte ha traído a los siete firmantes del testamento —dijo, en referencia a los siete amigos del finado que arropaban a su viuda—. Los siete son ciudadanos de pleno derecho, équites y senadores; algunos son patricios de muy rancio abolengo, como Cayo César, que, además, es mi cuñado. ¿No

les voy a presuponer honestidad? Ellos dicen que tu padre los hizo llamar y que son sus sellos los que figuran en las tablillas enceradas. Estas te desheredan expresamente, ¿o no? ¿Qué vienes a aducir, pues? ¿Qué tu padre no estaba en sus cabales?

—No puede estar en sus cabales un padre que deja a su primogénito en la indigencia —osó intervenir Afranio, de pie junto a Sila y togado como él.

—Mejor un hijo en la indigencia que toda la familia —respondió el pretor—. No es este el primer padre que actúa para proteger el patrimonio de la prodigalidad de un heredero despilfarrador.

—¡Su único crimen es amar el teatro!

—Lucio Afranio, de la tribu electoral Velina, dime: ¿cuánto cuesta asistir a las representaciones?

El pretor se movió en la incómoda silla sin respaldo para apoyar su peso en el reposabrazos izquierdo; esperaba una contestación. Afranio frunció el ceño, pues anticipaba una burla.

—Nada —respondió mientras se ajustaba al hombro los pliegues de la toga.

—Eso tenía entendido. Conque el difunto Sila ha dejado a su primogénito nueve mil sestercios más de los que precisa para sufragar su amor por el teatro.

Los espectadores —pues la audiencia se realizaba en mitad del Foro— rieron, y Sila agachó todavía más la cabeza, hasta casi tocarse el pecho con el mentón. Todos los presentes lo miraban con interés desfalleciente menos dos: César, que lo compadecía secretamente tras su semblante aguileño, y su madrastra, a la que el cuerpo le pedía a gritos abrazarlo.

—Te conocemos, muchacho —prosiguió Rex al tiempo que pasaba a apoyar su peso en el reposabrazos derecho—. Mejor de lo que deberíamos, pues no frecuentas las mismas avenidas que los

ciudadanos respetables. No te hemos visto pegado a las puertas de bronce del Senado junto a la juventud más señalada, ni en el Campo de Marte practicando la *armatura* con los reclutas que se ejercitan allí. Estos dos años has preferido molificarte en los graderíos, rodeado de gentes de la farándula —dijo y dedicó una mirada oblicua a Afranio—. ¡Incluso se te ha visto cantar sobre la escena! Si esa es la profesión que has elegido, no requieres del patrimonio de un équite, mucho menos del de un senador. Tu padre, evidentemente, alcanzó la misma conclusión. Ahora ¡apártate de mi tribunal y no vuelvas! —sentenció mientras daba un manotazo al aire como el que espanta moscas.

—Te has cubierto de gloria, muchacho —le reprochó uno de los amigos de su padre cuando ambas partes se retiraban.

Sila estalló y, antes de que Afranio pudiera sujetarlo, se abalanzó para intercambiar golpes con él. Su madrastra chilló e hizo el amago de desmayarse. El pretor, en pie sobre la tribuna, mandó a los lictores sacar del Foro a Sila y a su acompañante.

—¡Por Pólux! —exclamó César, consternado.

—Se le han pegado los modales pendencieros de la Subura —observó su cuñado, que bajaba los peldaños del tribunal—. Una advertencia para todos los que criais a vuestros hijos ahí.

Nicópolis supo que la audiencia con el pretor no había ido bien solo con escuchar el paso con el que Sila y Afranio subían las escaleras.

El joven patricio, que venía con el labio roto y el cabello rubio revuelto por la pelea, cruzó el umbral arrastrando los pliegues de la toga y se hundió en un diván del salón. Los tigres y camellos casi transparentes lo recibieron burlones desde las paredes. Sus amantes se le sentaron cada uno a un lado. Nicópolis, vuelta hacia él, le puso una mano sobre la rodilla oculta bajo los pliegues de lana. Con la

otra le ofreció una copa de vino.

—Bebe.

Él vació su contenido de un trago. Un hilillo rojo se derramó por la comisura de sus labios ensangrentados, le perfiló el mentón y recorrió el cuello albo. Tras limpiarse con la toga, el muchacho se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y se agarró la cabeza con las dos manos. Estaba convencido de que aquel era el final de su vida, y solo había vivido diecisiete años.

—No es el fin del mundo —dijo Afranio, que le leyó el pensamiento.

—¿Cómo que no? Ya has oído al pretor. He sido deshonrado. Dependo económicamente de mi madrastra. La gente me mira como si fuese un monstruo. Soy el hazmerreír de toda la ciudad.

El muchacho se tapó la cara con las manos para que no vieran cómo se le anegaban de lágrimas los ojos, y Nicópolis miró a Afranio con preocupación. Este suspiró hondamente.

—Ya sabes que mi familia es picentina, de Cupra Marítima, a orillas del *Mare Superum*. Tenemos fundos por todo el *ager Praetutianus*, cruzando los Apeninos, y Aulo quiere que vaya pronto a echarles un ojo. Puedo llegar a ausentarme unos meses, así que ¿por qué no vienes conmigo?

Sila se sorbió los mocos.

—¿Estás seguro?

Afranio asintió.

—Además, me gustaría enseñarte algo que los picenos tienen en Ásculo y que Roma no tiene —agregó con misterio.

—¿El qué? —preguntó Sila, intrigado.

Afranio le sonrió.

—Un teatro de piedra.

XII

Cayo Mario

Galia Trasalpina.
Verano del 121 a. C.

Treinta mil almas romanas rezongaban tras los cuatro muros fortificados del campamento ubicado en mitad del país de los galos alóbroges.

Sentados al sol frente a las tiendas de campaña de lona parda, los infantes pesados sacaban brillo a sus corazas y yelmos empenachados sin levantar la vista.

Los vélites, ciudadanos demasiado pobres para costearse una armadura, practicaban en silencio con la jabalina y el arco en el campo de tiro, cuando no ocupaban a regañadientes sus horas con tareas más ingratas, como hacer más profundo el foso alrededor del campamento o vaciar las letrinas.

Los équites, reclutados para hacer honor a su nombre y servir como jinetes junto a las unidades de caballería aportadas por los aliados de Roma, pasaban taciturnos el cepillo por el lomo y las crines de sus caballos, a los que se aseguraban de abrevar con regularidad, pues era verano y hacía calor.

—Hay demasiado silencio —observó Cayo Mario, que se paseaba por el *cardo maximus* con cota de malla, faldellín de *pteruges* y casco empenachado bajo el brazo.

El cuestor barría el campamento con una mirada torva, ensombrecida por dos espesas cejas negras que se unían sobre un ceño permanentemente fruncido. Su rostro era redondo, con mentón hendido, oscurecido por la sombra de una barba que rodeaba sus labios carnosos.

—Domicio ha dado orden de hacernos el vacío —señaló a su lado Lucio Valerio Flaco, jovencísimo comandante de caballería—. Nuestros hombres pagan a los suyos con la misma moneda.

Mario negó con la cabeza.

—Unos hombres acuartelados en territorio hostil ni quieren ni pueden disimular la ansiedad con la que esperan refuerzos. Esto no es Roma: aquí no están para dar pábulo a las riñas de los *nobiles*.

El desdén con el que se refirió a los *nobiles*, aun en presencia de uno, habría delatado su humilde extracción, si acaso hubiera pretendido ocultarla. Mario sabía muy bien que eso era como tratar de tapar el sol con un dedo. Mientras que todo el prestigio y poder de nueve generaciones de Valerios Flacos caminaba a su lado, él era Cayo Mario a secas: un *homo novus*, como los *nobiles* llamaban despectivamente a los de su clase. Sin ilustres antepasados, su fama era la que él se forjase: antes soldado, luego tribuno militar, ahora cuestor.

—¿Entonces?

La voz de Flaco lo sacó de su ensimismamiento.

—Tienen miedo —respondió Mario mientras escudriñaba las caras largas de los legionarios.

Los romanos habían establecido su campamento en un claro abierto en espeso bosque que cubría la llanura aluvial, después de que el procónsul Cneo Domicio trasladase al norte el ejército procedente de las bocas del Ródano. Sabían que los bárbaros se estaban congregando en números sin precedente en el lado

izquierdo del Ródano, donde los galos alóbroges tenían su capital. Hacía semanas que los exploradores alertaban de los movimientos de las tribus bárbaras tras las colinas más occidentales. Decían que solo el ladrido de los perros de guerra era ensordecedor y que las fumarolas de las hogueras cuando la horda acampaba eran tantas que el vasto bosque de robles y hayas parecía haberse incendiado.

Por eso, cuando las dos legiones novatas del cónsul Quinto Fabio Máximo —arrancadas no hacía muchos meses de la apacible vida campesina— cruzaron la puerta del campamento, a los curtidos hombres de Domicio su número les pareció exiguo, demasiado exiguo.

—Hace calor —observó Mario, al que el sudor resbalaba por las sienes, cubiertas de cabello oscuro—. Lleva a tus hombres a nadar al río un par de horas. El ejercicio les hará bien.

—Y el baño, más todavía, por Pólux —agregó Flaco—. ¡Huelen peor que sus caballos!

Mario se despidió de Flaco en la puerta del *praetorium*, la tienda del comandante en jefe, flanqueada por lictores que montaban guardia día y noche y blandían las afiladas segures con los fasces.

El cuestor apartó la lona que cubría la entrada a la tienda y se internó en el interior penumbroso, alfombrado por pieles de lobo gris. Lo recibió una atmósfera lúgubre y sofocante, especiada con un aroma picante a incienso que ardía en turíbulos de plata.

El torso sudoroso del cónsul, postrado en su lecho, se henchía al compás de su dificultosa respiración. Junto al camastro, otros tres Quintos Fabios Máximos lo velaban con el apego artificioso de parientes aprovechados. El nombre era compartido por el hijo del cónsul, naturalmente, pero también por su primo y el hijo de este. Puesto que, de los dos primos, el que había llegado a cónsul era ya en su adolescencia el más pujante, todo el mundo reservaba para él

el orgulloso nombre de Fabio. El otro, lo bastante fatuo para vanagloriarse de haber sido en su juventud un barbilindo de frente y mejillas marfileñas, había adoptado como apelativo el frívolo —incluso salaz— mote de Eburno, que su hijo había heredado.

Eburno padre, nada más ver entrar a Mario en la tienda, se incorporó de la silla como un perro doméstico se eriza al ver aproximarse un extraño. Mario, por supuesto, lo ignoró y se volvió directamente hacia el médico del cónsul, un griego espigado de cabello gris.

—¿Cómo se encuentra? —demandó saber.

—La fiebre ha remitido —respondió el médico—. Sin embargo, le he palpado el abdomen y tiene el bazo inflamado. No es buena señal. Aunque ahora parezca más aliviado, es probable que en tres o cuatro días vuelva a empeorar. Debe reposar.

Mario miró por encima del hombro del griego hacia la figura postrada en el lecho.

—Acércate, Mario —lo llamó el cónsul, con la cabeza hundida en un almohadón que bebía con fruición el sudor frío de su nuca.

Los eslabones de la cota de malla tintinearon cuando el cuestor, con el casco ático todavía bajo el brazo, se aproximó al catre del comandante convaleciente.

—Dejadnos —ordenó Fabio a su médico y a sus parientes.

Estos obedecieron, si bien el primo del cónsul lo hizo a regañadientes.

—No somos primos de verdad —le recordó Fabio a Mario cuando quedaron solos, a modo de excusa—. Mi padre era hijo natural de Lucio Emilio Paulo; el suyo, de Cneo Servilio Cepión. Ambos fueron adoptados por Quinto Fabio Máximo en su lecho de muerte para perpetuar el nombre de la *gens* Fabia…

—Lo sé, conozco la historia. Y aunque no la conociese, salta a la

vista.

El cónsul era el nieto natural de un militar excepcional y demostraba las mismas aptitudes, mientras que, como comandante, Eburno había arrastrado su buen nombre por el fango a la primera ocasión cuando, siendo cuestor en Sicilia, dejó que unos esclavos rebeldes capturasen su guarnición. Aquello, ocurrido hacía diez años, detuvo en seco su carrera política.

—En el fondo siempre me ha inspirado lástima —suspiró el cónsul, como si leyese el pensamiento de Mario.

—Y se aprovecha de eso —repuso este con franqueza, consciente de que ningún otro general habría escogido a Eburno como legado.

—Me guste o no, lleva mi nombre. Es mi obligación echarle una mano. Desde luego no es el mejor comandante, pero los guapitos como él no lo tienen tan fácil como los rudos como tú. La tropa siempre se ceba con los guapitos, sobre todo si se corre la voz de que tienen una mancha de nacimiento con forma de rayo en el culo. No puedes lograr mucho si tus soldados te llaman «la putita de Júpiter» a tus espaldas —dijo y observó cómo el cuestor hacía un esfuerzo por contener la risa—. Siéntate, Mario.

Este tomó asiento en la misma silla pequeña plegable con respaldo de cuero que Eburno había dejado vacía, junto a la figura cetrina del cónsul.

—Vino —solicitó este.

Mario depositó el casco ático sobre la alfombra de piel y alargó el antebrazo, musculoso y velludo, para tomar entre los dedos gruesos como longanizas la copa de vino que un esclavo de Fabio acababa de escanciar. A continuación la acercó a los labios del cónsul para que este diese un sorbo y puso la otra mano bajo su barbilla, a fin de que no se derramase nada en el pecho.

Fue un gesto entrañable, casi filial, que Mario tuvo con su superior

por deferencia al rango, más que por genuino afecto. Su relación nunca había sido especialmente amistosa, aunque se conocían de hacía mucho.

Trece años atrás, el Senado había encomendado el asedio de Numancia a Publio Cornelio Escipión Emiliano, destructor de Cartago. Sin pensárselo dos veces, Mario, primogénito de un granjero acomodado, dejó la pequeña aldea en la que se había criado para alistarse en la caballería. Otros cuatro mil jinetes se presentaron voluntarios, la mayoría *equites equo suo* también, pero muy pocos se destacaron tanto como él. Ello despertó la envidia de los oficiales; entre estos, Fabio, que además de cuestor de Escipión era su sobrino por sangre.

Para Mario Fabio no era sino otro patricio de napia aristocrática que lo miraba por encima del hombro. Por eso era tanto más extraño que, recién elegido cónsul, hubiera pedido al Senado que le asignase al oscuro Mario como cuestor en aquella campaña.

—Gracias —susurró Fabio cuando terminó de beber, y su subordinado apartó el borde de la copa de sus labios—. Quizá muera. Domicio estará de enhorabuena.

—No está la cosa para festejos —confesó Mario—. Los exploradores han regresado. Cuentan más de cien mil guerreros galos acampados al otro lado del río, y todavía hay más que siguen emergiendo del bosque. Han tendido un puente de barcas sobre el Ródano para acelerar el cruce. Si queremos tener una oportunidad, debemos atacar primero y debemos hacerlo ya.

—Bien. Que las cornetas movilicen a todo el mundo. Y que mi palafrenero prepare los correajes para sujetarme a la silla del caballo.

—¿Crees prudente montar en tu estado? —preguntó Mario con el ceño fruncido—. El griego dice que en cuatro días las fiebres pueden

volver.

—Precisamente. Soy el cónsul, es mi ejército y esta puede que sea mi última oportunidad para ganarme el derecho a un desfile triunfal en Roma, como mis antepasados.

—Eso si no morimos todos —dijo Mario con franqueza.

—Yo prefiero morir en el campo de batalla y no postrado en la cama como un inválido. ¿Y tú?

El cuestor guardó silencio.

—Tranquilo —dijo Fabio—, sé dónde están mis límites. Me mantendré en reserva con la tercera línea de triarios. Tú liderarás las dos primeras líneas en la batalla.

Mario asintió muy lentamente. Era normal que, en ausencia, indisposición o muerte del cónsul, su cuestor tomase el mando. No había vuelta de hoja.

—Cumpliré con mi deber —se limitó a decir.

—Espero que más que eso.

—Soy un hombre simple, cónsul, poco dado a los acertijos…

—¿Perecer con el resto del ejército sería cumplir con tu deber?

—Sobre todo perecer con el ejército.

—Ah, sí —asintió Fabio con los ojos cerrados, como si pudiera verlo tras los párpados—. La postrera absolución para el general derrotado que se arroja a lo más grueso de las líneas enemigas, sin yelmo ni coraza, a fin de encontrar la muerte acuchillado y acuchillando… Sí, llegado el caso, Roma no espera menos de un Fabio. Pero tú no eres un Fabio.

—No.

—Te diré lo que espero de ti, Cayo Mario: la victoria. Eres un veterano de Numancia, y no cualquiera. Sabes en cuánta estima te tenía mi tío Escipión.

—Me honras diciendo eso, Quinto Fabio.

—Te honró mi tío, no yo. Hay quien dice que él fue excesivamente protector contigo; que, en su predilección hacia ti, tu juvenil arrojo y tu oscuro origen, traslucía ese carácter caprichoso y sensiblero que le hizo derramar lágrimas por Cartago. Lenguas peores llegaron a afirmar que se cobraba sus favores contigo por las noches…

—¡Jamás, por Hércules! —lo interrumpió Mario, genuinamente escandalizado ante la obscena insinuación—. El general echó a las prostitutas y adivinos del campamento, e hizo una hoguera con los catres más mullidos para que nadie durmiese sino en lecho de paja, empezando por él —rememoró, como si Fabio no hubiera estado allí para presenciarlo—. No he conocido hombre más incorruptible.

El cónsul asintió a aquellas palabras tan bien pronunciadas.

—Yo quiero creer que su juicio era honesto y que no se equivocaba contigo. Por eso cuando te eligieron cuestor te quise a mi lado. ¿O tú crees que mis legiones estarían mejor confiadas a mi primo Eburno?

—¡No! —espetó Mario, horrorizado.

—Bien. Ahora ¿me demostrarás a mí lo que Escipión vio en ti?

—Lo demostraré, por Júpiter.

XIII

La batalla sobre el Ródano

Mario y el procónsul Domicio, junto con una escolta de jinetes, esperaban poder celebrar una conferencia con el enemigo antes de la batalla.

Cneo Domicio Enobarbo era un hombre rollizo, de perfil aquilino y amplísima frente que cada año ganaba un poco más de terreno a su cabello pelirrojo, ya confinado a la parte alta del cráneo, la nuca y las sienes, donde se convertía en patillas de pelo cerdoso y cobrizo.

Su hijo adolescente, al que había traído de Roma para ganar experiencia militar, presentaba las mismas patillas pelirrojas bajo las guardas del casco ático. No era común entre los romanos dejarse crecer la barba, pero se decía que la del primer Enobarbo había adoptado su característico color cuando los dioses Cástor y Pólux tocaron la mejilla a uno de sus antepasados.

Una compañía de jinetes galopaba en su dirección. Aunque todos eran galos de pura cepa, el que iba en cabeza era todavía más digno de verse. Vestía pantalones celtas, llamados *braccae*, que llevaba sujetos con tirantes, y el torso, atlético y albo, lo traía desnudo a la manera de los guerreros bárbaros. La melena rubia, recogida tras la nuca y peinada con raya en medio, parecía resplandecer bajo el sol de mediodía, y el espeso bigote que se había dejado crecer sobre el prominente labio superior lo hacía parecer mayor de lo que era. Su único ornato, más allá de la exquisitamente labrada vaina de la

spatha que llevaba al cinto, era un torque de oro que le rodeaba el cuello.

En el bando romano también había galos, aunque menos pintorescos. Cratón, un caudillo saluvio medio helenizado a resultas de sus buenas relaciones con los griegos de Masilia, había jurado lealtad a Roma y servía en el ejército de Domicio como comandante de su escolta montada.

El procónsul se secó el sudor de la frente y se volvió a encasquetar el yelmo empenachado para recibir la embajada de los bárbaros.

—¿Quién va? —preguntó.

El intérprete ligur que lo acompañaba tradujo al celta, y el galo espectacular que lideraba la compañía respondió en el mismo idioma, extraño a oídos de Mario. El griego, lengua que a él todavía le era en gran medida desconocida, le parecía melodiosa, lírica y fluida. El celta, por el contrario, sonaba áspero, poco melódico y trufado de consonantes enérgicas, casi explosivas.

—Habla Congonnetiaco, hijo del rey de los arvernos y jefe de todos los galos, Bituito —tradujo el intérprete.

—No de todos —le recordó el saluvio Cratón.

Congonnetiaco no esperó a que el intérprete tradujese aquello y directamente escupió a los pies del caballo de Cratón.

—Pregúntale dónde está el rey Bituito —ordenó Domicio.

El intérprete ligur obedeció y Congonnetiaco respondió.

—Dice que un rey solo parlamenta con otros reyes y que los romanos no tenéis rey.

—Dile que soy Cneo Domicio Enobarbo, procónsul romano, y que hablo en nombre del Senado y el Pueblo de Roma.

El intérprete tradujo y Congonnetiaco dio su contestación. Sus compañeros rieron.

—¿Por qué ríen? —demandó saber Domicio, enojado.

—Ha dicho que usas muchas palabras para decir que no eres rey.

Las aletas de la nariz del gobernador se ensancharon de la ira.

—Nos vamos, por Hércules —declaró Domicio, que tiró de las riendas del caballo para dar media vuelta.

Su hijo, su escolta celta y el intérprete lo imitaron, pero no Mario, ni en consecuencia Flaco, lo que contrarió enormemente al procónsul.

—¡Esto es un insulto a la majestad del pueblo romano! —declaró Domicio, rojo de cólera.

—No lo creo. A él lo envía el rey y yo respondo ante el cónsul Fabio —le recordó Mario.

—Lucio Valerio —se dirigió Domicio a Flaco—, ¿condonas esto?

—El cuestor obedece al cónsul y yo obedezco al cuestor —contestó el joven patricio desapasionadamente.

El procónsul resopló como un animal aguijonado.

—¡Me llevo al intérprete! —espetó—. ¡Buena suerte con vuestro parlamento, Cayo Mario!

Domicio y los miembros de su escolta galoparon de regreso al campamento dejando solos a Mario, Flaco y los jinetes bajo su mando.

—¿Cayo Mario es tu nombre? —preguntó Congonnetiaco en latín, para su sorpresa.

—Así es.

—Conocemos el nombre «Domicio» —dijo, y movió despreciativamente la barbilla en la dirección en la que el gobernador se había marchado—. Domicio cometió crímenes contra nuestros hermanos boyos en tiempos de mi abuelo Luernio, cuando los elefantes cruzaron los Alpes por primera vez —explicó el príncipe galo, que hablaba latín con un fuerte acento, pero con aceptable

corrección.

—Sí, ese Domicio era el abuelo de este Domicio —aclaró Mario para su conveniencia.

Congonnetiaco se volvió a sus compañeros para trasladarles aquella información, y todos dieron muestras de alborozo.

—Por Beleno, nos regocija saber que vengaremos a nuestros hermanos boyos —dijo—. Pero no conocemos el nombre «Mario». ¿Quién fue tu padre y qué crímenes cometió? Cuenta.

—Mi padre era granjero, como su padre antes que él.

Congonnetiaco frunció el ceño con desconcierto, como si no estuviera seguro de haber entendido.

—Hijos y nietos de granjeros galos no comandan guerreros galos —dijo—. Guerreros, e hijos de guerreros, comandan. Granjeros, e hijos de granjeros, les sirven.

—En Roma el hijo de un granjero puede comandar, si el pueblo lo elige.

El príncipe enarcó una ceja rubia.

—Debiste ser granjero como tu padre, Mario. Ahora vas a morir.

—Eso lo decidiremos en batalla.

Congonnetiaco se carcajeó.

—Sois muy pocos.

—Suficientes.

—Mi padre desearía más para que sus perros no queden con hambre.

—Tu padre deseará no haber nacido cuando terminemos con él.

El galo frunció el ceño de nuevo y se irguió mucho en la grupa de su caballo.

—Quizá no te matemos. Quizá me divierta más hacerte esclavo y mandarte a cultivar mis campos. Como tu padre. ¡Adiós, Mario!

Y, dicho esto, el príncipe ordenó a su compañía retirarse.

—Tendrán que matarme a mí antes de poder hacerte esclavo a ti, Cayo Mario —declaró Flaco de pronto.

—Ni con todos los grilletes del mundo. Ahora vamos.

A principios de año, Domicio había derrotado a los bárbaros cerca de Vindalium, una fortaleza de los galos, más al sur. Pero las circunstancias eran diferentes: las fuerzas estaban mucho más igualadas y la irrupción en el campo de batalla de elefantes de guerra romanos había hecho cundir el pánico entre los galos, que rompieron sus filas. Ahora la mayoría de los elefantes estaban muertos y, en cualquier caso, la efectividad de estos animales descansaba sobre un elemento de novedad con el que ya no contaban. Los que aún quedaban vivos debían destinarse necesariamente a proteger los flancos del ejército y evitar que los galos, superiores numéricamente, efectuasen una maniobra envolvente, pero no a la ofensiva. La baza de los romanos era otra.

El Ródano era un río de importante caudal y peligrosas corrientes. La inmensa horda de guerreros galos, caballos y perros de guerra solo podía cruzarlo por un robusto puente de madera si no quería desviarse muchas millas hacia los vados. Parte de los bárbaros ya lo habían cruzado y, tras tomar posesión de ambas riberas, habían construido un segundo puente de barcas para acelerar el cruce de sus compatriotas.

Aunque el griego se le resistiera, Mario no era ignorante de la historia militar. Sabía, por ejemplo, que un puñado de guerreros espartanos habían contenido un ejército persa mucho más numeroso en el desfiladero de las Termópilas. La angostura del pasaje anulaba la fuerza numérica de los persas, que durante tres días cayeron como chinches frente a los griegos. El principio con los puentes tendidos sobre el Ródano era el mismo. La mitad de los galos aún

tenía que cruzar el río y solo podía hacerlo por el puente permanente o por el de pontones.

Los manípulos romanos marcharon al encuentro del enemigo en formación *quincunx*, con la infantería ligera de vélites por delante. Estos, que no llevaban más equipamiento que una lanza corta, una rodela y un casquete de bronce, iniciaron el enfrentamiento adelantándose para arrojar sus armas contra los bárbaros. Su tarea era provocar al enemigo para que cargase y luego correr de regreso a la formación para ponerse a salvo tras los manípulos de soldados más pesados: bisoños *hastati* en primera línea de batalla, *principes* en la segunda, curtidos *triarii* en la tercera.

—Los galos han mordido el anzuelo —pensó Mario en voz alta desde la grupa de su caballo al verlos cargar con el desorden que caracterizaba a los bárbaros.

El cuestor comandaba el centro del ejército, deliberadamente expuesto para tentar al enemigo, que avanzaba en masa con los flancos cubiertos por jinetes y carros.

Los galos confiaban en el colapso del centro romano. La disciplina era clave.

—*Hastati!* —vociferó Mario mientras recorría a caballo el espacio entre manípulos.

Los *hastati* —los soldados más jóvenes, deseosos de probar su valía— abandonaron la formación en *quincunx*, separándose de los manípulos de *principes* para adelantarse, compactarse y presentar así un frente sólido al enemigo.

—*Iacite pila!*

Los soldados adelantaron la pierna izquierda, levantaron sus jabalinas a la altura de la oreja derecha y las arrojaron contra el enemigo con toda la fuerza de sus músculos. Muchos galos de la primera línea murieron asaetados, pero sus camaradas pasaron por

encima de cuerpos y heridos como si nada.

—¡Desenvainad los gladios!

Los soldados desenvainaron las espadas cortas y se prepararon para resistir el envite refugiados tras el escudo oblongo y convexo.

—¡Sois un muro! —les recordó Mario a sus espaldas, vociferando por encima del sonido de las tubas romanas y de los gritos guturales de los bárbaros, cada vez más próximos—. ¡Mantened la posición!

Gotas de sudor resbalaban por las sienes de los soldados bajo los cascos de bronce. La espera se les hizo eterna, pero finalmente los galos embistieron.

Más bien, se estrellaron.

La línea había resistido. El enemigo hacía fuerza en vano contra la convexidad de los escudos romanos mientras buscaban un resquicio por el que introducir el filo de sus espadas.

—¡Atacad! —ordenó Mario.

Las puntas de los gladios romanos asomaron por encima de los escudos y se abatieron sobre las cabezas rubias de los galos como una lluvia letal.

Una y otra vez, una y otra vez.

—¡Avanzad! —ordenó el cuestor.

Sus hombres obedecieron pisoteando los cuerpos que se amontonaban al pie de sus escudos. Protegidos tras estos, avanzaron en formación cerrada.

—¡Empujadlos, por Júpiter! ¡Empujadlos al río!

Los flancos del ejército, reforzados por los elefantes, la caballería y los legionarios más veteranos, habían rechazado a los jinetes galos y habían iniciado una maniobra envolvente. La coordinación con el centro era total.

Los bárbaros peleaban con el río a sus espaldas —muchos ya con el agua por las canillas—, sin poder maniobrar ni recibir refuerzos: la

pinza de los flancos romanos y el avance del centro comprimía a los galos contra los puentes, bloqueándolos. Una mitad de la horda gala luchaba atrapada entre el Ródano y los gladios romanos, la otra se apelotonaba impotente sobre los puentes al tratar en vano de unirse a la refriega.

En esos instantes, la estructura del puente de barcas, sometida a fuerzas tan extremas, cedió. Los cables que fijaban los pontones al lecho del río se rompieron con un chasquido terrorífico, como de látigo, y el pánico cundió entre los bárbaros cuando el puente comenzó a deshacerse bajo sus pies. La estructura se retorcía y tambaleaba con un espantoso gemido de madera, como si fuese un ser vivo agonizante, y los guerreros galos se arrojaron o cayeron o fueron empujados por sus camaradas horrorizados a las aguas borboteantes. Muchos no sabían nadar y murieron ahogados al ser arrastrados por la corriente.

—¡El genio del río está de nuestra parte! ¡Los dioses nos sonríen! —repetía Mario a voz en grito para disparar la moral de sus soldados mientras blandía la espada por encima de la cabeza empenachada.

Después de todo y contra todos los hados, iban a vencer.

—¡El cónsul, el cónsul! —oyó decir a los hombres en ese instante, quienes, recortándose contra el cielo azul subidos a una montaña de cadáveres, señalaban hacia la retaguardia con el extremo de los gladios ensangrentados.

Mario miró hacia atrás con desconcierto. Fabio Máximo cabalgaba al frente de los manípulos de *principes* y *triarii*, que había movilizado para rematar la faena.

—¡Por Roma! —gritaba el cónsul como poseído, sujeto por correas a la grupa del caballo—. ¡Roma victoriosa!

Mario no quiso quedarse atrás cuando aquel pasó al galope por su lado y espoleó a su montura para unirse también a la matanza.

En una hora casi todos los galos yacían muertos.

—¡Estás loco, Fabio Máximo, por Hércules! —le reprochó el cuestor cuando todo hubo terminado, pero no pudo evitar hacerlo con una sonrisa que iba de una guarda del casco a otra.

—¡Debo de estarlo, Cayo Mario, porque te besaría!

El recuento de bajas fue rápido: solo quince muertos entre los romanos. Mucho más tiempo les llevó a estos despojar los cadáveres enemigos de los torques de oro y cualquier otro objeto de valor.

De regreso en el campamento, un sirviente ayudó a Mario a quitarse la coraza, el faldellín de *pteruges*, la cota de malla, las grebas y a desabrocharse las botas. Luego se sacó él solo la túnica empapada de sudor y se aseó a conciencia el rostro, las axilas y entre las piernas con el agua fresca de una jofaina. Solo recurrió al sirviente para que este le lavase los pies, doloridos y sucios de polvo, porque no quería agacharse. Por fin, sintiéndose higiénico, se puso una túnica limpia y unos coturnos más cómodos.

Mario acababa de dejarse caer en la silla tras su escritorio cuando un mensajero de Fabio irrumpió en su tienda.

—El cónsul desea verte, cuestor.

Este suspiró antes de levantarse para dirigirse hacia el *praetorium*.

—Buenas noticias, por Pólux —dijo nada más verlo el cónsul, que lo recibió de vuelta en el lecho, recostado contra varios almohadones.

—¿Más? —preguntó Mario mientras un sirviente le escanciaba vino.

—Sí —contestó Fabio con una sonrisa repleta de dientes—. Nuestra victoria ha sido tan aplastante que el rey Bituito desea rendirse a mí. Un emisario de los arvernos ha venido escudo en alto para hacerme llegar ese mensaje. El rey y su hijo Congonnetiaco se entregarán mañana por la noche en el puente sobre el Ródano. Tú

irás con un escuadrón de caballería para aprehenderlo y escoltarlo hasta aquí. —El cónsul hizo una pausa antes de sincerarse—: He hecho demasiado esfuerzo hoy. Mi médico griego está horrorizado, me ha advertido seriamente que debo reposar y reservar mis energías por si retornan las malditas fiebres.

—Puedes confiar en mí, cónsul.

—Eso está fuera de duda, Cayo Mario. Por favor, siéntate y bebe conmigo un rato. Luego da la orden de que esta noche se doblen las raciones de vino, pan, queso y salazón de la soldada. Se lo han ganado.

XIV

La traición de Domicio

A la noche siguiente, como el cónsul había ordenado, Mario se puso al frente de un escuadrón de caballería y galopó a la luz de la luna llena hasta el puente de madera sobre el Ródano. La masacre había sido tan atroz que, un día después, la ribera permanecía totalmente alfombrada de cadáveres, pues habían perecido más galos que los que quedaban vivos para reclamar a los muertos.

—Esperaremos —declaró Mario escuetamente cuando constataron que allí no había un alma.

—¿Y si es una trampa? —preguntó, nervioso, Flaco, que sujetaba con las dos manos las riendas de su caballo.

—Pues lucharemos —respondió el cuestor.

Hicieron guardia toda la noche, sin más compañía que la de los cuerpos tendidos por doquier, que se pudrían en silencio. Al amanecer Mario dio la orden de regresar al campamento para dar parte al cónsul.

—Puede que el rey haya cambiado de opinión y ya no quiera entregarse —conjeturó Eburno, presente en el *praetorium* junto con el resto del estado mayor cuando Mario informó de lo ocurrido a Fabio.

—Me preocupa que puedan reanudarse las hostilidades —pensó en voz alta este desde la cama.

—Las hostilidades siempre se reanudan, cónsul —observó Mario

cínicamente.

Fabio impostó una carcajada.

—No requiero de los servicios de un filósofo ahora mismo —dijo—. Puedes retirarte.

El cuestor abandonó el *praetorium* con la intención de dormir algunas horas en su propia tienda, cuando a su espalda el hijo del cónsul pidió hablar con él.

—A solas —rogó.

El joven Fabio era un tribuno militar larguirucho, pero de carrillos regordetes y ojillos hundidos en las cuencas, como una mala caricatura de su tío abuelo Escipión, pensó Mario. Además, era solo un poco menos crápula que el joven Eburno. Obligado a alistarse por su padre, que intentaba a la desesperada hacer carrera de él, era uno más de esos cachorros de la nobleza que solo piensan en la próxima orgía en la que irrumpir aun sin invitación.

Desde el inicio de la campaña, Mario y él se habían ignorado mutuamente; puestos a tener un patricio por colaborador, el cuestor prefería la discreta competencia de Flaco, y el joven Fabio lo último que quería era llamar su atención y arriesgarse a que lo hiciera trabajar. Era un pacto táctico entre ambos que el tribuno acababa de romper, y eso hizo a Mario arquear una ceja, intrigado.

—Dime.

—Te contaré una información vital, pero debes jurarme por Júpiter que nunca dirás a mi padre que he sido yo el que te la ha dado.

La ceja de Mario se enarcó todavía más.

—Los hombres que juran todo el rato no son de fiar —dijo—. Ahora voy a dormir —añadió e hizo el amago de internarse en su tienda.

—¡Espera! —quiso detenerlo el hijo del cónsul, al que un gallo adolescente se le escapó de la garganta.

—¿Sí? —inquirió Mario con desgana, vuelto solo a medias hacia él, mientras sujetaba con una mano la lona de entrada a su tienda.

El joven Fabio chasqueó la lengua y pasó al interior para contarle en privado lo que tenía que contar. Mario lo siguió.

—Mi primo y yo visitamos anoche una hospedería en el camino de Solonion, al otro lado del río —confesó el tribuno.

—¿Por hospedería quieres decir burdel?

Mario había oído de esos establecimientos: rudimentarias casas de huéspedes en los caminos sin pavimentar, donde por un módico precio las recias meseras celtas daban comida, bebida, lavaban el sayo y se encamaban con el viajero por las noches. A eso en Roma se lo llamaba burdel.

Para sorpresa de Mario, el joven se ruborizó.

—Por Hércules, ¿os excita la posibilidad de que una puta gala os degüelle? —insistió, pues disfrutaba del sonrojo del cachorro.

—¿Qué esperas que hagamos? —se defendió este—. Tenemos necesidades, y mi padre no permite mujeres dentro del campamento.

—Me confundes por alguien a quien le interesa dónde envainas el gladio.

—¡Escúchame, por Pólux! Mi primo y yo usamos una barca para cruzar el río, luego continuamos a pie arrebozados en capas. Nuestros guías eran unos auxiliares picentinos que ya habían visitado el lugar antes. La luz de la luna iluminaba el camino. La hospedería es un edificio grande de dos plantas, de bahareque, planta rectangular y tejado a dos aguas; no tiene pérdida. Cuando llegamos nos pusimos cómodos. No abrimos la boca, dejamos que fuesen los picentinos quienes chapurreasen el celta.

»A cambio de nuestro dinero, nos sirvieron cerveza en abundancia y compartimos dos mujeres pelirrojas. Nunca había estado con una

pelirroja. Eburno dijo que en Roma todas las pelirrojas llevan peluca o se tiñen los cabellos con alheña, pero que sus pelos ahí abajo son morenos y las delatan. —Una sonrisa estúpida cruzó su rostro lampiño—. Dijo que en Roma el único coño pelirrojo era el de la hija de Domicio. Nos reíamos de eso cuando, bueno, apareció el hijo de Domicio acompañado de un par de amigos suyos y muchos celtas.

Un brillo de interés asomó por fin a las pupilas de Mario.

—Prosigue.

—Nosotros lo vimos y él nos vio. Solo Eburno mantuvo la calma. Dijo que todos veníamos a lo mismo y que no había necesidad de alterarse. Invitó a Domicio a unirse a nosotros.

—¿Y aceptó?

—Sí. Se emborrachó y comenzó a fanfarronear. Dijo que su padre se la acababa de jugar al mío esa misma noche.

—¿Cómo?

—Cratón, el saluvio, tiene espías entre los arvernos. Estos informaron de que el rey Bituito planeaba rendirse a mi padre, así que el viejo Domicio se adelantó: anoche tendió una trampa a Bituito y lo capturó junto a su hijo Congonon…

—Congonnetiaco —lo corrigió Mario con impaciencia—. ¿Domicio tiene a ambos?

—Los montaron en una barca que baja el río en pos de las bocas del Ródano, donde lo embarcarán en una nave mayor y lo transportarán a Ostia. Allí lo tendrán a buen recaudo hasta que Domicio lo reclame para su triunfo.

—¿Todo eso te lo contó el hijo de Domicio?

—Sí. No sabe beber.

Mario se mesó el mentón hendido. La sombra de la barba raspaba.

—Está bien —dijo—. Me callaré tus andanzas porque la información que me has dado es útil. Pero si verdaderamente no

quieres que tu padre se entere de lo que haces, deja de hacerlo —le advirtió, y el muchacho agachó la cabeza, sabedor, al igual que Mario, de que no tenía remedio.

El cuestor trasladó a su superior una versión ligeramente modificada de lo sucedido. Espías de Flaco se habían apostado en la hospedería gala en busca de información sobre el paradero del rey Bituito. Allí habían encontrado al hijo de Domicio, que se jactaba ante sus amigos del ardid mediante el que su padre había apresado a Bituito y Congonnetiaco.

—¿Una hospedería gala, dices? —preguntó Fabio con el ceño fruncido desde la cama.

El médico griego había distribuido unas sanguijuelas por el torso del cónsul como tratamiento para prevenir un nuevo brote de fiebre. A su lado, su secretario sujetaba el estilo sobre unas tablillas enceradas.

Mario carraspeó.

—Algo vagamente parecido a una casa de lenocinio, cónsul —aclaró.

—¿Y el pequeño barba de bronce estaba allí?

—Con una mujer tan pelirroja como su hermana bajo cada brazo, según dicen.

—Por todos los dioses, ¡para que luego me queje de mi hijo!

Las pupilas de Mario perforaron al techo de lona del *praetorium* para no cruzarse por accidente con la mirada del cónsul.

—¿Doy orden de iniciar la persecución, cónsul? —inquirió para cambiar de tema.

—¿La persecución? —preguntó de vuelta Fabio.

—A fin de interceptar la barcaza en la que llevan a Bituito antes de que alcance las bocas del Ródano —aclaró el cuestor, que había creído evidente el sentido de sus palabras.

—Estamos por encima de eso —respondió su superior—. Domicio y yo no somos dos bestias salvajes que pelean por una carroña sin dueño. Bituito iba a rendirse a mí, es mi derecho que desfile en mi triunfo. Domicio solo me lo ha hurtado por un tiempo, el tiempo que nos lleve regresar a Roma. No me rebajaré a su nivel ahora, zanjaremos la cuestión allí.

Mario frunció el piloso entrecejo.

—Con el debido respeto, de donde yo soy, si tu vecino te roba el ganado para venderlo, te organizas con varios para romperle las piernas antes de que llegue al mercado.

—Por Pólux, no seas simple —lo reprendió el cónsul desde el lecho —. Ya no eres legionario, ni siquiera tribuno militar. Has sido elegido cuestor y en consecuencia serás senador de Roma hasta tu muerte, a menos que los censores la tomen contigo en algún momento. Tienes que aprender cuanto antes las reglas del juego: para la dignidad de Domicio perder las dos piernas no sería tan devastador como ser reprobado por el Senado. Eso es lo que tenemos que conseguir: que el Senado me restituya lo que es mío y deje a barba de bronce con el culo al aire. Demostrar que ha hecho trampa.

—¿Cómo? —dijo Mario, que se cruzó de brazos.

—Cratón y su pueblo son clientela del anterior gobernador, Cayo Sextio Calvino. Él les dio orden de obedecer a Domicio cuando este le tomó el relevo en la provincia hace dos años. Sextio es un hombre honorable, no condonará las malas artes de Domicio.

—¡Entonces pídele que haga confesar a Cratón ante el Senado, por Hércules!

—No te precipites. Piensa en todos los escenarios. Si escribo a Sextio, él escribirá a Cratón para demandarle la verdad. Este puede confesar, o bien acudir a Domicio para deliberar.

—Domicio lo mataría para cubrir sus huellas —sentenció Mario—.

Para él la vida de un celta no vale nada.

—En cualquier caso no debemos darles margen de maniobra.

—Como los galos, a los que hicimos luchar con el río a sus espaldas.

—Eso es —asintió Fabio con una sonrisa aviesa—. Debemos tenderles una emboscada.

Los interrumpió el médico griego, que venía a recoger las sanguijuelas del torso del cónsul.

—Tengo otra cosa que contarte, Mario —le dijo este cuando el griego se retiró con las sanguijuelas en un bote—. Estaba dictando al Senado la carta laureada con noticias de la victoria y la petición de un triunfo. Y eso me ha recordado que te debo algo.

Fabio miró a su secretario, y este le tendió a Mario unos documentos. Cartas dirigidas a él.

—No entiendo.

—He culpado a las malas comunicaciones de la ausencia de correo, pero en realidad restringí el flujo de información por una causa mayor. Me disculpo si todo este tiempo esperabas cartas de algún ser querido. Tu esposa, por ejemplo.

—Mi esposa no sabe escribir —dijo Mario secamente—. ¿Por qué restringir el correo?

—Han pasado cosas en Roma que no quería que afectasen a la campaña. Probablemente esas cartas lo mencionen.

—¿El qué?

—Cayo Sempronio Graco ha muerto… Mejor dicho, ha sido ejecutado por traición. Marco Fulvio y él se rebelaron con tres mil seguidores armados y el Senado encomendó a mi colega Lucio Opimio suprimir la amenaza por la fuerza. Por eso no recibimos las unidades auxiliares de mercenarios cretenses, Opimio las reclamó.

Mario parpadeó varias veces, impresionado por la magnitud de la

noticia.

—¿Graco… ejecutado?

Había conocido a Cayo Graco, como a tantos otros, en Numancia, donde el joven *nobilis* había servido como tribuno militar a las órdenes de Escipión, su pariente por sangre y por matrimonio. Era un buen hombre: morigerado, abstemio y disciplinado, aunque arrogante y enamorado de la fama, como cualquier hijo de cónsul, por otra parte. Mario fue incapaz de maquillar su indignación.

—Sé lo que piensas —se adelantó a decir el cónsul—. Escúchame: soy el primer afligido. Puede que Graco y yo estuviésemos en las antípodas políticamente, pero era hijo de mi prima Cornelia…

—Eso no es decir mucho. Todos los *nobiles* estáis emparentados, incluso los que os odiáis —observó Mario con displicencia.

—Vigila tu tono, Cayo Mario —le advirtió el cónsul—. Sé que los équites estabais muy unidos a Graco, pero no te dejes llevar por tus afectos y piensa: el Senado no habría procedido contra él sin el plácet del orden ecuestre. Lo que Graco haya hecho ha sido lo bastante grave como para alienar a sus simpatizantes más destacados. Hasta donde sé, en su desesperación Fulvio y él llegaron a ofrecer la libertad a los esclavos a cambio de que se alzasen en armas con ellos. Por otra parte, ya no eres un simple équite. Ahora eres senador y debes conducirte como tal.

—Entiendo —repuso el cuestor—. ¿Puedo retirarme? No he dormido nada.

Ambos se sostuvieron la mirada; un silencio incómodo los envolvió.

—Retírate, Cayo Mario.

XV

El teatro de piedra

Ásculo.
Finales de verano del 121 a. C.

La ciudad la habían fundado los sabinos en el valle del río Truento y estaba rodeada de cerros que se erguían como silenciosos centinelas, cubiertos por un manto verde de espeso robledal, por lo que el lugar se sentía aislado a pesar de la cercanía de la vía Salaria.

A medida que las calzadas se ampliaban y las colonias romanas proliferaban en el litoral, la población nativa del Piceno se había dejado confinar en las estribaciones de los Apeninos. Los picenos puede que no fueran los anfitriones más entregados, pero, a diferencia de los etruscos y los samnitas, al menos hablaban latín. Además, su vino blanco era excelente, por lo que el viajero procedente de Roma podía detenerse en Ásculo y sacarse el frío de las noches apeninas al inducirse un cálido cosquilleo de origen etílico.

Precisamente era de los buenos vinos de su bodega de lo que Afranio le hablaba a Sila cuando llegaron a Ásculo para alojarse en una casa rústica propiedad de su familia. No había mucho servicio en la casa, apenas el guardés con sus perros y una hija adolescente que cocinaba, limpiaba y hacía la colada.

—Sé lo que piensas —susurró Afranio al oído de Sila.

Había reparado en cómo el joven estimaba la generosidad de las caderas bajo las faldas de esparto de la hija del guardés, que barría el porche agachada.

—¿Y bien? —preguntó el joven con expectación.

La experiencia con Nicópolis en Roma les había descubierto que juntos trabajaban en equipo tan bien como se habían compenetrado en solitario. Desde entonces ambos gustaban de invitar a un tercero o tercera para «completar el triclinio», a menudo seleccionándolos de entre los hermosos esclavos y esclavas con los que estaba provisto el personal doméstico de las fincas de Afranio. A decir verdad, a excepción de para ejecutar algunos juegos manuales, hacía ya un mes que no se acostaban sin convidar a alguien más: su morboso apetito siempre les reclamaba un extra.

Se podía decir que ese verano Afranio había ascendido a Sila —que todas las semanas parecía ensanchar un poco más las espaldas— a la categoría de socio, y este no tenía queja. En el sexo había tenido siempre vocación de agente y no de objeto; el rol pasivo había sido apenas un accidente de juventud, más que una preferencia suya, y el bozo rubio que ahora debía afeitarse todas las mañanas le autorizaba a alargar la mano para reclamar otros placeres. En este caso, cualquiera que escondiese la hija del guardés bajo sus faldas.

—Por desgracia no es una esclava para hacerle lo que queramos —suspiró Afranio finalmente.

—Tampoco es romana, ¿no? —intuyó el joven.

—Ni su padre, que nos cortaría los testículos para dárselos de comer a los perros.

Sila tragó saliva, y el cálido cosquilleo de su entrepierna se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—Mañana te llevaré al teatro —había dicho Afranio para cambiar

de tema.

El teatro de Ásculo era un viejo odeón de estilo griego, con una cávea excavada en la ladera norte de una colina poblada de nudosos olivos. Tres escalinatas radiales nacían en la orquesta y ascendían cortando las gradas de piedra, con capacidad para miles de personas.

Sila estaba allí, en medio del proscenio, de pie y boquiabierto. Jamás había estado en un teatro de verdad.

—Tendrías que ver los de Campania —dijo Afranio detrás de él—. O los de Sicilia. Esos tienen cientos de años.

Sila se volvió y elevó la vista hacia las alturas de la fachada escénica, donde las golondrinas habían hecho sus nidos.

—Entiendo que haya teatros en las antiguas colonias griegas —repuso mientras todavía miraba hacia arriba—, pero ¿por qué los picenos tienen esto mientras los romanos se conforman con tablados de madera en mitad del Campo de Marte? ¡Se supone que los atrasados son los itálicos! —protestó.

—Ha habido planes de construir un teatro permanente en Roma —contestó su amante—, pero los senadores siempre se han opuesto. Creen que sería un foco de corrupción en el corazón de la ciudad, incluso de insurrección.

Sila se acordaba de su padre senador y sus prejuicios cuando el jefe de actores emergió de un *vomitorium* y se fundió en un abrazo con Afranio. Vestía una túnica verde con filigranas florales en las mangas y el cuello, y tenía el rabillo de los ojos maquillado con polvo de galena. Se llamaba Saunión.

—Te presentaré a los actores y supervisarás los últimos ensayos —dijo a Afranio, con palpable nerviosismo—. ¡Me han asegurado que Pompeyo está al caer!

Sexto Pompeyo, el pagador de Saunión, era el terrateniente romano más rico e influyente del Piceno. Si la familia de Afranio era nobleza local, la de aquel era realeza. Además, Pompeyo era senador en Roma y ese año se presentaba a pretor. A diferencia de sus más rancios colegas del Senado, Pompeyo era un *homo novus* que compartía las aficiones del pueblo. Por eso había decidido pedir el voto de los colonos del Piceno reservando para ellos aquel majestuoso teatro de piedra.

Invitados a Ásculo por Pompeyo, que disponía de la ciudad como si le perteneciese, respetables équites romanos de Castro Novo, Áuximo, Cupra Marítima y todo el *ager Praetutianus* ocupaban esos días el cinturón de casas de campo que asediaba el último reducto de los picenos, obligados a ceder su infraestructura. Aunque sobre el papel estos eran aliados de Roma, no tenían más opción que obedecer en todo, y los magistrados y miembros del senado local acudían como convidados de piedra a su propio teatro mientras los ciudadanos romanos ocupaban sus asientos *ima cavea*.

Vestidos ambos con togas desempolvadas para la ocasión, asfixiantes aquel postrero día de verano, Afranio y Sila cruzaron la orquesta con mucha dificultad. El primero impostaba una sonrisa y estrechaba el antebrazo a todos los que se acercaban para saludarle; en mitad del batiburrillo confuso de admiradores, clientes y amigos, rara vez el antebrazo que estrechaba se correspondía con el rostro al que sonreía.

—No sabía que fueses tan popular —le dijo Sila al oído.

Afranio asintió mientras miraba por el rabillo del ojo en dirección al proscenio. Ese día estrenaba una comedia inédita y estaba nervioso, pues no quería decepcionar a Pompeyo.

—¡Por Cupra! ¡Dame un abrazo, maldito canalla! —saludó alguien con más entusiasmo que los otros.

Las comisuras de los labios de Afranio, hasta entonces contraídas y en tensión, se le habían relajado; esbozaron una sonrisa genuina, acordes con el sentimiento cálido que asomó a sus ojos mientras se mecía en brazos de quien sin duda era un buen amigo.

—¡Barro! ¡Por Júpiter! ¡Te hacía en Roma, revoloteando en torno al tribunal del *praetor peregrinus* como un tábano!

—Me quedo en el campo a recargar de veneno mi aguijón. Total, si algo no falta ni faltará, eso son cuitas de *peregrini* —explicó el otro, antes de volverse hacia Sila—: Tito Betucio Barro, encantado.

—Lucio Cornelio Sila —respondió el joven al tiempo que le daba un apretón de manos.

—Que no te engañe con sus aires de abogado repeinado —advirtió Afranio—: Barro es mucho peor que yo.

—¡Me halagas! —exclamó este con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Te alojas en la casa de tu familia? ¿Cuánto te quedas? Cenemos juntos. O mejor, múdate a mi villa. Que se venga Sila.

Afranio no había ni empezado a contestar la batería de preguntas de Barro cuando un clamor anunció la entrada de Pompeyo en el teatro.

El senador era un hombre de complexión robusta, apenas disimulada bajo los pliegues de la toga, pensó Sila. Todo el teatro los siguió a él y a su séquito con la vista mientras cruzaban la orquesta, camino de los asientos de honor.

Afranio aprovechó para despedirse de Barro y escabullirse, dejando a Sila sentado en primera fila. Saunión, con la peluca y las cejas teñidas de alheña, salía en ese momento a escena, lo que hizo al público prorrumpir en aplausos.

El jefe de actores les dio la bienvenida a todos, picenos y romanos, así como las gracias a Sexto Pompeyo por su munificencia, antes de pasar a detallar el programa del día. Tras él subió al

escenario Afranio para presentar su obra.

—Se afirma que he tomado mucho de Menandro —dijo, y la acústica amplificó su voz—. Lo reconozco: tomé no solo de él, sino de todo aquel que tenía algo que me convenía y que yo creyese no poder hacer mejor. Sabed que nadie puede rivalizar con Terencio. Sin embargo, Plauto y él escribieron únicamente *fabulae palliatae*, porque para escribir *togatae* hacía falta un togado. Aquí lo tenéis, y en este género no lo encontraréis mejor.

—¡Quincio Ata! —sugirió alguien en primera fila.

—¡Ese me besa el culo! —contestó Afranio sin pensárselo, y el público estalló en risas, incluido Pompeyo.

Afranio sonrió, nervioso, y sin más dilación dio comienzo a la función: una comedia de enredo titulada *Privignus*.

—Va de una madrastra, un hijastro y una herencia en disputa —le explicó a Sila por encima cuando se hubo sentado a su lado—. Espero que te guste.

Un flautista entonaba su música mientras los actores enmascarados se enseñoreaban de la escena; durante una hora, estos arrancaron sonoras carcajadas a los espectadores con sus chistes verdes y diálogos equívocos. Al final, todo acababa bien, con la madrastra y el hijastro reconciliados, lo que hizo a Sila poner los ojos en blanco. Los intérpretes se despidieron con una ovación del público, que compartieron con Afranio, puesto en pie en la grada.

Mientras los actores se preparaban para la siguiente representación, Saunión dio paso a dos mimos de rostro maquillado con blanco de plomo, labios acarminados y cejas pintadas con estibina hasta la mitad de la frente. Como todos los mimos, su especialidad era la farsa.

—Yo soy un piceno y he venido a Roma para vender mi vino —comenzó a decir uno histriónicamente, con un ánfora bajo el brazo

—; hace tres semanas ya que no veo a mi familia. ¡Cómo los extraño!

—¡Yo soy adivino! —exclamó el segundo mimo, que lucía una desgreñada barba postiza y hasta entonces había estado agazapado tras el primero—. Por un as de bronce puedo decirte cómo están los tuyos.

—¡Dímelo! —repuso el primero, que lo agarró de la túnica con una mano—. ¿Están bien mis hijos?

—Sí, están muy bien.

—¿Los trece?

—Los trece.

—¿Y mi mujer?

—También.

—Temía por su salud. Como está encinta…

—¿¿Encinta?? —inquirió el supuesto adivino.

—Sí. En su estado yo no quería dejarla, pero le decía: «Querida, ¿comemos o follamos?», y ella me respondía: «En toda la casa no hay un chusco de pan».

El público se rio a mandíbula batiente.

—Ella y el niño que lleve en sus entrañas se encuentran perfectamente —insistió el supuesto adivino.

—¿Sí? ¿El niño también?

—Saldrá de ella dando volteretas —dijo el adivino, y el público reía y reía.

—¡Qué alegría! ¿Y mi anciana madre? ¿Se encuentra bien?

—¡Síííííí, y también tu padre! —espetó el otro con impaciencia, antes de abalanzarse sobre él—: ¡Dame esa moneda, por Júpiter!

—¡Aguarda! —dijo el primero, que se apartó, y el adivino derrapó por la escena—. ¡Mi padre murió hace diez años! —exclamó.

—No conoces a tu padre —respondió el otro.

Todo el teatro era un desenfreno de risas y ojos que lagrimeaban. El falso adivino se escabulló, y su lugar lo ocupó un tercer mimo.

—¡Por Pólux! —exclamó este—. *Domine* Metelo, ¿qué haces vestido de mercader piceno?

—Yo no soy Metelo. Ni nombre es Tito Olio y comercio con vino —dijo el primer mimo, que esgrimía el ánfora.

—¿Con aceite no? —inquirió el tercero.

—No —contestó Olio muy serio, y el público prorrumpió en nuevas risas.

—Ah. Bueno, es igual. ¡Eres el vivo retrato de mi amo Metelo! Mira, por allí viene —señaló al segundo mimo, que regresaba ya sin barba y envuelto en una toga de púrpura de Tiro.

—¿Encontraste el aceite que te mandé comprar, Quintipor? —inquirió este con un tono de voz pomposo y un latín que forzaba el acento romano, tal y como sonaba a oídos picenos.

—No, *domine*, pero encontré este «Olio» —contestó el tercer mimo, que hacía de esclavo de Metelo, para alborozo del público.

Metelo y Olio se miraron el uno al otro como el que se mira en un espejo, acompañando todos y cada uno de sus gestos y movimientos.

—¡En nombre del Senado y el Pueblo de Roma! —exclamó Metelo con mucha afectación—. Muchacho, ¿tu madre no sería doncella en el Palatino?

—No, pero mi padre sí fue jardinero allí —respondió Olio.

Metelo se retiró con aspavientos mientras el público se carcajeaba, incluido Pompeyo, que sabía disfrutar una buena chanza dirigida contra los *nobiles*.

Sila reía también, y continuó riendo hasta que experimentó un dolor pulsátil en el occipucio, pero ni siquiera entonces dejó de reír.

—He venido a Roma a vender mi vino —repitió Olio, que sacudía

el ánfora de atrezo—, pero estoy algo perdido, amigo. ¿Me podrías dar indicaciones?

—Claro —respondió Quintipor—: Este es el templo de Cloacina —señaló a la fachada escénica—, aquí se reúnen los farsantes y los mentirosos. En el pórtico de esa basílica, lo hacen los maridos pródigos y las viejas putas. Más allá del lago Curcio, los chismosos. Los usureros, en las Tabernas Viejas. Más putas en la calle de los etruscos y perjuros en el Comicio —recitaba, en claro homenaje al *Curculio* de Plauto—. Adivinos en el Velabro…

—¿Adivinos en el Velabro? A mí antes me ha asaltado uno aquí, pero era un farsante.

—Naturalmente —le recordó Quintipor, que le señaló una vez más la fachada escénica.

De nuevo una cascada de risas en las gradas, particularmente las ocupadas por los picenos.

—Mi cuñado es adivino por las tardes —vociferaba Quintipor.

—¿Solo por las tardes?

—Por las mañanas es panadero. Mira, esa es su tahona —señaló hacia el lateral de la escena, por donde volvía a entrar el segundo mimo, ahora vestido con delantal y un gorro de tela entre los aplausos del público, que se desternillaba.

Sila reía también, pero ya no aguantaba más la vejiga.

—Tengo que ir a mear —susurró al oído de Afranio.

El joven se incorporó y caminó medio agazapado hacia la salida, con el cuello vuelto hacia la función.

—¿Qué ha sido de mi familia? —preguntó Olio.

El segundo mimo rebuscó y rebuscó con la lengua fuera en el bolsillo del delantal, hasta sacar un gorro cónico, verde, con estrellas estampadas, que cambió a toda prisa con el de tela blanca.

—Tú mujer ha muerto al dar a luz —dijo este muy solemnemente.

—¡Oh, dioses! —exclamó Olio, que hundió el rostro en el codo derecho—. Ofreceré una libación por su alma —dijo y volcó el ánfora que todavía llevaba consigo.

—¡Por Pólux! —volvió Quintipor a acercársele al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Quién ha encontrado la paz?

—¡Esta! —respondió Olio, y se levantó el bajo de la túnica para desvelar un enorme falo postizo.

Sila se reía al adentrarse en el corredor abovedado del *vomitorium* de salida. Allí, en la penumbra, debía realizar una operación similar: con una mano se sujetaba en alto los voluminosos pliegues de la toga y el bajo de la túnica; con la otra, apuntaba hacia la pared de ladrillo.

Mientras orinaba inclinado todo lo posible hacia la pared para no salpicarse los coturnos, trataba de aguzar el oído. Olio y el adivino se habían retirado de la escena entre aplausos, y Quintipor quedaba a solas para improvisar algunos chistes.

—¿Dónde encontraré aceite para el pan de mi amo? —le llegaba a Sila su voz exageradamente atribulada—. Una mañana tuve que decirle que sus gallinas no habían puesto ningún huevo. «¿Las has amenazado?», me preguntó. Y yo: «Sí, *domine*, eso hice». «Tendré que hacerlo yo mismo», repuso, exasperado. Él fue a verlas y, apuntándolas con el índice, tal que así, las amenazó diciendo: «En nombre del Senado y el Pueblo de Roma, honradme con huevos para mi desayuno, u os haré crucificar». Las gallinas le respondieron: «Kakarákax!» —cloqueó el actor estridentemente, y mientras Sila se la sacudía se reía imaginándolo mover los codos con las manos recogidas bajo las axilas, a modo de alas—. Mi amo entonces se volvió para decirme: «Con razón no respondían a tus amenazas, Quintipor, ¡estas gallináceas hablan griego!».

—¡Quintipor! —volvía a la carga el actor que hacía de Metelo—.

Voy al Senado. Dile a mi esposa que no me espere para cenar.

—Yo diría que lo sabe, *domine* —respondió el otro y añadió en un aparte—: pues me ha mandado comprar higos frescos, ostras, ostiones…

El primer actor, disfrazado ahora con peluca de mujer y senos postizos bajo un quitón, regresó a escena para hacer como que le susurraba algo al oído a Quintipor.

—¡Y me pide también cojines nuevos para el triclinio! —fingió escandalizarse mientras la esposa de Metelo hacía carantoñas dirigidas a los caballeros de primera fila y su marido, ignaro, gesticulaba como el que ensayaba su oratoria.

—¡BASTA! —interrumpió Pompeyo la función, y las risas de los espectadores murieron en sus gargantas.

Un silencio como de cementerio se cernió sobre el teatro.

—¡Prendedle! —ordenó Pompeyo desde su escaño al tiempo que señalaba en dirección al Pseudo-Metelo.

Varios hombres de su séquito empleados como guardaespaldas subieron al proscenio y aferraron de los brazos al actor, que dejó escapar un chillido de dolor cuando sintió que se los retorcían tras la espalda.

En las gradas, los asistentes cuchicheaban unos con otros, preguntándose qué ocurría, hasta que Pompeyo subió al escenario, se colocó junto al Pseudo-Metelo, que tenía la cabeza hundida entre los hombros, y señaló lo evidente:

—¿Sabéis lo que simbolizan estos colores? —preguntó al público mientras tiraba de la tela blanca con borde púrpura, a la manera de la toga pretexta, en la que el actor se había envuelto.

Ahogadas interjecciones de asombro reverberaron por todo el teatro cuando la cávea entera cayó en la cuenta.

—La *toga praetexta* es una de las insignias del magistrado romano

—prosiguió Pompeyo—. Cuando alguien se burla del portador de esta toga, no hace burla de un hombre, sino del Estado romano. ¿Alguien cree que yo vaya a consentir que un actor piceno se burle de Roma?

—¡No! —vociferó un caballero de primera fila.

—¡No lo consientas, Pompeyo! —concordó el que estaba sentado a su lado.

Otros muchos los imitaron. Animado por los romanos presentes entre el público, Pompeyo procedió a arrancarle al actor la tela bordada en púrpura. A continuación sostuvo en alto los guiñapos rojiblancos como una suerte de trofeo, lo que hizo a los romanos incorporarse en las gradas y vitorearlo.

—¡Castígalo! ¡Castígalo!

Desde la boca del *vomitorium*, Sila observó cómo algunos exaltados arrancaban una rama de un olivo cercano y subían al proscenio para ofrecérsela a Pompeyo.

Este no la rechazó, sino que la blandió un par de veces frente a sí. El silbido como de víbora que emitió la rama al cortar el aire entusiasmó a los romanos, pero hizo estremecerse en silencio a los picenos en la parte trasera de la cávea.

El actor aprehendido trató de suplicar entre balbuceos. Chilló una vez más cuando los matones de Pompeyo le retorcieron de nuevo los brazos para obligarle a agachar la cabeza.

El primer golpe Pompeyo se lo asestó en la parte alta de la espalda, entre los hombros. El segundo, en la nuca. El tercero, entre los hombros otra vez, y continuó así mientras el público lo animaba, sediento de sangre. Al cabo del rato, todos habían perdido la cuenta.

Todos salvo Sila, que contó veintidós varazos, de principio a fin.

El infeliz actor yacía boca abajo sobre el escenario en un charco de sangre, que manaba profusamente de sus heridas abiertas.

Durante más de la mitad del castigo, se había retorcido y chillado como un gorrino, pero por fin el dolor insoportable de una espalda hecha jirones y de dos hombros dislocados le había hecho perder el conocimiento.

—Confío en que la lección esté aprendida —sentenció Pompeyo.

Aquellas palabras terminaron de soliviantar a los picenos, que se levantaron en las gradas para protestar. Los romanos se encararon con ellos, y hubo cruce de maldiciones en latín y en el antiguo dialecto sabélico del Piceno.

—¡Tranquilo todo el mundo, tranquilos! —repetía Saunión, que contra su instinto de supervivencia había salido al escenario para tratar de calmar los ánimos—. Por favor, que todo el mundo desaloje el teatro pacífica y ordenadamente —decía a las masas mientras que por el rabillo del ojo no perdía de vista el reguero de sangre que el mimo fustigado había dejado cuando sus compañeros se lo llevaban tras la escena.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Afranio a Sila y, sin esperar una respuesta, lo cogió de la mano y tiró de él hacia la salida.

La noche avanzaba interminable y disoluta en casa de Afranio. Saunión había sido elegido por unanimidad *arbiter bibendi* de la velada y al jefe de actores le gustaba el vino poco aguado. Los caballeros romanos, con ojos enrojecidos por el alcohol, habían aflojado sus togas y compartían sus triclinios con actores muy maquillados y señoritas de compañía. Todos juntos celebraban con un brindis tras otro la buena pluma de su anfitrión. Risotadas ensordecedoras llenaban la estancia, pero, bajo el jolgorio superficial, latía algo ominoso, una tensión, una preocupación. Cada carcajada, cada broma, trataba de encubrir sin mucho éxito el sangriento espectáculo de esa mañana.

—Nos iremos mañana mismo —susurró Afranio al oído de Sila—. No querremos quedarnos solos con nuestras togas entre tanto piceno encabronado.

—No, desde luego —concordó Sila, que compartía su inquietud.

—No me fío ni de la hija del guardés —aseguró Afranio, a propósito de la muchacha taciturna que se paseaba entre los borrachos para escanciarles más vino—. A saber qué esconde bajo esas faldas tan abultadas… —agregó para aligerar el ambiente.

—Deberíamos registrarla a fondo —sugirió Sila con una sonrisa aviesa, que Afranio le devolvió.

—Deberíamos.

XVI

Regreso a Roma

Roma.
Principios de diciembre del 121 a. C.

—Por Cástor, encended más braseros —ordenó Fulcinia a los esclavos—. Hay que sacarle el frío que se le habrá metido en los huesos al cruzar las montañas.

Fulcinia era la madre de Mario. Tenía solo cincuenta y cinco años, aunque lucía prematuramente envejecida, con profundas arrugas alrededor de la boca y un cabello cenizo, peinado con raya en medio, que asomaba bajo el velo que le cubría la cabeza.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó Mario tras dejarse besar por su madre en la mejilla.

—En el campo —contestó ella, sin darle mayor importancia.

—Mandaré un correo inmediatamente para anunciarle tu llegada, *domine* —se adelantó el esclavo atriense.

—No hace falta —repuso Mario—. Que deshagan mi equipaje.

La casa se mostró engañosamente bulliciosa mientras los esclavos deshacían los bagajes, pero pronto regresó a su ser silencioso. No había pequeños Marios que correteasen por el peristilo, ni cuyas pisadas resonaran en el suelo de travertino.

Marco, el hermano doce años menor de Mario, salió entonces a recibirlo.

—Venciste —dijo mientras se mecían el uno en brazos del otro.

—Vencimos —respondió Mario como único informe de la campaña.

—Bien —intervino Fulcinia—. Nuevos méritos para cuando anuncies tu candidatura a edil curul. Desde ese cargo ofrecerás al pueblo grandiosos espectáculos, gracias a los que el electorado recordará tu nombre cuando te presentes a pretor en cuatro años…

—Poco a poco, madre —dijo él para refrenar su entusiasmo mientras se frotaba las manos sobre los carbones ardientes del brasero.

La *gens* Fulcinia era antigua, pero sin prosapia. El abuelo materno de Mario se había hecho rico controlando el puerto de Tarquinia, en la costa etrusca, y su tío Lucio Fulcinio se había convertido en depositario de las esperanzas de ennoblecimiento de la familia. Su fortuna y sus excelentes padrinos le abrieron las puertas del Senado, pero una muerte sobrevenida antes de tiempo truncó su ambición de llegar a sentarse en la silla curul.

Mario tenía dos recuerdos muy vívidos de su difunto tío. El más reciente, claro está, de cuando yacía lívido sobre la pira. Poco antes Lucio Fulcinio había montado a su sobrino de doce años en la grupa de su caballo para que desfilase con él el día del triunfo de su comandante, Quinto Cecilio Metelo, que regresaba de haber pacificado Macedonia. Ese era el recuerdo más preciado de Mario.

La obsesión de Fulcinia porque el mayor de sus hijos, tras haber desempeñado la cuestura, avanzase ahora al edilato, delataba el trauma nunca superado de la muerte de su propio hermano. Sin importarle cuánto más difícil era ennoblecer a un Mario que a un Fulcinio, su madre había hecho de aquella la misión de su vida, y él lo soportaba con entereza, consciente de que lo peor estaba por llegar.

—*Domini, domina*, la cena está lista —anunció una esclava venida

de las cocinas.

—Cenaré sentado —declaró Mario.

—No. Cenarás reclinado —le corrigió su madre.

—Padre solía decir que los alimentos se digieren mejor sentado que recostado porque caen directamente en el estómago.

—Tu padre nunca fue senador. Debes cenar como cena un senador, no un labriego, por Cástor.

Fulcinia fue tajante. Su hijo no quería discutir, así que se dirigió al *triclinium*. Allí se recostó junto a Marco para cenar y su madre tomó asiento en un taburete al otro lado de la mesita baja, sobre la que los esclavos depositaron las frugales viandas.

Mario se llenó la boca de codorniz asada para no tener que conversar mientras Fulcinia, que apenas probó bocado, lo miraba con una sonrisa de gato que a él lo incomodó muchísimo. Es normal que su esposa hubiera preferido retirarse al campo, pensó, justo antes de que el esclavo atriense entrase en el *triclinium*.

—Un heraldo del cónsul Fabio ha llamado antes a la puerta, *domine*. Se convoca al Senado en los idus al templo de Apolo.

—Muy bien —respondió Mario, con la boca llena.

La mañana de los idus de diciembre, después de vaciar el contenido de su orinal, dos esclavos se agacharon a los pies de Mario para anudarle las botas. Luego, bajo la mirada inquisitiva de su madre, el *dominus* se dejó envolver, cual momia egipcia, en los interminables pliegues y dobleces de la toga, que era imposible ceñirse correctamente sin ayuda. Por último se puso el anillo de oro al que solo un équite o senador romano tenía derecho.

Mario era todavía una figura menor de la política romana, su clientela vivía fuera de Roma, y no esperaba gran concurrencia en el atrio de su casa esa mañana, más allá de los consabidos mendigos.

Estos tenían identificadas las casas de todos los senadores y cada mañana llamaban a todas las puertas en una ronda frenética, a fin de rascar tantas monedas de bronce como pudieran.

—Se han multiplicado desde la última vez —mencionó Mario a su vecino, el senador Publio Rutilio Rufo, que emergía en esos momentos del portal contiguo para meterse de lleno en el mismo enjambre de pordioseros.

Rutilio era un hombre más bien achaparrado pero fuerte e inteligente. Y, como Mario, él también había servido en la caballería de Escipión Emiliano.

Tras repartirles algunos óbolos, todos los mendigos se dispersaron, excepto uno. Se llamaba Cayo Trebonio, antiguo legionario que se había arruinado tras servir en Numancia. El último censo lo había relegado hacía cinco años a la única centuria de *proletarii*, el fondo del barril social. A las dentelladas de la miseria se le unía la frustración de haber conocido tiempos mejores. Trebonio se destacaba por un agudo sentido del deber, propio de un hacendado romano, no de un *proletarius*. Siempre vestido con su única y remendada toga, no llamaba a otra puerta más que a las de los viejos oficiales bajo los que había servido excelentemente.

—*Salve*, Cayo Mario.

—*Salve*, Trebonio. ¿Qué nuevas traes? —preguntó y, como siempre que lo veía, le deslizó con disimulo un as de bronce en la palma de la mano.

—Han pasado muchas cosas en tu ausencia.

—Eso he oído.

—Antes de contártelas, debo implorar tu perdón. Y también el tuyo, Publio Rutilio.

Los dos senadores se miraron con extrañeza.

—¿Nuestro perdón? —inquirió Mario.

Trebonio asintió con la cabeza gacha y el mentón arrugado.

—Ya sabrás que Cayo Graco lideró una secesión en el Aventino. Cuando Marco Fulvio repartió armas para que sus seguidores las empuñaran contra el Senado, yo las acepté. Fui un necio, pero la rabia me ofuscó el buen juicio. Yo tenía puestas mis esperanzas de levantar cabeza en la colonia de Cartago que se anuló esos días. Combatí por Roma tantos años de mi vida… ¡y tengo un hijo que va a cumplir cinco años! —divagaba con la voz rota—. Por él empuñé las armas… y por él las depuse. Estando en el Aventino me arrepentí de mi locura y quise volver a su lado. No sabéis lo que les pasa a los niños huérfanos en esta ciudad… Cuando se corrió la voz de que el Senado amnistiaría a quienes abandonásemos la secesión, no me lo pensé dos veces. ¡Te lo juro por la Bona Dea!

—Te creo, Trebonio —dijo Mario—. ¿Así que estuviste en el Aventino? ¿Cómo fue aquello?

—Todo empezó en el Velabro, pero Fulvio ordenó retirarse al Aventino por ser una posición más defendible. Él y Graco se hicieron fuertes en el templo de Diana. Todo lo fuertes que podían, que no era mucho. El cónsul Opimio contaba con una milicia mucho más grande y mejor armada. No había nada que hacer.

—¿Viste de cerca a Graco? ¿Qué ademán tenía?

—Vestía la toga y no aceptó espada alguna, aunque sí una daga. Al dejar su casa, su esposa se le abrazó a las canillas, desconsolada. En el Aventino la mayor parte del tiempo iba cabizbajo y sin rumbo, arrastraba los pies y mascullaba. Quiso bajar a parlamentar con el Senado él mismo, pero Fulvio no se lo consintió y fue él en su lugar.

—¿Y luego?

—El cónsul no quería negociar, quería que bajásemos desarmados y sin condiciones.

—¿Qué más?

—No hay más, Cayo Mario. Yo no quería morir en vano y menos morir como un traidor a la patria, así que me descolgué por detrás del templo de Luna y salí por la puerta Trigémina antes del comienzo de la reyerta. He oído que Fulvio trató de barricarse en un domicilio privado junto a uno de sus hijos, el mayor. Allí los mataron a ambos.

—¿Y Graco?

—Le dieron caza como a un gamo en el bosque de las Furias, a la sombra del Janículo.

—Está bien. Te preguntaré por más detalles en otro momento. Ahora Publio Rutilio y yo debemos ir al Senado —dijo Mario, que le dio un par de palmadas en el hombro.

—Entonces ¿tengo vuestro perdón? —preguntó con miedo Trebonio—. Solo así sabré que la patria también me ha perdonado.

—No tenemos nada que perdonarte, ¿me oyes? —dijo Mario, muy serio, mientras le agarraba de la nuca con fuerza—. Y la patria tampoco. Es Roma la que está en deuda contigo por tu servicio. Siempre.

Los ojos de Trebonio se anegaron de lágrimas.

—Hete aquí la crema y nata de nuestras legiones, reducida a la mendicidad —dijo Rutilio a su vecino tras despedirse Trebonio de ellos—. Y de familia romana de pura cepa, cabe decir. ¿Sabías que dos Trebonios fueron tribunos militares *consulari potestate* hace más de doscientos años?

—No soy un apasionado de la historia como tú.

Mario apenas tenía noción de lo que habían sido los tribunos militares *consulari potestate* que, unos años sí y otros no, habían reemplazado a los cónsules como magistrados supremos en los albores de la República. Aun así, entendió a lo que se refería Rutilio: hacía doscientos años sus antepasados ni siquiera tenían derecho a voto. Su abuelo había sido el primer hombre de la familia en recibirlo

y su padre jamás había soñado con que uno de sus hijos pudiera llegar a senador.

Sin embargo, ahí estaba Mario, uniéndose a la procesión de hombres togados que bajaba al Campo de Marte por la calle de los fabricantes de yugos, al pie del Capitolio.

XVII

La caída de Domicio

Los asuntos que tratar eran dos, según el orden del día delineado por el cónsul Fabio. En primer lugar, la concesión de una recompensa de doscientas *iugera*[12] de tierra, hospedaje en Italia e inclusión en el censo de aliados para el jefe saluvio Cratón, que había acudido a Roma en el séquito de Domicio. Lo apadrinaba el excónsul Cayo Sextio Calvino.

—Queda aprobada —proclamó el cónsul Fabio tras comprobar que la moción de Sextio contaba con apoyo mayoritario—. A continuación, *patres conscripti*, quisiera referiros el siguiente asunto: habéis recibido cartas laureadas de mi parte y de Cneo Domicio con inteligencia de las victorias que cada uno ha cosechado en la Galia Trasalpina. Bajo la presidencia de mi colega, se han leído en voz alta en esta augusta cámara y habéis discutido largamente su contenido hasta verificar todos los detalles. Es un hecho que el poder de los arvernos y los alóbroges ha sido quebrado y todo el valle del Ródano está en paz. Por eso aprobasteis dos acciones de gracias, una por los éxitos de cada general. Queda que discutáis la concesión de desfiles triunfales. Sobre este asunto, *patres conscripti*, deseo conocer vuestra opinión.

—Antes de que pidas a Publio Léntulo su parecer, cónsul —intervino Domicio, que se incorporó de la silla curul que le correspondía como promagistrado—, quisiera hacer un anuncio,

pues tengo una sorpresa guardada para esta augusta corporación que me abstuve de mencionar en mi carta laureada.

Hubo murmullos en todas las gradas. Hasta Opimio se inclinó hacia su colega para susurrarle algo al oído, aunque Fabio pareció ignorarlo.

—Adelante, Cneo Domicio —dijo.

—*Patres conscripti* —elevó la voz este, que se regodeaba en tanta expectación—, ¡os presento al destronado rey de los arvernos y jefe de todos los galos, Bituito, hijo de Luernio! ¡Y, con él, a Congonnetiaco, su hijo!

Domicio extendió los brazos hacia el vestíbulo del templo cual prestidigitador: en ese mismo instante se recortaron contra la deslumbrante claridad del exterior dos figuras imponentes, que se adentraban en el interior penumbroso acompañadas de un ruido de cadenas.

El rey Bituito, equipado con su refulgente armadura de plata, caminaba lentamente hacia el centro del santuario, con los tobillos y las muñecas aherrojados. También cargado de prisiones venía su hijo Congonnetiaco, que en un momento dado se detuvo con un tañido de grilletes, tan impresionado de encontrarse en mitad del Senado de Roma como los senadores de encontrarlo a él allí. Uno de los lictores de Domicio, que los custodiaban, le empujó en la parte alta de la espalda para que siguiera caminando.

El cónsul Fabio llamó al orden a los senadores, que se habían puesto de pie en las gradas o abandonado sus escaños para ver más de cerca a aquellos individuos tan raros que llevaban pantalones y se habían dejado crecer el bigote rubio tanto como para que les cubriese la boca a modo de cortinilla. Mientras tanto, Domicio miraba en dirección a Fabio, con los ojos entornados y una sonrisa maliciosa.

—Cónsul Fabio —se incorporó de su bancada el senador Cayo Licinio Geta—, creo recordar que en tu carta laureada afirmaste que el rey Bituito manifestó su intención de rendírsete a ti, aunque, por motivos desconocidos, finalmente no lo hiciera.

—Así fue —contestó Fabio muy asépticamente.

—Me gustaría entonces saber cómo acabó el rey en manos de Cneo Domicio —inquirió Geta, que se volvió hacia el procónsul con los brazos en jarra.

—Los interceptó a él y a su hijo un escuadrón de caballería a mis órdenes cuando se dirigía al norte, sin duda para reconstruir su ejército y continuar la guerra, como ya hizo después de que yo lo derrotase la primera vez en Vindalium —respondió Domicio muy convincentemente—. Gracias a aquella acción está la Galia Trasalpina verdaderamente en paz.

—Entonces ¿cambió de opinión en lo que respecta a rendirse al cónsul Fabio?

—Pregúntale a él —sugirió Domicio, con una sonrisa llena de dientes.

El senador se giró hacia los galos, como si de verdad esperase que estos entendieran el latín.

Esto divirtió al procónsul.

Hasta que vio al príncipe Congonnetiaco dar un paso hacia la bancada de Geta.

—No sucedió así, por Beleno —dijo en lengua latina para sorpresa de todos.

Un murmullo atronador se elevó de nuevo hasta las claraboyas del templo, y una media sonrisa cruzó el rostro de Mario, sentado junto a Rutilio.

Congonnetiaco lo contó todo: habían propuesto entregarse a Fabio en el puente sobre el Ródano, pero un emisario romano se presentó

para ordenarles, en nombre del cónsul, no acudir la noche pactada allí, sino esperar en otro lugar supuestamente más conveniente. Al príncipe aquello le había parecido sospechoso, pero su padre no quería ofender al gran Fabio Máximo, por lo que se presentaron en el lugar que este les había impuesto. Allí el saluvio Cratón los emboscó, masacró a los pocos guerreros que los acompañaban y aprehendió al rey y a su hijo.

—Exijo que se haga volver a Cratón para que confirme o desmienta este relato —demandó Geta.

Así se hizo. El mismo Sextio, abochornado, fue quien lo interrogó. Había defendido su causa ante el Senado, era oficialmente su cliente y le debía la vida, así que más le valía a Cratón decirle la verdad: ¿quién le había ordenado emboscar al rey Bituito?

—El procónsul Cneo Domicio —respondió el saluvio, con la cabeza gacha como un niño al que el *grammaticus* reprende.

Todo el Senado se escandalizó.

—¡Cayo Sextio me ordenó cumplir las órdenes de Cneo Domicio como si fueran las de él y eso hice! —les recordó el celta con humildad.

—¡Qué más da, por Hércules! —estalló Domicio—. ¡Yo capturé al rey! ¡Yo lo he traído ante vosotros! ¡Yo me merezco triunfar sobre él!

—Eso lo decidirá el Senado —dijo Geta, y a su alrededor los *patres* zapatearon en su bancada en señal de aprobación.

—*Refer ad Senatum!* —exclamó alguien a su lado.

—*Refer! Refer! Refer!* —jalearon otros.

El cónsul se dirigió entonces al *princeps Senatus*:

—Sobre este asunto, Publio Léntulo, *quid censes?*

El Senado decretó que ambos generales recibiesen el honor de un desfile triunfal por sus victorias, pero que el rey Bituito debía cederlo

Domicio inmediatamente a Fabio. Además, Fabio recibiría el *agnomen* de «Alobrógico», como a su tío Escipión se le concedió el de Africano. Por último, Bituito y su hijo serían recluidos en Alba Fucens, en el país de los ecuos y los marsos, donde también Sífax de Numidia y Perseo de Macedonia, grandes reyes enemigos de Roma, habían terminado sus días en un cautiverio honorable.

—¿Viste la cara de Domicio? —preguntó Mario a la salida del templo.

—Por Pólux, ¡tenía el rostro más rojo que la barba! —contestó Rutilio entre risas.

Hacía un día espléndido, frío pero soleado. Por su lado pasaron el flamante Quinto Fabio Máximo Alobrógico y sus lictores, que trasladaban a Bituito y a su hijo a una villa apartada del *ager Veientinus*, propiedad del cónsul, para custodiarlos allí hasta el día del triunfo. Mario bajó la escalinata del templo junto a ellos. Deseaba satisfacer una curiosidad con respecto al hijo del rey galo y no tendría otra oportunidad:

—Congonnetiaco, ¿cómo aprendiste latín? —le preguntó.

—Mi ama de cría lo hablaba. Su familia comerciaba en Masilia cuando mi pueblo los esclavizó. Ella me enseñó. —Hizo una pausa—. Te vi en el campo de batalla, Cayo Mario, pero tú no me viste. Pude matarte.

Mario se carcajeó, como si el celta le hubiera contado un chiste.

—¡No rías! No me has visto arrojar la jabalina. Podría haberte tirado del caballo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Vi un águila volar sobre tu cabeza. Los dioses te protegen. Te deparan grandeza.

—¿Un águila?

El galo asintió.

—Tal vez el hijo de un granjero sí pueda ser guerrero. ¡Adiós, Cayo Mario!

Este observó cómo el príncipe galo y su padre se alejaban, rodeados por lictores, a quienes sacaban una cabeza rubia de altura.

Mario quedó ahí, de pie en el último peldaño de la escalinata, pensativo, hasta que alguien lo sacó de su ensimismamiento con una fuerte palmada en la parte alta de la espalda.

El cuestor se dio la vuelta dispuesto a afearle las confianzas a quien fuera, pero su expresión fruncida se truncó en cuanto reconoció las facciones suaves y redondeadas de Quinto Cecilio Metelo.

—¿Ya estás de malas pulgas, por Hércules? —bromeó el sobrino del poderoso Macedónico, quien, más alto y espigado, le puso las dos manos en los hombros.

Ambos se miraron un instante con una sonrisa de oreja a oreja, justo antes de fundirse en un estrechísimo abrazo y mecerse el uno en brazos del otro.

—¿Recuerdas cuando ser tribuno militar todavía era algo serio? —preguntó Mario—. Y no la cuota impuesta de cachorros *nobiles* necesitados de cubrir el expediente.

Los dos se habían sentado al sol, apoyados en la barra de una taberna del *Forum Holitorium*, frente al desvencijado templo de Juno Sospita, porque Mario tenía mucha sed.

—¿Eso era yo para ti cuando servimos juntos? —preguntó Metelo, que estaba apoyado, más que sentado, en el borde del pequeño taburete alto, como si temiera ponerse demasiado cómodo.

Un aristócrata jamás se sentaría por iniciativa propia en un lugar así, pero, desde que se conocían, Metelo se había dejado arrastrar por Mario a los sitios más insospechados. A su vez, Metelo había introducido a Mario en círculos más sofisticados.

—¡No digas tonterías! Sabes que te considero un soldado ejemplar.

—A pesar de ser *nobilis*…

—A pesar de ser *nobilis*.

Mario, divertido, observaba a Metelo arrugar la nariz cuando miraba de reojo a las verduleras de la calle y a los jugadores que tiraban los dados en el otro extremo de la barra.

—Sé que te altera la incompetencia en los *nobiles*. A mí también. Las grandes familias tenemos una enorme responsabilidad y debemos velar porque nuestros miembros cumplan todos con unos estándares. Sin embargo, y esto es lo que tú no ves o no quieres ver, las familias que no lo hacen son castigadas. Demasiados miembros incompetentes las llevan invariablemente a la extinción. Ha pasado muchas veces. ¿Cuántos nombres aparecen en los fastos consulares de los que hace siglos que no se sabe nada? ¿Dónde están los Furios, los Horacios, los Quincios…?

—¿Y los Sempronios?

Se hizo el silencio entre ambos. Metelo se revolvió incómodo en su asiento.

—No sé si debemos hablar de eso aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Mario—. Quiero conocer tu opinión.

—Deploro el empleo de la violencia —comenzó a decir Metelo, que casi susurraba—, pero es culpa de Graco que se llegara a ese extremo. Uno de sus partidarios asesinó al lictor del cónsul.

—Bueno, el *pontifex maximus* asesinó a su hermano mayor.

—Eso fue hace muchos años, y la ofensa murió con Escipión Nasica, que terminó sus días en el exilio.

—Y Opimio, ¿cómo va a terminar?

—Es distinto. Nasica se tomó la justicia por su mano. Opimio actuó al amparo de un *senatus consultum* que…

—Eso solo hace a Opimio un sicario por cuenta del Senado —lo interrumpió Mario—. ¿Quién fue la lumbrera que presentó esa moción? No me lo digas: fue Léntulo. ¿Y tú votaste a favor?

—Mario, te lo ruego… —susurró Metelo, que miraba a los lados con creciente preocupación.

Su amigo estaba subiendo demasiado el volumen de voz y no tenía intención de bajarlo.

—Léntulo os invitó a un banquete, os sirvió la misma mierda que a Opimio y decidisteis acabaros el plato —proseguía Mario, cada vez más enojado—. Ahora a todos os huele el aliento a mierda. Enhorabuena.

Metelo suspiró hondamente.

—Lamento que lo veas así —dijo.

—Yo lamento no poder verlo de otro modo —repuso Mario y apuró su copa de un trago.

Aun rodeados de jovial bullicio, avivado por el alcohol, ambos estaban atrapados en una burbuja de silencio, largo e incómodo. Al final Metelo se incorporó, declaró su intención de regresar a casa y dejó unas monedas sobre la barra.

—¿Qué harás hasta el triunfo de Fabio? Perdón, del Alobrógico. ¿Te quedas en la ciudad por las Saturnales o vuelves al campo?

—¡Huyo al campo, por Júpiter! —contestó Mario sin pensárselo dos veces.

Metelo le dedicó una sonrisa triste.

—Está bien, pero cuando regreses a Roma házmelo saber.

—Lo haré, amigo mío —le aseguró Mario, y se despidieron con un abrazo.

XVIII

Cereatas

Arpino.
17 de diciembre del 121 a. C.

La ciudad se había edificado en las feraces colinas, alfombradas por un sombrío bosque hasta donde alcanzaba la vista. En verano, los muros ciclópeos de la acrópolis eran asediados por el verde de carpes, robles y retamas, pero ya el invierno había reclamado el lugar; el arce y el terebinto se habían despojado del todo del follaje rojo intenso del otoño, y solo la encina y el enebro conservaban un abrigo verde oscuro, casi negro, en las laderas del profundo y nubloso valle.

El álamo, aun desnudo, se erguía orgulloso en las riberas del Liris tanto como el sauce se encorvaba desgreñado sobre sus aguas. Tras vadear la corriente, el que venía de Arpino llegaba a colinas más suaves: las colinas de Cereatas, pobladas por fresnos, castaños y manzanos.

Allí los pastores de Mario cuidaban las ovejas cargadas de lana de Mario, los podadores de Mario cortaban los sarmientos de los viñedos de Mario y los braceros de Mario vareaban los olivos de Mario y recogían las aceitunas para la mesa de Mario. Fuera de Cereatas, todo el mundo lo miraba por encima del hombro —ni siquiera en Arpino era la suya la familia más importante—, pero allí,

y solo allí, Mario era el *dominus*, como su padre antes que él y el padre de su padre antes que aquel.

Todos los Marios habían nacido en la misma casa, de paredes de cascotes argamasados y tejado rojo. El *dominus*, asomado a la ventanilla del carro, la veía hacerse más nítida entre las nieblas del valle, a medida que el carro tirado por caballos ascendía entre bamboleos el camino de grava. Lo primero que hizo fue preguntar por la *domina*. Le dijeron que se encontraba en el establo, y allí encaminó los pasos sin perder el tiempo.

Su esposa vestía una capa parda sobre la túnica para protegerse del frío. Sentada en un taburete bajo, sujetaba en su regazo la pata de una yegua blanca a la que le recortaba los cascos muy concentrada.

—Lusia —pronunció su nombre Mario tras contemplarla unos instantes, absorta en su tarea, desde la puerta del establo.

Ella volvió la cabeza, cubierta por una toquilla blanca, hacia la figura arrebozada plantada en el umbral.

—¿Mario? —preguntó sin terminar de creérselo, paralizada, con la pata del caballo en el regazo y las tenazas en la mano.

Sus ojos buscaron los de él a medida que la figura del umbral se acercaba más y más hasta detenerse justo frente a ella. Mechones castaños oscurecidos por el sudor sobresalían de debajo de la toquilla blanca y le cubrían el rostro. Cuando él le acarició la mejilla rubicunda con el dorso de la mano, ella se incorporó de golpe para abrazarse a su cuello; dejó caer las tenazas, la legra y los demás instrumentos que sostenía en el regazo, e indiscriminadamente sembró de besos el rostro de su marido. Besos que a Mario le supieron salados, pues Lusia lloraba de felicidad.

Él correspondió a aquellos besos mientras estrechaba con fuerza el cuerpo de su esposa. Sus manos recorrieron la espalda de ella con

más ansiedad que tacto, buscando sus caderas, aferrando los laterales de la túnica, levantándolos en pliegues sucesivos hasta descubrir sus muslos.

Las manos de Lusia, más pequeñas y ágiles, se introdujeron bajo el manto de él y desabrocharon el cinturón que le ceñía la túnica al cuerpo. Él lo tomó como una invitación a ir hasta el final y, sin dejar de abrazarla, se arrojó con ella a los montones de paja seca que servían de cama para el ganado.

Allí, sin parar de besarse, Mario se acomodó entre las piernas de su esposa mientras ella le subía la túnica con una mano y con la otra guiaba su hombría. Aunque apasionado, el encuentro fue breve. Mario hacía el amor a su mujer con rudeza. Pero Lusia no conocía otra cosa y se sometía a las maneras torpes de su marido con un ansia igualmente primitiva, sin refinar. Se amaban de la forma más animal y a la vez más inocente, sin desviarse de lo inmediato ni satisfacer perversión alguna más por falta de imaginación que por exceso de pudor. Lusia jadeaba como producto del encontronazo físico más que gemía de placer; Mario guardaba silencio. Por fin eyaculó con un gruñido y se desplomó sobre el cuerpo tembloroso de su esposa.

—Te amo —le susurró al oído entre jadeos, todavía alojado entre sus piernas.

—Y yo a ti —respondió ella mientras le acariciaba la nuca.

Decidieron tácitamente permanecer acostados entre la paja seca, apartados del mundo y sus obligaciones un poco más, el uno en brazos del otro.

—¿Has estado con otra mujer? —quiso saber Lusia.

—No —respondió él.

Los hombres separados tanto tiempo de sus mujeres, incluso aunque las amaran, sucumbían habitualmente a distracciones, pero

Mario era una excepción a la regla.

Lusia lo miró a los ojos mientras sopesaba la rotundidad de su respuesta unos instantes.

—Bien. Te creo —dijo, como el que emite un veredicto, y se ovilló contra su cuerpo con más fuerza—. Yo tampoco he estado con otro hombre.

Mario se carcajeó.

—¿De qué te ríes, Cayo Mario? —demandó saber ella, con el ceño fruncido.

—Sabes que legalmente podría matarte si lo hicieras.

—¿Te crees que yo no te mataría si te acostaras con otra mujer? Puede que no legalmente, pero ¿qué más daría? Estarías muerto igual.

Mario sonrió mientras la miraba a los ojos.

—Cuánto te he echado de menos —dijo y le besó la frente.

Se habían casado cuando Mario tenía treinta y veinte ella, única hija de un antiguo centurión que había hecho fortuna como granjero en Campania. Ese año Mario se propuso para el concejo de Arpino, pero la élite del municipio rechazó su candidatura. Los habitantes de las colinas siempre miraban por encima del hombro a los del valle, y más a los habitantes del valle casados con la hija de un centurión, tal y como su madre le había advertido.

Con todo, la repulsa de los arpinates lo había empujado a probar suerte en Roma, donde fue elegido tribuno militar y luego cuestor. En los últimos tres años apenas había visto a Lusia unas semanas. Pensaba en ello mientras acariciaba el brazo de su esposa, acostada de lado y ovillada contra él. Pensaba en cuántas veces habían hecho el amor antes de que sus obligaciones los separasen, y en si esta sería la vez que su semilla por fin germinase dentro de ella.

Sus cuerpos se habían enfriado, y Lusia rompió el silencio para

sugerir tomar un baño caliente. A él le pareció muy buena idea.

—Siento que no me encontrases en Roma —se disculpó ella mientras caminaban hacia la casa solariega—. Esta casa es más fácil de calentar.

—Porque es más pequeña —señaló él al cruzar el umbral.

—¿Qué tal está Fulcinia? No se quiso venir.

—Ya. No le gusta nada este lugar. Nunca le ha gustado. Se ha quedado con Marco en Roma.

Mientras esperaban a que se calentase el agua para el baño, Lusia aprovechó para poner al día a su marido. El otoño había sido tan lluvioso como la primavera y varios animales habían desarrollado podredumbre del pie. Además, les habían aparecido agallas a algunos olivos, conque Lusia había ordenado podar las partes afectadas y sellarlas a continuación con brea. Las goteras que habían aparecido en abril se volvieron cosa seria en otoño, por lo que los techadores habían revisado el tejado y limpiado a fondo los canalones para ahorrarse humedades durante lo peor del invierno. Y…

—Mi hermano nos manda al pequeño Lusio desde Capua a pasar unos meses con nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Mario.

—La muerte de mi padre fue muy dura para él.

—Han pasado más de dos años.

—Sí, y la relación de mi hermano con su hijo no ha dejado de deteriorarse en todo ese tiempo. No lo controla. No sabe lo que hace por las noches y teme que Capua lo corrompa. Cree que tú puedes enderezarlo.

Mario se lo pensó en silencio unos instantes.

—Está bien —dijo finalmente, al concluir que se lo debía al difunto Cayo Lusio, cuyo nombre su nieto debía perpetuar—. ¿Qué tiene?

¿Quince? ¿Dieciséis?

—Trece.

—Suficientes. Que nuestros capataces le busquen algo que hacer. Trabajará como todos y se ganará el pan como cualquiera de nuestros asalariados.

Lusia le sonrió, satisfecha.

—Así será.

Había una última noticia que darle a Mario. Su hermana Maria, casada con un pez gordo de la acrópolis de Arpino, volvía a estar encinta. Lusia se lo anunció a su esposo con una mezcla de alegría y tristeza, de ilusión y desesperanza.

—Pronto, tú —le dijo Mario mecánicamente.

Ella suspiró, llena de duda y pena. Llevaban cinco años casados y no habían tenido hijos. Los excusaban las prolongadas ausencias de Mario, que antes de en la Galia había servido como tribuno en Hispania, pero solo hasta cierto punto.

—A muchos hombres les bastan unos días entre campaña y campaña para embarazar a sus mujeres —decía Fulcinia a menudo, sin ninguna intención de soslayar la cuestión.

—A muchos hombres, ni eso —respondía Mario sarcásticamente todas las veces.

Esa noche, luego de volver a hacer el amor con su esposa, los pensamientos de Mario regresaron a Graco. El Senado había instituido un tribunal especial para juzgar a sus seguidores tras la redada del Aventino. Cientos, miles, habían sido condenados a muerte o destierro, a pesar de que, en teoría, tan solo el veredicto del pueblo reunido en asamblea podía condenar a ciudadanos romanos a aquellas penas.

Lo más impactante, por cuanto macabro, es que el jurado lo

componían no recalcitrantes senadores, partidarios naturales de Opimio, sino équites, supuestos aliados de Graco. Una ley que llevaba su firma, puede que la más importante de las leyes Sempronias, así lo exigía.

Fueron équites quienes habían entregado a los suyos al verdugo. Ergo, Fabio tenía razón: la caída de Graco solo podía haberse producido con el plácet del orden ecuestre. Concretamente, de la parte más adinerada e influyente del orden ecuestre, a la que Graco había entregado los tribunales de justicia: los publicanos. Mario los conocía de haber hecho negocio con ellos en el pasado, casi en otra vida. Ellos se habían aliado con Opimio para permitir toda aquella farsa. Más que eso: la habían aprovechado para quitar de en medio a la competencia.

Mario sintió náuseas.

—Tanta iniquidad, Lusia. Tanta iniquidad…

Él trataba de explicárselo a su esposa, pero ella no entendía de publicanos y política, solo de planificar la paridera del ganado, proteger las colmenas del frío y drenar bien los cultivos para evitar las heladas. Lo único que podía hacer era ovillarse contra él en la cama de matrimonio y acariciar su amplio y velludo pecho mientras lo escuchaba.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Mario, con la vista clavada en el dosel de la cama.

—¿El qué, amor mío?

—Ponerlos en su lugar. A todos ellos. —Hizo una pausa—. Yo lo haré, si está en mi mano. Si los dioses quieren, purgaré Roma de su iniquidad —dijo, y su esposa se estremeció ante el tono agorero de sus palabras.

XIX

Opimio en la picota

Roma.
31 de diciembre del 121 a. C.

Lucio Opimio quería despedir su consulado volviendo a dedicar a la diosa Concordia el templo restaurado a la sombra del Capitolio.

Augures, pontífices, flamines y vestales se habían reunido con las cabezas veladas para atestiguar la ceremonia desde unas gradas habilitadas al efecto en aquel extremo del Foro. A sus pies, veintisiete niñas de buenas familias se preparaban para cantar himnos religiosos, y los esclavos públicos custodiaban jaulas de palomas que debían abrir en el momento justo.

La multitud se había reunido expectante. Una lona blanca ocultaba el pórtico del templo, desde el entablamento hasta la basa de las columnas que lo sujetaban. Cuando cayese, la lona descubriría la inscripción del arquitrabe que inmortalizaría al cónsul: *L. Opimius Q. f. Q. n. consul aedem Concordiae restituit et dedicavit*.[13]

—¡Oh, diosa Concordia! —comenzó a decir el magistrado supremo, con la cabeza cubierta píamente por el manto blanco y los brazos extendidos hacia la fachada todavía oculta—. ¡En tu honor y en cumplimiento de mi voto, yo, Lucio Opimio, hijo de Quinto, cónsul, dedico este templo para que continúes favoreciendo ahora y siempre al Pueblo Romano de los Quirites y su ciudad!

Un religioso suspense envolvió a todos los presentes mientras Opimio permanecía con los brazos extendidos y las volutas de incienso se elevaban de los braseros simétricos hacia el cielo invernal. Frente a él, en una gran ara de mármol, ardían, crepitantes, los restos de un buey blanco.

La lona empezó a caer.

Una nota aguda emergió de las gargantas de las niñas cantoras, y las puertecillas de madera de las jaulas se abrieron para dejar escapar las palomas, que ascendieron con un enérgico ulular y batir de alas, como una nube blanca.

Cuando se dispersaron, quedó al descubierto el pórtico restaurado y la inscripción del arquitrabe en letras doradas. Pero nadie les prestó atención, porque, sobre las puertas de bronce del templo, alguien había escrito con lo que parecía sangre el siguiente mensaje:

UN EPISODIO DE LOCA DISCORDIA
PRODUCE UN TEMPLO DE CONCORDIA.

Las niñas no dejaron de cantar mientras un murmullo se elevaba en las gradas de los sacerdotes y entre la multitud reunida en el Foro, hasta que este eclipsó sus voces atipladas.

—¡Asesino! —gritó alguien entre la muchedumbre, lo que arrancó a Opimio de un balbuceante estupor.

—¿Quién lo ha dicho? ¿Quién se atreve? —inquirió.

—¡Asesino! —respondió otro ciudadano anónimo, y con ello terminó de romperse la atmósfera de falsa paz que los había sobrevolado durante la ceremonia.

—¡Asesino, asesino, asesino! —coreaba cada vez más gente.

—¿Cómo os atrevéis? —decía el cónsul, que giraba sobre los talones como las bestias del Circo Flaminio cuando las aguijoneaban varios venadores—. ¡Os juzgaré! ¡Os haré juzgar a todos!

Lo calló el impacto en sus labios de un huevo podrido, que a punto estuvo tanto de hacerlo caer de bruces como de vomitar. Aquella fue la señal para que sus doce lictores, sin pensárselo más, lo rodearan y alejaran del peligro.

En las gradas de los sacerdotes, Escauro, de pie y apoyado contra la baranda de madera, no perdía a Opimio de vista mientras este, escudado tras sus lictores, ascendía la escalinata del templo en pos del refugio que le ofrecía el santuario. La muchedumbre los habría acosado hasta las mismas puertas mancilladas, y tal vez perseguido al interior, si el *pontifex maximus* no se hubiera interpuesto con las vestales para calmar a los ciudadanos.

—Nos vamos —anunció a su lado Metelo el Macedónico.

Sin más ceremonias, el sexagenario estadista se incorporó dispuesto a abandonar la grada, no sin antes hacer una señal a su sobrino Lucio Metelo, que era pontífice, para que lo siguiera.

Escauro los vio desalojar la grada con los demás sacerdotes. En ningún momento el Macedónico se volvió para preguntar por él. Como ya tenía a su sobrino para hacer de perro faldero, Escauro optó por quedarse donde estaba y dirigió su atención a las puertas del templo, custodiadas por los lictores.

Opimio llevaba una hora lanzando maldiciones y describiendo círculos en la cella del templo como una fiera enjaulada.

—Cónsul —se le acercó con miedo uno de sus asistentes—, el senador Marco Emilio Escauro te pide una audiencia.

—¡Que pase!

El asistente se dio media vuelta y regresó del vestíbulo acompañado por Escauro.

—¡Los haré juzgar a todos! —fue lo primero que dijo Opimio, contento de tener un testigo de sus amenazas—. ¡Los juzgaré y los

mataré!

—Ya es tarde —le recordó Escauro—. Tu consulado y el *senatus consultum* en defensa de la República expiran en cuestión de horas. No habrá más tribunales especiales para condenar a muerte a nadie, solo juicios ante el pueblo. Como el tuyo…

Opimio lo miró con una mezcla de escepticismo y espanto.

—¿Cómo dices?

—Vengo del Foro. El tribuno de la plebe Publio Decio Subulón ha celebrado un mitin para anunciar su intención de llevarte a juicio ante el pueblo en la asamblea de las centurias.

—¿Bajo qué cargos?

—Ya sabes cuáles. Haber condenado a ciudadanos romanos a muerte sin veredicto del pueblo.

—¡El *senatus consultum*…!

—No me lo expliques a mí —lo interrumpió Escauro—, explícaselo al pueblo.

—¡¿Tendré que explicárselo a quienes me arrojan huevos?! —rugió el cónsul, pero Escauro, como de costumbre, no se dejó intimidar.

Un brillo maniaco asomó entonces a la mirada de Opimio:

—Un tribuno de la plebe no puede convocar a la asamblea de las centurias —señaló.

—Subulón dice que tiene el respaldo de un pretor electo.

—¿Cuál, por Hércules?

—Quinto Mucio Escévola, el augur.

Opimio parpadeó con incredulidad. Hacía apenas dos horas que había saludado muy diplomáticamente a ambos Escévolas —Quinto y su primo Publio, el *pontifex maximus*— antes de la ceremonia. Pero era evidente que ninguno olvidaba los lazos familiares que los unían a Graco.

—¡Maldita alimaña!

Opimio propinó un puñetazo al aire, y a continuación guardó silencio mientras se hacía a la idea del juicio inminente.

—Sé mi abogado —dijo al tiempo que daba un paso hacia Escauro.

—¿Yo? —se hizo el loco este.

—Uno de mis abogados —precisó Opimio—. Ayúdame a preparar un equipo legal.

Escauro hizo como que se lo pensaba.

—De acuerdo.

—¿Por qué has aceptado? —demandó saber el Macedónico, enfurecido.

Escauro permanecía de pie en mitad del atrio, con la vista clavada en el suelo teselado, mientras el Macedónico, que había cambiado la toga por una holgada túnica de color pastel, lo interrogaba. Había acudido directo a su gran *domus* del Palatino para informarle en persona; la decisión de unirse a la defensa legal de Opimio la había tomado él, pero no era tan inconsciente como para ocultárselo al Macedónico.

Metelo era un patrón celoso y no había dado instrucciones a Escauro para actuar como lo había hecho. No se lo tomó demasiado bien, para divertimento de Lucio Metelo, que no había presenciado muchas ocasiones en las que su tío reprendiese a Escauro.

—Opimio ha cumplido su propósito —sentenció el Macedónico—. Graco ya no es un problema, ni quedan varones en su familia para tomarle el testigo. Todos se han extinguido en pago a sus pecados. Le toca a Opimio afrontar los suyos —dijo, con no poco cinismo—. Si Subulón quiere llevarlo a juicio, eso queda entre él, Opimio y el pueblo de Roma. La familia Metela no pinta nada ahí, y todo lo que tú haces, Marco, se refleja en esta familia tanto como lo que hagan

mis hijos y sobrinos, quieras o no.

Lucio Metelo puso una mueca, tan fastidiado de oír eso último como Escauro reafirmado.

—Lo entiendo, *clarissime* —dijo Escauro, decidido a no titubear—. Pero creo que, si te paras a considerar mejor el asunto, verás que es de primordial interés lograr la absolución de Opimio.

—Por Pólux, ¿acaso te crees más capacitado que yo mismo para evaluar mis intereses? —bramó el Macedónico, y su voz retumbó entre las paredes del atrio, lo que hizo estremecerse a su sobrino.

—Creo que me mantienes a tu lado para aconsejarte —respondió Escauro muy sosegadamente—. Eso implica hacerte reparar en lo que a simple vista puedes no haber reparado.

Metelo lo perforó con una mirada de ojos entornados.

—Habla, por Júpiter.

—El *senatus consultum* en defensa de la República pende de un hilo. Su constitucionalidad es dudosa, cuando menos.

—Eso lo sabíamos todos cuando lo aprobamos. Era un cheque que expedimos a sabiendas de que no tenía fondos, solo para que el necio de Opimio hiciese lo que debía hacerse.

—Lo sé, pero ha demostrado ser una herramienta poderosísima para mantener el orden en Roma. Y ahora su destino está unido inseparablemente al de Opimio: su condena en juicio equivale a declarar dicho *senatus consultum* incompatible con nuestras leyes; nunca más podría volver a invocarse. Si, por el contrario, Opimio es absuelto, quedará automáticamente legitimado para usarse más veces.

Sus palabras parecieron incomodar al Macedónico.

—Nadie debería tener nunca ese poder —farfulló este—. Es la razón por la que la dictadura hace más de ochenta años que cayó en desuso.

—Situaciones de emergencia requieren medidas de emergencia, llámese dictadura o *senatus consultum de defendenda*. No podemos pretender que en crisis como esta los magistrados se queden cruzados de brazos y todo dependa de ciudadanos particulares, como Escipión Nasica hace once años. Ciudadanos particulares que luego deberán afrontar juicio por haber recurrido a la fuerza en defensa de la República.

»Dices que no hay más Gracos para tomarle el testigo a Cayo, pero ese camino ya está abierto entre la maleza, ha sido andado y puede volver a andarse, lo queramos nosotros o no. ¿Quién dice que este Subulón, o cualquier otro tribuno, no llegue a ser un tercer Graco en todo menos en el nombre? Es primordial que en una situación así el Senado disponga de un último recurso para legitimar el empleo de la fuerza…, un *senatus consultum ultimum.*

—Escauro tiene razón, tío —intervino Lucio Metelo, que dio un paso hacia el Macedónico.

—Está bien —claudicó este—. Pero que sea la última vez que tomas una decisión de este calado sin consultármelo antes, por Júpiter.

—Por supuesto, *clarissime*. Perdona mi imprudencia —se disculpó Escauro, que agachó la cabeza para ocultar su media sonrisa.

—Y mantente en un segundo plano para que te asocien lo menos posible con ese naufragio —insistió el Macedónico—. Hará falta un milagro para que la plebe no descuartice a Opimio en la asamblea, por Pólux.

XX

El juicio de Opimio

Roma, anno DCXXXIV *ab urbe condita.*
C. Papirio Carbone et P. Manilio consulibus[14]

El 1 de enero los cónsules y los pretores entraban en posesión de su cargo. Los cuestores y los tribunos de la plebe lo habían hecho los días 5 y 10 de diciembre, respectivamente, razón por la que Subulón había podido celebrar un mitin antes de Año Nuevo y Quinto Mucio Escévola tuvo que esperar a después.

Tampoco parecía tener prisa. Escévola era un hombre escrupuloso, jurisperito reconocido y amante de la tradición, y aguardó a que su *imperium* fuese ratificado por el formalismo de una *lex curiata* antes de dirigirse a los ciudadanos en el Foro.

Allí les comunicó dos cosas: la primera, que mediante sorteo se le había asignado el gobierno de Asia; en segundo lugar, que antes, mucho antes de partir para su provincia, reuniría al pueblo para juzgar a Lucio Opimio, acusado por el tribuno Publio Decio de un crimen capital. La apertura del juicio se fijó a final de mes, y se le impuso al excónsul el depósito de una astronómica fianza.

En casa de Opimio, Escauro insistió en que el abogado principal de la defensa fuese el flamante cónsul Carbón.

—¿Por qué esa sabandija? —preguntó Opimio, irritado, mientras se servía una generosa copa de vino.

—No solo es uno de los mejores oradores de Roma —dijo Escauro —. Más importante que eso es que sigue en la comisión para el reparto de tierras que Graco creó. Por eso es cónsul. Los plebeyos saben que, si quieren llegar a tener un sitio donde caerse muertos algún día, deben bailar al son de su música.

—Bien —dijo Opimio, persuadido por ese argumento—. Pide audiencia con la sabandija y recuérdale que me debe un favor.

—Le recordaremos lo que le conviene a él, no lo que nos conviene a nosotros —le corrigió Escauro—. ¿O vas a fiarlo todo a la simpatía de un hombre que traicionó a sus amigos más cercanos?

Escauro tenía razón. Carbón solo accedió a formar parte de la defensa de Opimio porque le convenía seguir ganando puntos con el *statu quo*.

—Durante la inquisición previa al juicio propiamente dicho, se celebrarán tres asambleas para que Subulón pueda formular su acusación ante los ciudadanos, y nosotros refutarla —explicó el cónsul, envuelto pulcramente en los pliegues de la toga pretexta, bordada de púrpura—. No podemos negar los hechos, a saber, que Opimio ordenara la muerte de ciudadanos sin juicio ni recurso de apelación…

—¡No quiero negarlos, maldita sea! —lo interrumpió a voces su defendido—. Quiero que todo el mundo reconozca que un *senatus consultum* me autorizaba a ello.

—Muy bien —dijo Carbón—. Entonces sugiero llamar como testigo a Léntulo, que presentó la moción.

—Estoy de acuerdo —lo secundó Escauro.

Convencer a Léntulo de testificar en favor de Opimio no requirió de ningún esfuerzo. El día señalado para la primera asamblea estaba sentado en primera fila para ascender a la tribuna cuando Carbón se lo requiriese.

Escévola dio en primer lugar la palabra a Subulón, que hizo un repaso muy académico de las siete leyes aprobadas desde la fundación misma de la República para la protección de la vida y la integridad física de los ciudadanos frente al abuso de poder de los magistrados, desde la *lex Valeria de provocatione* del cónsul Publio Valerio Publícola hasta la *lex Sempronia de capite civis* del tristemente desaparecido Cayo Sempronio Graco. Pretendía ser contundente, pero su efecto sobre los ciudadanos allí reunidos fue más bien anestesiante. Solo el pretor Escévola escuchó con atención inmutable el alegato hasta su inexorable conclusión:

—Es flagrante y notorio que, en el ejercicio de su cargo, Lucio Opimio violó todas y cada una de esas leyes centenarias —sentenció el tribuno. Y, en previsión del argumento principal de la defensa, añadió—: Cualquier apelación que el reo haga al *senatus consultum de defendenda* será risible, pues un *senatus consultum*, un mero consejo del Senado a los magistrados, no puede abrogar una ley aprobada por el pueblo romano, ¡mucho menos siete leyes de un plumazo!

A esto la multitud que se había reunido alrededor de la tribuna en la esquina norte del Foro dio su asentimiento con un runrún aprobatorio.

Ahora le tocaba intervenir a la defensa.

Subulón bajó los peldaños de la tribuna, y los ascendió Carbón con pies calzados con botas rojas de magistrado curul. Lo primero que hizo, con una sonrisa de oreja a oreja, fue agradecer una vez más a los ciudadanos que hubieran depositado en él su confianza y lo hubieran hecho cónsul de Roma. Hizo un repaso vibrante de toda su trayectoria, como el que narra la *Odisea*, sin omitir en ningún momento su amistad con Cayo Graco y con su hermano Tiberio antes que él. ¿Por qué entonces estaba allí defendiendo a Opimio?

Porque —se respondió a sí mismo— amaba a la República más de lo que amaba a los Gracos.

En efecto, desde la fundación misma de la República había ejemplos de grandes estadistas que se vieron obligados a anteponer la salud del Estado a sus amistades y parentescos. Ya Lucio Junio Bruto —primer cónsul, celebrado con una estatua de bronce que todos podían contemplar en el Capitolio— había mandado al exilio a su colega y buen amigo Lucio Tarquinio Colatino, hombre inocente de cualquier crimen, solo porque, tras la expulsión del rey Tarquinio el Soberbio, la naciente República no toleraba a más miembros de la misma *gens* en su seno. El mismo Bruto tampoco derramó lágrima alguna cuando entregó a sus hijos y a los hermanos de su esposa Vitelia al verdugo, acusados de conspirar para, como quien dice, estrangular en la cuna a la República y restaurar a Tarquinio en el trono.

A diferencia de aquel Bruto, Carbón —debía excusarse este ante los ciudadanos— sí que había llorado por el destino cruel de su íntimo amigo Cayo Graco. ¡Ojalá este le hubiera prestado oídos cuando él le prevenía contra el extremismo de Fulvio, hombre borracho y pendenciero! ¡Ojalá sus seguidores nunca hubieran asesinado al lictor! ¡Ojalá hubiera respondido a la convocatoria del cónsul para defenderse en el Senado! ¡Ojalá hubiera descendido pacíficamente del Aventino cuando Opimio, con vistas a evitar el derramamiento de sangre ciudadana, les dio la oportunidad! Pero Graco era un personaje de tragedia griega encaminado a su aciago final.

Como la víctima del sacrificio, cuya inmolación gana para Roma el favor de los dioses, Graco debía morir para que la República pudiese vivir. Así estaba escrito. ¿Por qué Subulón removía hechos tan tristes? ¿Qué esperaba ganar? ¿Quién movía sus hilos? ¿Por qué no

se dejaba a los muertos descansar en paz?

Al término de su alegato, transportado como en volandas hasta los oídos de los ciudadanos por un poderoso torrente de voz que por momentos se le quebraba teatralmente en la garganta, muchos entre el público tenían los ojos anegados en lágrimas. Hubo quien aplaudió con sinceridad.

Carbón era bueno, muy bueno, pensó Escauro. Pero Subulón no se iba a dar por vencido a las primeras de cambio y llamó a su primer testigo: Lucio Septimuleyo, de Anagnia.

—Queremos saber cómo murió Cayo Graco —dijo Subulón.

—Casi lo atrapamos en la puerta Trigémina y luego en el puente Sublicio. Allí abatimos a su acompañante.

—El équite Publio Letorio —dijo el tribuno para que quedase constancia de su nombre.

—Será. No le preguntamos el nombre —respondió Septimuleyo.

—Para dejarlo claro: ¿por «abatir» te refieres a matar?

—Sí, lo matamos. Le dimos una muerte rápida —precisó, ante las alborotadas expresiones de desaprobación del público.

—Prosigue —lo animó el tribuno, tras pedir a los ciudadanos que refrenasen su natural disgusto.

—Como nadie le ofrecía un caballo, Graco quiso esconderse en el bosque que llaman de las Furias, a poca distancia del Janículo, pero veníamos pisándole los talones y lo vimos entrar en la arboleda.

—¿Qué pasó a continuación?

Septimuleyo tragó saliva. El ambiente al pie de la tribuna se estaba caldeando y sabía que debía medir mucho sus palabras y, si era preciso, mentir.

—Encontramos que su esclavo le había dado muerte antes de suicidarse. Una muerte piadosa, si me preguntan.

—Y si el esclavo de Graco no se hubiera apiadado de su amo, ¿lo

habríais abatido como a Letorio? Para eso lo perseguíais, ¿no? Para darle muerte, como otros dieron muerte a Marco Fulvio y a su hijo mayor en el Aventino.

—Sí —contestó, y la agresiva indignación del público le hizo exclamar lo siguiente—: ¡Esas eran las órdenes del cónsul!

—¿Fue por orden del cónsul que mutilasteis el cuerpo de Graco?

—Sí, el cónsul había puesto una recompensa por la cabeza de Graco, igual que por la de Fulvio.

El escándalo llegó entonces a tal grado de violencia que, a fin de evitar un motín entre el público, el pretor tuvo que incorporarse de la silla curul y suspender la asamblea.

Al día siguiente, Subulón reclamó que Opimio subiera a la tribuna.

—Lucio Opimio, ¿pusiste o no pusiste precio a las cabezas de Cayo Graco y Marco Fulvio a sabiendas de que contravenías todas y cada una de las *leges de provocatione*?

—Todo lo que hice u ordené hacer fue en defensa de la República y por mandato del Senado —respondió Opimio.

Carbón había insistido mucho en que el excónsul se atuviese a esas palabras exactas que acababa de pronunciar.

—¿Entiendes que los actos de Lucio Septimuleyo se llevaron a cabo bajo tus órdenes? ¿Que el équite Publio Letorio fue asesinado bajo tus órdenes? ¿Que Cayo Graco fue empujado al suicidio porque de lo contrario tus hombres lo habrían degollado vivo, como a Fulvio y a su hijo?

—Todo lo que hice u ordené hacer fue en defensa de la República y por mandato del Senado —reiteró Opimio, que apretó las mandíbulas.

La defensa llamó entonces a testificar al *princeps Senatus*, que subió los escalones de la tribuna encorvado por la edad.

—Publio Léntulo, tú presentaste la moción de *senatus consultum*

en defensa de la República —comenzó Carbón su interrogatorio.

—Sí, yo la presenté —reconoció abiertamente el anciano.

—Y, muy gallardamente, a pesar de tu edad, tomaste parte en el asalto del Aventino junto con otros senadores.

—Así es. Recibí una herida en la frente por ello.

—¿Creíste estar haciendo algo… fuera de lugar? —preguntó Carbón, que se cuidó mucho de utilizar la palabra «ilegal».

—Obviamente no —respondió enfurruñado Léntulo, a quien la edad había vuelto impaciente, por no decir irascible.

—¿Puedes explicar el razonamiento tras el *senatus consultum de defendenda*?

—Por supuesto. Ciudadanos o no, tres mil hombres armados se habían amotinado y campaban espada en mano por la ciudad. Una daga apuntaba al corazón de la patria y no había tiempo que perder. El *senatus consultum* reconocía esta urgencia y armaba al cónsul con toda la autoridad del Senado para acabar con la sedición.

—La iniciativa, por tanto, fue del Senado y Lucio Opimio siguió su mandato, tal y como ha aseverado antes.

—Sí.

—¿Podía Lucio Opimio desoír el mandato del Senado?

—¡Habría sido impensable! En casi cuatrocientos años de gobierno republicano, solo los Gracos han sido tan osados e insensatos como para desafiar un decreto del Senado, y por eso ambos han acabado mal.

Hubo abucheos entre el público, que hicieron a Léntulo fruncir mucho el arrugado ceño.

A Escauro, de pie entre los asistentes, le fascinaba y sublevaba a partes iguales lo fácil de manipular que era el *princeps Senatus*. Que Léntulo eximiese a Opimio de la autoría intelectual de todos los excesos e ilegalidades era lo único que interesaba a Carbón, que no

prosiguió el interrogatorio.

Ahora le tocaba el turno a Subulón.

—Publio Léntulo, tengo aquí una copia del *senatus consultum* que tú mismo depositaste en el templo de Saturno, tal y como se transcribió y se confió a los ediles de la plebe en el templo de Ceres —dijo el tribuno y alzó el brazo con un rollo de pergamino en la mano para que todos lo vieran, antes de tendérselo al *princeps Senatus*—. ¿Se ordena en él al cónsul ejecutar a ciudadanos romanos sin juicio?

—Se ordena al cónsul que haga todo lo necesario para garantizar que la República no sufre daño alguno —recitó el anciano de memoria, sin aceptarle el pergamino a Subulón.

—Pero entonces deja a la discreción del cónsul qué hacer para evitar que la República sufra daño —observó el tribuno, que se volvió hacia los ciudadanos y elevó la voz—: Opimio podría haber decidido no ejecutar a ciudadanos romanos sin incoarles antes un proceso y respetar así las leyes. Por el contrario, él decidió actuar de manera contraria a las leyes.

—¿Sabes griego, tribuno? —lo interrumpió Léntulo a sus espaldas. Y agregó, desafiante—: *Κοιμάσθων οἱ νόμοι τήμερον*.[15]

—Las leyes vuelven a estar despiertas, anciano —respondió Subulón, que entendía el griego perfectamente—. Los hechos son claros, *quirites*: Lucio Opimio dio muerte a compatriotas vuestros ilegalmente; él decidió hacerlo, nadie le obligó. Y tú, Léntulo, has reconocido que le ayudaste a hacerlo. ¡Vergüenza!

—¡Vergüenza! —gritaron también desde la muchedumbre reunida al pie de la tribuna, y un gran número de asistentes abucheó al *princeps Senatus*, lo que lo irritó enormemente.

—¿Así me agradecéis las heridas que he recibido por la República? ¿Me abucheáis a mí? ¿Al *princeps Senatus*? ¡Ingratos!

¡Desagradecidos! —imprecaba Léntulo a la plebe, con espumarajos en las comisuras de los labios apergaminados y el rostro rojo de ira, hasta que sus parientes lo sacaron de la tribuna y se lo llevaron a casa entre los vituperios de la muchedumbre.

—Queda un día y esto no va a mejor —confesó Carbón muy nervioso en casa de Opimio mientras repasaban todas las opciones —. Podríamos conseguir que un tribuno vete todo el proceso. Lucio Calpurnio Bestia estaría dispuesto a cambio de un soborno no muy alto. También valdría que un augur declare oír un trueno en mitad de la asamblea de las centurias. Escauro, tú…

—No —lo interrumpió Escauro. Vetar todo el proceso no constitucionalizaría el *senatus consultum de defendenda*; solo la absolución de Opimio lo lograría—. Todo se decidirá en la asamblea de las centurias —insistió—. Necesitamos que las centurias de ciudadanos más pudientes voten a favor de la absolución y estos solo lo harán si sus jefes dan la orden. Es así de simple.

—Ve a ver al portavoz de los publicanos —dijo Opimio, con la lengua atontada por el alcohol—. Si no te garantiza su apoyo, recurriré a Bestia —añadió, con el mismo tono que una amenaza.

Escauro se dirigió al monte Quirinal. Allí, cerca del templo de la Salud, se encontraban la casa y los jardines que habían pertenecido al cónsul Marco Bebio Tánfilo hacía sesenta años. El nieto de Tánfilo había tenido que malvenderlos después de medio siglo sin que la familia ocupara una silla curul. Ahora era el publicano Quinto Cecilio el que vivía rodeado de las amenidades domésticas de un cónsul romano.

A pesar de su sonoro nombre, no estaba emparentado con los nobles Cecilios Metelos. En realidad era hijo de un humilde escriba del templo de Saturno. Su habilidad con los números habría bastado

para asegurarle el mismo honrado empleo que a su padre, pero, como además demostraba una sutil comprensión de la naturaleza humana y una pragmática falta de escrúpulos, había llegado a convertirse en uno de los hombres más ricos de Roma.

—¿En qué puedo ayudarte, senador? —preguntó Cecilio a Escauro mientras daba de comer a los patos de sus estanques.

—Venía a pedirte la absolución de Lucio Opimio.

—No sabía que su absolución estuviera en mis manos —repuso el publicano sin apartar la vista de los patos.

—En tus manos y en las de tus amigos están las primeras centurias, cuyo voto es el que cuenta para absolverlo. Una palabra tuya bastará para apartar a Opimio de la roca Tarpeya.

—¿Por qué habría de pronunciar esa palabra?

—Os habéis beneficiado de los tribunales de Opimio, esos que os han permitido eliminar a la competencia.

—Nos vimos obligados a liquidar una serie de pasivos reputacionales para desactivar el riesgo político —dijo Cecilio sin mudar el rostro—. Podamos el gremio porque es lo que Opimio nos pidió.

—Revisa tus libros de cuentas: Opimio os hizo un favor.

—¿Vimos incrementarse nuestra cuota de mercado? Sí, pero nosotros no instituimos esos tribunales, sencillamente sacamos partido de una situación difícil. A eso nos dedicamos, es nuestro oficio y nuestra vocación. Por lo demás, si alguien le hizo un favor a alguien, fuimos nosotros a Opimio, no al revés.

Como Escauro había previsto, no iba a sacar nada del usurero sin dar algo a cambio.

—¿Y la estabilidad económica? —preguntó, pues quería probar otra vía de ataque—. Si Opimio es condenado, habrá indemnizaciones millonarias.

—Las indemnizaciones millonarias obligarán a aumentar los ingresos, y somos nosotros quienes recaudamos los impuestos de Asia. A más impuestos, más beneficios.

Escauro hizo una pausa.

—Los impuestos tardan en recaudarse y mientras tanto las indemnizaciones deben pagarse. Para que el Estado no vaya a la bancarrota, los nuevos censores Lucio Calpurnio Pisón y Quinto Cecilio Metelo el Baleárico tendrán que rescindir todos los contratos públicos y posponer las nuevas licitaciones al próximo lustro. Al Baleárico lo conozco bien, es un hombre prudente y conservador que no hipotecará las finanzas del Estado. ¿Y qué decir de Pisón el Frugal? Menos mal que estáis totalmente seguros de que la provincia de Asia rendirá los tributos que habéis estimado, porque de lo contrario iréis derechos a la bancarrota.

Después de aquella intervención, Cecilio guardó un largo silencio.

XXI

El veredicto del pueblo

Durante la tercera y última asamblea, Opimio subió a la tribuna y habló de su padre, Quinto Opimio; de cómo durante su consulado treinta y cuatro años atrás este había sometido en batalla a las tribus ligures de oxibios y decietas y vendido en el mercado de esclavos de Masilia a todos los habitantes de Egitna, que habían osado alzar la mano contra un legado romano.

Luego habló de él mismo, de su gloriosa pretura, en el ejercicio de la cual había aplastado la rebelión latina de Fregelas y hecho de su ruina un escarmiento para todos los itálicos que osaran pensar en traicionar a Roma. Habló de cómo esos pensamientos de traición no habrían arraigado entre los latinos si Marco Fulvio y Cayo Graco no hubiesen inflamado su audacia al prometerles la ciudadanía, un proyecto subversivo contra el Estado: los latinos, naturalizados en masa, habrían saturado las tribus y centurias, diluido hasta la insignificancia el peso electoral de los ciudadanos de pura cepa —extranjeros ahora en su propio país— y garantizado a sus patronos el voto cautivo de miles de clientes.

Marco Fulvio y Cayo Graco, concluyó Opimio, eran una amenaza para la República; el Senado le había encomendado neutralizar la amenaza, y eso había hecho: ¡Roma debería recompensarlo, no juzgarlo!

Tras el alegato final del reo, Quinto Mucio Escévola dio por

concluida la inquisición, y publicó inmediatamente su rogación al pueblo romano: «Velitis, iubeatis, Quirites, ut L. Opimius aqua et igni interdicatur atque tribunis de saxo Tarpeio deiciatur?».[16] O, en pocas palabras: ¿queréis la muerte de Opimio?

Al tercer día de mercado, el Campo de Marte se había convertido en un hervidero humano. Decenas de miles de voces se elevaban y mezclaban en una cacofonía ensordecedora a medida que los ciudadanos accedían al recinto. Estos estaban repartidos en treinta y cinco tribus, cuatro urbanas y treinta y una rurales. Los *curatores tribuum* distribuían a los ciudadanos de cada tribu en centurias según su renta y edad y daban indicaciones de voto. El número de ciudadanos en cada centuria era muy variable, desde un puñado en las centurias de los más ricos a decenas de miles en la única centuria de *proletarii*, pobres de solemnidad. Sin embargo, el voto de cada centuria valía lo mismo, por lo que los ricos lo decidían todo; los pobres a menudo ni se molestaban en aparecer.

Tras la oración propiciatoria a Júpiter, Escévola echó a suertes cual de todas votaría primero. Se trataba de la *centuria praerogativa*, y su voto se consideraba auspicioso, por lo que a menudo arrastraba a las demás. Sus ciudadanos desfilaron por las pasarelas de votación, que imponían orden a la muchedumbre en su camino al recinto consagrado donde emitían sus sufragios. La *praerogativa* siempre se escogía de entre las centurias de primera clase, lo que daba una pista de cómo votarían los ciudadanos más adinerados.

En cuanto el último ciudadano de la *centuria praerogativa* hubo depositado su voto, los funcionarios *diribitores* los extrajeron de las cestas de mimbre y separaron los síes de los noes ante la tribuna del presidente.

—Hay más noes que síes —comunicó al pretor uno de sus

asistentes—. Gana el no.

El rostro de Escévola no reflejó emoción alguna.

—La *centuria praerogativa* vota no —anunció.

—¡Los publicanos han cumplido su parte! —exclamó Carbón, que respiró con alivio.

El cónsul esperaba con Escauro y otros senadores *optimates* a que su centuria fuese llamada para votar. Opimio ya había puesto tierra de por medio, en caso de que se confirmara el peor escenario.

—Mandémosle un mensajero —sugirió alguien—; todavía puede alcanzarlo en la vía Ostiense y darle la buena nueva.

—Es muy pronto para eso —advirtió Escauro—. Esperemos a que se confirme.

La votación del resto de las centurias se extendió durante lo que quedaba del día, hasta que el no hubo obtenido la mayoría absoluta de las centurias. Las redes clientelares de los publicanos habían obrado el milagro: Opimio era un hombre libre y el *senatus consultum* en defensa de la República acababa de ser legitimado por el voto de las centurias.

Escauro se acercó para ver de cerca la cara de Escévola. Cuando este bajaba los peldaños de la tribuna para encontrarse con Publio Subulón, vio que los abordaba Lucio Septimuleyo.

—¿Qué hay de lo mío, Subulón? ¿Todavía me llevarás contigo a Asia como prefecto, Escévola?

—¡Qué dices! —respondió el pretor, que se apartó de su lado sin disimular el asco que sentía—. Con la cantidad de cabezas de malos ciudadanos que hay en Roma, mejor quédate. En unos años serás tan rico como Creso.

Escévola pasó de largo junto a Escauro sin dirigirle la mirada, pero Subulón se paró ante él para ventear su enfado:

—Sé que fuiste a ver a Quinto Cecilio y que los publicanos han

dado órdenes a las centurias pudientes de que voten por la absolución. ¿Cómo los habéis comprado?

—Los publicanos quieren estabilidad —respondió Escauro—. Claramente no previste las consecuencias financieras de un veredicto condenatorio.

—Opimio ha evadido la justicia por tus malas artes, Marco Escauro. Algún día te haré pagar por ello.

—No si antes yo te pongo en tu sitio, que lo haré. Recuerda mis palabras, Publio Subulón.

XXII

El cenáculo de los Metelos

Roma.
Marzo del 120 a. C.

—Entonces decidido —dijo el Macedónico, recostado en el triclinio —: Lucio se presentará a cónsul, y Escauro, a pretor.

—Enhorabuena, primo —lo felicitó alzando su copa el Baleárico, elegido censor junto a Lucio Calpurnio Pisón hacía un mes.

Tumbado en el triclinio junto a Escauro, Lucio Metelo alzó también su copa antes de dar un generoso trago.

—Todavía hace falta escoger un tribuno de la plebe —observó Escauro, que observaba los posos de vino en el fondo de su copa.

—Cayo podría presentarse —dijo Metelo el Baleárico.

—¿Yo? —inquirió Cayo Metelo, su hermano menor, con ingrata sorpresa—. No, gracias. No tengo interés en que la plebe me eche su fétido aliento a la cara.

—Harás lo que sea mejor para la familia —le advirtió el patriarca.

—Con perdón, pero no creo que Cayo sea la mejor opción —intervino el joven Quinto Metelo, reclinado entre su hermano Lucio y Escauro—. La asamblea de las centurias es una cosa, pero el concilio de la plebe es mucho más difícil de controlar, y el pueblo llano sigue furioso con los *nobiles* por lo que le ocurrió a Graco. La absolución de Opimio solo los ha enfurecido más. No elegirán a un Metelo.

—No es un Metelo lo que necesitamos —apostilló Escauro.

—Explícate —le conminó Cayo Metelo.

Escauro dirigió la mirada al Macedónico, como pidiendo permiso antes de continuar. Este se lo concedió con un leve gesto del mentón.

—Para ganar elecciones, ¿qué es lo que precisamos?

—¡Votos! —espetó Metelo Diadematо, el segundogénito del Macedónico.

—Clientes —respondió un instante después su primo Lucio, con una sutileza que sorprendió a Escauro.

—Ambas cosas son ciertas —dijo—. Pero ¿y si hubiera una forma de conseguir votos nuevos sin necesidad de captar clientes nuevos?

Los Metelos, salvo el Macedónico, miraron a Escauro con extrañeza. En sus matemáticas aquello no computaba. El voto libre era una ficción. Un cliente contraía la obligación de votar por su patrón y la batalla política consistía en captar clientes nuevos.

—¿Lo que propones es que nos voten los clientes de otros? —preguntó Quinto Metelo, tal vez el más perspicaz de todos.

—Imposible —se apresuró a decir su hermano Lucio.

—¿Por qué? —preguntó Escauro.

—Todos los patronos tenemos agentes en las pasarelas de votación durante los comicios para asegurar que los clientes votan lo que deben o afrontan las consecuencias.

—Ergo, solo hay que suprimir a esos agentes para que los clientes voten lo que quieran. Bastaría con estrechar las pasarelas.

—¡¿Por qué íbamos a querer nosotros eso?! —inquirió Lucio Metelo con enojo—. Nosotros también dejaríamos de poder controlar lo que votan nuestros clientes. Estaríamos arrojando piedras contra nuestro propio tejado.

—No necesitáis controlar directamente lo que votan, solo

ofrecerles dinero —dijo Escauro—. Llenar sus bolsillos fideliza mucho más que ponerles vigilancia y nuestra facción, gracias al apoyo de los publicanos, cuenta con más fondos que cualquier otra. Si expulsamos a los agentes de las pasarelas de votación, los electores votarán por nosotros. La única condición es que fluya el dinero.

—Eso está muy bien, pero un Metelo no puede presentar una ley así —insistió Lucio Metelo—. Los demás *nobiles* se echarían sobre nosotros. Perderíamos a nuestros aliados más estrechos en el Senado. No tienen tanto dinero como para entrar en este juego, necesitan poder vigilar lo que votan sus clientes.

—De ahí que todavía necesitemos escoger un tribuno de la plebe.

Se hizo el silencio.

—Quinto —se dirigió al cabo el Macedónico a su sobrino—, antes dijiste que no creías que tu primo Cayo fuese la mejor opción. ¿En quién pensabas?

—En Cayo Mario.

Escauro miró de reojo al joven Metelo con una mezcla de interés y aprensión.

—¿Quién es ese Mario? —demandó saber el patriarca.

—El cuestor de Fabio Máximo —le recordó su sobrino.

—Ya, pero ¿quién es?

En Roma aquello venía a ser lo mismo que preguntar quiénes eran sus antepasados.

—No es nadie —contestó Escauro—. Un paleto de Arpino que cayó en gracia a Escipión Emiliano en Numancia.

—No quiero saber nada de ningún muerdealmohadas —dejó claro el Macedónico—. No es romano.

—¡Mario no es nada de eso! Ni tampoco es ningún paleto —lo defendió Quinto, que lanzó una mirada de reproche hacia Escauro, reclinado a su izquierda—. No es noble, pero eso a la plebe le gusta,

y más si se presenta a tribuno.

—¿Y por qué deberíamos patrocinarlo?

—Es un buen amigo, un hombre de honor…

—Los hombres de honor no dan más que problemas —lo interrumpió su tío—. Deja a un lado tu idealismo y dime qué rédito obtendría la familia. ¿Acaso es cliente nuestro?

—Sirvió como tribuno militar en el ejército de Baleárico.

El rostro arrugado del Macedónico se volvió hacia su primogénito.

—Es un buen oficial, pero no es cliente —respondió este.

—Es el sobrino de Lucio Fulcinio —adujo Quinto—. Recuerdas a Lucio Fulcinio, ¿verdad, tío?

—Mi cuestor en Macedonia. Claro que lo recuerdo. Habría llegado lejos de no haber muerto tan joven…

El Macedónico clavó la vista en el suelo teselado, suspiró y vertió sobre él parte del contenido de su copa. A continuación se hizo un religioso silencio.

—¿Entonces? —intervino al cabo Marco Metelo, el tercero de sus hijos—. ¿En qué quedamos?

—Está bien —cedió el patriarca—. Por la memoria de Lucio Fulcinio y su carrera injustamente truncada, estoy dispuesto a hacer tribuno de la plebe a su sobrino. Pero más vale que el arpinate no nos salga rana, Quinto, porque te haré responsable del fiasco.

—No habrá fiasco —le aseguró su sobrino—. Pongo mi mano en el fuego por Mario.

XXIII

La lujuria de Sila

Cupra Marítima.
Finales de primavera del 120 a. C.

La marea había alfombrado la playa de posidonias que se descomponían bajo el sol del estío, por lo que el fragante aroma a pino y a romero silvestre se colaba por los amplios ventanales mezclado con un salado y penetrante olor a mar. La villa estaba edificada en las colinas sobre la playa de arena dorada y fina, y sus terrazas adornadas con mosaicos de animales marinos, espinosos rosales y estatuas de mármol pentélico ofrecían al huésped vistas panorámicas del *Mare Superum*.

Hacía dos semanas que Afranio se había embarcado rumbo a la colonia romana de Aquilea, en la costa véneta. Su familia explotaba las minas de sal de allí y su hermano Aulo le había escrito desde Roma para ordenarle ir a inspeccionar el negocio. Al parecer había nuevos censores en Roma, con fama de frugales; la más mínima ineficiencia podían emplearla como excusa para retirarles la concesión durante un lustro, por lo que el encargo no era moco de pavo.

Aulo quería que su hermano recorriese las salinas para sermonear a los capataces y disciplinar a los esclavos, realizar un inventario detallado, verificar el estado de pesas y básculas, etcétera. En la

ciudad tendría que visitar las fábricas de salazones de la familia, y, en el puerto, examinar el estado de las naves con las que se transportaba la mercancía.

No era un viaje de placer, así que no habría tiempo para ir al teatro ni dejarse caer por una orgía:

—«Namque nullum peius macerat humanum quamde mare saevum; vires cui sunt magnae topper confringent importunae undae»[17] —recitó Afranio en los muelles a modo de despedida.

Luego de ver cómo la nave desaparecía en el horizonte, Sila regresó a la villa, donde no le faltaba de nada. Su amante había dado orden al servicio de que lo obedecieran en todo lo que el sentido común no aconsejase otra cosa, y Sila se aprovechó de ello.

Solía dormir hasta tarde, aunque luego no permanecía ocioso mucho rato: tras almorzar opíparamente, bajaba a la playa a darse un chapuzón y tomaba el sol tumbado en la arena desnudo, no mucho rato antes de que su piel marfileña comenzara a enrojecerse; luego subía a la villa y se entretenía el resto de la tarde leyendo a la sombra de las parras. Al anochecer tomaba prestados del *tablinum* de su anfitrión cálamo y tintero de atramento y garrapateaba sus primeros intentos de comedia en pergaminos sucios. En ningún momento de la noche le faltaba vino mezclado con miel y hierbas aromáticas, y al final se quedaba dormido en un lecho de plumas de oca arrullado por el sonido del oleaje.

Ocasionalmente se sorprendía pensando en Roma, en sus calles siempre congestionadas de gente, carretas y animales de tiro, en su olor picante a letrina y a la inmundicia que se acumulaba en mitad de la calle, frente a la fachada de su casa. Echaba de menos a Cornelia y a Publio, incluso a su madrastra, que siempre había sido buena con él, aunque la muy perra se lo había quedado todo después de morir su padre. Antes de dejar Roma, Sila le había

reclamado su estipendio en previsión de una larga ausencia de la ciudad, y ella, tras rogarle en vano para que no se marchase, le había expedido una letra de cambio que él podía canjear en cualquier templo con reservas de oro. De eso hacía casi un año.

Nadie preguntaba por Sila en Cupra. Era Afranio por quien preguntaban insistentemente los carteros: el de su hermano, los de sus amigos, los de sus acreedores… Hacía poco, no obstante, un mensajero había traído nuevas que le interesaban.

El esclavo —un torque metálico lo identificaba como tal— pertenecía a Nicópolis, que lo mandaba para anunciar su visita. La antigua casera del Argileto no pedía permiso, sencillamente les comunicaba que iba a ir.

Sila sintió el impulso de ofrecer al esclavo una respuesta ingeniosa que este pudiera llevar de vuelta a su ama. El mensajero había dicho llamarse Escirto, un nombre que compartía con un personaje de la *Hecyra* de Terencio. Así que, tras conminarle a esperar mientras él iba a buscar algo para escribir, Sila regresó del *tablinum* de Afranio con un cálamo mojado en atramento y un trozo de pergamino sobre el que garrapateó dos líneas de la misma obra: «Quis me est fortunatior, venustatisque adeo plenior? Egone te pro hoc nuntio quid donem? Quid? Quid? Nescio».[18]

El cíclope entre las piernas de Sila dormitaba tras una noche belicosa. Con todo, el muchacho era consciente de que la tregua no duraría demasiado. Hacía ya tres días que se consumía en ardores que no lograba sofocar ninguna esclava de la villa, de cuantas había pactado con Afranio que podían usarse para tal fin.

Esa mañana, Sila decidió bajar a la playa antes de que el cíclope se desperezase del todo. Este comenzó a dar los primeros signos de querer imponerle sus tiránicos apetitos cuando el muchacho reparó

en el grupo de pescadores picentinos que desenredaban sus aparejos junto a su nave varada en la playa. El más joven, con el cabello rizado y un cuerpo correoso de piel tostada, se le quedó mirando un rato mientras el romano tomaba el sol sobre la cálida arena. En un momento dado, convencido de que el picentino estaba más concentrado en su atractivo que en desenmarañar las redes que tenía entre las manos, Sila le propuso con un gesto perderse juntos entre los arbustos de lentisco y de taray. El sencillo pescador demostró no obstante ser demasiado pudoroso, hundió la cabeza entre los hombros y le dio la espalda.

Sila, decepcionado, se incorporó para vestirse y regresar a la casa. Una escalera que serpenteaba por el pinar unía la playa con la villa sobre la colina. El muchacho ascendió descalzo los peldaños de toba volcánica, cruzó la terraza de suelo teselado, cercada de fragantes rosales, y se internó en las estancias agradablemente penumbrosas. Dada la urgencia de sus otros apetitos, no había cenado la noche anterior y ahora tenía hambre.

Recordó que, en mitad del espacioso vestíbulo, había una mesa circular de refinada ebanistería y, siempre sobre ella, un bol con fruta fresca. Allí encaminó sus pasos, con antojo de higos.

Cuál fue su sorpresa cuando se encontró de frente con Nicópolis, la joven doncella de esta y —todavía en el umbral— el taciturno Escirto, que traía sus bultos.

—¡Querido Lucio!

La casera del Argileto, que vestía un holgado peplo sin mangas, abrió los brazos, delgados y níveos, para recibir al muchacho. Una media sonrisa felina cruzó el rostro de este, que caminó con decisión hacia ella. Quiso darle un beso en los labios acarminados, pero ella, para su sorpresa, volvió el rostro. Sila, que intentó disimular su confusión, presionó los labios contra la mejilla de Nicópolis, que le

devolvió el gesto.

—¿Recibiste mi mensaje? —pregunto él al tiempo que lanzaba una mirada oblicua a Escirto. El esclavo tenía un rostro cetrino y alargado, con una nariz prominente, como de zorro, y unas grandes ojeras oscuras.

—Lo recibí. ¡Qué ingenioso! —contestó Nicópolis, y le acarició el rostro de un modo casi maternal—. Te veo más guapo, aunque no debes tomar tanto el sol. Se te ha quemado la nariz.

Él se llevó la mano a la nariz enrojecida en un gesto inseguro.

—No es nada —aseguró.

—¿Te trata bien mi amigo Afranio? —preguntó Nicópolis mientras daba unos pasos hacia el interior de la villa. Sus pupilas negras no perdían detalle del lugar y todos sus lujos—. ¿Dónde está él?

La pregunta por Afranio molestó soberanamente a Sila.

—No está. Ha cruzado el *Mare Superum* por negocios.

—¿Y cuándo regresará? —quiso saber ella.

—No estoy seguro. Lleva dos semanas fuera… La semana que viene, tal vez.

—¿Debo suponer que eres tú el *dominus* de esta casa en su ausencia? —preguntó, divertida.

Su tono no terminó de gustarle a Sila; casi parecía que estuviera burlándose de él.

—Esas fueron las instrucciones de Afranio al atriense. Obedecerme en todo.

—Puedes ordenar entonces que dispongan un dormitorio para mí —repuso ella—. Uno bueno.

Nicópolis le dedicó una mirada juguetona de pestañas infinitas al tiempo que enroscaba un mechón de cabello azabache entre los dedos.

—Tendrás un aposento digno de una *domina* —le aseguró él, con

una sonrisa.

Sila dio orden al atriense de acomodar a la recién llegada y a sus sirvientes. El mayordomo conocía de sobra a su amo y no hizo preguntas, aunque se resistió un poco a alojar a Nicópolis en uno de los dormitorios principales.

—Es donde duerme la esposa del *dominus* Aulo —observó prudentemente.

—No veo por aquí a ninguno de los dos —repuso Sila, y con eso dio por zanjada la cuestión—. La dama Nicópolis y yo almorzaremos juntos en una hora.

Durante la comida, ambos se recostaron en lechos contiguos, pero la cabeza de ella miraba hacia el lado más alejado de él, quien, con la boca llena, no le quitaba ojo de encima. Los esclavos les habían servido bandejas de doradas, salmonetes y sardinas que despedían el apetitoso aroma de las brasas, así como platos de calabacines asados, ensaladas de pepino rociadas con abundante aceite de oliva y pan recién horneado para mojar. Un copero les escanciaba un vino blanco ligero, fresco y afrutado, el mejor amigo del pescado. Cada bocado, cada sorbo, era una celebración de la vida de opulencia a la orilla del mar de los Afranios, de la que ellos se aprovechaban.

Desde aquella distancia impuesta por Nicópolis, Sila se recreaba en la visión de sus labios humedecidos con vino, la desnudez de sus brazos, la pronunciada curvatura de su cadera… Ella, por su parte, si bien comía poco, parecía más interesada en el despliegue de viandas, casi como si se esforzase por ignorar a su joven anfitrión.

—¿Por qué no me cuentas más de ti? —preguntó él, cansado del silencio que los envolvía.

—¿Qué quieres saber? —inquirió ella de vuelta con una media sonrisa.

—Tu nombre, por ejemplo. «Ciudad de la Victoria».

—Nicópolis es una ciudad en Cilicia, cerca de las Puertas Sirias. El nombre se lo puso el gran Alejandro después de derrotar allí al rey Darío. Antes se llamaba Issos. Imagino que has oído hablar de la batalla de Issos.

—Claro que sí —respondió Sila, ofendido por la duda.

No era un indocumentado. Había recibido una buena educación, tanto en latín como en griego, primero en casa de su padre bajo un esclavo *litterator* que le había enseñado a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir, y luego bajo un *grammaticus* mercenario de los muchos que entonces abrían escuelas en Roma. Este último, originario de Macedonia, le había inculcado el interés por la historia de su país y lo había llevado a las galerías del Pórtico de Metelo para que admirase las efigies de Alejandro y sus generales, fundidas en bronce por Lisipo y traídas a Roma por Metelo el Macedónico. Cautivado por aquellos rostros, Sila había acudido a Trifón, su librero de confianza, para leer a Calístenes de Olimpo, historiador oficial de la corte de Alejandro, aunque personalmente prefería el relato más sensacionalista de Clitarco.

Claro que él conocía la batalla de Issos. La pregunta era cómo la conocía Nicópolis.

—¿Eres de allí? —dedujo Sila.

—De allí soy —confirmó ella.

—¿Y cómo acabaste en Roma?

Nicópolis, con el codo derecho apoyado en el lecho, volvió hacia él la cabeza para dedicarle una media sonrisa forzada.

—Tal vez algún día te cuente toda la historia —dijo.

—O sea, hoy no.

Ella movió la cabeza de lado a lado, lo que hizo retorcerse a las ensortijadas guedejas negras.

—Hoy no.

—Bueno…, ¿es bonito el lugar?

—Es precioso, atrapado entre el mar y montañas altísimas. Recuerdo la nieve en las cumbres y las laderas pobladas de pinos.

—Imagino que eras muy joven cuando marchaste.

—Más joven que tú ahora —contestó ella—. Y ya basta de hablar de mi pasado.

—¿Por qué?

—Porque con diecisiete años apenas tienes un pasado del que hablarme. No sería un intercambio justo.

—Dieciocho —le corrigió al instante él.

Nicópolis dejó escapar una sonora y despreciativa carcajada.

—Es lo mismo —dijo y extendió el brazo para que le sirviesen más vino.

—¿Qué edad tienes tú? Y no me digas que es de mala educación preguntarle la edad a una mujer.

—Voy a cumplir treinta y nueve.

Sila enmudeció con aquella respuesta. Nicópolis era veinte años mayor que él; era incluso mayor que Afranio.

Ella pareció haberse percatado de lo repentinamente callado que estaba, pues dejó escapar un hondo suspiro.

—Sé lo que piensas —dijo y recitó un verso griego—:

No deberías untarte con perfumes, vieja como eres.[19]

Sila se apresuró entonces a incorporarse del lecho e hincar una rodilla frente a ella.

—No me importa tu edad. Ni siquiera tendría que habértela preguntado —dijo al tiempo que la miraba a los ojos—. Eres muy hermosa.

Nicópolis rio con condescendencia. Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano y adelantó el rostro para besarla. Esta vez ella se

lo permitió.

El pulso de Sila se aceleró; interpretó la ausencia de rechazo como una invitación para algo más y, sin dejar de presionar los labios contra los de ella, se deslizó medio agazapado hasta colocarse encima de Nicópolis en el lecho.

Su beso, dulce al principio como el vino blanco, enseguida se tornó más agresivo. Sila abría más la boca animándola a ella a hacer lo mismo. Mientras su lengua buscaba la de Nicópolis, el joven comenzó a frotarse contra su cuerpo, sin posibilidad ni deseo de ocultar su erección, más bien todo lo contrario. Con una mano inquieta, se puso a palparle los senos por encima del peplo, antes de acordarse de los esclavos que los atendían.

—Fuera —les ordenó Sila.

—No —repuso Nicópolis—. Ya es suficiente.

—¿Por qué? —protestó, más que preguntó, el joven sobre ella—. Tienes los pezones duros. Me deseas.

Nicópolis se carcajeó, lo que hizo que él se ruborizase, avergonzado de repente.

—Eso es porque los has tocado. Es un acto reflejo de mi cuerpo, no una expresión de mis deseos —explicó ella al tiempo que presionaba una mano contra el pecho de Sila para alejarlo de sí.

—¿Por qué me rechazas? En el Argileto…

—No estamos en el Argileto. Que me apeteciera entonces no implica que me apetezca ahora.

—Por Júpiter, no te entiendo —declaró él, exasperado, tras sentarse en el borde del lecho con la espalda encorvada y hombros que le colgaban con manifiesta decepción.

Ella, recostada de nuevo en el lecho, alargó el brazo y le acarició el mentón.

—¿Qué gracia tendría entonces?

XXIV

El regreso de Afranio

El resto de la semana Sila hizo vida normal. Se había propuesto no perseguir más a la veleidosa Nicópolis. Al fin y al cabo —se decía a sí mismo—, mientras estuviera rodeado de solícitas esclavas y de pescadores a los que le divertía corromper, sus necesidades estaban cubiertas.

Cuando Nicópolis bajaba a la playa, él se quedaba en la villa, trabajando en el *tablinum*. Allí grandes cestas de mimbre rebosaban con estuches cilíndricos de cuero, en cuyo interior se guardaban a buen recaudo los frágiles rollos de papiro y pergamino. En aquella biblioteca, Afranio atesoraba con gran celo numerosas antologías de los nueve poetas líricos griegos, así como las obras de Aristófanes, Eupolis, Menandro y otros autores de las Comedias Vieja y Nueva, y, por supuesto, todo el repertorio de autores trágicos y cómicos latinos, desde Ennio a Accio, pasando por Nevio y Plauto, con mención especial a Terencio.

Este último era el predilecto de Afranio, que había garrapateado numerosas notas en los márgenes de sus seis comedias: *Andria*, *Heauton Timorumenos*, *Eunuchus*, *Phormio*, *Hecyra* y *Adelphoe*.

Cuanto más leía Sila, más difícil le resultaba concentrarse, pues su cabeza hervía con ideas propias que lo distraían de la lectura. Sus ojos se movían de izquierda a derecha sobre la misma línea de caracteres griegos o latinos mientras su mente reproducía escenarios

e imágenes. No pasaba mucho tiempo antes de que depusiera los libros para buscar pergamino en blanco sobre el que bosquejar tímidamente sus propios diálogos.

La noticia de que Afranio había desembarcado en el muelle sorprendió a Sila sin haber dormido y con los dedos ennegrecidos con tintura de atramento. Mandó a un esclavo deshacerse sin tardanza de los gurruños de pergamino que había esparcidos por el suelo y traerle a continuación una jofaina de agua tibia para lavarse la cara y las manos.

—Alguien no ha pegado ojo —observó Afranio que, desde el umbral de entrada, lo vio venir bostezando—. ¿Mucha juerga?

Sila le rehuyó la mirada al tiempo que se encogía de hombros.

—Ya me conoces.

—Espero que no hayas dejado marcas a las esclavas —le dijo Afranio muy serio después de fundirse en un abrazo con él.

—¿Por quién me tomas? —repuso Sila.

—El aliento te huele a vino. ¿Has dejado algo para mí en las bodegas? ¡Estoy sediento, por Hércules! —declaró.

Uno de los esclavos bien entrenados le escanció al momento una copa, que Afranio apuró de un trago.

—Te he traído un regalo —agregó tras limpiarse las comisuras de los labios con el dorso de la mano.

—¿Un regalo?

Afranio asintió.

—Mira, este es Epicado —dijo.

Afranio señaló a un joven cetrino y de pelo ralo que permanecía de pie entre su equipaje como un bulto más. Llevaba un morral colgado del hombro del que sobresalían más cilindros de cuero como los de la biblioteca, y un torque de plomo denotaba su condición

servil.

—¿Un esclavo? —inquirió Sila.

—¡Tu esclavo! —le corrigió Afranio con entusiasmo—. Y no uno cualquiera. Que no te engañen sus veinte años: es muy buen *grammaticus*, de lo mejor de Iliria. A ver, Epicado, recita algo de la *Odisea*.

—¿Algo en específico, *domine*? —preguntó el esclavo con timidez.

—Lo que te dé la gana.

Epicado carraspeó para aclararse la voz antes de ponerse a declamar en griego:

> *Soy Ulises Laertíada, conocido de los hombres por mis*
> *astucias de toda clase, y mi gloria llega hasta el cielo.*
> *Habito en Ítaca, que se ve a distancia. En ella*
> *está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno*
> *hay muchas islas cercanas entre sí como Duliquio, Same y*
> *la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar.*
> *Está situada la más remota hacia el Occidente, y las restantes,*
> *algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía*.[20]

Se hizo el silencio; luego Afranio arrancó a aplaudir.

—¿Has visto qué bien declama? —dijo—. Los dáctilos son dáctilos, y los espondeos, espondeos.

Sila le sonrió.

—Te lo agradezco mucho —dijo y abrazó de nuevo a su amigo mientras miraba de arriba abajo al esclavo desgarbado y, a decir verdad, poco atractivo—. Le encontraré algún uso.

—Puede servirte de secretario. Y es casi tan bueno con los números como con las letras; te ayudará a administrar tu dinero.

Afranio continuaba sugiriendo tareas que encomendarle a Epicado cuando Nicópolis hizo acto de presencia en el atrio.

—¡Mi querido Afranio! ¡Qué alegría verte! —exclamó, caminando hacia él con los brazos abiertos.

—Lo mismo digo, por Pólux —repuso educadamente Afranio, que miró a Sila con desconcierto mientras la casera del Argileto le rodeaba el cuello con los brazos.

—Nicópolis nos ha venido a visitar.

—Ya lo veo.

—Y qué bueno que ya estés tú aquí. Que te lo diga nuestro Sila, querido. Me he pasado los días preguntando por ti:

Imploro que alguien traiga al agraciado Menón
si de mí se espera que goce en este banquete.[21]

Sila calló con fastidio.

—Debo decir, Nicópolis, que es toda una sorpresa encontrarte aquí, tan lejos de la ciudad —repuso Afranio.

—¿No te gusta la simetría? —inquirió ella, con las dos manos apoyadas en su pecho—. Tú te alojas bajo mi techo en Roma y yo bajo el tuyo aquí.

—Ah, pero ¿es que vas a pagarme alquiler?

Nicópolis estalló en risa ante aquella pregunta que, por supuesto, no contestó.

—¿Llegaste hace mucho? —inquirió Afranio.

—Una semana. Nuestro Lucio me dijo que estabas en Aquilea.

—Sí, por negocios de la familia.

—Bueno, pero ya estás de vuelta. ¡Qué maravilla que volvamos a estar los tres juntos! —dijo ella al tiempo que les acariciaba un brazo a cada uno.

Esa noche, en el *triclinium*, los tres regaron la cena con abundante vino blanco. Nicópolis, muy risueña, se había mudado al lecho de

Afranio y dejaba que este le robase besos, mientras Sila, más taciturno de la cuenta, apuraba una copa tras otra. En un momento dado Afranio sugirió continuar la velada en el dormitorio.

—Sila, ¿vienes? —preguntó, con la lengua atontada.

—No —respondió este para su sorpresa.

—¿Y eso?

—Estoy cansado, no dormí anoche.

Afranio enarcó una ceja.

—Déjalo descansar —le dijo Nicópolis mientras le tiraba del brazo.

—Bueno, si cambias de idea…

—Que sí, por Hércules —replicó Sila, e hizo un gesto con el dorso de la mano, como para invitarlos a irse.

Afranio se encogió de hombros y se encaminó al dormitorio junto a Nicópolis, deteniéndose para devorarla a besos cada pocos pasos. Las risas de ella resonaban por el pasillo.

Sila arrugó la nariz y pidió al copero que le escanciase más vino. Era verdad que estaba cansado, pero también enojado. Con su copa rebosante, se dirigió describiendo eses hasta la cama, en la que se desplomó boca abajo.

Sila despertó al mediodía con la almohada de plumas de ganso cubierta de babas y lo primero que hizo fue gárgaras con la mitad de la copa de vino que había dejado en el suelo junto a la cama. Luego se lavó el rostro y se dirigió al comedor para desayunar.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —preguntó Afranio, que pelaba unos higos.

—Nada —respondió Sila sin apartar la vista de la rebanada de pan que regaba con abundante aceite de oliva.

—¡Buenos días! —exclamó Nicópolis al entrar en el comedor.

La casera del Argileto dio un beso a Sila en la coronilla rubia al

pasar por su lado y otro en los labios a Afranio antes de sentarse en su regazo y robarle del plato los higos que acababa de pelar.

—¡Eh! —le llamó la atención él.

—Delicioso —dijo ella, y le acercó a la boca el mismo higo que acababa de morder para que él hiciera lo propio.

El rostro de Sila se contrajo en una mueca de asco.

—Mi atriense dice que has estado los últimos días encerrado en el *tablinum* gastando mucho pergamino y atramento —le dijo Afranio —. ¿Puedo saber qué escribes?

Sila se ruborizó.

—Nada… Nada bueno.

—O sea, que sí has estado escribiendo.

—Sí… Farsas —confesó.

—¡Me encantan las farsas! —declaró Nicópolis—. ¿Nos dejarás leerlas, Lucio?

Sila se llevó la rebanada de pan a la boca y masticó muy sonoramente para no tener que dar una respuesta.

—Si se te resisten los versos saturnios, Epicado podría ayudarte con ellos —dijo Afranio—. Es muy bueno con la métrica.

Sila asintió sin escucharle. Miraba de reojo a Nicópolis, que, colgada del cuello de Afranio, le hacía arrumacos y le susurraba cosas al oído con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Domine* —interrumpió el atriense de Afranio—, un correo trajo esta mañana un mensaje de Tito Betucio Barro.

Afranio, que aún tenía a Nicópolis todavía sentada en las rodillas, tomó el trozo de papiro que le tendía el esclavo. Sila observó cómo sus pupilas se deslizaban de izquierda a derecha sobre el papel.

—Al parecer Barro ha estado en Cupra, pero regresó ayer a Roma. Lamenta que no hayamos coincidido y nos invita a visitarlo en la ciudad. Se acuerda de ti, Sila.

A Sila le costó recordar la cara del caballero piceno que habían conocido fugazmente el año anterior, en el teatro de Ásculo.

Nicópolis le arrebató a Afranio el trozo de papiro antes de que terminara de leerlo.

—Adjunta unos versos griegos —dijo, y recitó muy afectadamente —:

Así que, si estás apurado y te acucia tu pasión,
hay en nuestra casa una
que ahora siente gran deseo…
hermosa doncella tierna. Y creo yo que ella posee
una belleza intachable.
Haz que ella sea tu amiga…[22]

Sila y Afranio intercambiaron una mirada de cejas enarcadas.

—¿Quién es este Barro? —preguntó Nicópolis, divertida.

—Solo un golfo con mucho dinero —contestó Afranio.

—Como tú.

—Exacto, como yo. Salvo porque yo soy romano.

—Cuestionable —lo chinchó Sila.

—¡Eh! Que sepas que un Afranio, Cayo Afranio Estelión, fue pretor en el consulado de Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Nicópolis, que, abrazada al cuello de Afranio, reía ante su propia ignorancia.

—Hace sesenta y cinco años —respondió Sila, con la boca llena de pan.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Eso —concordó Afranio, que, a decir verdad, no tenía la menor idea de cuándo habían sido cónsules Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano—, ¿cómo puedes saberlo?

El muchacho se limpió los dedos aceitosos en una servilleta

mientras se tomaba su tiempo para masticar.

—Porque mi abuelo fue pretor un año antes, en el consulado de Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo —dijo con la boca todavía llena, antes de hacer una pausa para tragar—. Mi padre me exigía saber estas cosas; se sentaba conmigo en el atrio, frente a las máscaras de nuestros antepasados, y me preguntaba cuántos años hacía que uno fue cónsul u otro fue pretor, a quiénes sucedieron y precedieron en el cargo, y los hitos más importantes de esos años. Si erraba, un esclavo me golpeaba.

Nicópolis lo miró con pena, cosa que a él no le gustó.

—¿Tu abuelo fue pretor hace sesenta y seis años? —inquirió Afranio, tras hacer un rápido cálculo mental—. ¿Cuándo nació?

—En el año del consulado de Lucio Emilio Paulo y Marco Livio Salinátor, cuando Aníbal conquistó Sagunto. Aun así, tuvo a mi padre y a su hermano mayor ya cumplidos los cuarenta, y mi padre no me tuvo a mí hasta los treinta y muchos, así que mi abuelo murió muchos años antes de que yo naciera. Nunca lo conocí.

Se hizo el silencio.

—Bueno, ¿vais a ir a Roma? —quiso saber Nicópolis—. Lo cierto es que preferiría hacer el viaje de vuelta acompañada.

Afranio y Sila intercambiaron una mirada.

—¿Tú quieres ir? —preguntó el mayor.

El joven se encogió de hombros.

—Tengo un cheque que cobrarle a mi madrastra, eso es verdad.

—Y Aulo quiere saber todo lo que he visto y hecho en Aquilea. Podemos ir a hacer ambas cosas en persona.

Nicópolis aplaudió de emoción.

—¡Bravo! Los tres de vuelta en Roma, como en los viejos tiempos —dijo y se bajó de un salto del regazo de Afranio.

—¿A dónde vas? —demandó saber este.

—A decirle a mi doncella que prepare el equipaje y a pasar el día en la playa, por supuesto. ¡Tengo que aprovechar!

XXV

La enigmática Emilia

Roma.
Verano del 120 a. C.

El hedor de la ciudad en verano era una cosa inenarrable, más ofensivo cuanto más se aproximaba uno a las murallas. Tras estas, los callejones de la infancia de Sila lo recibieron con un olor familiar a orín evaporado y basura recalentada por el sol, que hizo al joven arrugar la nariz con tanta emoción como repulsión mientras cruzaba la Subura. Epicado lo seguía resollando.

A milla y media de distancia, el exiguo caudal del Tíber dejaba al descubierto el esqueleto de madera putrefacta de los naufragios, encallados en islotes de limo verdoso bajo el que se descomponía toda clase de residuos. En la ribera, limítrofe al Campo de Marte, un crecido cinturón de juncos y espadañas bebía con fruición de las aguas túrbidas y proporcionaba refugio a una inmensa nube de mosquitos, heraldos de la enfermedad.

Los ricos que vivían en cumbres como la del monte Opio temían los miasmas que el aire pudiera transportar hasta sus puertas, por lo que huían en masa al campo: unos, a sus villas de recreo a bañarse en piscinas teseladas; otros, a sus predios ancestrales a supervisar la cosecha del trigo.

Pudiera ser este el caso de Sexto Nonio Sufenas y su familia, pero

Sila confiaba en que su complejo de pueblerino lo retuviera en la pestífera ciudad mucho más de lo que cualquier *nobilis* soportaría. Ya frente a la fachada de su *domus*, el portero le confirmó sus sospechas.

—Mi *dominus* está en el Foro esta mañana.

—¿Y tu *domina*?

Cornelia se encontraba en casa, y eso era todo lo que le importaba a Sila. Una esclava lo condujo a él y al *grammaticus* por el interior de la casa, sumida en una fresca penumbra, hasta el dormitorio principal.

—¡Lucio! —exclamó ella al verlo cruzar el umbral—. ¡Qué alegría verte!

Cornelia refrenó el impulso de salir de la cama y extender los brazos hacia él, pues en ellos sujetaba a un bebé rubicundo que mamaba ansioso de su pecho.

—Parece que Nonio es cumplidor —observó Sila tras darle a su hermana un beso en la coronilla rubia—. No habéis perdido el tiempo. ¿Cuándo diste a luz?

—Hace un mes —respondió ella, con una sonrisa orgullosa.

Sila escudriñó a su sobrino con la intención de buscar rasgos familiares, y el bebé, sin dejar de mamar, le devolvió una mirada de ojos castaños. Que la pelusilla que le cubría la fontanela fuese oscura terminó de desanimarlo. El niño era, después de todo, un Nonio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cornelia.

—Necesito un favor. Este es Epicado, mi secretario —dijo al tiempo que señalaba al esclavo rollizo que permanecía de pie en el umbral —. ¿Podría uno de tus sirvientes acompañarlo a casa de nuestro padre y presentárselo a nuestra madrastra para que ella le entregue la letra de cambio con mi estipendio?

—Pero ¿por qué no vas tú mismo? —inquirió Cornelia sin maldad.

—¿Estás de broma?

—En absoluto. Nuestra madrasta te quiere, Lucio, y lleva un año angustiada por ti. Le haría mucho bien volver a verte, comprobar que estás bien.

—Se queda con mi herencia, pero le preocupa mi bienestar. ¡Qué considerada!

—¿Por qué la castigas a ella? Fue nuestro padre el que te agravió.

—Nunca sabremos hasta qué punto sabía lo del testamento.

—Tonterías. La conoces. Nos crio desde que éramos niños y nos quiere como si nos hubiera parido.

—Pero será su hijo el que recibirá todo el patrimonio —dijo sin pensar. Aquellas palabras sonaron extrañas a sus propios oídos, como si no hubieran salido de sus labios.

—¡Es nuestro hermano! —exclamó Cornelia, airada—. Va a cumplir catorce años y te echa de menos.

Sila hizo un esfuerzo sobrehumano para que las lágrimas no asomaran a sus ojos.

—Me da igual —dijo y carraspeó para disimular la voz quebrada por el sentimiento—. No iré. Irá Epicado.

—Nos rompes el corazón a todos, Lucio.

—¡Yo soy la víctima, no vosotros! —espetó Sila.

El tono de su voz inquietó a su sobrino, que gimoteó como haciendo el amago de llorar. Cornelia lo meció en los brazos y lo arrulló para calmarlo.

—Lo siento —se disculpó Sila con sinceridad—. Me voy ya. Dejo a Epicado aquí. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde te estás quedando? —le preguntó Cornelia a sus espaldas, pero no obtuvo respuesta.

—¡Qué guapos estáis! —exclamó Nicópolis, sentada en el borde del diván de su salón, en el apartamento del Argileto.

Sila y Afranio iban a cenar en casa de Barro esa noche y se habían acicalado concienzudamente. Esa mañana, su barbero de confianza les había pasado la navaja por las mejillas a ambos —aunque a Sila apenas le crecía un bozo rubio—, antes de dirigirse a los baños públicos junto con Nicópolis, que también deseaba asearse a fondo tras el largo viaje desde el Piceno. Allí, en los vestuarios concurridos tanto por hombres como mujeres, Sila había podido contemplar de nuevo su turgente desnudez mientras un esclavo la embadurnaba desapasionadamente en aceite de oliva.

Él había observado de soslayo cómo la piel de ella se le escarapelaba bajo el beso del estrígil metálico y se ruborizó cuando se supo sorprendido por su mirada de ojos negros. Luego, sumergidos hasta el cuello en las piscinas, estaba seguro de que ella le había acariciado deliberadamente el muslo debajo de las aguas tibias mientras charloteaba con Afranio, lo que le había provocado una súbita erección.

—Mis dos Lucios… —comentó ella juguetonamente al incorporarse del diván.

Sila y Afranio se habían perfumado con uno de esos ungüentos resinosos tan dulzones que el joven había creído prohibidos por las leyes suntuarias. Vestían túnicas de lino egipcio y calzaban sandalias que permitían transpirar a sus pies.

—¿Seguro que no quieres venir? —preguntó Afranio una última vez.

—¿Qué esperas que diga? —contestó ella, y recitó, burlona—:

Ojalá fuera yo una bella lira marfileña
y los bellos muchachos me llevasen al baile.[23]

Luego se despidió dándole un beso a cada uno en la mejilla y agregó:

—La invitación era para vosotros. Pasadlo bien.

Los porteadores de Afranio los llevaron en litera a lo largo del Argileto en dirección noreste. La casa de Barro se ubicaba junto al doble terraplén de las murallas servianas, cerca de la puerta Esquilina. Olorosos y oscuros cipreses, y pinos piñoneros con elevada copa en forma de parasol, se alzaban por encima de la propiedad.

—Te prevengo: de Barro cabe esperar cualquier cosa —advirtió Afranio a Sila cuando llegaron a su destino, antes de apearse de la litera—. Está loco.

—¿Loco bien o loco mal? —preguntó el joven patricio.

—Depende.

En el atrio, y sin mediar palabra, los esclavos de Barro les pusieron unas coronas de verbena en las cabezas.

—¿Qué se celebra? —preguntó Sila.

—¡A Cupra, diosa del amor! —respondió su anfitrión, que, advertido por su mayordomo, había salido al atrio a recibirlos—. Ese es su reino, y yo soy su sumo sacerdote. ¿Venís a iniciaros en sus misterios?

—Por supuesto —rio Afranio.

Barro vestía una túnica de mangas largas, holgada y sin cinto, y llevaba en la cabeza la misma corona de hierbas, con dos ínfulas blancas atrás. Lo seguía una mujer ataviada con un peplo griego de color azafrán, abrochado con una fíbula de oro sobre uno de los hombros; el otro lo llevaba descubierto.

Mientras Afranio y Barro se mecían el uno en brazos del otro, Sila la miraba a ella de arriba abajo. Era algo mayor que él mismo, con un rostro ovalado enmarcado por elásticos bucles castaños, aunque

por atrás llevaba el pelo recogido en un moño alto. Tenía, además de una nariz delgada y ligeramente aguileña, grandes ojos verdes que peinaban la buena figura de Sila tan indiscretamente como los suyos la de ella.

Se llamaba Emilia, aunque no dio más señas. Ocupó el triclinio de Barro y se dejó acariciar por él toda la velada, como si fuese un gato que ronronease bajo la caricia de su dueño. No quitaba el ojo, empero, a Sila, que le devolvía la mirada por encima del borde de su copa.

Los intentos de Afranio por averiguar más cosas acerca de ella resultaron infructuosos, lo que parecía divertir mucho a su anfitrión. Emilia era muy refinada y evidentemente criada en Roma, pero se limitaba a responder a cualquier pregunta con monosílabos o una media sonrisa.

Había en el *triclinium* flautistas y citaredos para amenizar la cena con música de viento y cuerda. Conforme la noche avanzaba y los criados sacaban un ánfora tras otra de la bodega, dejó de importar quién era Emilia y cobró más protagonismo su atractivo, que Barro y Afranio elogiaban constantemente y cada vez con menor pudor.

—Tiene unos senos diminutos —suspiró Barro mientras, recostado tras ella, le sobaba los pechos por encima del peplo—. Me caben en la mano y mis manos no son muy grandes, pero tiene unos pezones deliciosos…

—Ya lo veo, por Hércules —repuso Afranio con una sonrisa de oreja a oreja al observar cómo los pezones de Emilia se marcaban bajo la tela luego de pellizcarlos Barro.

—Y su piel huele tan bien —agregó este, que apretó la nariz contra el cuello de la joven e inspiró hondamente, sin dejar en ningún momento de jugar con sus pechos.

Emilia se dejaba manosear con actitud pasiva y cierta indolencia,

salvo por la sonrisa pícara que cruzaba su rostro cuando su mirada de largas pestañas encontraba los ojos grises de Sila. Desde el triclinio opuesto, este notaba cómo él mismo empezaba a endurecerse.

—Era virgen hace nada —prosiguió Barro con su salaz discurso—. Todavía está por enseñar…

—¿Ahora es ella la novicia? —rio Afranio—. ¿No éramos nosotros los que íbamos a iniciarnos esta noche en los misterios de Cupra?

—Te garantizo, por Cupra, que nunca has probado unos misterios como los suyos —declaró su anfitrión, que deslizó la mano por el abdomen de Emilia hasta la entrepierna.

Él comenzó a masajearle la parte interna de los muslos por encima de la tela azafrán, a lo que ella, echando la cabeza hacia atrás, dejó escapar un gemido agudo que terminó de erectar a los dos huéspedes.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Afranio tras beberse el último trago de su copa.

—¿Un intercambio? —sugirió Barro.

La atrevida sugerencia no debía sorprender a Sila en absoluto. Para eso habían venido, y se esperaba que él lo aceptase con la indolencia de quien está insensibilizado ante el placer. Pero…

—Mi bella amiga por tu catamita —prosiguió Barro.

—¡Yo no soy el catamita de nadie! —respondió Sila, que se incorporó del lecho para subrayar su indignación.

No era un esclavo ni un prostituto. Tenía dieciocho años, un físico que, aunque esbelto, era ya marcadamente hombruno, y se enorgullecía de haber dejado de atender las urgencias sexuales de otros hombres. Incluido Afranio, que lo había aceptado con mucha deportividad. No iba a consentir que Barro, quien ni siquiera era romano, insultara su honor y su virilidad de aquella forma. Y menos

delante de Emilia, una mujer.

—Otra opción es que empiece él conmigo —intervino ella, cuyo deseo de acostarse con Sila latía bajo la apariencia de querer ser conciliadora.

—No tengo nada que objetar —dijo Afranio.

—Una oportunidad para demostrar tu hombría, muchacho —observó Barro.

—No necesito que me azuces —respondió Sila—. Puedo con ella y más.

—Bien, porque Emilia tiene amigas.

—Tendré que probarlo antes de recomendarlo —declaró ella.

—No perdamos el tiempo —apremió Sila, que cruzó la distancia que los separaba y se echó sobre ella en el triclinio.

La joven, que disimulaba mal su ansiedad, se desabrochó la fíbula que le sujetaba el escote del peplo y dejó sus senos expeditos al tacto de las manos de su amante.

—Bésame —le exigió, más que rogó, tras hacerle hueco entre sus piernas; él satisfizo su demanda asegurándose de saborear bien el carmín de sus labios.

Barro y Afranio se pusieron cómodos en el lecho opuesto para disfrutar del espectáculo. Sila se restregaba contra Emilia sin parar de besarla, y ella, que tampoco quería romper aquel beso apasionado, trataba entre gemidos de subirse los bajos del peplo para dejar al descubierto unos muslos gruesos y suaves. Eso y la melodía entonada por la cítara de un esclavo inspiraron a Afranio unos rijosos versos:

… y tomé a la joven
y la hice echarse entre esplendorosas flores.
La cubrí con mi suave manto

mientras rodeaba su cuello con mis brazos,
agitada de temor cual cervatillo,
y puse mis manos con dulzura sobre sus pechos,
por donde dejó ver la frescura de su piel,
encanto de su juventud,
y abrazando su hermoso cuerpo,
expulsé mi blanco vigor, al tiempo que rozaba su rubio cabello. [24]

Aún seguía recitando al son de la cítara cuando alargó el brazo para que un esclavo le escanciase vino. Un copero algo nervioso se acercó con un enócoe de cerámica oscura y comenzó a servirle, pero erró y le salpicó a Afranio el regazo.

—¡Patán! —le increpó su amo—. ¡Te haré azotar por esto!

—No es necesario —dijo Afranio sin perder la calma.

—Reconozco una túnica de lino egipcio —insistió Barro, que señaló las manchas rojas de su regazo—. ¡Por Cupra, es imperdonable!

—Estoy seguro de que no lo ha hecho aposta.

—Por supuesto que no, *domine* —se defendió con la cabeza gacha el esclavo, quien, visiblemente nervioso, miraba de reojo hacia el triclinio que ocupaban Sila y Emilia—. Si me acompañas a la cocina, te limpiaré.

—¡Si crees que eso te va a librar estás muy equivocado!

—Está bien, amigo mío —lo tranquilizó Afranio—. Seguid, yo regreso ahora.

Barro resopló con enojo mientras el copero se llevaba a Afranio a la cocina, pero volvió a sonreír lascivamente en cuanto los dos jóvenes amantes reanudaron su abrazo.

Sila se recreaba en el tacto suave de aquellos muslos que le rodeaban la cintura mientras recorría el cuello de Emilia con el

extremo de su lengua, lo que hizo a esta estremecerse y gemir de nuevo.

—Bien, chico, muy bien. ¿Por qué no compruebas si está húmeda?

A Sila no le gustaba que Barro le diese instrucciones, pero tras aquellas palabras le resultó imposible no introducir una mano temblorosa entre las piernas de Emilia, que volvió a gemir.

—¿Lo está? —demandó saber Barro mientras se acariciaba la entrepierna por encima de la túnica.

—Sí —respondió Sila con algo de fastidio.

A pesar de que Barro se parecía mucho físicamente a Afranio, Sila no lo encontraba nada atractivo. De hecho, sentía cierta animadversión hacia él, alimentada por el paternalismo del piceno.

—Métesela.

—¿Quieres? —preguntó Sila directamente a la mujer.

Ella asintió vehemente al tiempo que se mordía el labio con deseo.

—Por favor…

Era todo lo que él necesitaba oír. Estaba más que dispuesto a complacerla cuando Afranio regresó de la cocina armando un gran revuelo.

—¡Te has vuelto loco, por Júpiter! —bramó, casi al tiempo que le propinaba un puñetazo en la mandíbula a su anfitrión.

La música paró. Emilia chilló de la impresión y Sila se retiró de encima de ella. Mientras Barro se frotaba la quijada dolorida con los labios manchados de sangre, Afranio tiró del muchacho con una fuerza inusitada para apartarlo de Emilia. Ella, cerrada de piernas, volvía a bajarse los pliegues del vestido.

—Nos vamos —le dijo Afranio a Sila.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, por Hércules? —demandó saber el joven desconcertado mientras el otro lo apremiaba.

—¡He dicho que nos vamos!

Se notaba que cada fibra de su cuerpo estaba en tensión, como los condenados a muerte por fieras en el circo. Mientras Afranio lo empujaba a la salida, Sila pensó que nunca lo había visto así.

Barro salió en persecución de ambos.

—¡Oye, oye! —Alargó el brazo para agarrar a Afranio del hombro.

—¡No me toques! —se revolvió este—. *Cunnus!* ¿Has perdido el poco juicio que te quedaba?

—¡Escúchame, por Júpiter! —insistió Barro—. Idos si quieres, pero hagas lo que hagas, mejor mantén la boca cerrada, por la seguridad de todos —sentenció, y sus ojos se clavaron en Sila, que no entendía nada.

Por la razón que fuese, aquello pareció calmar a Afranio tanto como lo puso lívido.

—Adiós, Barro —dijo y volvió a apremiar a Sila para marcharse.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —preguntó este cuando la litera se despegó del suelo y echó a andar—. ¿Qué te ha dicho el esclavo en la cocina?

—La amiga de Barro… Emilia… Tiene un padre… Un prometido… —se corrigió Afranio, balbuceante.

—¿Quién? —inquirió Sila, que tragó saliva.

Sabía perfectamente que Afranio se burlaba con asiduidad de los votos de las mujeres casadas y respetaba menos aún la virginidad de las prometidas. Quienquiera que fuese Emilia, la cosa era seria.

—Es mejor no saber nada de eso, hazme caso.

XXVI

La despedida de Afranio

Los intentos del joven por sonsacarle algo más resultaron infructuosos. Los labios de Afranio estaban sellados.

Durante la noche, tumbado en la cama junto a él, Sila casi podía percibir en la oscuridad cómo Afranio perforaba con ojos muy abiertos el techo del apartamento. En esa posición lo encontró al despertarse él por la mañana; dudó que Afranio hubiera pegado ojo.

—Voy a ver a mi hermano —dijo mientras se calzaba los coturnos e hizo una larga pausa antes de añadir—: Creo que volveré a Aquilea y creo que tú deberías acompañarme.

—¡Acabamos de llegar! —protestó él.

—Es lo mejor.

—¿Esto es por lo de anoche? ¿Por eso quieres que deje Roma contigo?

Su negativa a soltar prenda enfureció a Sila, que, nada más abandonar Afranio el apartamento, decidió bajar a casa de Nicópolis. La encontró en el salón cuando entregaba un morral a Escirto:

—A casa de Marco Estlaccio.

Sin mediar palabra, el esclavo de facciones zorrunas se marchó con la bolsa de cuero tintineante, dejándolos solos.

—Un ingreso —explicó la casera y tomó asiento en el canapé con los brazos níveos extendidos sobre el borde del respaldo—. ¿Vienes a contarme vuestras andanzas de anoche? ¿Quieres ponerme los

dientes largos?

—Afranio quiere que me vaya con él a Aquilea —le contó Sila sin rodeos.

Nicópolis enarcó una ceja y lo invitó a sentarse junto a ella.

—¿Tú quieres ir? —preguntó al tiempo que le peinaba con los dedos el flequillo rubio.

—Me gusta Roma. Dudo que pueda decir lo mismo de Aquilea. Creo que no hay nada que hacer o ver allí, solo minas de sal, esclavos y bárbaros en la frontera.

—Poco amistosos, tengo entendido —dijo riendo Nicópolis, que le puso una mano cargada de anillos sobre la rodilla.

Esto hizo al joven sentir un agradable cosquilleo que le subía por la pierna.

—Aquí en cambio hay teatro, buen vino, gente atractiva…

Sila comenzó a acariciar el brazo de Nicópolis con el dorso de la mano. Ella, por una vez, no rehuyó su tacto.

—¿Muy atractiva? —preguntó ella con picardía.

—Mucho, por Hércules —respondió él con el pulso acelerado, decidido a seguirle el juego.

Ella le sonrió de oreja a oreja y se inclinó hacia él. Sila apenas tuvo tiempo de humedecerse los labios antes de que ella los presionara con los suyos. Había temido que en algún momento Nicópolis rompiese aquel beso para alejarse definitivamente, pero, por el contrario, ella cada vez se inclinaba más y más sobre él, hasta obligarlo a recostarse. Terminaron haciendo el amor en el canapé.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sila mientras la veía vestirse de nuevo.

Ella tomó asiento junto a él, todavía desnudo y con el pecho, amplio y pálido, resplandeciente de sudor. No en vano era pleno estío y no era poca la actividad física que Sila acababa de realizar

para complacerla.

—Me gustas, Lucio —dijo al tiempo que volvía a peinarle el flequillo rubio, oscurecido por el sudor—. ¿Por qué no te quedas?

—¿Cómo? ¿Contigo?

—Sí, aquí en Roma, conmigo.

Sila puso cara de no terminar de creer lo que oía.

—Has dicho que Aquilea te parece aburrida, ¿no? No vayas, quédate.

—Pero Afranio…

—Eres adulto, no estás obligado a ir con él. Puedes mudarte aquí conmigo igual que te mudaste con él a Cupra Marítima.

—Afranio no me hace pagar alquiler —señaló Sila nada casualmente.

Nicópolis le dedicó una sonrisa felina.

—Si vives en este apartamento conmigo, no te cobraré alquiler. ¡Pero decide rápido! Tengo que ir a hacer recados.

—Trato hecho —contestó él a toda velocidad.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? —preguntó Afranio en el portal mientras sus esclavos cargaban el equipaje en el carro.

Sila asintió, aunque no se atrevía a mirarle directamente a los ojos.

—Estoy seguro de que no quiero dejar Roma.

—Está bien —suspiró Afranio. Tenía una expresión melancólica, pero de aceptación.

—¿Por qué te tienes que ir tú? —inquirió Sila con la voz algo temblorosa.

—Aulo…

—¡Al cuerno tu hermano, por Júpiter! Tiene esclavos y libertos de sobra, no te necesita para poner en orden sus negocios.

—También son mis negocios. De esas rentas vivo. No puedo ser siempre el hermano irresponsable. —Hizo una pausa para humedecerse los labios—. ¿Alguna vez pensaste que estaríamos juntos para siempre?

Aquella pregunta paralizó por un instante a Sila.

—Yo… Pensé que seríamos amigos para siempre —dijo, con la boca seca.

—Para ser amigos no hace falta que vivamos juntos —le recordó Afranio—. Creo que ahora es cuando más nos conviene separarnos, ¿sabes?

Las lágrimas asomaron a los ojos grises de Sila, que él se enjugó rápidamente con el dorso de la mano.

—Te echaré de menos.

—No lo dudo, no hay mejor compañero de juerga.

Sila rio.

Afranio rio.

Y ambos se fundieron en un sentido abrazo de despedida.

—Hazme un favor y cuídate mucho, Lucio Cornelio Sila, hasta que podamos volver a vernos —le dijo Afranio cuando montaba en la cabina del carruaje—. ¡Adiós!

XXVII

Un tribuno para Roma

Roma.
Otoño del 120 a. C.

Cuando Quinto Metelo le dijo que contaba con el apoyo de su familia para presentarse a tribuno de la plebe, las primeras palabras que salieron de labios de Mario fueron «¿por qué?».

—No dudo de tu obsequiosa amistad, ni de que se trate de un gran empujón a mi carrera política, pero…

—Pero ¿qué? —inquirió Quinto.

—Tu familia jamás promociona a nadie altruistamente.

Esa tarde se lo había convocado en casa del patriarca, en el aristocrático Palatino, y Mario encaminó allí sus pasos envuelto en la toga blanqueada del candidato.

Cónsul, censor, augur, primer hombre de Roma. Mario se había fijado mucho en el Macedónico durante las sesiones del Senado, que el viejo estadista jamás se perdía, pero nunca lo había tenido tan cerca. Le pareció mayor, con profundas arrugas en torno a la boca, la papada caída y el pelo cano; no en vano iba a cumplir setenta años.

Lo acompañaban Lucio Metelo, el hermano de Quinto, y Marco Escauro, candidatos a cónsul y pretor, respectivamente.

—Así que tú eres el sobrino de Lucio Fulcinio —rompió el silencio

el Macedónico cuando terminó de barrer a Mario con la mirada.

—Sí.

—Un buen cuestor. Ya veo que has seguido sus pasos. Y ahora eres senador de Roma —observó el Macedónico con cierta displicencia.

—Y espero que tribuno de la plebe muy pronto.

—Con nuestro apoyo, lo serás. Estarás en deuda con nosotros.

—¿Cómo podré pagar esa deuda?

Se hizo el silencio. El Macedónico lo atravesó con la mirada.

—Empieza por presentar al concilio de la plebe una ley para estrechar las pasarelas de votación en los comicios.

Mario frunció el ceño con extrañeza.

—Es… una medida democrática.

El patriarca de los Metelos no pudo evitar carcajearse.

—¿Lo es? —preguntó con una sonrisa de sapo y lágrimas en los ojos.

—Si estrecháis las pasarelas, ¿cómo van vuestros agentes a controlar lo que votan vuestros clientes?

—No podrán —contestó Escauro por el Macedónico—. Ni los agentes de los Metelos ni los de ningún otro patrón.

—Las grandes familias se llevarán las manos a la cabeza —dijo Mario, que todavía no entendía el fondo de la propuesta.

—Por eso no podemos presentar esa ley nosotros —repuso Lucio Metelo.

—Tienes que ser tú —apostilló Escauro.

—Pero ¿por qué queréis una ley como esta?

—El porqué no es de tu incumbencia —sentenció el Macedónico—. Nosotros la queremos, punto. Y a ti te conviene presentarla, ¿no es cierto?

—La aprobación de esta ley reforzará tu posición ante el pueblo y

la familia Metela conseguirá lo que quiere sin arriesgar su crédito entre la nobleza —explicó Escauro—. Todos ganáis.

Mario se acarició el mentón hendido mientras meditaba qué respuesta dar. Todo era demasiado rebuscado para su gusto, pero Escauro tenía razón.

—Tendréis que garantizar que ninguno de los otros tribunos interpone su veto —dijo con suma gravedad—. La medida es popular, pero siempre hay uno o dos tribunos que sirven a intereses más privados.

—Nos encargaremos de eso —repuso el Macedónico—. Cualquiera que esté tentado de hacerlo sabrá de antemano que no debe intervenir.

—Bien. Contad conmigo.

Las elecciones se celebraron en noviembre. La asamblea de las centurias eligió cónsules a Lucio Cecilio Metelo y Lucio Aurelio Cota. También eligió a Escauro para ocupar una de las seis preturas anuales.

La asamblea de las centurias era fácil de manipular porque los ciudadanos más ricos controlaban centurias suficientes como para determinar una elección, como se había visto durante el juicio de Opimio. Cosa distinta sucedía con la asamblea de las tribus, que elegía a los tribunos de la plebe, los ediles y los cuestores. Las tribus no se organizaban atendiendo al patrimonio, conque no bastaba con poner de acuerdo a unos pocos ciudadanos adinerados. A menos que el candidato fuese muy popular, las redes clientelares debían trabajar a destajo para garantizar el resultado deseado.

Era la tercera vez que Mario se enfrentaba a la elección de las tribus. La primera había resultado elegido uno de los veinticuatro tribunos militares. La segunda, uno de los diecinueve cuestores.

Ahora aspiraba a ser elegido uno de los diez tribunos de la plebe.

Y por tercera vez el sufragio del pueblo refrendó su ambición. No solo eso, sino que además habían elegido a su hermano Marco tribuno militar, un magnífico augurio de una futura carrera política.

La madre de ambos no cabía en sí de alborozo, especialmente ante la suerte de su primogénito.

—¡Tribuno de la plebe de Roma! ¡Y con el apoyo de los Metelos! —decía, con ojillos relucientes, mientras se frotaba las manos.

A Lusia, en cambio, le era imposible disimular su honda preocupación.

—También fueron tribunos los hermanos Graco, y mira —recordó a su suegra—. Estoy segura de que su madre hubiera preferido que nunca lo fueran.

—¿Qué insinúas, por Cástor? Mi hijo hará lo que le indiquen los Metelos.

—No conoces a tu hijo.

XXVIII

La rebeldía de Mario

Roma, anno DCXXXV ab urbe condita.
L. Caecilio Metello et L. Aurelio Cotta consulibus[25]

Aquel primero de enero, los senadores se habían engalanado con sus mejores togas para asistir a la inauguración de los nuevos cónsules, que sacrificaron cada uno un buey a Júpiter en el Capitolio.

Mientras los arúspices inspeccionaban las entrañas de las víctimas, Escauro se aproximó a Mario, apostado en las arcadas cercanas. Este, que se tomaba muy en serio su nuevo cargo, se dejaba abordar allí por los ciudadanos, escuchaba sus cuitas con atención y se aseguraba de que sus libertos tomasen nota de todo en tablillas enceradas.

—¿Es prudente que nos vean juntos? —preguntó el tribuno entre dientes cuando se le puso al lado el flamante pretor, vestido con la toga pretexta bordeada de púrpura.

—¿Qué hay de malo en que dos veteranos de Numancia se saluden esta fría mañana de Año Nuevo? —inquirió Escauro con una sonrisa impostada.

—Supongo que nada —reconoció Mario—. Oí que fuiste *cornicularius* en el ejército del Macedónico. No sabía si creerlo.

—¿Por?

—No es común encontrar nobles patricios entre los suboficiales. Tal vez entre la caballería…

—Habría servido como *eques equo suo*, si por aquel entonces hubiera podido costearme un caballo.

—¿Los jóvenes patricios no tenéis derecho a caballo estatal?

—No todos —respondió Escauro.

Se hizo el silencio entre ambos por unos instantes.

—No pasará —dijo al cabo Mario, inquieto.

—¿El qué?

—La propuesta para estrechar las pasarelas, por Pólux. El Senado no la aprobará, y si no la aprueba, no podré presentarla al pueblo. Solo los hermanos Graco se atrevieron a legislar contra los deseos del Senado, y ninguno de los dos terminó bien, ¿verdad?

—Está todo previsto —lo tranquilizó Escauro—. Marco Octavio expondrá primero su propuesta, que vetarás.

—¿Por qué? ¿Qué va a proponer Octavio?

—La derogación de la *lex Sempronia frumentaria*.

La ley frumentaria de Cayo Graco, que obligaba al Estado a distribuir trigo subsidiado entre la plebe de Roma.

—¡Por supuesto que la vetaré! —exclamó Mario, indignado—. ¿Sabes cuántas familias comen gracias a esa ley?

—No te exaltes demasiado —le aconsejó Escauro—. Cuando el Senado amenace con tumbar tu propuesta, ofrecerás retirar tu veto a la de Octavio.

—¡¿Pretendes que acepte la derogación de la *lex Sempronia frumentaria*?!

—A cambio de que el Senado acepte tu *lex Maria de pontibus*.

Mario apretó las mandíbulas.

—Se suponía que yo saldría reforzado ante el pueblo. Si permito que Octavio se salga con la suya en esto, los plebeyos me odiarán.

—Esto es política, Mario —le recordó Escauro, que le dio una palmada entre los omóplatos—. Los plebeyos te odiarán tarde o temprano, como a todos.

Las aletas de la nariz de Mario se ensanchaban de cólera.

—¡Tu familia me ha tendido una trampa! —le reprochó a Quinto Metelo tras una columna, en el pórtico del templo de Júpiter.

El benjamín de los Metelos agachó la cabeza, avergonzado.

—No es el fin del mundo —farfulló—. Es un intercambio justo: la aprobación de tu ley por la derogación de la ley frumentaria. Piensa lo que quieras de Escauro, pero tiene razón: en política no hay espacio para la intransigencia, especialmente cuando tu carrera no ha hecho más que comenzar…

Mario no escuchaba. Su cabeza hervía sopesando a toda velocidad las opciones que le quedaban mientras veía a los senadores adentrarse en el templo para el inicio de la sesión.

—¿Marco Octavio está avisado de todo? —preguntó.

Quinto Metelo asintió.

—Sabe que no debe vetar tu propuesta en represalia.

—¿Ni intervenir de ninguna manera? —demandó saber Mario—. Estoy dispuesto a hacer lo que me pide tu familia, pero a mi manera, ya que es mi dignidad la que está en juego. ¿Me consentiréis al menos esa merced, o ni eso? —preguntó, sin disimular su rabia.

—Sí, por supuesto —respondió Quinto Metelo, incómodo ante el enfado palpable de su amigo.

—Tú déjaselo claro a Octavio —insistió Mario antes de traspasar las puertas broncíneas.

—El último asunto del orden del día, *patres conscripti*, es la concesión de una libre legación a Publio Cornelio Léntulo —dijo Lucio Metelo, cuya voz resonaba entre las paredes del templo—. Publio

Léntulo, tienes la palabra.

El recién inaugurado cónsul tomó asiento en la silla curul, sobre la tarima elevada desde la que él y Lucio Aurelio Cota presidían la sesión. Se incorporó entonces el *princeps Senatus*:

—Cuando nuestra patria estuvo a punto de ser conquistada por Aníbal, la salvó Publio Cornelio Escipión. ¿Cómo se lo agradecieron sus conciudadanos, por Hércules? Lo exiliaron a Minturnas, una pobre aldea junto a un lago apestoso. Y a su hermano, que había sometido Asia, lo arrojaron a prisión. En cuanto a Escipión Emiliano, el que destruyó Numancia y Cartago, alguien lo asesinó en su propia casa, con nocturnidad, sin que jamás se le haya hecho justicia. Y Escipión Nasica, que impidió a Tiberio Graco proclamarse rey, terminó sus días exiliado en Pérgamo.

Hubo murmullos. Escauro, sentado en la silla curul de pretor entre Quinto Fabio Máximo Eburno y Cayo Licinio Geta, escuchaba muy atento las palabras del octogenario senador.

—Pues bien, llegamos a mí, que no soy Escipión, pero sí miembro de la *gens* Cornelia, el quinto al que sus conciudadanos agradecen con malos tratos el haber servido excelentemente a la patria. Yo, en el consulado de Lucio Opimio, propuse el *senatus consultum* en defensa de la República, participé en la batalla del Aventino junto a muchos de vosotros a los que os doblo la edad y recibí una herida en la cabeza. Desde que testifiqué en favor de Opimio, la inquina del populacho ha sido mi única recompensa. ¡Me he hartado, por Júpiter! Agradezco a los censores Metelo el Baleárico y Pisón el Frugal que me hayan concedido el honor de encabezar la lista de senadores un lustro más, pero os pido, *patres conscripti*, que me eximáis de todos mis deberes para retirarme a Sicilia a vivir en paz lo poco que me queda en este mundo. Nunca más mis conciudadanos tendrán ocasión de usar de mí. Como Escipión el

Africano, les digo: «Ingrata patria, ne ossa quidem mea habes».[26] Y ruego a los dioses que el próximo Cornelio que salve esta República, si lo hay, sea más feliz que los que lo hemos precedido.

—*Qui hoc censetis, illuc transite; qui alia omnia, in hanc partem* —declaró el cónsul Metelo cuando Léntulo dejó de hablar.

Los senadores se dividieron en dos. La mayoría aceptó la libre legación que el *princeps Senatus* pedía, y, nada más el cónsul así lo proclamó, Léntulo se levantó del escaño y abandonó la curia, apoyado en un bastón.

Los ojos de Escauro siguieron al anciano mientras cruzaba el vestíbulo del templo y luego saltaron al escaño que había dejado vacío.

—Cneo Servilio Cepión —se dirigió Lucio Metelo desde la silla curul al senador que se sentaba a la izquierda de su tío—, como patricio de mayor edad, creo que debes ocupar el asiento de Publio Léntulo.

Cepión, que era el patriarca de los Servilios Cepiones, pasó a sentarse a la derecha del Macedónico. Este, con quien llevaba años aliado políticamente, le estrechó el antebrazo mientras a su espalda aplaudían los senadores.

Los cónsules cedieron entonces la palabra a los tribunos para que cualquiera de estos expusiese sus proyectos de ley. El primero en incorporarse de la banqueta alargada en la que se sentaban los diez representantes de la plebe fue Marco Octavio, un joven *nobilis*. Su padre lo observaba con orgullo desde los escaños de los excónsules.

—Hace cuatro años que se aprobó la ley frumentaria de Cayo Sempronio Graco, que obliga al Estado a proveerse de suficiente grano para subsidiar a sus ciudadanos más pobres. Entonces, *patres conscripti*, advertisteis del coste prohibitivo que sin duda tendría esta medida, lo que a Graco no le importó en absoluto. Hoy, gracias al último censo de Metelo y Pisón —dijo al tiempo que leía las notas de

sus tablillas enceradas—, sabemos que ochenta mil ciudadanos son beneficiarios de esta ley, que les da derecho a adquirir cinco modios de trigo al mes a un precio fijo que actualmente representa una tercera parte de su valor de mercado. El coste anual para el erario asciende, según los cálculos más conservadores, a una cuarta parte del presupuesto anual de la ciudad.

En la curia se elevó un gran clamor de senadores horrorizados por el dispendio.

—¡Ya lo advertí yo! —clamó el censor Pisón, sentado al lado de Metelo el Baleárico. Él era quien más se había opuesto a la medida hacía cuatro años, y por eso se había ganado el apodo de «el Frugal».

Octavio aprovechó para aclararse la garganta antes de proseguir.

—Mi propuesta, *patres conscripti*, es una *lex Octavia frumentaria* que derogue la de Graco e introduzca disposiciones para reducir a la mitad el número de beneficiarios…

—*Veto!* —profirió Mario.

El flamante tribuno, que había saltado como un resorte de la banqueta, no había dudado en dejar a su colega con la palabra en la boca.

—Coincido con que la pobreza de nuestros ciudadanos supone un enorme coste para nuestro Estado —dijo Mario en respuesta al murmullo exasperado y las miradas de desaprobación que le dirigieron los senadores de primera fila—. Si queremos reducir ese coste, sugiero hacer algo para reducir la pobreza, no solo ignorarla.

—¡Qué insolente! —se quejó Pisón.

—Cayo Mario ha ejercido su derecho de veto —tuvo que recordar Lucio Metelo desde la silla curul—. Marco Octavio deberá esperar a otra ocasión, o a que Mario levante su veto.

Octavio tomó asiento entre los demás tribunos. Mario siguió en

pie.

—También tengo una propuesta, *patres conscripti* —dijo.

—Adelante —lo animó el cónsul desde la tarima.

Mario dio unos pasos hacia el centro de la curia. Lo rodeaban los seis pretores y los dos ediles curules, sentados en sillas marfileñas. Carraspeó un poco e inició su discurso:

—Hace veinte años se introdujo el voto secreto por primera vez para la elección de magistrados, luego en los juicios salvo los de traición y finalmente en estos también. Con anterioridad, los electores daban su sufragio de viva voz y se exponían así a represalias, no diré de quién. Baste decir que el pueblo tenía miedo y el objeto del voto secreto era liberarlo de ese miedo. Pero en estos veinte años se han encontrado modos de burlar estas leyes. El más extendido es el de apostar en las pasarelas de votación a individuos que, con muy poco disimulo, toman nota de lo que se vota y, con su sola presencia, tienen atemorizados a los electores. Para evitar esto, propongo algo muy simple: una *lex Maria de pontibus* que prohíba terminantemente a cualquier persona apostarse o merodear en las pasarelas de votación, y asimismo que estas se estrechen para dificultarlo.

Lucio Metelo tuvo que esforzarse en aplacar la nueva algarabía que se formó en la curia. Su colega Cota no se mordió la lengua: el voto secreto era un ataque a la relación patrón-cliente y lo que Mario proponía era el golpe de gracia a la misma. Si sus clientes se comprometían a votar por él o por quien él les dijera, tenía derecho a saber si cumplían o faltaban a su promesa para recompensarlos o castigarlos en cada caso. En definitiva, arguyó Cota, no existía libertad sin consecuencias.

Escauro, que asentía maquinalmente, repasaba con la mirada las bancadas de los senadores de primera fila. Desde los *optimates* a los

más *populares*, todos los *nobiles* —y era la voz de los *nobiles* la única que contaba— parecían oponerse a la medida, que amenazaba su dominio del electorado.

—*Refer! Refer!* —clamaban.

Era el momento de que Mario se aviniera a negociar, pensó Escauro. Pero el tribuno guardó silencio mientras los senadores continuaban demandando al cónsul presidente una votación.

—¿Algo que añadir antes de que el Senado se pronuncie, Cayo Mario? —preguntó Lucio Metelo desde la tarima.

Mario respondió:

—¿Qué podría añadir a lo que ya he dicho, más que un reproche a todos los que vienen a este sagrado recinto a mancillarlo con espíritu faccioso?

Los senadores protestaban, irritados ante el desafío. Hubo un silencioso intercambio de miradas de extrañeza entre los Metelos y Escauro.

—Cayo Mario —dijo este último, que se incorporó de la silla curul para interpelar al tribuno—, parece obvio que tu propuesta no es querida por la mayoría de este Senado, a diferencia de la que nos ha traído Marco Octavio antes y que tú has vetado. Si levantaras ahora ese veto, me atrevería a decir que el Senado se sentiría inclinado, en consideración a ello, a condescender con tu propuesta.

Hubo gestos de asentimiento entre los senadores.

—Mi propuesta es justa y mi veto también —se empecinó Mario—. Y si no puedo convencer al Senado de ello, no me queda más remedio que impedir la votación. Así pues, ¡en virtud de mi potestad tribunicia, ordeno a mis asistentes que conduzcan a ambos cónsules a prisión!

—¡¿Has perdido el juicio, muchacho?! —tronó el Macedónico desde su escaño.

—¡Que sean conducidos a prisión, he dicho! —insistió Mario, que ignoró los aspavientos de los senadores.

Lucio Metelo quedó lívido sobre la tarima mientras los asistentes tribunicios cruzaban la cella para aprehenderlos. Él y su colega apelaron al resto de los tribunos, pero ninguno salió en su auxilio mientras se los llevaban de la curia, ni siquiera Octavio, que permanecía sentado entre sus colegas, visiblemente confuso. Para cuando este se decidió a levantarse y preguntar a un cariacontecido Quinto Metelo de qué iba todo aquello, si de veras todo estaba hablado de antemano como le había dicho, ya era demasiado tarde.

—La sesión queda suspendida hasta nuevo aviso —proclamó Mario por encima del tumulto.

Se podían contar con los dedos de una mano las veces que, en más de trescientos años, los tribunos de la plebe habían ordenado encarcelar a los cónsules. La medida era extrema y a todo el mundo le pilló por sorpresa que Mario recurriese a ella. El Macedónico estaba furioso y no dudó en encararse al tribuno díscolo en cuanto el templo quedó vacío.

—¡¿Cómo has osado traicionarme?! —lo increpó, rodeado de su clan.

—¿Traicionarte, yo? —se encaró de vuelta Mario.

—¿Cómo llamas a esta mierda? —demandó saber el Macedónico con aspavientos.

—Una mucho más fácil de tragar que la que tú me has servido a mí —le recriminó el tribuno—. ¿Derogar la ley frumentaria? ¡Es como echarme a los perros!

—¡Te echaré a los cerdos después de esto, por Hércules! —respondió Metelo, que, con su cara de batracio roja de ira, parecía hacer ímprobos esfuerzos para no ponerle las manos encima.

—¿Por qué? —inquirió Mario—. ¿Por cumplir lo pactado?

—¿Te burlas de mí, chico?

—Querías una *lex de pontibus* y preservar tu crédito con la nobleza. Y bien, tu sobrino es hoy un mártir para los *nobiles*. Vuestro crédito con ellos nunca ha sido tan alto y yo, echándoos este pulso, demuestro al pueblo tener más nervio que si hubiera contemporizado a las primeras de cambio, como pretendíais tan desconsideradamente hacia mi dignidad.

—¿Y qué hay de la dignidad de mi primo conducido a prisión? —inquirió el Baleárico, antes de que su padre lo mandase callar.

El Macedónico necesitaba silencio para sopesar las palabras de Mario. La respiración del anciano senador era pesada, y Escauro, siempre atento, le acercó su silla curul de patas corvas para que tomara asiento.

—Estás jugando a un juego muy peligroso, muchacho —repuso el patriarca entre jadeos, con las manos apoyadas en las rodillas cubiertas por la toga.

—Retiraré mi veto a la propuesta de Octavio —dejó claro Mario, interesado en desescalar del todo la discusión—. Los cónsules no pasarán más que unas horas en prisión y serán bien tratados en todo momento. Lo prometo.

Para subrayar sus palabras, le tendió la mano al Macedónico, que lo miró con ojillos torvos antes de resoplar y estrecharle a desgana el antebrazo.

—Quiero ver a mi sobrino —sentenció este al tiempo que se incorporaba de la silla curul.

—Tenéis mi permiso —dijo Mario.

El tribuno no agregó nada más, pero volvió la vista a Quinto Metelo, que le rehuyó la mirada.

—Me has utilizado —le reprochó el benjamín de los Metelos a la salida del templo.

—Igual que tu familia quería utilizarme a mí —se defendió el tribuno.

—No, Mario. Mi familia no es perfecta, pero de veras creo que mi tío te ha tratado con consideración y que el intercambio era justo. Tu orgullo y tu intransigencia han estado a punto de malograrlo todo. También nuestra amistad —dijo, con abatimiento.

Estaba genuinamente herido, y Mario se dio cuenta de ello.

—Lo siento mucho —masculló este, con la cabeza gacha.

—Discúlpame, debo ir a ver a mi hermano.

La prisión, sita en las viejas canteras de la ladera noreste del Capitolio, estaba al cuidado de los *tresviri capitales*, que condujeron a los Metelos hasta la celda de su pariente.

—¿Cómo que tengo que esperar horas? —inquirió el cónsul tras los barrotes de hierro oxidado—. ¡Aplasta a ese gusano ahora mismo y sácame de aquí, por Júpiter!

—Paciencia —respondió su tío, que inspeccionaba con la nariz arrugada la salubridad de la celda, poco iluminada.

—¡¿Me pides paciencia?! —espetó el cónsul con una mezcla de incredulidad y cólera.

—Sí.

Las pupilas de Lucio Metelo, que reflejaban su aturdimiento, saltaron de un pariente a otro en busca de un salvador, pero todos miraban al suelo, incluso su hermano Quinto. No entendía nada.

—Toda la nobleza se agolpa en la entrada de la cárcel, reclamando tu liberación —explicó Escauro, que se tapaba la nariz aquilina y la boca con uno de los pliegues de la toga pretexta—. Podemos usar esto en provecho de la familia.

—¿Qué provecho? ¿Estáis locos? ¡La familia más poderosa de Roma no puede dejar que uno de sus miembros sea arrojado a

presidio por un vulgar paleto de Arpino!

—Nos guste o no, Mario es tribuno de la plebe y no podemos interferir —gruñó el Macedónico—. Esperaremos a que él honre su promesa, ponga fin a tu cautiverio y anuncie que levanta el veto contra la propuesta de Octavio. Entonces tú saldrás de aquí y convocarás al Senado para que apruebe el proyecto de *lex de pontibus*, como estaba previsto.

—Por Hércules, ¿y mi dignidad? —preguntó el cónsul al tiempo que retorcía los barrotes con las dos manos—. ¿Cómo vas a compensar esta humillación?

El Macedónico quedó pensativo.

—Con tu permiso —se adelantó Escauro—. He oído que Publio Escévola está muy enfermo. La posición de *pontifex maximus* pronto quedará vacante y tu sobrino sería un magnífico candidato a ocuparla, ¿no crees?

La mirada de Escauro buscó la de Lucio Metelo, que enarcó una ceja. Su repentino silencio y el brillo codicioso en sus pupilas delataron su interés.

—No lo había pensado, la verdad —confesó el Macedónico, que se acarició el mentón cada vez más hundido en la papada—. ¿Tan enfermo está Escévola?

—Mucho —respondió Escauro.

—Quiero ser *pontifex maximus* —sentenció rápidamente Lucio Metelo desde detrás de los barrotes oxidados—. Y quiero algo más, por Júpiter.

—¿El qué? —preguntó su tío.

—La cabeza de Cayo Mario.

XXIX

Mare Superum

Costa de Aquilea.
Primavera del 119 a. C.

La nave mercante, impulsada por remos y velas, cortaba las olas mientras Afranio, asomado a la baranda de madera, pensaba en Sila. Casi había pasado un año desde la última vez que lo vio. Durante todo ese tiempo no habían mantenido correspondencia. Afranio se había guardado de enviarle correos, convencido de que lo mejor era dejarle su espacio al muchacho. Pero, desde que empezó a preparar su regreso a Roma, el recuerdo de su amigo lo asaltaba a todas horas. ¿Estaría bien? ¿Seguiría viviendo con Nicópolis?

Por irónico que fuese, Afranio estaba convencido de que ella era una mala influencia para Sila. Los griegos tenían leyendas sobre la lamia, que seduce a adolescentes y los devora, y eso era más o menos su casera. Haber prevenido a su joven amigo de ello habría sido inútil: primero, porque en este tema, Sila pensaba con la cabeza de abajo y no con la de arriba; segundo, porque el espíritu contestatario de la juventud lo habría empujado más en brazos de la artera Nicópolis. El muchacho tendría que aprender a golpes.

Por otra parte, estaba la cuestión de Barro y Emilia, la única que de veras privaba de sueño a Afranio por las noches. Sila no era tonto, pero la verdad de lo ocurrido era tan repulsiva que confiaba

en que el joven jamás atase cabos. Su ignorancia era garantía de su seguridad.

Las velas se hincharon con un súbito soplo del viento, que hizo restallar las jarcias. Afranio levantó la vista de los remolinos oscuros y la dirigió al cielo nubloso.

—Será una travesía movida —observó el timonel a su espalda mientras en cubierta los marineros manipulaban los aparejos—. Para evitar mareos, lo mejor será que no dejes de mirar al horizonte, Lucio Afranio.

Este hizo caso del consejo y miró en dirección a levante, a la costa istria.

Fue entonces cuando las divisó.

Cuatro naves liburnas de velas negras.

XXX

Transvectio equitum

Roma.
Principios de verano del 119 a. C.

Una horda mezcla de bárbaros celtas, ilirios y tracios había invadido el norte de Macedonia y saqueado la región. Allí, el propretor Sexto Pompeyo había presentado batalla con sus legiones y encontrado la muerte durante el encarnizado combate. Su cuestor había tomado el mando del ejército y logrado repeler al invasor, que ahora campaba a sus anchas por Iliria.

Todo estaba patas arriba, y las tribus de esos lares, espoleadas por la guerra, habían reanudado su tradición pirata. Recaería sobre sendos cónsules la labor de castigar a los bárbaros y restablecer el orden en la región.

Mientras estos dirigían las levas, Metelo el Baleárico y Pisón el Frugal continuaban con las actividades del censo. Su centro de operaciones era la *Villa Publica*, en el Campo de Marte. Allí habían convocado esa mañana a las doce centurias de *equites equo publico* para la inspección quinquenal, la *transvectio equitum*. El aire transportaba el olor a cuero engrasado y el expectante silencio era interrumpido por los relinchos ocasionales de los caballos. Los senadores murmuraban desde la barrera; una ley de Cayo Graco los había privado a ellos del caballo estatal y de los subsidios

aparejados, pero no a sus hijos, la flor y lo mejor de esa clase privilegiada de jinetes que cada cinco años debían demostrar seguir siendo merecedores de tan importante distinción.

—¡Quinto Fabio Máximo, hijo de Quinto! —tronó un pregonero.

Era la segunda vez que su estridente voz pronunciaba aquel nombre. Un joven de carrillos gordos y ojillos diminutos se adelantó tirando de las riendas de su cabalgadura. El sol de media mañana se reflejaba en los adornos que la cubrían: destellos de bronce y plata bailaban sobre el cuero bien pulido de sus arreos; una frontalera relucía como un pequeño escudo sobre la frente del animal; el pectoral de cuero, repujado con las figuras de los antepasados de la *gens* Fabia, tintineaba con un sonido metálico y ceremonioso a cada paso del caballo, que se movía con un andar rítmico y majestuoso.

Los censores inspeccionaron muy afectadamente la dentadura del animal, sus patas musculosas, sus cascos, sus crines… Disimulaban una decisión que estaba tomada de antemano. La plebe rezumaba resentimiento por el destino de Cayo Graco y, para mantenerla a raya, la nobleza debía demostrar unidad. Por crápula que fuese, no podían castigar al hijo de Fabio Máximo, quien ahora engrosaba la prestigiosa lista de excónsules y observaba la escena entre el público.

—*Transduc equum* —proclamó el Baleárico. «Pasa con tu caballo».

El joven Fabio sonrió estúpidamente y fue a reunirse con su primo Eburno entre aplausos de clientes bien pagados mientras Pisón lo atravesaba con la mirada. Uno de sus asistentes volvió a meter la mano en la cesta que contenía todos los nombres de *equites equo publico* de la tribu Falerna. A Sila, que esperaba su turno como una estatua de mármol, se le aceleró el pulso.

—¡Quinto Granio, hijo de Quinto!

Sila resopló con impaciencia. Sabía el desenlace que aquella

ceremonia tendría para él y no deseaba alargar más la agonía, pero debía esperar a que el pregonero proclamase su nombre.

El tal Granio, un jinete veinteañero, se apartó de los demás. Su *gens* no tenía miembros en el Senado, así que debía ser excepcionalmente rico para que en alguno de los censos anteriores se le hubiera confiado el caballo estatal. Tampoco en él hallaron mácula los censores, así que lo conservaría al menos otros cinco años más.

—¡Lucio Cornelio Sila, hijo de Lucio! —proclamó por fin el pregonero.

La atmósfera se hizo más densa. Sila se aproximó a los censores, pero no lo acompañaba el sonido familiar de los cascos de un caballo, ni el suave tintineo de los arneses.

—¿Y tu caballo? —demandó saber el Baleárico.

—En casa de mi difunto padre, donde él me vetó la entrada.

El murmullo se elevó a sus espaldas con un sonido muy similar al que recordaba del oleaje en las costas picentinas.

—Así que es cierto que tu padre te desheredó en su testamento —dijo Pisón.

—Sí.

—¿Qué patrimonio te queda?

—No el suficiente —contestó Sila, y Pisón lo tomó a desafío.

De nuevo un gran murmullo se levantó entre los espectadores.

—Venderás tu caballo, Lucio Sila, y reembolsarás al erario el *aes equestre* —ordenó Pisón, antes de volverse hacia el público—: Desde hoy, Lucio Cornelio Sila pierde el caballo estatal, recibe la mala nota de los censores y queda reducido al estatus de *proletarius*.

Sila se alejó del tribunal. Su honor se había desvanecido oficialmente, pero no agachó la cabeza. Por mucha nota de los censores, seguía siendo un patricio, cosa que ni Metelo ni Pisón

serían jamás. En esas reconoció a Aulo Afranio entre los jinetes de la tribu Velina, que esperaban a ser llamados. De pronto concibió la esperanza de volver a encontrarse con su viejo amante, al que no veía desde hacía un año. Al acercarse, le extrañó no hallarlo junto a su hermano.

—¿Afranio no ha venido a la inspección? —preguntó a Aulo.

—¿No lo sabes? —inquirió este de vuelta con un ceño fruncido y una mueca displicente.

—¿El qué? —demandó saber Sila.

Aulo suspiró.

—Mi hermano ha muerto.

Afranio estaba muerto. Su cuerpo se había perdido para siempre en el fondo del *Mare Superum*, y Sila lloraba hecho un ovillo en el suelo del apartamento.

Nicópolis lo contemplaba sentada en el borde del canapé, inclinada hacia delante, con los brazos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Había intentado levantarlo del suelo, consolarlo, pero él había rechazado el contacto de sus dedos como si le abrasasen la piel marfileña.

—Se te pasará —dijo ella, enormemente contrariada, en un arrebato de celos.

Y Sila, que hasta entonces la había deseado con ardor, sintió hacia ella odio y repugnancia.

LIBRO II

Me propongo narrar la guerra que el pueblo romano sostuvo con Jugurta, rey de Numidia, en primer lugar porque fue una guerra larga y encarnizada y su victoria tuvo diversas alternativas; después, porque entonces por vez primera se puso freno a la prepotencia de la nobleza; esta rivalidad trastornó todas las cosas, las divinas y las humanas, y llegó a un grado tal de insensatez que solo la guerra civil y la ruina de Italia pusieron fin a las luchas entre los ciudadanos. Mas, antes de dar comienzo a la narración, voy a referir algunos antecedentes, a fin de que todos sus acontecimientos queden claros y se puedan comprender mejor.

CAYO SALUSTIO CRISPO, *GUERRA DE JUGURTA*, V.[27]

Entre todos estos, el que más se distinguía era Emilio Escauro, un noble inquieto, dado a la política de partidos, ávido de poder, de cargos y de dinero, aunque sabía mantener astutamente ocultos estos vicios.

CAYO SALUSTIO CRISPO, *Guerra de Jugurta*, XV.[28]

XXXI

El rey Jugurta

Reino de Numidia.
118 a. C.

—¡Aguantadla!

Los hombres se apelotonaban tras la puerta de madera carcomida, presionándola con todas sus fuerzas.

El aposento no tenía más salidas que esa que tan desesperadamente se esforzaban por mantener cerrada, pero que no resistiría mucho más. Con cada batida de ariete, un fino polvo de cal les llovía sobre la cabeza, y los goznes amenazaban con desprenderse de las jambas de adobe resquebrado.

Otra embestida.

La puerta se salió de quicio y vino a caerse sobre los defensores al tiempo que los atacantes, vestidos de negro, trepaban por encima y se derramaban por la estancia con espadas desenvainadas y gritos de guerra.

—¡Proteged al rey! ¡Protegedlo! —gritaba a pleno pulmón el jefe de la guardia.

Este desviaba con su acero todos los intentos del enemigo de acuchillar a la figura morena que se parapetaba tras él. En cuestión de un instante, no quedaba vivo nadie más para defenderlo.

—¡Por la ventana!

Era una caída arriesgada, pero no había otra opción. Más que saltar por su propio pie, el joven rey Hiémpsal, hijo de Micipsa, se dejó defenestrar. Entre alaridos que rasgaron la noche africana, él y su guardaespaldas cayeron en paralelo al muro de la fortaleza y atravesaron el techo de bahareque de un cobertizo de esclavas, lo que amortiguó su caída. Las mujeres que se alojaban allí se despertaron chillando, saltaron de las literas y salieron corriendo como animales asustados.

El recio guardaespaldas númida rodó sobre los maderos quebrados; boqueaba como un pez para tratar de coger aire mientras briznas de paja caían sobre ellos del agujero abierto en el techo. Cuando la bruma de la conmoción se disipó y pudo ver de nuevo con nitidez, obtuvo un vistazo de los atacantes asomados a la ventana de la que se habían precipitado. Sin duda habían tomado nota mental de dónde habían aterrizado y pronto estarían allí.

—¡Vamos, por todos los dioses! —Zarandeó al joven desvanecido a su lado.

—¡Mi pierna, mi pierna! —gritó Hiémpsal en cuanto recobró la consciencia.

Sin más luz que los tímidos rayos de luna que se derramaban por el agujero sobre sus cabezas, el guardaespaldas tuvo que identificar a tientas el problema. Tuvo claro lo que sucedía cuando tocó con una mano experta el hueso roto que asomaba de la canilla del joven rey, que se retorció de dolor.

—¡Me duele! —volvió a gritar, antes de que su guardaespaldas le tapase la boca con una mano.

—Debo ir a por caballos —declaró este, que se levantó del suelo y renqueó hacia la puerta del cobertizo.

—¡No te vayas! —suplicó Hiémpsal.

—Es nuestra única posibilidad de escapar.

Y, dicho eso, partió.

Hiémpsal quedó solo en la oscuridad. Un sudor frío le resbalaba por las sienes, y todo él temblequeaba mientras se esforzaba por mantener el volumen de su gimoteo ahogado a un nivel que no lo delatase. Como si, por quedar en silencio, pudiera mimetizarse con la negrura que lo envolvía.

Pero no podía.

Los mismos hombres armados que lo habían acorralado en el alcázar irrumpieron entre aquellas cuatro paredes portando antorchas. Lo único que Hiémpsal pudo hacer fue arrastrarse penosamente entre dos literas y pegar la espalda a la pared. Uno de los atacantes, arrebozado hasta la nariz, le arrojó una suerte de balón que golpeó el suelo con un ruido sordo.

La cabeza cercenada de su guardaespaldas.

El joven la apartó de un manotazo al tiempo que dejaba escapar un chillido de terror. Temblaba incontrolablemente, pero los sicarios permanecieron inmóviles. Flanqueaban la entrada del cobertizo cuando una figura traspasó el umbral. Vestía de negro y venía igualmente arrebozada, pero su porte y ademán eran distintos, más altaneros, casi como si ocultar el rostro fuese una desagradable exigencia de las circunstancias, más que una preferencia.

—¿Quién eres? —balbuceó Hiémpsal, cuyo cuerpo malherido se sacudía con espasmos de dolor y miedo.

El intruso dejó escapar un suspiro de alivio al descubrir su rostro oliváceo. Todo en él era prominente: el mentón barbado, la nariz —gruesa en la base y estrecha en la punta—, los pómulos, el ceño. Bajo este último asomaban dos ojos tristes, algo ladeados y de párpados gruesos.

Jugurta —así se llamaba— era el vivo retrato de su padre, Mastanábal, que lo había engendrado treinta y cinco años atrás en el

lecho de una concubina de palacio. El rey Micipsa se habría deshecho de él en cuanto murió Mastanábal, que lo protegía, pero el extraordinario parecido del joven con las efigies de bronce de su difunto hermano frenaban la mano del rey.

Un príncipe númida no derramaba la sangre de sus parientes.

Hasta esa noche.

—Salud, primo —susurraron los labios carnosos de Jugurta, sobre los que descansaba un bigote oscuro.

—¡Jugurta! —exclamó Hiémpsal con la garganta atenazada por la sorpresa y el horror—. ¿Cómo has…?

Su pariente le lanzó un manojo de llaves, que emitieron un tintineo metálico al impactar contra el suelo.

—El guardián del alcázar fue jefe de servicio de mi casa durante mi adolescencia. Debiste haberlo sabido. Fue fácil convencerlo para que nos abriese las puertas.

Su tono de voz calmado no engañaba a nadie; desde luego no a Hiémpsal, que tenía motivos de sobra para esperar todo de Jugurta, menos clemencia.

—¡Te lo suplico por la memoria de nuestro abuelo Masinisa! —gimoteó—. ¡Perdona mis ofensas!

Las aletas de la nariz se le abrían y cerraban frenéticamente, al compás de su agitada respiración. Los mocos le resbalaban por el surco del labio y las lágrimas por el rabillo de los ojos. No podía dejar de observar con espanto cómo su primo acariciaba el pomo de la espada que llevaba al cinto.

Jugurta se puso de cuclillas frente al joven acobardado.

—Micipsa me adoptó y me escogió para cogobernar. «Una muestra de la debilidad de un anciano, que temía una guerra civil cuando podía evitarla de un solo tajo». ¿No fueron esas tus palabras? Has cuestionado mi derecho e insinuado querer mi muerte…

Había algo lobuno en su postura. Esa noche era depredador, y Hiémpsal, su presa.

—S-s-soy joven y m-m-me han aconsejado mal —balbuceó en su defensa—. Quieres mi parte del reino, ¿sí? ¡Te la daré! Solo perdóname la vida.

—¿Para que corras a refugiarte bajo las faldas de tu hermano? Sé que los dos me queréis hacer desaparecer, aunque solo tú hayas cometido la imprudencia de pregonarlo.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento!

Jugurta se puso en pie.

—Demasiado tarde —dijo.

Con un ligero movimiento del mentón, dos de los sicarios apartaron muy bruscamente las literas entre las que Hiémpsal gimoteaba y se abalanzaron sobre el joven, espadas en ristre. En la melé alguien dio un puntapié a la cabeza de su guardaespaldas, que se perdió en una esquina mal iluminada.

—¡No! ¡No! ¡No! —protestaba Hiémpsal, que con la pierna rota no podía hacer mucho más aparte de manotear.

—Quiero mandar un mensaje a tu hermano —dijo Jugurta, que había cruzado las manos tras la espalda en ademán sereno—, y voy a necesitar que me prestes tu cabeza.

—¡Noooooo!

A medida que el acero le sajaba la carne, la última protesta de Hiémpsal se convirtió en un gorjeo morboso, seguido de silencio.

Jugurta dio un paso atrás para que el charco de sangre fresca, cada vez más extenso, no le mojase la suela de las botas.

XXXII

Indeseables

Roma, anno DCXXXVII ab urbe condita.
L. Caecilio Metello Diadematо
et Q. Mucio Scaevola Augure consulibus[29]

Hacía doscientos años que el patricio Quinto Emilio Bárbula fue cónsul, el primero de esa rama de la *gens* Emilia. A su debido tiempo, su hijo Lucio y su nieto Marco también alcanzaron la dignidad más alta de la República. El éxito llama al éxito, y una sucesión tan fulgurante de consulados dentro de una familia no podía interrumpirla más que una repentina calamidad. Como el nacimiento de un bebé de pies zambos.

Un Bárbula de pies deformes nunca podría cabalgar, servir en el ejército, hacer carrera política, ni ser cónsul. No sería, en definitiva, un Bárbula. No podía serlo. Tendría prohibido hasta usar ese nombre.

Sería un Escauro.[30]

El último descendiente de los Bárbula cruzó el umbral del *tablinum* en casa del Macedónico. Este apenas levantó la mirada del rollo de pergamino que tenía extendido sobre el escritorio; un fugaz vistazo bastó para reconocer la presencia de Escauro.

Obligado por su vista deficiente a encorvarse sobre el escritorio, Metelo se repantingó entonces en su asiento. Mantenía las pupilas

negras aún fijas en el pergamino sujeto por los extremos con pisapapeles de cobre.

—La *Ciropedia*, de Jenofonte —dijo y cruzó las manos sobre la prominente barriga—. Escipión Emiliano no se separaba de este libro. Lo guardaba bajo su almohada como Alejandro Magno la *Ilíada*. También la noche en la que murió, dicen…

El Macedónico quedó en silencio, sumido en los recuerdos de otra época. A pesar de que su mórbido semblante lucía derretido a cuenta de sus muchos pliegues y arrugas, el brillo en sus ojos le hizo a Escauro pensar que parecía más un gato viejo, orondo y satisfecho de la vida, a punto de echarse a ronronear ruidosamente.

—Sabes por qué he venido —dijo Escauro para cambiar de tema.

—Ilústrame.

Escauro aspiró hondo, pero con disimulo.

—Las elecciones consulares.

La incomodidad asomó al rostro de batracio de su anfitrión, que guardó silencio; no parecía estar contento con el tema de conversación escogido.

—Te he ayudado mucho y bien durante años —insistió Escauro inclinando un poco la cabeza—. Quisiera seguir ayudándote el año que viene, como cónsul.

El Macedónico, con las manos aún cruzadas sobre el vientre, lo miró de arriba abajo desde detrás de su escritorio. Carraspeó.

—Mientras de mí dependa, serás cónsul, pero no puedo garantizar que sea el año que viene.

«¡Pamplinas!».

—Tengo cuarenta y cuatro años —repuso Escauro, que no perdió la calma—. No seré cónsul a la edad mínima de cuarenta y dos porque he empezado el *cursus honorum* más tarde que los demás. No obstante, puedo compensar esa tacha si soy elegido cónsul a la

primera oportunidad: un bienio tras la pretura, como establece la *lex Villia annalis*. O sea, ahora.

El Macedónico frunció el ceño.

—Yo no fui elegido cónsul hasta la tercera ocasión. Dime, ¿arrastro yo esa tacha?

Escauro tragó saliva. Había olvidado por completo aquel dato: Metelo no siempre había sido todopoderoso.

—El vulgo piensa que no ser elegido cónsul a la primera es una tacha, pero en tu caso hace mucho que contrarrestaste con grandes hazañas ese pensamiento mezquino. Si el pueblo prefirió a otros para el consulado las dos veces que te presentaste y no saliste elegido, eso habla mal del pueblo, no de ti.

—Ergo, no has de tener prisa —repuso el Macedónico—. Te seré sincero, Marco: que seas patricio lo complica todo. La *lex de consule altero ex plebe* obliga a que al menos uno de los cónsules sea plebeyo. Lo que significa que, si te apoyo a ti, no podré apoyar a ningún otro patricio. Y hay patricios de las grandes familias que vienen a pedir mi apoyo a los que me interesa mucho dárselo, no porque los aprecie más que a ti, sino porque no puedo arriesgarme a que ganen tras haberles dado con la puerta en las narices. El poder es un espejismo y no podemos dejar que se desvanezca —confesó.

«Sabe de alguien que se presenta y cree que ese alguien quedaría por delante de mí; no quiere apostar por caballo perdedor».

—¿Debo entender que ya has escogido a tu candidato, entonces?

—No, todavía no —respondió Metelo—. Cuando tome una decisión, serás de los primeros en saberlo.

Quinto Fabio Máximo el Alobrógico había muerto mucho antes de la vejez, pero su rostro lucía más pálido, emaciado y frágil que el de

muchos ancianos. Las fiebres cuartanas le habían robado todo el vigor y la rubicundez antes de matarlo.

Tendido sobre el féretro en mitad del atrio, con los pies calzados por los zapatos rojos de magistrado apuntando al vestíbulo, el cadáver, vestido con la toga púrpura de quien ha celebrado un triunfo, recibía a quienes cruzaban el umbral de la casa para presentar sus respetos.

«Buen viaje, sobrino de Escipión», pensó Mario.

Este dio el pésame a la viuda de cabellos desgreñados y al crápula del hijo, y se dispuso a regresar a casa. Sin embargo, se encontró en el vestíbulo con Lucio Valerio Flaco, que lo saludó tan alegremente como le permitían las circunstancias luctuosas.

—Flamen de Marte —señaló Mario el casco de cuero, rematado en una punta afilada, que Flaco llevaba sobre la cabeza.

—Aún me estoy acostumbrando —respondió el joven patricio, que venía con su jovencísima esposa, patricia como él, cogida del brazo.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—Todos los tabúes que rodean tu sacerdocio —explicó Mario—. No poder pasar una noche fuera de Roma, etcétera. Serán un impedimento a tu carrera.

—Sigo los pasos de mi padre —repuso el muchacho con humildad —. Si ser flamen de Marte y hacer carrera política fuesen incompatibles, él no habría llegado a cónsul.

—Aunque así sea, no podrás comandar ningún ejército.

Alguien podía pensar que la franqueza de Mario rozaba la grosería. Lo cierto es que estaba enojado con Flaco. Se había tomado a pecho que un oficial tan bueno y prometedor relegase las armas al fondo de un baúl.

—Lo sé —contestó rápidamente Flaco con resignación, antes de

adoptar un semblante más ufano—, pero tengo dos primos que dejarán muy alto el nombre de los Valerios Flacos, ya lo verás. El mayor, Cayo, ha cumplido los dieciocho y está deseando enrolarse.

—Sois *nobiles* muy extraños, los Valerios Flacos —observó Mario.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber el joven flamen de Marte, al que una sonrisa incómoda cruzó el rostro.

—Os alistáis a los dieciocho años para empuñar de verdad las armas en lugar de poneros cómodos en el *praetorium* como otros —dijo y no pudo evitar mirar de reojo al joven Alobrógico, que permanecía como catatónico junto al féretro del padre—. Luego, cuando podéis reclamar vuestra justa recompensa, respondéis a la llamada de los pontífices y renunciáis a todo para cubrir la vacante de uno de los sacerdocios más ingratos de esta República. Casi parece que verdaderamente hacéis las cosas por sentido del deber.

—¿Algo más? —preguntó Flaco, divertido.

—Sí. Está también cómo tratáis a los *homines novi*.

—¿Cómo os tratamos?

—Como si no fuésemos indeseables. Como a iguales —respondió Mario con solemnidad.

Flaco le sonrió.

—No hacemos sino seguir el ejemplo de mi bisabuelo, que acogió a Marco Catón bajo su ala para enorme beneficio de la República. ¿Crees que me lo perdonaría si por altivez yo privara a Roma de un segundo Catón?

Mario le devolvió la sonrisa —una muy sobria, como le habría gustado a Catón— y le apoyó al flamen una mano en el hombro al tiempo que se dirigía a su esposa, la *flaminica*:

—Ojalá más *nobiles* demostraran la nobleza de ánimo de tu esposo.

Esa mañana, Publio Cornelio Sila se había despojado del atuendo de la niñez y depositado en el larario familiar la pequeña bula dorada que hasta entonces le colgaba sobre el pecho. Luego, bajo la mirada anegada de lágrimas de su madre, dejó que sus sirvientes lo envolvieran en los pliegues inmaculados de la *toga virilis*. Al admirar su reflejo en la superficie pulida del espejo de bronce, supo que había llegado el momento.

Tras recibir por primera vez a amigos y clientes en el atrio, Publio salió de casa y bajó la avenida del Argileto a la cabeza de una procesión solemne. Su mirada larga, la recta línea de sus labios y el mentón alzado pretendían proclamar a Roma que, a pesar de las penurias financieras, los Cornelios Sila se mantenían en pie. Pero la expresión circunspecta del adolescente se desmoronó en cuanto reconoció a su hermano mayor apostado en la entrada del Foro.

—¡Lucio! —gritó, sin poder modular la estridencia de su voz adolescente.

Un brillo asomó a sus ojos. Su figura erguida se relajó, sus miembros se soltaron, y el joven echó a correr con andares de niño y los brazos abiertos.

—¿Ni siquiera hoy te has lavado el pelo? —le dijo su hermano cuando hundió el rostro en su pecho—. Qué joven más guarro eres, Publio.

«Joven», no «niño».

Sila encontró a su medio hermano más alto y desgarbado. No lo había visto en cuatro años, ni tenía intención de volver a verlo próximamente, pero, esa mañana —17 de marzo, día de las fiestas Liberales—, Publio Cornelio Sila se presentaba ante el *praetor urbanus* para ser inscrito como ciudadano en una tribu y una centuria, y Lucio Cornelio Sila debía arroparlo.

Apenas unas notas dulces hacían soportable a Sila el mal trago de

aquel reencuentro. Esa noche Publio sería un hombre rico, con un patrimonio que, si bien mermado con respecto a sus antepasados, todavía le daba para labrarse un nombre en la Roma de senadores y magistrados que a Sila le estaba vedada.

A él solo le quedaba la Roma de los actores y las meretrices, pensó cuando introducía la llave en la cerradura de la puerta de Nicópolis, luego de que todo hubiera terminado. «Pero al menos aquí puedo llegar a ser el rey», se dijo al internarse en el apartamento, donde otra noche más lo esperaban su anfitriona y sus apetitos.

XXXIII

El desafío de Escauro

—¡Amigos, un brindis…!

La voz del Macedónico, atenazada por la edad, le flaqueó. El soplo de sus extenuados pulmones perdió fuerza al ascenderle por la garganta, dando lugar a un susurro áspero que no terminaba de remontar el vuelo.

Escauro observó muy atento cómo el septuagenario senador, ya con el pelo completamente cano, trataba de disimular aquel embarazoso lapsus con un carraspeo.

El resto de los invitados, destacados senadores entre los que se encontraba Cneo Servilio Cepión, guardaron silencio en los triclinios.

—¡Un brindis! —volvió a decir el Macedónico—. Amigos, pido un brindis por mi sobrino, el *pontifex maximus*: Lucio Cecilio Metelo, ¡el Dalmático!

El anfitrión apuntó con su copa a su sobrino, que había regresado a Roma tras casi dos años de campaña para celebrar su triunfo sobre los dálmatas, una tribu costera a la que se culpaba de la piratería.

Escauro levantó la suya para brindar mecánicamente, y luego apuró su contenido de un trago.

—A ver —volvió a llamar el anfitrión la atención de sus invitados—. Puesto que Eburno todavía va a demorarse, zanjemos nosotros los asuntos que nos ocupan antes de beber más. ¿Te parece bien,

Cepión? ¿O seguimos esperando a tu sobrino?

—No será necesario, Metelo —respondió el viejo Servilio, recostado junto a él—. Según he sabido, ha recibido la visita de un importante emisario y sin duda es por ello que se está retrasando.

—Que no se pueda hablar mal de la hospitalidad romana —dijo el Macedónico—. Muy bien. Procedamos. En primer lugar, los cónsules del año que viene.

A Escauro se le aceleró el corazón. Deseó que su copa no estuviera vacía, y el esclavo que se paseaba con un ánfora al hombro pareció leerle la mente.

—Como sabéis —dijo Metelo—, el Alobrógico ha fallecido. Un hombre excelente, gran romano, digno nieto de Lucio Emilio Paulo, por Pólux. Pido ahora una libación por su alma.

Todos los invitados asintieron a sus palabras y de buen grado alargaron el brazo para verter un poco del vino de sus copas, tras lo que guardaron un religioso silencio, antes de que Metelo prosiguiese:

—Sabed que el Alobrógico había prometido hacer campaña en estas elecciones por Cayo Licinio Geta, aquí presente, en atención a sus muchos servicios a la *gens* Fabia. Me llena de orgullo anunciar que, antes de morir, el Alobrógico confió en la familia Metela para honrar su promesa. Y así lo haremos, por Hércules.

—¡Bravo, por Júpiter! —exclamó el Dalmático, quien, ya ebrio, alzó su copa como enhorabuena a Geta.

Este agachó la cabeza en agradecimiento. Hubo aplausos y vítores, pero no de Escauro. Él permaneció en silencio.

—Respecto al colega de Geta, debo decir que tenía mi decisión tomada hace mucho. Sabéis que Marco Escauro es mi protegido y mi principal consejero, y que pocos hay más preparados que él para ser cónsules…

Una tímida sonrisa cruzó el rostro de Escauro, pero la mirada que el Macedónico le dirigió desde el otro extremo del comedor fue de todo menos alentadora.

—Ha sido la muerte de Fabio la que me ha obligado a cambiar mis planes —sentenció, y el corazón de Escauro, que hasta hacía un instante parecía que fuese a desbocársele, quedó paralizado—. Tras su fallecimiento, ha recaído sobre su primo, Quinto Fabio Máximo Eburno, la jefatura de la *gens* Fabia. Como el tío de Eburno, mi buen amigo Cneo Cepión, me ha recordado, no es apropiado que el cabeza de una *gens* patricia tan importante no haya sido cónsul. Por tanto, como muestra de mi aprecio a las familias Fabia y Servilia, he decidido que sea Eburno nuestro candidato junto a Geta. No me cabe duda de que Escauro será un magnífico cónsul… dentro de dos años, junto con mi hijo Marco Metelo.

«Maldito cabrón —pensó Escauro al tiempo que apuraba de nuevo el contenido de su copa—. Viejo traidor, puerco desleal, lamprea abotargada», repetía para sus adentros mientras un hilillo rojo se derramaba por las comisuras de sus labios.

Metelo, ajeno a todas aquellas maldiciones, proseguía su discurso y desgranaba su lista de candidatos a las preturas.

—Una cosa más —intervino el Dalmático en el triclinio adyacente.

—¿Sí? —inquirió su tío, que volvió la cabeza sin cuello hacia él.

—Cayo Mario. He oído que se presenta a edil curul. Debe ser aplastado.

—Lo será, por supuesto.

—¡No quiero que pueda aspirar ni a limpiar las letrinas del Capitolio! —insistió el Dalmático, rojo de ira y ebriedad.

—Te hemos entendido, por Pólux —repuso su tío. Justo en ese momento su atriense se inclinaba para susurrarle algo al oído—. ¡Ah! Tu sobrino ha llegado, Cepión. Que pase, que pase.

Cuando Eburno cruzó el umbral del *triclinium*, lo recibieron los aplausos y las enhorabuenas de los comensales, salvo Escauro, que simuló beber de su copa vacía. Lo acompañaba un individuo moreno de mirada torva.

—Este es Aspar, emisario del rey Jugurta de Numidia —lo presentó el romano—. Tiene mucho que contar. Y que ofrecer…

Adérbal, rey de Numidia, había viajado personalmente a Roma para ser oído en el Senado. Hacía un año, su padre, Micipsa, amigo y aliado del pueblo romano, en su lecho de muerte les había confiado el reino a él, a su hermano Hiémpsal y al primo de ambos, Jugurta. Pero este, taimado y belicoso, quien aspiraba a reinar en solitario, había asesinado a Hiémpsal y declarado la guerra a Adérbal. Forzado a huir de Numidia, el rey desterrado suplicaba ahora al Senado de Roma intervenir en su favor y castigar la traición de Jugurta.

Metelo Diademato, que era cónsul ese año, abrió el debate. Cneo Cepión opinó que el Senado debía mandar una embajada a África para dividir Numidia entre los dos reyes, lo que no podía sino suponer una enorme decepción para Adérbal. El Macedónico lo secundó, al igual que el resto de su parentela.

Escauro seguía el debate con desinterés a la espera de su turno, hasta que el cónsul le pidió su opinión a Eburno, que hablaba justo antes:

—*Patres conscripti*, el pueblo romano recuerda a Micipsa, un buen amigo y aliado. Sin ir más lejos, mi padre, el cónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano, recibió de su generosidad elefantes y jinetes para servirle en las guerras de Hispania. Más tarde, cuando Escipión Emiliano le solicitó de nuevo tropas auxiliares, Micipsa volvió a cumplir y al frente de estas envió precisamente a su sobrino Jugurta, entonces veinteañero. Este, por sus muchas virtudes, enseguida se

ganó la amistad de Escipión y el afecto de las legiones. Pues bien, conocíamos a Micipsa y conocemos a Jugurta, pero no sabemos nada de quien hoy ha comparecido ante nosotros, salvo que es enemigo de este último.

»Repasemos ahora los hechos. Hiémpsal ha sido asesinado. Su hermano Adérbal culpa de su muerte a Jugurta, con quien ha entrado en guerra. Jugurta es nuestro amigo probado, ¿por qué vamos a dar crédito a las acusaciones de su enemigo? Está en el interés de Adérbal convencernos de que la muerte de su hermano fue ordenada por su primo para que abominemos de él. Pero no hay evidencias que respalden esta acusación, y el asesinato de Hiémpsal puede explicarse perfectamente sin necesidad de imputárselo a Jugurta. Gobernar un reino, senadores, es cosa ingrata, más aún cuando se pretende reinar sobre un pueblo montaraz como lo es el númida. ¿Qué respeto podía inspirarles el rey Hiémpsal, quien, según tenemos entendido, era poco más que un adolescente? El pueblo romano, que ha matado a hombres hechos y derechos por aspirar a un reino, ¿no va a entender los motivos del pueblo númida para asesinar a un rey que no podía esgrimir más mérito que el de ser descendiente de hombres mejores?

Eburno continuó perorando un rato innecesariamente largo para acabar secundando la moción de su tío. Su vanidad le empujaba a lucirse, o a lo que él pensaba que era lucirse. Todas las miradas estaban puestas en él, porque era ya un secreto a voces que iba a presentarse a cónsul y que contaba con el apoyo de los Metelos; ganar las elecciones era cosa hecha.

O no.

—Marco Escauro*, quid censes?* —preguntó Metelo Diadematо desde la silla curul, después de que Eburno tomase asiento al fin.

«Al infierno», se dijo Escauro.

—Yo, que serví muchos años en las guerras de Hispania, no solo conozco a Jugurta, sino también lo que se esconde tras su mirada torva. Aunque se hizo famoso por su bravura, os aseguro que era mucho más peligroso por su astucia que por su fiereza, y ya entonces era perseguidor no solo de la gloria sino también del mando. Él cultivaba la amistad de nuestros oficiales, y estos, imprudentemente, despertaron su durmiente ambición al pronosticarle el imperio de los númidas: no en vano, los hijos de Micipsa eran demasiado jóvenes; sus guerreros lo seguirían a él y Roma refrendaría su derecho, etcétera. A tal punto alentaron las palabras de los nuestros aquel proyecto impío de Jugurta que Escipión mismo temió que las ascuas de su anhelo, así avivadas, originasen una gran conflagración. Este, terminada la guerra en Hispania, convocó al númida a su tienda y trató de refrenarlo como pudo antes de licenciarlos a él y a sus tropas. Estoy seguro de que debemos a aquella conferencia que Micipsa haya muerto de viejo… y no hace quince años.

»Adérbal dice que Jugurta ha mandado matar a su hermano Hiémpsal. Bien, si no es cierto, por lo menos es verosímil. Y si es cierto, ¿vamos a permitir que alguien acreciente su reino a base de crímenes? ¡La grandeza de Roma, *patres conscripti*, nos exige la observancia del derecho y la reparación de las injusticias!

No pocos senadores asentían a sus palabras; al fin y al cabo, todos sabían que Escauro tenía detrás a los Metelos. Estos buscaban con la mirada al *pater familias*, que tenía el rostro de sapo vuelto hacia Escauro. A su lado Cepión parecía pedirle explicaciones entre dientes. Nada de esto escapó a la atención del orador, que se aclaró la voz antes de ir concluyendo.

—En definitiva, senadores, opino como Cneo Cepión: el Senado debe decretar que una embajada de diez hombres acuda a Numidia

para averiguar lo ocurrido y restablecer una paz justa.

—¿Por qué? —exigió saber el Macedónico, ya de regreso en el Palatino—. ¿Por qué le has enmendado la plana a Eburno delante de todo el Senado?

Metelo parecía exhausto. Unos esclavos le ahuecaban los almohadones del lecho, en el que se había tenido que recostar para poner los pies en alto. Los mismos esclavos le habían desabrochado los zapatos de cuero senatoriales, con hebilla de media luna. El Macedónico tenía los tobillos hinchados y del mismo color rosado que un cochinillo, pensó Escauro.

—Eburno es un necio con ínfulas —contestó este sin tapujos—. ¡Qué poco disimulo, por Hércules! ¡Menuda *fellatio*! ¡Su discurso ha sido como proclamar a toda Roma que Jugurta lo tiene comprado! Corríamos el riesgo de que nos metiesen a todos en el mismo saco, por eso respondí. Deberías pedirle a Cepión que lo ate en corto…

—¡¿Osas decirme lo que debería hacer?!

Escauro clavó la mirada en el suelo teselado, pero no pudo evitar resoplar como muestra inconsciente de desafío.

—¿Esto tiene que ver con mi decisión de que no te presentes al consulado hasta el año que viene? —inquirió el Macedónico, con un tono de voz menos exaltado.

—Puedes no apoyarme si quieres, pero no decidir por mí.

Metelo frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Merezco el cargo mucho más que el parásito engreído de Eburno, y lo sabes.

El Macedónico dejó escapar una carcajada impostada.

—¿Te crees que al consulado solo llegan los mejores? ¿Los más brillantes? ¿De veras te subleva que un cabeza de chorlito de buena

familia llegue a cónsul?

—Por delante de mí, sí, me subleva —respondió Escauro con toda honestidad.

—El mundo no es justo, Marco. Me parece increíble que deba explicártelo.

—Me da igual. Tengo la edad mínima, he sido pretor y es mi derecho de nacimiento.

—¿Tu derecho de nacimiento? —inquirió Metelo con sorna.

—Soy un patricio —le recordó Escauro, que alzó orgullosamente el mentón puntiagudo.

—¡Ja! —impostó otra carcajada el Macedónico—. Eres hijo de un tratante de carbón. Si no fuera por mí, seguirías en las centurias de infantería, donde él te dejó al morir.

Las aletas de la nariz de Escauro se ensancharon con rabia contenida.

—Me presentaré —dijo.

—¡No, por Júpiter, no harás tal cosa! —respondió el Macedónico, al que le retemblaron los pliegues de la papada—. Si lo haces, confundirás a nuestros clientes. Dividirás el voto. ¡Solo conseguirás hacer cónsul a alguno de los descerebrados amigos de Lucio Opimio!

«¡Opimio! ¡Claro! Debo hablar con él cuanto antes».

Escauro se dio la vuelta sin mediar palabra, dispuesto a marcharse.

—¿A dónde te crees que vas? —inquirió el Macedónico—. ¡No te he dado permiso para retirarte!

—No hace falta. Todo este tiempo he dejado que me movieses sobre el tablero como una ficha de *petteia*. No me importaba. Pero la otra noche lo que me sorprendió fue descubrir que me tratabas como una ficha rival y no propia.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Marco?

—Está clarísimo, por Hércules —respondió Escauro con un brillo maniaco en la mirada—. Para comer una ficha del rival hay que atraparla entre dos tuyas, tales como Geta y Eburno. Pero, cuando me explicaste las reglas de la *petteia*, me enseñaste que está permitido colocar una ficha propia entre dos rivales sin ser comida, ¿no es así? Eso estoy haciendo yo al presentarme al consulado.

Metelo balbuceó un poco.

—Si te vas ahora de esta casa, no serás bienvenido nunca más. No mientras yo viva.

«Durante poco tiempo, entonces», se dijo Escauro, que miró de arriba abajo el vestigio decrépito del gran Macedónico antes de encaminarse a la salida.

XXXIV

La ayuda de Opimio

Opimio no vivía mucho más lejos. Había nacido allí, en las estribaciones del Palatino, en el seno de una familia plebeya pero respetable que lo había respaldado en su camino hacia la gloria. Una suerte de imagen especular de Escauro.

Escauro, para empezar, nunca tendría que haber nacido. Si su bisabuelo hubiera hecho gala del mismo rigor que sus más rústicos antepasados, su hijo de pies equinovaros no habría vivido su primera puesta de sol: antes, un esclavo de confianza del *pater familias* lo habría agarrado de sus tobillos deformes para sumergirlo boca abajo en una tinaja y poner fin a su vida miserable.

Marco Emilio Bárbula, sin embargo, no dio tal orden. En la esperanza de que su hijo monstruoso no sobreviviría más allá de la infancia, lo alimentó, lo vistió, le proporcionó cobijo y hasta una educación. Pero el niño sobrevivió, no solo a la infancia y a la adolescencia, sino también a todos sus hermanos, todos los que podrían haber continuado el legado de su padre, cónsul de Roma, hijo y nieto de cónsules. Cuando este murió, Lucio Emilio el Patizambo, el Escauro, enterró al último Bárbula. Y con él, todo prestigio, riqueza e influencia.

Cuando el portero dejó pasar a Escauro, este encontró a Opimio dando instrucciones a criados y clientes en el atrio. Esa mañana, el Senado lo había nombrado jefe de la embajada de diez senadores

que debían viajar sin tardanza a Numidia para mediar entre los reyes Adérbal y Jugurta, por lo que Opimio quería dejar todos sus asuntos en orden. En cuanto terminó de aleccionar a esclavos y libertos, se retiraron juntos al *tablinum*, donde el anfitrión había ofrecido abrir un ánfora de vino.

—Así que quieres ser cónsul —dijo Opimio.

—Como mis antepasados —apostilló Escauro—. Tú lo entiendes. Tu padre fue cónsul y tú has sido cónsul a tu vez. No aspiro a nada más que a lo que hombres como tú y yo merecemos por derecho de nacimiento. Pero Metelo no lo entiende. Temo que no entiende la República. Ha llegado a concebir el Estado como de su propiedad, y el consulado como una posesión que conceder graciosamente a testaferros. Los *optimates*, en cambio, entendéis que el Estado no es patrimonio de una sola familia, como en las monarquías orientales. Para salvaguardar nuestra libertad, la Antigüedad ha confiado la dirección de la República al concurso de todas las grandes *gentes*. Gracias a vuestros principios, os habéis mantenido por encima del juego vil de los Metelos. Ahora lo veo con total claridad.

—Qué conveniente que te cures de tu ceguera cuando Metelo te niega el consulado, y no antes —observó Opimio, cuya media sonrisa asomaba por encima del borde de su copa.

—A veces nos negamos a ver la verdad hasta que esta nos arrolla —respondió Escauro, que encajó bien el comentario mordaz de su anfitrión.

—Entiendo tu indignación porque Metelo aúpe a un plebeyo sin prosapia como Geta. En esto cuentas con la simpatía de todos los *optimates*. Sin embargo, amigo, tu candidatura no lo perjudica a él, sino a Eburno. La *lex de consule altero ex plebe* prohíbe dos cónsules patricios, ya lo sabes. La conclusión es que Geta, por ser plebeyo, tiene poco menos que asegurada la silla curul; la única

elección posible es entre Eburno y tú. Los *optimates* no podemos cuestionar las credenciales de un Fabio que, además, es descendiente de Servilios.

—¿Cuestionáis las credenciales de un Emilio, por Pólux?

«¿Tú, un Opimio?», agregó Escauro para sus adentros mientras se mordía la lengua.

Su anfitrión frunció el ceño con displicencia, y Escauro temió por un instante que le hubiera leído el pensamiento. Tal vez el tono de su voz había sido demasiado impertinente.

Decidió corregirlo:

—Sería la segunda vez que un Fabio ocupa el consulado en cinco años. Un Fabio que es un Servilio por sangre y que cuenta con el respaldo de los Metelos. A los *optimates* no os conviene eso. Os eclipsaría.

—Y supongo que un miembro de una rama poco conocida de la *gens* Emilia, no.

—Siendo una opción perfectamente respetable —apostilló Escauro.

—Perfectamente.

Opimio meció su copa en las manos y hundió la vista en los remolinos escarlata, como si quisiera evitar que sus ojos dieran una respuesta a Escauro.

—Comparad nuestros méritos —insistió este—. Siendo cuestor, los esclavos de Sicilia expulsaron a Eburno de la guarnición que le había confiado su suegro, el cónsul Rupilio. Su deshonra le impidió presentarse a una elección en más de diez años, no antes de que la lástima empujase a su primo a llevarlo con él a las Galias como legado para reparar su reputación. —Escauro había estudiado bien a su rival, pero ello no pareció impresionar a Opimio—. En ese tiempo en el que Eburno fue el hazmerreír del Senado, yo he sido cuestor, edil curul encargado de los juegos, augur y pretor. Me presentaría al

consulado para ganarlo de calle si no fuera porque Fabio Máximo ha muerto, Eburno es el nuevo jefe de la *gens* Fabia y Metelo quiere metérselo en el bolsillo como parte de ese juego político retorcido que mantiene a su familia en la cúspide del Senado.

Su anfitrión continuaba concentrado en los remolinos de su copa, aunque ahora los analizaba con menor interés. Escauro lo observaba en silencio e inmóvil, pero con las aletas de su nariz puntiaguda muy abiertas.

—Te diré por qué te apoyaré —dijo al fin Opimio cuando consideró que ya lo había tenido suficiente tiempo en vilo—: En primer lugar, porque te lo debo. En segundo lugar, porque quiero ver qué mueca cruza la cara de sapo de Metelo si ganas. En tercer lugar y más importante, porque Eburno es un entusiasta defensor del rey Jugurta. Los *optimates* tenemos muy buenas relaciones con el rey Adérbal. No sería un cónsul conveniente.

—Ten cuidado en Numidia —le dijo Escauro cuando se despedían, después de sellar el apoyo de Opimio a su inminente campaña con un apretón de manos—. No subestimes a Jugurta.

—Todos los bárbaros son iguales, amigo mío —respondió Opimio, que desoyó fatídicamente su consejo con una expresión de desdén —. Jugurta se doblegará al poder de Roma, o será destruido.

XXXV

Palatum

Roma.
Noviembre del 117 a. C.

—¿Qué tontería es esta de que te quieres mudar? —demandó saber Nicópolis con un chillido mientras perseguía a Sila escaleras abajo.

—No me quiero mudar, me estoy mudando —le respondió él, que le daba la espalda.

En el rellano lo esperaba una litera de alquiler, con sus bultos atados a la parte trasera del cajón del pasajero.

—Pero ¿ya? —preguntó incrédula Nicópolis.

Estaba más lívida de lo normal. En los últimos meses los nervios le habían devorado su atractivo más rápido de lo que ella se devoraba las uñas, y el pelo negro desgreñado la hacía parecer una furia. Se había vuelto demasiado celosa, demasiado controladora, todo el rato preguntando a dónde iba Sila, de dónde venía, a quién veía. La gota que había colmado el vaso fue que Sila sorprendiera a Escirto siguiéndolo por encargo de su ama, al parecer desde hacía semanas.

Su convivencia estaba arruinada, pero en ningún momento él había amenazado con marcharse. Claro está, ¿para qué perder el tiempo con amenazas? Simplemente lo había dispuesto. Nicópolis se enteraría cuando la decisión no tuviera marcha atrás. El momento

era esa tarde.

—He vivido dos años contigo —le recordó él—. Tengo veintiuno. Creo que me he ganado el derecho a vivir por mi cuenta.

—Pero ¿a dónde te vas? —quiso saber ella.

—Al Palatino.

Nicópolis impostó una carcajada.

—¿Con el exiguo estipendio que te da tu madrastra? ¡Imposible!

—Estás invitada a la inauguración —respondió él mientras se aseguraba de que los bultos estuvieran bien amarrados. No quería ponerse a discutir para no alargar más ese momento, todo lo contrario a ella.

—Eres pobre, Sila. ¡Pobre! —insistió Nicópolis—. Dependías de Afranio para vivir y ahora dependes de mí.

—¡Te equivocas! —bramó Sila ante la mención de Afranio, cuya pérdida, un año después, le seguía doliendo demasiado—. Vivía con él porque éramos amigos, los mejores, y contigo porque creía que eras mi amiga. Pero no has hecho más que tratarme como un perrito faldero. ¡Como a un chico de compañía!

Nicópolis balbuceó. Aquel instante de confusión, él lo aprovechó para abordar la litera.

—Ingrato… ¡Eres un maldito ingrato! —le recriminó ella, que aporreó con manos y pies el lateral del cajón—. ¡Te arrepentirás, por Atargatis!

Ella solo invocaba a aquella extraña diosa siria cuando estaba verdaderamente alterada. Él la ignoró.

—Al Palatino, por Hércules —ordenó a los porteadores.

Palatum llamaban los poetas al cielo.

Sitas en sus laderas, por encima de las masas populares del Velabro, las mansiones de los aristócratas romanos miraban de tú a

tú el pórtico de los templos del Capitolio, amenazando con borrar la separación entre los dioses y los hombres. Sila se asomó a la ventanilla de su litera y observó las calles bien pavimentadas del *clivus Palatinus* y las fachadas de estuco libres de grafitis. A su alrededor, una legión de esclavos bien alimentados y mejor vestidos iban de aquí para allá, absortos en su lista de recados para sus amos.

Con tanto tiempo libre, los moradores del Palatino podían dedicarse a una de dos actividades. La primera era la de gobernar la ciudad. La segunda, disfrutarla.

Sila aspiraba a ser de estos últimos.

La litera torció en una esquina y se internó en un callejón estrecho poco iluminado. «Sigue siendo más seguro que la mayoría de los callejones de la Subura —pensó al bajarse de la litera—. Y huele mejor».

Epicado lo esperaba junto a la puerta de la casa con un manojo de llaves. Aunque la entrada no era muy glamurosa, el esclavo, en quien había delegado la gestión, le había asegurado que se trataba de una *domus* dignísima para ser la más barata del Palatino. En el atrio, Sila observó cómo el polvo de años describía danzas frenéticas en el haz de luz que caía del impluvio. El mobiliario yacía en las tinieblas periféricas, cubierto por una lona parduzca.

—Estoy impresionado —dijo, tras apreciar, en su primera inspección, que aquel atrio era más amplio que el de la casa en la que se había criado—. ¿En serio solo cuesta cinco mil sestercios al año?

Epicado asintió.

—La casa perteneció al augur Lépido Porcina. Los censores lo reprobaron por alquilarla a seis mil sestercios anuales, por lo que este ha quedado congelado en poco más de cinco mil.

—¿Cuándo fue eso?

—Eran censores Cneo Servilio Cepión y Lucio Casio Longino Rávila. Hace ocho años.

«O mucho han subido los alquileres en ocho años, o Cepión y Casio odiaban excepcionalmente a Lépido», pensó Sila, que conocía bien la arbitrariedad de los censores y cuánto se prestaba el cargo al hostigamiento de los rivales políticos. Por atesorar diez libras de plata, a su antepasado Rufino, dos veces cónsul, los censores lo habían expulsado fulminantemente del Senado. Su padre le había contado aquella historia infinidad de veces. Él, tan sanguíneo y bilioso, achacaba a la animosidad de los censores no solo la caída en desgracia de Rufino, sino la fortuna desde entonces menguante de la familia, que nunca más había vuelto a ostentar el consulado. Era irónico que, de aplicar los censores modernos aquella norma absurda, no quedaría en Roma un solo senador.

—¿Cuánto son diez libras de plata en sestercios, Epicado?

El esclavo hizo un cálculo mental rápido.

—Aproximadamente tres mil sestercios, *domine*.

«Una miseria», pensó Sila.

—Arriba están las dependencias de la servidumbre, ¿no? —preguntó—. Podemos realquilárselas a alguien por, digamos, dos mil sestercios. Así solo tendré que pagar tres mil anuales.

—Sería un tercio de tu estipendio, *domine*.

—¡Estupendo! —respondió el joven, que ignoró el deje de advertencia en la voz del esclavo ilirio—. Cierra el trato, busca a quien sacuda el polvo y ponte enseguida con la organización de la fiesta —agregó.

—¿La fiesta, *domine*? —preguntó Epicado con extrañeza.

—De inauguración, obviamente. Para darme a conocer en el vecindario y hacer nuevos amigos, una fiesta es lo apropiado. Sin

reparar en gastos.

«Es lo que Afranio haría», pensó.

—En algunos gastos tendremos que reparar, *domine* —observó tímidamente el esclavo, y añadió unos versos griegos para sonar más autorizado—:

> *Aquel que vigila el gasto y lo mide según su dinero*
> *posee la virtud más notable, según los entendidos.*[31]

Lejos de irritarse, a Sila le agradó mucho que Epicado se tomase en serio la tarea de administrar prudentemente sus finanzas. Con todo, no iba a darle la razón en esto:

—Es mejor gastar de más ahora y causar una buena impresión que pecar de avaros y quedar como tales. Quiero que invites a todo el mundo.

—¿Para cuándo, *domine*? ¿Qué día quieres celebrar esta fiesta?

—¡Lo antes posible!

—¿Puedo sugerir tras los comicios?

Era la fecha cercana más lejana que se le ocurrió en ese momento. Su joven amo se acarició el mentón mientras asentía.

—Buena idea, Epicado. Justo después de que se anuncien los resultados, cuando los poderosos se saquen del culo el palo que los mantiene estirados y todo el Palatino tenga algo que celebrar o por lo que consolarse.

XXXVI

Repulsa

Escauro, aún vestido con la toga blanqueada con tiza, vagaba por las calles sin saber bien a dónde ir. Sus clientes lo seguían de aquí para allá con caras largas, esperando impacientes a ser liberados de sus obligaciones. Habría sido lo mejor. En las presentes circunstancias, horas después de haber sido derrotado electoralmente, la colección de seguidores se asemejaba a una nube de moscas sobre un animal que ya era más carroña que ser vivo.

Al final de la jornada, Metelo Diadematо, cónsul saliente, había proclamado ganadores a Cayo Licinio Geta y Quinto Fabio Máximo Eburno. Escauro había quedado tercero. Un buen resultado pero insuficiente, y tanto más amargo cuanto que se había involucrado con todo su ser y lo había dado todo en los mítines.

—Como si hablásemos de un *homo novus* —se había mofado Cneo Cepión.

Escauro había querido golpearle en la cara para borrar la sonrisa sardónica del rostro de aquel viejo de dientes amarillos. No haberlo hecho lo atormentaba. Mil y un planes de venganza bullían dentro de su cráneo, que amenazaba con echar humo por las orejas. Al cruzar el *Forum Holitorium*, una voz conocida, aunque difícilmente amiga, lo sacó de su ensimismamiento:

—¡Escauro! ¡Ven y bebe conmigo, por Júpiter!

Era Cayo Mario quien lo llamaba desde la barra de una taberna

abierta a la calle. Un alargado dintel de madera, con un racimo de uvas polícromo tallado en bajorrelieve, se curvaba sobre la amplia entrada como una ceja pesada. Allí había ido él solo a ahogar la frustración de haber perdido el edilato, después de que los Metelos lo declarasen persona *non grata*.

—¿Estás ebrio? —preguntó Escauro con una mueca.

—Solo contento —respondió Mario con una sonrisa de oreja a oreja, apoyado en la barra tosca y llena con salpicaduras—. ¿Beberás conmigo?

—No frecuento estos antros —contestó Escauro, que arrugó la nariz ante el penetrante tufo a vino agrio, a sudor y a humo de las lámparas de aceite que emanaba del interior.

—¿Por qué? ¿Temes que te guste? —inquirió Mario, burlón, justo antes de dejar escapar un eructo—. Vamos, yo te invito. ¡Tabernero, vino para mi amigo!

—No somos amigos.

—*Inimico inimicus amicus meus.*

Escauro frunció el ceño:

—Querrás decir *inimici inimicus amicus meus.*

Mario enarcó una ceja y luego se carcajeó, demasiado bebido como para reparar en la diferencia.[32]

—Te han follado los Metelos, ¿no? —dijo—. Ya somos dos. Siéntate y bebe, por Hércules.

—*Domine*, tus clientes se preguntan si pueden volver a casa —le susurró a Escauro el esclavo *nomenclator*—. ¿Qué les digo?

—¡Que hagan lo que les venga en gana, por las Furias! —respondió su amo con malos modos y, tras despedir de golpe a todos sus clientes, se volvió hacia Mario—: Te aceptaré esa jarra de vino.

XXXVII

El secreto de Afranio

Sila se había dejado todos sus ahorros en aquella fiesta, pero había merecido la pena. En ausencia de esclavos propios, camareros contratados al efecto se paseaban entre los invitados con cráteras rebosantes de vino y bandejas repletas de viandas: huevos duros rellenos de *garum*, manzanas asadas, pastel de carne, salchichas, morcillas… Había citaredos, flautistas y bailarinas ataviadas con túnicas livianas para amenizar la velada, un tragasables e incluso un enano disfrazado de mono.

La convocatoria había sido un éxito, los triclinios escaseaban, y Sila debía abrirse camino como podía entre la gente que abarrotaba el atrio.

—¡Qué sorpresa! —acertó a decir cuando se topó de frente con Emilia, la amiga de Barro, más mujer y más voluptuosa todavía que dos años atrás.

—Desde luego —le sonrió ella de oreja a oreja, un tanto forzadamente—. ¿Cómo tú por aquí?

—Vivo aquí. Soy el anfitrión. ¿No lo sabías?

Emilia parecía sorprendida. Confusa, incluso.

—¿Tú eres el nuevo inquilino?

A Sila le extrañó el tono paternalista de la joven.

—Sí —respondió, no menos desconcertado—. ¿Conocías la casa?

Ella asintió. Todo el diálogo se antojaba torpe e incómodo a

ambos. Afortunadamente los interrumpió el acompañante masculino de Emilia, que traía consigo dos copas de vino. No era el piceno Barro, sino un romano de pura cepa:

—Marco Antonio[33] —se presentó él—. Encantado.

—Lucio Cornelio Sila.

—Nuestro anfitrión —apostilló Emilia.

—¡Ah, te felicito por esta fiesta tan soberbia!

—Gracias —dijo Sila—. Todavía no sé si me recuperaré económicamente.

Antonio se carcajeó ante la ocurrencia de su anfitrión. Sin duda un hombre que vivía en el Palatino podía pagar muchas fiestas como aquella.

Por un instante Sila se preguntó si era este veinteañero de cabeza cuadrada y mentón hendido el marido del que Afranio tenía tanto miedo, pero lo descartó rápidamente.

«Parece que te llevaste el secreto a la tumba, amigo mío».

Tras intercambiar unas pocas cortesías más, Emilia y su acompañante se alejaron para unirse a otro corrillo. Su anfitrión, gratamente sorprendido de habérsela encontrado, siguió a la joven con la mirada. No reconoció a ninguno de sus amigos, aunque tras observarlos un rato le pareció que se comportaban como si el lugar les perteneciese. Estaba seguro de que todos eran *nobiles*, pero no de los venidos a menos, como él.

—¡Salud, Lucio Sila! —lo interpeló alguien.

Se trataba de un joven de su misma edad o un poco menos, muy atractivo, con facciones angulosas y estilizadas, unas cejas finas de color castaño y un cabello ondulado que le cubría un poco las orejas. Un único e insignificante defecto le afeaba el rostro: era bizco de ambos ojos, que tenía vueltos hacia la nariz.

—¿Nos conocemos?

—No tengo el placer —respondió el muchacho tras mirarlo de arriba abajo con sus ojos estrábicos.

—Pero sabes mi nombre.

—Alguien me dijo que Lucio Cornelio Sila daba una fiesta memorable en el Palatino. Pedí señas: veintipocos, cabello rubio, ojos grises, bien parecido…

Sila arqueó las cejas: «Pronto empiezas a coquetear conmigo», pensó.

—Soy Quinto Roscio, de Lanuvio. Quería darte la enhorabuena. Has reunido a la juventud más selecta y decadente de Roma bajo el mismo techo.

—¿Eso he hecho? —preguntó Sila, que miró a su alrededor con incredulidad.

Como si hubiera contado un chiste, Roscio soltó una risotada.

—No sabes quiénes son la mitad de tus invitados, ¿verdad?

Sila se inclinó hacia él para susurrarle; al hacerlo, el aroma dulzón de su perfume le inundó las fosas nasales:

—Ojalá supiera quiénes son la mitad —le confesó al oído.

Roscio volvió a carcajearse al tiempo que se colgaba de su hombro.

—¿Ves a aquel que no me quita ojo de encima? —Sila trató de seguir la línea imaginaria que partía de las pupilas bizcas de Roscio; al final de esta se encontraba un treintañero muy bien vestido, de apariencia nerviosa, aunque altanera a la vez—. Es Quinto Lutacio Cátulo. Su bisabuelo fue un héroe de las guerras púnicas y él bebe los vientos por mí. ¿Y al pelirrojo junto a él? Es su cuñado, Cneo Domicio Enobarbo. Su padre, su abuelo y su bisabuelo fueron todos cónsules, y él lo será también a menos que una puta aparezca muerta en su cama. Puede que incluso a pesar de ello.

»Hablando de consulados, ahí tienes al sobrino de nuestro cónsul

electo, Quinto Fabio. —Sila volvió la vista hacia donde Roscio señalaba: otro coevo suyo se tambaleaba con hilillos de vino seco en las comisuras de los labios—. El pretor urbano le ha prohibido recibir la herencia de su padre, el Alobrógico: trescientos mil sestercios en dinero contante y sonante, y más tierras de las que podría recorrer en una vida; millones y millones de sestercios. Un veredicto algo draconiano y poco justo, pues su desheredamiento ha ido en beneficio de su tío, inmerecida recompensa por haber criado a un hijo todavía más disoluto, al que nuestro flamante cónsul debe tener hoy encerrado bajo llave…, de lo contrario estaría aquí también.

Sila desconocía los trapos sucios de aquellas *gentes*, la Fabia, Lutacia y Domicia, cuyas hazañas políticas y bélicas su padre le había hecho estudiar. En realidad nunca se había molestado en ponerles rostro. Incluso ahora no le llamaban tanto la atención como el de Roscio, mucho más bello.

—Pareces muy interesado en los *nobiles* —dijo, con la vista fija en sus sensuales labios. Estos se combaron hacia arriba en una sonrisa pícara.

—Solo en sus vicios.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que mi querido Cátulo llena su biblioteca con relatos detallados de los innumerables adulterios de Júpiter.

Sila miró de nuevo en dirección al joven treintañero bien vestido, que le devolvió la mirada con cierta hostilidad.

—¿Y eso qué quiere decir?

—*Homo sum; humane nihil a me alienum puto*.[34]

A Sila le brillaron los ojos cuando aquel verso surgió inesperadamente de los labios de su nuevo amigo.

—¿Has leído a Terencio?

Roscio dejó escapar otra risotada encantadora.

—De su buena pluma vivo. Soy actor.

En su esquina, Cátulo apuró su copa de un trago, pidió que se la rellenasen y volvió a vaciarla en el estómago. El calor del vino y los celos parecían haber dotado a sus miembros del impulso necesario para cruzar la estancia, plantarse frente a Roscio y recitar:

> *En pie saludaba, en ese instante, a la Aurora que surgía,*
> *cuando de pronto aparece por la izquierda Roscio,*
> *Séame lícito decirlo, celestes, con vuestro permiso:*
> *un mortal me pareció más hermoso que un dios.*[35]

Los invitados que los rodeaban de pie y los que estaban recostados en triclinios cercanos —a los que Cátulo, no sin una pizca de teatralidad, les había conferido el papel de dioses en aquella pequeña función— arrancaron a aplaudir.

—Admirado mío, te vi actuar hace dos *nundinae* y no quería dejar de alabarte con estos versos que han brotado de lo más hondo de mi alma —explicó Cátulo con un acento rimbombante mientras cogía a Roscio de las manos—. Plauto está en los Campos Elíseos aún extasiado con lo que hiciste.

El actor, que fingió emocionarse, se dejó dar un beso en la mejilla, que su admirador le plantó lo más cerca posible de los labios.

—Querido Quinto Lutacio —respondió Roscio lo más coquetamente que pudo—, nunca dejarás de ruborizarme.

«De vergüenza ajena, seguramente», pensó Sila, que miró de arriba abajo al petulante aristócrata.

El actor hizo las presentaciones:

—Lucio Cornelio Sila, este es el senador Quinto Lutacio Cátulo. Querido Quinto, Sila es nuestro anfitrión.

—¿Senador? —inquirió Sila con escepticismo.

—Sí, así es —respondió Cátulo, que sacó pecho.

Ambos intercambiaron cortesías muy falsas, antes de que Cátulo volviera a centrar toda su atención en Roscio. Este estuvo dándole coba un rato, no muy largo; su flirteo, no obstante, fue lo bastante convincente como para que, cuando por fin logró zafarse de sus pegajosos brazos, Cátulo regresara a su esquina con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Ya que pareces conocer a todo el mundo en esta fiesta —le dijo Sila, interesado en reanudar su conversación—, ¿podrías decirme quién es esa mujer?

—¿Quién?

—La de bucles castaños que está reclinada junto a… Marco Antonio, creo que se llama.

—El golfo de Marco Antonio —precisó Roscio.

—Creo que ella tiene debilidad por los golfos, sí.

El actor se llevó una mano de dedos finos a la boca para tratar de ocultar su sonrisa pícara.

—Vaya, vaya —musitó—. Parece que tu fiesta cuenta con la bendición de las vestales, nada más y nada menos.

Sila frunció el ceño.

—¿Cómo dices? —preguntó, confuso.

Roscio se situó detrás de él y, poniéndose de puntillas, apoyó la barbilla lampiña en su hombro. Ambos miraban en dirección al triclinio compartido por Antonio y Emilia, que bebían y reían en compañía de algunos amigos.

—Tu mujer de bucles castaños es una Emilia Lépida —le susurró al oído Roscio mientras que con una mano tonta le acariciaba la espalda—. Su amiga es Licinia, que viene con su hermano Cayo Licinio Craso. Las dos son vírgenes vestales, aunque no lleven las *vittae* ahora mismo.

Sila se carcajeó. Volvió el rostro hacia el de Roscio, pero el actor

permanecía serio más allá de la sonrisa felina, incluso perversa, que adoptaron sus labios. Estos se encontraban tan próximos a los de Sila que pudo oler las notas dulzonas del vino que los humedecía.

—¿Es en serio? —preguntó.

—Muy en serio.

Sila se sintió palidecer más si cabe.

—Pero ¿y sus deberes? —balbuceó—. ¿Y su dedicación a la diosa?

—¡Eres deliciosamente ingenuo! —se mofó Roscio—. ¿Te imaginas a una Licinia Crasa barriendo a estas horas el atrio de Vesta? No creo que ninguna de estas dos sepa cómo sujetar una escoba. Sus «deberes» se limitan a participar en los banquetes con los flamines y el *pontifex maximus* y sentarse *ima cavea* en el circo los días de carreras.

—¿Y el fuego perpetuo?

—Una basta para vigilarlo mientras las otras cinco se dedican a sus propios asuntos. Tienen más de un hogar que vigilar…

—¿Y su celibato?

Sila tragó saliva. Había formulado la pregunta con un nudo en la garganta.

—¿Preguntamos a Marco Antonio? —repuso el actor, al que una media sonrisa pícara cruzó el agraciado rostro.

—¡Si lo rompen sería un sacrilegio! ¡Serían condenadas a muerte!

«Y con ellas, sus amantes».

Roscio hizo un gesto como de espantar moscas.

—¿Cuánto hace que no se condena a una vestal a muerte? ¿Un siglo? Seguro que no se debe a que su catadura moral haya mejorado desde entonces. Más bien a que las vestales se escogen de entre las familias más nobles, y estas hace tiempo que acostumbran a encubrir la corrupción de sus miembros. Mientras el fuego sagrado no se apague, y ninguna dé demasiado la nota, todo

el mundo parece contento de mirar para otro lado.

—¿Y los rumores? ¿No les preocupan?

—Ahí rige lo de Arquíloco, querido:

Nadie que de chismorreos del vulgo se preocupe,
Esímida, podrá gozar de muchos momentos felices.[36]

Roscio alargó el brazo para que uno de los camareros le rellenase su copa e hizo una seña para que lo mismo ocurriera con la de Sila, que este sujetaba con manos algo trémulas. Cátulo, ebrio, volvió a la carga. Mientras Roscio desplegaba sus encantos con él, Sila miraba en silencio en dirección a las dos mujeres, que se reían a carcajadas ante las ocurrencias de Marco Antonio.

«Afranio lo sabía —pensó—. El esclavo de Barro se lo dijo aquella noche, y quiso llevarme consigo a Aquilea para alejarme de la ciudad. Para protegerme…».

XXXVIII

La ambición de Fulcinia

Roma, anno DCXXXVIII ab urbe condita
C. Licinio Geta et Q. Fabio Maximo Eburno consulibus[37]

—Publio Rutilio ha demostrado ser mucho más listo que tú —fustigó Fulcinia a su hijo.

—Ah, ¿eso ha hecho?

Mario, tumbado de costado en el triclinio, no levantó la vista del plato de aceitunas que tan concentradamente espulgaba. Estaba acostumbrado a los comentarios hirientes que su madre reservaba para la hora de cenar. La noticia de que su vecino se presentaría ese año al consulado sin duda había tenido a Fulcinia maquinando todo el día.

—Siendo un *homo novus* casó a su hermana con Marco Aurelio Cota. Y luego, cuando este murió, convenció al hermano para que también la desposase.

—He visto a Rutilia, madre. Lucio Aurelio Cota la habría desposado aunque fuera la viuda de su padre y no de su hermano.

Marco Mario rio. Él también había visto a Rutilia.

—Seguramente Helena de Troya tenía unas tetas muy parecidas —dijo en apoyo de su hermano mayor.

Su madre los fulminó a ambos con la mirada.

—Algunos matrimonios se conciertan con más facilidad que otros

—apostilló Lusia, sentada tras la mesa baja junto a su suegra.

—Sea como fuere, un Rutilio consiguió aliarse por matrimonio con una de las *gentes* más nobles de Roma —dijo Fulcinia—. Eso le permitió ganar la pretura, y es por eso que ahora puede aspirar al consulado…

—Ya sé, ya sé.

Hacer de perrito faldero de los *nobiles* tenía su recompensa. Su madre jamás iba a perdonarle haber desafiado a los Metelos. Por culpa de aquel episodio, había perdido el edilato.

El esclavo atriense cruzó la puerta del *triclinium* para anunciar que el senador Cayo Casio había llegado.

—¿Qué Cayo Casio? —preguntó Mario.

—Cayo Casio de Arpino, *domine*.

—¿Casio Sabacón? No lo he hecho llamar.

—Lo hice yo —dijo Fulcinia—. Que pase.

—¿Por qué?

—Hazlo pasar.

Mario decidió darle el gusto a su progenitora. Con un gesto del mentón, mandó al esclavo de regreso al atrio.

—Rutilio ha seguido la manera convencional de hacer las cosas —dijo Fulcinia—. Puesto que tú mismo te has negado a seguir esa manera, habrá que probar formas menos convencionales.

Era obvio que el Casio que llamaba a la puerta de Mario no podía ser uno de los ilustres Casios Longinos, que tenían suficiente autoridad como para obligar a Mario a acudir a rastras si por ventura tenían algo que discutir.

No.

Cayo Casio «Sabacón» era un paisano de Arpino que también había medrado, aunque no por la vía del servicio militar, sino la del

dinero. Era la única forma en la que un hombre de sus características podía abrirse camino: a golpe de monedero.

Mario no sabía a ciencia cierta cómo se traducía el vocablo griego *sabakos*, pero no cabía duda de que hacía referencia a una deformidad del rostro. «Cefalón», también proveniente del griego, era otro de los apodos de Casio, cuyos ojillos de rata escudriñaban el mundo a la sombra de una frente grotescamente abultada por la hidrocefalia.

Al verlo cruzar el umbral, Mario experimentó algo parecido a la náusea, que se aguzó cuando Sabacón besó el dorso de la mano de su madre, moteado por la edad. Ella misma nunca lo habría ofrecido a los labios de aquel individuo desfigurado, de no ser por la desesperación de ver a su hijo sentado en la silla curul. Lusia, mucho menos cumplidora, mantuvo las manos cruzadas sobre el regazo en todo momento, lo que hizo a Mario sonreírle con aprobación.

—Mi madre dice que traes… ideas para mi próxima campaña, Casio.

—Así es, Cayo Mario —dijo Sabacón al reclinarse junto a él. Parecía, en cierto modo, regodearse ante la visible incomodidad de su anfitrión.

—¿Y crees que estas ideas pueden conseguirme el edilato?

—No el edilato —lo interrumpió Fulcinia—. Has cumplido cuarenta y un años. Te presentarás a pretor.

La extrañeza en los ojos de Mario se encontró con la codicia en los de su madre.

—¿A pretor? ¿Sin el impulso del edilato?

—En realidad es matemáticamente más sencillo ganar una pretura que el edilato —intervino Sabacón con voz atiplada—. Solo hay dos ediles curules por año, cargo que está abierto a patricios o a

plebeyos en años alternos, por lo que no podrías presentarte a edil curul hasta el año que viene. En cambio, se eligen seis pretores todos los años de entre patricios y plebeyos.

La mirada de pupilas negras de Lusia, quieta como una estatua en su asiento, saltaba de su esposo a su suegra desde debajo de un ceño fruncido.

—Muchos pretores nunca han sido ediles —resumió Fulcinia.

—Muchos más cuestores nunca llegan a pretores —replicó su hijo, que lanzó una mirada oblicua hacia Sabacón.

Mario lo estudiaba con cierta curiosidad científica mezclada con repulsión. Todo en Casio era una anomalía, no solo su desproporcionada cabeza. Había llegado a cuestor y se había ganado un escaño tentativo en el Senado, pero los censores jamás lo incluirían en la lista de senadores por derecho del próximo lustro. Un senador deforme era una cosa inaceptable, y si Casio Sabacón había sido elegido cuestor sin duda se debía a alguna clase de fraude.

«Por eso madre lo ha hecho llamar», pensó Mario.

—Serás pretor —le aseguró su repulsivo invitado sospechosamente—. Solo te faltan tres cosas, de las que yo pienso proveerte.

—¿Qué cosas?

Sabacón le respondió enumerándolas con los tres dedos de una mano:

—*Interpretes*, *sequestres* y *divisores*.

—No quiero saber nada de esto —sentenció Lusia cuando Mario cruzó la puerta del dormitorio.

Su esposa se había levantado a mitad de la explicación de Sabacón y había dejado el *triclinium* sin presentar ninguna excusa. Fulcinia la había ignorado como algo inconsecuente, pero él la había

seguido con la mirada.

—No apruebo las malas artes de tu madre —añadió.

—Yo tampoco, pero…

—¿Pero? —inquirió con indignación Lusia, que puso los brazos en jarras.

Mario midió sus palabras.

—Es la pretura de lo que estamos hablando.

—¿Para qué quieres ser pretor? Ya eres senador, y lo seguirás siendo con o sin pretura.

—Un senador de tercera fila —apostilló él con amargura—, ¡incapaz de iniciar legislación, de cambiar las cosas! Por Hércules, ¡en la curia solo cuenta la voz de quienes se han sentado en la silla curul!

Se hizo el silencio entre ambos. Lusia suspiró mientras movía la cabeza de lado a lado.

—Haz lo que creas mejor, esposo.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

Lusia se encogió de hombros.

—La primavera ha empezado, y con ella viene la paridera —recordó—. Iré al campo a atender al ganado.

—Está bien —dijo Mario.

En ningún momento cruzaron la mirada.

XXXIX

El fraude

Roma.
Noviembre del 116 a. C.

Escauro se había familiarizado rápidamente con la jerga de quien amañaba elecciones:

Los *interpretes* eran los agentes que sobornaban a las tribus y centurias.

Los *sequestres*, quienes custodiaban el dinero prometido.

Los *divisores*, quienes lo distribuían si todo iba como esperado.

La práctica había determinado que, mediante esta sencilla partición del trabajo, el fraude pasaba más desapercibido. Además de liberar al candidato de los pormenores de la operación.

Escauro se recolocó el hombro de la toga blanqueada con tiza. A su diestra Marco Cecilio Metelo aguardaba el anuncio del presidente de la asamblea de las centurias con la indolencia de quien sabía que la silla curul le estaba reservada. Más nervioso parecía el rival mejor posicionado de Escauro. Publio Rutilio Rufo no tenía antepasados de renombre, pero estaba muy bien conectado. Era justo la clase de *homo novus* que tenía posibilidades reales de ennoblecer a su familia.

—Una cosa es perder ante un Fabio patricio, otra muy distinta hacerlo contra un advenedizo —le había advertido Opimio a Escauro.

Este puso una mueca al recordarlo. En el fondo tenía suerte de que Opimio hubiese perdido una vez las elecciones y ello lo inclinase a conceder segundas oportunidades. Una segunda oportunidad que Escauro, pasara lo que pasara, no iba a desaprovechar.

Cayo Licinio Geta, presidente de los comicios, anunció que Marco Metelo había alcanzado el voto de la mayoría absoluta de las centurias y era, por tanto, cónsul electo.

«Sin novedad», pensó Escauro.

Él y Rutilio se irguieron instintivamente a la espera de que Geta proclamase al colega de Metelo. Estaban demasiado igualados. Los *diribitores*, contadores del voto, efectuaban recuento de las tablillas extraídas de las cestas donde las centurias iban depositando los sufragios. Al parecer la elección del segundo cónsul estaba muy reñida.

Escauro tragó saliva cuando uno de los funcionarios se aproximó al tribunal y le susurró el nombre del ganador al presidente, que a continuación proclamó con solemnidad:

—Marco Emilio Escauro, hijo de Marco.

Primero se elegían los cónsules, luego los pretores.

Mario se mordía el interior del labio con nerviosismo. Ya habían sido cubiertas cuatro de las seis vacantes. Marco Livio Druso había recibido mayor número de sufragios y en consecuencia sería pretor urbano. Otro *nobilis*, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, había obtenido el segundo puesto.

Mario se mordía el interior del labio con expectación. A su espalda, Geta se disponía a anunciar el nombre del quinto pretor electo.

—Publio Decio Subulón, hijo de Publio.

Solo quedaba una plaza por cubrir. Mario resopló con impaciencia. Vio que su hermano Marco se mordía las uñas entre la multitud. El

plan de su calculadora madre era que Mario lo ayudase a ser elegido cuestor desde la pretura, pero el plan estaba a punto de irse por el sumidero.

La toga blanqueada le pesaba y le picaba todo el cuerpo, aunque no tanto como lo aguijoneaba su conciencia. Tan absorto revolvía su culpa que el anuncio de su nombre por el presidente de la asamblea lo tomó por sorpresa.

—Cayo Mario, hijo de Cayo —proclamó Geta a su espalda.

Mario dio un brinco.

—¿Soy pretor? —preguntó al aire.

—¡Por los pelos! —respondió, socarrón, Geta.

XL

El secreto del Macedónico

Quinto Cecilio Metelo el Macedónico se despertó empapado en sudor. Había soñado que era derrotado en batalla. La peor y más recurrente de sus pesadillas.

Tenía la boca seca. Entre tinieblas, alargó el brazo para tomar un vaso de vino muy aguado, con miel y hierbas, que uno de sus esclavos le había dejado en la mesita de noche. No pudo alcanzarlo, pero, al rozarlo con la punta de los dedos, lo dejó caer del borde y derramó su contenido.

Algo le vino entonces a la memoria mientras escuchaba el líquido gotear ominosamente. Un secreto abominable que había guardado trece años.

A lo largo de su carrera había tenido incontables enemigos, pero solo un rival: Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Cartago. Metelo había aniquilado a Andrisco *Pseudophilippos* en las llanuras costeras de Pidna, pacificado Macedonia entera y contribuido a la caída de Corinto al derrotar a los aqueos en Escarfeya. Por todo ello había ganado el honor de un desfile triunfal junto al *agnomen* de «Macedónico» antes incluso de ser cónsul. Luego de ser elegido para ese cargo, había derrotado a los arévacos y otras tribus de Hispania, había sido nombrado augur y coronado su carrera con el prestigioso cargo de censor.

Con todo, mientras Escipión viviese —Escipión, nieto del Africano,

patricio, *princeps civitatis*—, él nunca sería el primer hombre de Roma. Solo cuando aquel apareció sin vida en circunstancias de lo más sospechosas pudo el Macedónico ocupar su posición.

Esa mañana infausta Metelo se había echado a las calles, desaliñado y sin afeitar, y con la túnica sin ceñir había bajado a toda prisa el *clivus Palatinus*:

—*Quirites!* —había gritado en las inmediaciones del Foro, sobre el que una nube negra se cernía; había más silencio del habitual, que su voz rasgó como un trueno—: ¡Los muros de vuestra ciudad han sido profanados! ¡Han dado muerte a Escipión en su propia cama!

Se dijo que alguien había entrado por la puerta trasera para asfixiarlo con una almohada y que de ello daban fe las marcas de su cuerpo. ¿Cuál de todos sus enemigos había sido? ¿Marco Fulvio? ¿Cayo Carbón? ¿Cayo Graco tal vez? Sí, debían de ser ellos, pues se había oído a los antiguos seguidores de Tiberio Graco, enemistados con Escipión, gritar: «¡Muerte al tirano!» en las asambleas.

—Aquellos que odian nuestro país naturalmente me quieren muerto, pues saben que Roma no puede caer mientras Escipión siga en pie, como tampoco Escipión puede vivir si Roma cae —había proclamado el propio finado poco antes de aparecer sin vida.

«Oh, si supieran…».

El día que lo cremaron, fueron los cuatro hijos del Macedónico, a instancias suyas, quienes llevaron el féretro de Escipión a hombros hasta la pira.

—Nunca volverán a prestar un servicio semejante a un hombre tan excelente —llegó a decir Metelo en el panegírico que pronunció desde la tribuna de los rostros—. ¡Gracias sean dadas a los dioses porque Escipión nació romano y no entre cualquier otro pueblo de la tierra!

¡Cómo lloraban los ciudadanos reunidos para escuchar su sentido

discurso, conscientes de cuán encarnizadamente habían pugnado Metelo y Escipión en vida de este, maravillados de cómo aquel le había perdonado todas sus ofensas a su muerte!

«Oh, si supieran…».

Si supieran que la noche de marras había sido Metelo el Macedónico quien apretó la almohada contra el rostro de Escipión…

Sin más cómplice que el esclavo que se dejó sobornar para dejar abierta la puerta trasera, Metelo se había introducido en la casa de madrugada para llevar a cabo el crimen. Había sido tremendamente arriesgado, pero debía hacerlo él mismo, con sus propias manos. Solo así se ganaría el puesto de primer hombre de Roma.

El anciano con cara de sapo estalló en risas histriónicas al recordarlo, y estas dieron paso a un acceso de tos que no remitía. Su cuerpo convulsionaba, y Metelo sintió cómo le ardían la garganta y los pulmones. Mientras moría, una pregunta le martilleó el interior de la cabeza…

«¿Quién, por Júpiter?».

¿Quién sería ahora el primer hombre de Roma?

XLI

Ambitus

Los cuatro hijos del Macedónico, dos de los cuales habían sido ya cónsules, un tercero era cónsul designado y el cuarto lo sería más pronto que tarde, condujeron el féretro de su padre hasta la pira funeraria.

El Senado en pleno asistía a las exequias de aquel cuyo consejo había gobernado Roma tantos años. Metelo el Dalmático y su hermano Quinto, los sobrinos del finado, ocupaban una posición central. Pegado a ellos como un buitre, Cneo Servilio Cepión parecía estar a punto de relamerse los labios con una lengua gorda, áspera y repulsiva. Al menos así se la imaginaba Escauro, que lo observaba por el rabillo del ojo.

—Tenemos que hablar —dijo al Dalmático.

Este le lanzó una mirada displicente, como si fuera un mendigo que le tirase de la toga para reclamar un óbolo, y no cónsul designado.

—Está bien —repuso el *pontifex maximus* con una mueca de fastidio—. Te espero esta tarde en la *Domus Publica*.

«El Macedónico aún no está frío, y ya se cree el nuevo amo de Roma», pensó Escauro, que no obstante agachó la cabeza calva y se llevó la mano al pecho en un gesto agradecido.

Se dejaba mangonear porque se sabía en apuros. Publio Rutilio Rufo, que había quedado tercero en los comicios, lo había

denunciado ante el tribunal que investigaba la corrupción electoral. No solo se enfrentaba a la pérdida de su consulado, sino también a la pena de destierro.

—¿Qué necesitas de mí, Marco? —preguntó el Dalmático, que se permitía dirigirse a Escauro por el *praenomen*.

Se encontraban en un despacho de la *Domus Publica*, la residencia oficial del *pontifex maximus*, que Metelo había amueblado a su gusto. Al fin y al cabo, iba a vivir allí el resto de su vida.

—No me andaré con rodeos —dijo Escauro—. Tengo un problema con Publio Rutilio.

—Eso he oído.

Escauro se mordía el interior de la mejilla.

—Necesito tu ayuda con eso. Puedes hablar con Lucio Aurelio Cota, su cuñado, para que lo convenza de retirar su acusación.

—¿Por qué iba yo hacer eso?

Escauro se puso muy recto. No había ido a casa del Dalmático sin baza que jugar.

—La vacante que tu tío ha dejado en el Colegio de Augures —mencionó—. Los *optimates* no quieren que la ocupe un Metelo.

—Da igual lo que quieran los *optimates* —se sonrió el *pontifex maximus*—. El único augur *optimas* es Bruto el Galaico. Incluso aunque tú unas tu voto al suyo, que imagino que es con lo que pretendes chantajearme, solo sois dos votos de ocho. Únicamente provocaríais un bloqueo.

—Así es —respondió Escauro.

—Todo bloqueo es temporal —observó el Dalmático—. Y el tiempo juega a mi favor. Tarde o temprano, Bruto llegaría a un acuerdo con mi familia. Como siempre.

—No si antes lo alcanza con los Licinios y los Claudios. Su esposa,

al fin y al cabo, es una Claudia que antes estuvo casada con un Licinio y puede hacer de muñidora. Los Licinios Crasos, por cierto, están deseosos de volver al Colegio de Augures, y los *optimates* no están contentos con la dominación de los Metelos. Piensan que el tablero de juego se ha inclinado demasiado en vuestro favor y hay que reequilibrarlo.

El Dalmático resopló con una mezcla de desdén e indignación.

—¡Un Licinio augur sería tan malo para los *optimates* como para los Metelos! ¡Es un farol, por Júpiter!

—¿Te arriesgarás?

—¡Por supuesto!

Ambos se sostuvieron la mirada por un instante que les supo a eternidad.

—Hay una vía mejor —dijo Escauro al fin—, la que he venido a ofrecerte. Cuando Bruto vote por su cuenta, mi voto será clave. Si lo sigo a él, se producirá el bloqueo. Pero si uno mi voto al de los augures de la facción Metela, vuestro candidato (digamos, tu hermano Quinto) resultará inmediatamente elegido. Lo único que pido a cambio es que hables con Lucio Cota.

El Dalmático entrecerró mucho los ojos, como si pudiera traspasar a Escauro con la mirada.

—Está bien, por Hércules. Hablaré con Cota. Vuelve mañana a esta hora.

—¡Destierro! —había graznado Fulcinia con desesperación al enterarse de la pena por *ambitus*, como si los jueces ya hubieran pronunciado la sentencia contra su hijo, acusado por un delator anónimo.

Mario miraba al infinito sentado tras el escritorio, cruzado de brazos.

—Debí haber supuesto que Lucio Metelo no me dejaría salirme con la mía tan fácilmente —dijo, con la mirada perdida.

—¿Y ahora qué, por Cástor?

—Ahora afrontaremos el juicio sabiendo que soy culpable.

—Solo de intentar compensar la ojeriza de Metelo. ¡Casi no lo consigues, de hecho! Eres prácticamente inocente.

«¡Prácticamente inocente…!». Mario se había sonreído ante la audacia de su madre. Lo siguiente fue llamar a la puerta de su vecino.

—Lo siento de veras, pero no puedo ser tu abogado —le dijo Rutilio con sinceridad—. Me halaga que hayas pensado en mí para defenderte, pero ya sabes que tengo mi propio juicio de *ambitus* entre manos, en el que soy parte acusadora.

—Lo sé.

—Me estoy jugando el consulado, nada más y nada menos —subrayó Rutilio—. Esta mañana, mi cuñado Cota ha intentado disuadirme de seguir adelante, pero Escauro me ha robado las elecciones y pienso demostrarlo.

Mario asintió. El brillo que asomaba a los ojos de su vecino delataba su obsesión.

—Comprendo —dijo, con los hombros caídos—. Pero Publio…, no tengo a nadie más a quien recurrir. Todos los *nobiles* me consideran un indeseable, y sin un abogado de talla no puedo ganar. Tú has sido pretor, y no me cabe duda de que serás cónsul. Y eres más que un vecino…, eres un amigo. Necesito que me defiendas.

Rutilio suspiró.

—De acuerdo, por Pólux. Te defenderé.

Escauro regresó a casa del Dalmático al día siguiente, como habían acordado, y se sentó a la mesa del desayuno junto a Metelo, su

esposa y su única hija, una niña de cinco años sentada en el regazo de una esclava. Sobre el paño rústico que cubría la mesa del desayuno yacía un pan de corteza quebradiza, pedazos de queso de oveja curado con hierbas, dátiles, pasas y un jarrito de miel de color tostado para endulzar. Para beber Metelo ofreció a Escauro una jarra de vino caliente muy especiado para combatir el frío ambiente de aquella mañana novembrina.

—Parece que tu némesis no atiende a razones —le dijo mientras untaba abundante miel en una humeante rebanada de pan.

—Sin duda contemporizaría si se le prometiese el consulado el año que viene —respondió Escauro.

—Es un *homo novus* —le recordó su anfitrión con una mueca desdeñosa.

Escauro entendió lo que quería decir. El consulado había sido para Rutilio un espejismo traicionero que ahora, contra todo pronóstico, acariciaba con la yema de los dedos.

—Todo cuanto Rutilio ve es que tú eres el único obstáculo que se interpone entre el consulado y él. No aceptará un aplazamiento porque ve más seguro apartarte del camino —explicó el *pontifex maximus*—. Es más, esta maniobra nuestra parece haberlo convencido de tu culpabilidad e inducido a perseverar en su propósito. Lo lamento —agregó antes de centrar toda su golosa atención en la rebanada que goteaba miel.

—¿Ya está? ¿Lo lamentas? ¿Y nuestro trato? El augurado de tu hermano Quinto…

—¿Necesitas que te recuerde cuáles fueron tus palabras? —alzó la voz el *pontifex maximus*, que se inclinó sobre la mesa del desayuno —. «Lo único que te pido es que hables con Lucio Cota», dijiste. ¿Acaso no he hablado con él?

—¡Pero…!

El Dalmático dio un golpe sobre la mesa. Su esposa y la esclava dieron un respingo y la niña empezó a llorar del susto.

—¡No hay «pero» que valga! He cumplido mi parte del trato. Ahora tienes dos opciones: votar la candidatura de mi hermano Quinto al augurado, o no hacerlo y señalarte como enemigo de la familia Metela. Y mi veto, a diferencia del de mi tío, no va a expirar en un año. Tú sabrás lo que más te conviene en tu situación. He dicho.

El tribunal estaba presidido por uno de los pretores. Era él quien debía proponer a los integrantes del jurado. La defensa y la acusación tenían el derecho de recusar algunos, pero todos pertenecían en cualquier caso al orden ecuestre, excluidos los senadores, tal y como estipulaba una ley de Cayo Graco.

Decidida la composición del jurado, Escauro abandonó la basílica y se dirigió sin más demora al Quirinal. Allí, en la vieja casa de los Bebios Tánfilos, lo recibió Quinto Cecilio, aparentemente poco impresionado de que el cónsul designado llamase a su puerta.

—Quisiera darte la enhorabuena por tu consulado, pero quizá deba aguardar a que los jueces disipen las feas acusaciones de Publio Rutilio —le dijo el rico publicano.

—Precisamente por eso estoy aquí —respondió Escauro, que ignoró el deje sarcástico en su voz—. La *lex Sempronia iudiciaria* entregó el jurado a los équites. O más bien a vosotros, los publicanos.

—En efecto —asintió Quinto Cecilio, que cruzó las manos tras la espalda en un gesto sereno.

—Fui yo quien convenció a Lucio Opimio de que no tocase esa ley cuando el cuerpo sin cabeza de Graco estaba aún caliente.

—En nombre de los équites de Roma te doy las gracias.

La parsimonia de Cecilio empezaba a alterar a su invitado.

—Podrías sustanciar tu gratitud y la de tus amigos predisponiendo a los jueces a mi favor.

—¿Por qué habría de hacer eso?

«Con Quinto Cecilio todo es un intercambio», se recordó Escauro a sí mismo.

—Cuando por fin me siente en la silla curul, estaré en deuda contigo, con los publicanos y con el orden ecuestre. Pedid lo que queráis.

—Palabras —repuso su anfitrión e hizo un gesto muy expresivo con la mano a la vez que movía los dedos, como si fuesen esas mismas palabras de Escauro siendo transportadas por el viento—. Eres un patricio y tu lealtad es para con los *nobiles* y el orden senatorial. Al menos así es como lo ven los équites. Publio Rutilio, en cambio, es un *homo novus*, de familia ecuestre, uno de los nuestros, y nuestra opción natural al consulado. —Cecilio le dio unas palmadas entre los omóplatos a Escauro mientras lo guiaba hacia la salida—. No puedo hacer mucho por ti, Marco, más que desearte buena suerte…

XLII

El juicio de Mario

Roma.
Diciembre del 116 a. C.

El pregonero llamó al testigo a ocupar la silla frente al tribunal del pretor.

Mario observó cómo el viejo Cayo Herenio, de Arpino, recorría el pasillo central de la basílica. Lo hacía pesadamente, pues estaba gordo y viejo. El comercio de *silphium*, una planta abortiva importada de Cirene, lo había hecho inmensamente rico en aquella Roma devorada por la concupiscencia.

La silla crujió bajo el peso de Herenio. Ante él los jueces del censo ecuestre se sentaban hombro con hombro en unas gradas de madera abarrotadas, con el estrado elevado del pretor a su espalda.

—Cayo Herenio, la acusación te ha convocado hoy para testificar en contra del reo —dijo el pretor desde lo alto.

—¡No puede, por Hércules! —se alzó la voz indignada de Marco Mario al fondo de la sala.

—*Favete linguis!* —llamó al orden el pretor antes de animar a Herenio a hablar.

—Me temo que no puedo hacerlo —corroboró el testigo, con las manos entrelazadas sobre la panza—. La *gens* Herenia ha sido patrona de las *gens* Maria desde hace generaciones. Su difunto

padre subía a la acrópolis de Arpino desde Cereatas, cruzando el Liris, para que yo lo recibiese. Que un patrono testifique contra su cliente es cosa impía, y por tanto pido al tribunal que me dispense de la obligación de declarar en este juicio.

El murmullo del gentío presente en la basílica, que no era poco, inundó la sala. Hasta los jueces, que no debían hablar entre sí, se miraron unos a otros por el rabillo del ojo con cejas enarcadas. ¿Era eso cierto? ¿De veras la acusación había cometido un fallo tan garrafal?

Mientras el pretor llamaba al orden a la sala por segunda vez, Rutilio se inclinó hacia Mario:

—Es una trampa.

Mario asintió. Su orgullo le había llevado a la misma conclusión que a Rutilio su pericia judicial.

Mario escudriñó las facciones socarronas de su acusador, Marco Antonio, quien haría al Dalmático el trabajo sucio. Patrono hereditario de numerosas familias pudientes de Arpino, era ofensivamente joven, aunque ya había cosechado, a sus veintisiete años, fama de ser un fiscal tan implacable como arrogante. Lo de Herenio llevaba su firma.

—¿La defensa tiene algo que objetar? —preguntó el pretor a desgana.

—Sí —respondió Rutilio, que se incorporó de su solio como un resorte.

El murmullo a sus espaldas se incrementó.

—¿El reo niega ser cliente hereditario de Cayo Herenio? —demandó saber el magistrado.

—No niego haber sido su cliente, como mi padre antes que yo —respondió Mario por sí mismo—, pero es bien sabido que todo cliente queda liberado de sus obligaciones para con su patrón

cuando gana la magistratura curul.

—La defensa sostiene que Cayo Mario ha ganado la pretura limpiamente y tiene derecho a ocupar la silla curul —resumió Rutilio —. En consecuencia no puede aceptarse que Cayo Mario sea cliente de Cayo Herenio ni de cualquier otro patrono.

Ahora hasta los mismos jueces cuchicheaban unos con otros, a la par que el público armaba una algarabía considerable.

—*Favete linguis!* —volvió a llamar al orden el pretor—. El tribunal estima que el testimonio de Cayo Herenio es admisible. La acusación puede proceder con el interrogatorio.

—No teníamos elección —musitó Rutilio al tomar asiento junto a Mario mientras Antonio se pavoneaba frente a ellos—. Te habrías autoinculpado.

—Lo sé, y me alegro de que lo hayas visto —respondió este, que le tocó el hombro con la mano.

Herenio testificó haber reconocido al senador Casio Sabacón y a su esclavo recorriendo de arriba abajo las pasarelas de votación, en clara contravención de la *lex Maria de pontibus*. «¡Qué ironía!», pensó Mario desde el banquillo.

—La acusación llama a testificar al senador Cayo Casio, natural de Arpino —solicitó Antonio con mucha gravedad.

La sala volvió a inundarse de bisbiseos. La figura grotesca de Sabacón cruzó la nave de la basílica hacia el asiento frente al tribunal que Herenio había dejado vacío.

—Senador Cayo Casio —comenzó su interrogatorio el fiscal—. ¿Tienes amistad con Cayo Mario?

—No diría amistad. Somos conocidos.

—¿Del Senado? ¿O de antes?

—De Arpino. Los dos somos de allí.

Antonio asintió, meditabundo, con el puño bajo el mentón.

—Cayo Casio de Arpino —dijo—. ¿Es así como evitan confundirte con uno de los nobles Casios Longinos? ¿Con la procedencia aparejada a tu nombre?

—En contextos formales, como es este juicio, sí.

—¿Y en contextos menos formales?

—Tengo uno o dos *cognomina* personales…

—¿Sabacón y Cefalón? —preguntó Antonio, que hizo como que leía sus notas.

—Sí.

—Más que personales, personalísimos —observó el fiscal mordazmente al tiempo que barría al testigo con una mirada despreciativa—. ¿Me equivoco?

Hubo risas entre el público y los jueces, que Sabacón ignoró.

—El testigo está en la obligación de responder a las preguntas —le recordó el pretor.

—Sí, mi figura nunca ha pasado desapercibida —respondió entonces.

—Sin embargo, pasó desapercibida a los electores cuando eligieron a Casio Sabacón cuestor hace cuatro años —dijo Antonio, que le dio la espalda para dirigirse a los jueces—. O eso hemos de creer. Que, en este Estado nuestro, que ha llegado a dominar el *Mare Internum* a través de la excelencia, los votantes han decidido pasar por alto la inaptitud física palmaria de un candidato y reservarle una cuestura a Casio Sabacón de entre los cuarenta o más aspirantes subidos al podio el día de los comicios.

»¿Qué clase de cualidades excepcionales vieron los *quirites* en Casio Sabacón para ignorar su deformidad? ¿Sus antepasados? Hemos dicho que no tiene. ¿Sus proezas militares? Nunca ha hecho el servicio militar, ¿cómo podría hacerlo, si no puede encasquetarse la gálea? —Hubo un nuevo acceso de risa entre los jueces, que

contrastaba con el silencio de odio destilado que envolvía al testigo —. Ah, pero se ha corrido la voz de que Casio Sabacón es excepcionalmente rico. Sus esclavos se encargan de recordárselo a los votantes día y noche, y ¡hete aquí que, reunida la asamblea de las tribus, estas le deparan la ansiada cuestura! Y, con ella, se le abren las puertas de bronce del Senado. Por poco tiempo, sin duda: los censores que se elegirán el año que viene tendrán a bien corregir la insensatez del votante. Pero hasta entonces habremos de soportar que camine con los senadores quien ha expugnado con dinero los muros de la curia y violado la santidad del orden senatorial prevaliéndose de sus riquezas. Así es, ¡yo te acuso, Cayo Casio Sabacón, de haber comprado el voto de las tribus hace cuatro años!

Los asistentes del pretor tuvieron que acallar el alboroto que se formó entre el público antes de que Marco Antonio pudiera continuar:

—Jueces, este es Casio Sabacón —señaló al testigo con la mano extendida—. Nadie se cree que haya ganado la cuestura limpiamente, y su reputación lo precede. Por eso Cayo Herenio, que lo conoce de Arpino, se alarmó al verlo merodear en las pasarelas el día de autos: porque, al igual que el vuelo de buitres en el cielo anuncia la cercanía de algo putrefacto, la presencia de Casio Sabacón en el Campo de Marte delata un fraude electoral. La pregunta es: ¿en favor de quién? Como diría otro Casio mucho más noble: *cui prodest?*

—A nadie —lo interrumpió Sabacón—. Niego todas las acusaciones.

—¡Silencio! —lo calló Antonio—. Era una pregunta retórica. La respuesta es sin duda el único arpinate de entre los candidatos: Cayo Mario.

—¡Es todo circunstancial! —protestó Rutilio, que se puso de nuevo

en pie.

—La defensa ha de esperar a su turno —le recordó el pretor—. ¿La acusación tiene más preguntas para el testigo?

—No, pretor. He terminado.

Marco Antonio tomó asiento con aire de suficiencia; Rutilio le tomó el relevo.

—El joven, jovencísimo fiscal nos ha querido deslumbrar hoy aquí con lo aprendido en sus clases de retórica, que tan frescas tiene —empezó a decir, con los brazos en jarras—. Ha traído un discurso preparado de antemano junto con esos maestros suyos tan doctos y se ha olvidado de lo fundamental: preguntar al testigo. Cayo Casio, Cayo Herenio dice que te vio en las pasarelas de votación el día de autos, ¿es así?

—Lógicamente para votar.

—¿Y el esclavo que dicen que recorría la pasarela contigo?

—Tuve un vahído y lo mandé a buscar agua.

—Fue un día caluroso, ¿no?

—Mucho para ser noviembre.

—Muy soleado, sí. Todos lo recordamos —subrayó Rutilio, y los jueces asintieron—. ¿Vestías toga aquel día?

—Naturalmente.

—La toga puede resultar asfixiante, como bien saben los jueces. Es por tanto verosímil que Cayo Casio tuviera sed, que mandara llamar a un esclavo y que le pidiera agua; que, insolado, permaneciera en la pasarela, y que el esclavo la recorriese varias veces en lo que lleva presentarse ante su amo, ir a por agua y regresar con ella. Jueces, ¿puede que fuesen estos viajes los que quizá excitaron la imaginación de Cayo Herenio?

Los jueces lucían pensativos, pero sus rostros no ocultaban la repulsión que les inspiraba Sabacón, sentado frente a ellos. Marco

Antonio, repantingado en su solio, se cruzó de brazos.

—No tengo más preguntas —concluyó Rutilio.

XLIII

Saturnalia

La primera sesión del juicio no había ido del todo mal. La segunda sesión, al término de la cual los jueces emitirían su veredicto, estaba prevista que tuviera lugar días más tarde, cuando hubieran pasado las fiestas Saturnales, las más señaladas del año.

El eco de instrumentos de percusión y viento resonaba en las estrechas calles adornadas con guirnaldas de acebo y hiedra que los ciudadanos, vestidos con túnicas de colores brillantes y píleos de fieltro, recorrían mientras entonaban canciones de burla y sátira. Todo el mundo se regocijaba, menos Mario.

El reo daba vueltas a todo el proceso mientras esperaba en las vías aledañas al augurículo del Capitolio, donde Quinto Metelo lo había citado en secreto. El benjamín de los Metelos, que acababa de suceder a su tío en el augurado y venía de tomar por primera vez los auspicios, se presentó con la cabeza todavía velada y el *lituus* en la mano. El olor de los sacrificios inmolados en las aras del Capitolio se le había pegado a la toga.

—No puedo garantizar que no me estén siguiendo, así que este encuentro será brevísimo —fue lo primero que dijo a Mario—. Lo siento muchísimo, de veras. Sé que eres un hombre íntegro y que te has ganado esa pretura con sudor y lágrimas, pero mi hermano se ha asegurado de que los jueces votarán para condenarte.

Mario sintió una opresión en la boca del estómago, y un cosquilleo

incómodo, como de ciempiés que trepa por las extremidades. Rutilio le había asegurado que las evidencias de la acusación eran meramente circunstanciales y que lo más probable era un veredicto absolutorio. ¡Qué ingenuo! En el fondo, siempre había sabido que el Dalmático no iba a dejar nada al azar.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Mario, con la lengua atontada.

Quinto le agarró del hombro, como para dar mayor peso a sus palabras:

—Huir. Escapar de Roma antes de la segunda sesión y del veredicto. Si puedes, ve a la costa de Etruria, donde la familia de tu madre te dará cobijo y protección. Si es preciso, podrás embarcar. Lo siento mucho —reiteró, con una expresión de congoja mayor que la de Mario.

Este lució hierático y pensativo todo el camino a casa, ajeno a la algarabía de las Saturnales. Cuál fue su sorpresa al encontrar a sus esclavos descargando los bultos de Lusia a la entrada.

—¡Amor!

Su esposa se lanzó para cubrirle de besos su rostro de mentón hendido, al que asomaba genuino asombro.

—He venido tan aprisa como he podido —le dijo ella mientras él le palpaba el cuerpo, como para cerciorarse de que era real—. ¿Por qué no me has contado lo del juicio?

Lusia formuló aquella pregunta con el tono de reproche propio de una mujer obstinada mientras aún seguía colgada de su cuello.

—No quería angustiarte —respondió Mario, que se había abstenido de mandar correos a su esposa. Lo que daba pie a la siguiente pregunta—: ¿Qué haces aquí?

—Yo la mandé llamar —contestó Fulcinia, que, cruzada de brazos y con una expresión displicente, observaba desde el umbral el reencuentro de los cónyuges—. En un trance como este, todo buen

marido romano debe estar acompañado por su esposa. —Y agregó —: Desgreña tus cabellos y ensaya tus plañidos, querida. Hemos de dar un buen espectáculo a los jueces.

Las tácticas procesales dilatorias de Escauro no habían dado mucho fruto. Un juicio a un cónsul designado no podía posponerse indefinidamente: el veredicto debía pronunciarse en todo caso antes del primero de enero, cuando el reo, ya absuelto, tomaría posesión del cargo, o bien, si era declarado culpable, sería reemplazado por el siguiente candidato más votado (o sea, Publio Rutilio).

Lo máximo que el tribunal le había concedido a la defensa de Escauro era que el juicio se celebrase después que el de Cayo Mario; no gran cosa, pero el reo esperaba sacarle el máximo provecho a aquella circunstancia.

Mario lo miraba con el ceño cejijunto muy fruncido desde el otro lado de la mesa de la taberna. A su alrededor, los plebeyos reían y cantaban con mayor licencia que de costumbre, y gritaban «*Io, Saturnalia!*» en evidente estado de embriaguez. El jaleo ensordecedor era bien recibido, pues impedía a oídos curiosos captar la conversación de ambos senadores. El frío de aquella tarde de diciembre justificaba, por su parte, las capas y los rebozos que ocultaban la identidad de Escauro.

—Me sorprende que te dejes ver en este lugar —dijo Mario, que sujetaba con ambas manos una jarra de cerveza con mucho cuerpo.

Escauro se arrebozó un poco más, presa de un temor instintivo a ser visto, si bien contestó:

—Estos no son la clase de ciudadanos que puedan reconocernos.

Sabían que estaba en lo cierto. Casi nadie en Roma podía reconocer a los cónsules si no era porque estos vestían la toga pretexta, los zapatos patricios, venían acompañados por doce

lictores y los anunciaba un séquito de heraldos, pregoneros y otros servidores públicos para que las masas abrieran paso.

Un grupo de borrachos abrazados empezó a entonar una canción. Otros aporreaban las mesas para jalearlos:

De Jove son los rayos,
de Neptuno, el tridente;
la lanza, de Minerva;
la espada, de Marte potente;
Baco lucha con su tirso,
Apolo dispara la flecha;
lleva Hércules una clava
en la invicta mano derecha.
¿Y a mí? ¡Un gran badajo me cuelga![38]

—Te he citado aquí —dijo Escauro, sin más preámbulos— porque ambos nos encontramos en una situación parecida.

—Te escucho —repuso Mario, que entornó los ojos de manera inquisitiva.

—No me andaré por las ramas. Yo puedo conseguir tu absolución, si tú consigues que yo no tenga que sentarme ante el tribunal.

—¿Cómo? —preguntó Mario—. El Dalmático es el ventrículo tras el jurado y él ya ha dictado sentencia.

—Si se confirma que seré colega de Marco Metelo en el consulado del año próximo, estaremos condenados a entendernos. A su familia no le quedará más remedio que contemporizar conmigo. Yo les daré algo que ellos quieran, y a cambio pediré tu absolución.

—¿Así de fácil?

—*Quid pro quo*. Así funciona esto.

—¿Y qué influencia tengo yo para evitar que te sientes en el banquillo?

—La más poderosa de todas —señaló Escauro—: la amistad.

Mario se cruzó de brazos.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—Publio Rutilio y tú sois buenos amigos, de lo contrario él jamás habría accedido a ser tu abogado a riesgo de enemistarse con los Metelos. A estas alturas ya debe de saber que tu caso está perdido. Dile que la única forma de garantizar tu absolución es que él retire todos los cargos contra mí.

Mario continuaba cruzado de brazos. Negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Se merece ser cónsul.

—Así es, él se merece ser cónsul, y tú y yo, pudrirnos en el exilio.

—¿No te has planteado la posibilidad de que al menos yo sea inocente?

Escauro se inclinó sobre la mesa. La luz tenue del antro proyectaba sombras danzarinas sobre su rostro aquilino.

—En política nadie es inocente, Cayo Mario. Y menos los que venimos de la nada.

—¿Tú también?

Se hizo el silencio entre ambos. La ruidosa algarabía de los tabernarios los envolvió, y la voz especialmente estridente de uno de los borrachos reclamó sin pedir permiso el espacio que antes había ocupado su conversación:

¿Por qué me miráis, oh, putas, de reojo?
Aunque ahora en mis ingles no se yerga,
dadle de vuestro perfumado coño antojo,
y esta que parece leño inútil será verga.

Una mueca cruzó el rostro de Escauro mientras los tabernarios aplaudían como locos. Mario, ni un ápice menos serio, permanecía cruzado de brazos.

—¿Cómo sé que cumplirás tu parte? —inquirió.

—¿Qué otra opción tienes?

Mario resopló. Hundió la mirada en el contenido negro de su jarra y descruzó los brazos para llevársela a los labios.

—Supongo que el mundo no es justo —dijo tras vaciar su contenido de un trago.

—No —le confirmó sin dudarlo Escauro, que recordó unas palabras muy parecidas del Macedónico—. No lo es.

La familia Metela celebró las Saturnales en un ambiente enrarecido y denso, que poco tenía que ver con el humo del incienso que flotaba en el atrio.

Las cenizas del todopoderoso *pater familias* estaban aún calientes, y ninguno de los esclavos, sentados a la mesa, quería parecer demasiado alegre. En el *triclinium*, adornado con guirnaldas que colgaban de las vigas, el silencio incómodo era roto únicamente por el tintineo de la cubertería de bronce y los exabruptos alcohólicos de Metelo el Baleárico.

—¡Vamos, vamos! —jaleó este entre hipidos y eructos, con una corona de hiedra torcida sobre la cabeza—. ¡Reíd, bebed, contad algún chiste! *Io, Saturnalia*, y todo eso.

En una reversión de papeles propia de aquellas fiestas, el primogénito del Macedónico escanciaba con torpeza vino a uno de los esclavos. Este, con la cabeza cubierta por un píleo de fieltro, le sonrió forzadamente mientras se dejaba regar el brazo de vino.

Escauro, al que otra corona vegetal ceñía la cabeza calva, observaba aquel espectáculo patético desde el triclinio que compartía con el Dalmático y su primo Marco Metelo.

—Ahí donde lo veis, es el más devastado por la muerte de nuestro padre —observó este último, cónsul designado—. También es al que

nuestro padre más mimaba. El primogénito.

«Y su mayor fracaso», pensó Escauro.

Cómo el Baleárico, que había sido cónsul*, vir triumphalis* y censor, tenía tan poco capital político, era algo que se le escapaba. «Siempre ha preferido la juerga a la política. Sin duda su primo, no él, es el más preparado para suceder al Macedónico», se dijo mientras miraba de reojo al Dalmático.

El *pontifex maximus* se incorporó en ese momento para pronunciar unas palabras. Los esclavos, sentados promiscuamente en una mesa larga, plantada al efecto en mitad del comedor, volvieron todos la faz hacia él. También el joven Quinto Metelo, que compartía asiento entre la servidumbre. El silencio que inundó el *triclinium* se intercalaba con los eructos del Baleárico, que permaneció de pie con un ánfora bajo el brazo y un cíato en la otra, del que constantemente daba pequeños sorbos.

—Sé que estáis profundamente afectados por la muerte de mi querido tío —les dijo el Dalmático con un deje pesaroso en la voz—, pero os recuerdo que las Saturnales eran su fiesta favorita y que estáis obligados a honrar su memoria cantando, riendo y bebiendo. No penséis que le faltáis al respeto. Todo lo contrario. De hecho, aquel de vosotros que no festeje como se espera en estas fechas será castigado con cinco latigazos. Así que ya sabéis: *Io, Saturnalia!*

—*Io, Saturnalia!* —respondieron todos atropelladamente, al igual que atropelladamente levantaron sus copas para brindar.

—Además, contamos con la presencia de los cónsules designados, mi primo Marco Metelo y nuestro viejo amigo Marco Escauro, que en apenas un *nundinium* tomarán posesión del cargo. ¡Brindo por su consulado!

—¡Por los cónsules! —vociferó el Baleárico, que salpicó a todos de vino al alzar el cíato por encima de la cabeza, antes de ponerse a

cantar:

Por su belleza puede gustar Mercurio,
por su belleza Apolo es de admirar,
también Baco es pintado hermoso,
pero Cupido, el que más.
Yo carezco de hermosa figura, sí,
pero poseo un espléndido vergajo:
lo preferiría a los dioses anteriores,
cualquier chica de coño avispado.[39]

El Dalmático volvió a reclinarse entre su primo y Escauro. El ambiente del *triclinium* se había animado mucho, y los tres hombres pudieron despachar sus asuntos con la seguridad de que nadie los escuchaba.

—Es una sorpresa que Publio Rutilio haya retirado todos los cargos contra ti —observó el Dalmático.

—¿Grata? —preguntó Escauro.

Los dos Metelos se carcajearon impostadamente.

—Ahora toca llevarnos bien —repuso el Dalmático, que dio una agresiva palmada en el hombro a Escauro—. Mi primo y tú debéis llegar a muchos acuerdos, por el bien de Roma y de cada uno de nosotros.

—Sin duda —asintió Escauro—. Por ejemplo, en lo que respecta al reparto de provincias que han sido designadas consulares por el Senado: Italia y Córcega y Cerdeña.

—Me alegra que saques el tema —se apresuró a decir Marco Metelo—, yo quiero la gobernación de Córcega y Cerdeña.

—Y el control de sus minas de oro y plata, no me cabe duda —observó Escauro, que detectó el brillo de la avaricia en los ojos de su inminente colega—. No os voy a mentir, esperaba ser yo quien

recibiera esa gobernación, dada mi experiencia previa en las islas, que sin duda el Senado valorará.

—El Senado no pinta nada aquí. Esto lo resolveremos entre tú y yo.

Escauro hundió la mirada en el contenido de su copa, que hizo oscilar en la mano, haciéndose el interesante.

—Aceptaré que Córcega y Cerdeña te sean confiadas a ti, a cambio de un favor insignificante.

—Ningún favor es insignificante —intervino el *pontifex maximus*—. Nunca para quien lo pide, al menos. Y eso es todo lo que importa.

Escauro no movió un solo músculo de la cara angulosa, pero se reafirmó en su pensamiento de antes: «Parece que el joven Lucio Metelo sí prestaba algo de atención a las lecciones de su tío, después de todo».

—Cayo Mario. Quiero que sea absuelto.

—¿Eso quieres? —inquirió Marco Metelo con escepticismo, justo antes de que su primo lo mandara callar.

—¿Por qué? —preguntó este último.

—No importa el porqué, solo que es eso lo que pido.

—No —sentenció el Dalmático—. Su carrera política termina con este juicio.

—Su carrera política ya ha terminado —arguyó Escauro—. Es un *homo novus* que ha obtenido la última de las preturas, y únicamente tras sobornar al pueblo, como os habéis encargado de hacer saber a toda Roma con este juicio.

—¿Y si dejo que el jurado lo absuelva?

—Igual que sobornó al pueblo se puede vender que ha sobornado a un jurado. Lo que importa no es que sea absuelto, sino que se haya sentado en el banquillo. Ya conocéis el dicho popular: «Ubi fumus, ibi ignis».[40]

—No —insistió el Dalmático, cada vez más irritado.

—En ese caso, no acordaré el reparto de las provincias contigo, Marco. Iremos al Senado y allí las echaremos a suertes.

—¡Ni de broma! Quiero las minas.

—Y yo quiero la absolución de Cayo Mario.

—La tendrás.

—¡No! —protestó de nuevo el Dalmático, cerrado en banda.

—Consiente que el paleto de Arpino sea pretor —dijo su primo—, ¿qué más da?

—Ese paleto de Arpino humilló a la familia.

—Te humilló a ti. Tú no eres la familia. De lo contrario te aseguro que padre no habría dejado que te llevasen a prisión.

Las aletas de la nariz del *pontifex maximus* se ensancharon de la ira.

—Escuchadme un momento, por favor —intervino Escauro, que deseaba desescalar la conversación—. Veamos más allá de Cayo Mario y de unas minas. El Macedónico ha muerto, y eso no es cosa menor. Sois más vulnerables que nunca.

—¿Frente a quién? —preguntó el Dalmático sin darle mucho crédito—. ¿Tus amigos *optimates*? Esos pusilánimes con olor a rancio son como el caniche de una matrona: no muerden, únicamente ladran.

—El peligro no son mis amigos *optimates*, sino las víboras que habéis metido en vuestra casa. Cneo Servilio Cepión es la gran amenaza. Él y su camarilla. Sabes bien que quiere ser el primer hombre de Roma y que su familia suplante a la tuya al frente del Estado. ¿No ves las fichas de *petteia* moverse sobre el tablero?

El Dalmático frunció mucho el ceño:

—¿A qué te refieres?

—Cepión os convenció para dar a Eburno un proconsulado en

Macedonia, que ha sido vuestro feudo desde que el Macedónico la convirtió en provincia. Por vuestra influencia habéis hecho que el Senado le prorrogue su gobernación un año más.

—Eburno informó de movimientos de tribus al norte de la frontera. No era aconsejable cambiar al gobernador —mencionó Marco Metelo, que miraba de reojo a su primo.

—Oh, sí. Muy conveniente. Y mientras Cepión agita en el Senado el espantajo de esas tribus fantasma de Tracia (lo que, por cierto, te deja en muy mal lugar a ti, Dalmático, que estuviste guerreando por la zona), su sobrino Eburno sigue atrincherado en Tesalónica. ¿Qué creéis que está haciendo? Yo os lo diré: está socavando vuestra influencia, usurpándola, ganándose a vuestros clientes… Volverá la provincia entera contra vosotros y la convertirá en un feudo de los Servilios Cepiones, su verdadera familia.

—¡Destruiré a Cepión si se atreven! —estalló el *pontifex maximus*, lo que perturbó a los esclavos sentados más cerca de ellos—. ¡Ese maldito viejo decrépito!

—No puedes destruirlo tan fácilmente como a Mario —le advirtió Escauro—. Es el senador patricio más veterano de la curia y lleva años ejerciendo interinamente de *princeps Senatus*. Los próximos censores lo ratificarán en esa posición, que usará como plataforma para promover a Eburno y a su otro sobrino, el joven y prometedor Quinto Servilio. A menos que…

—¿A menos que qué? —demandó saber el Dalmático.

—Yo tengo un plan para neutralizarlo. —Hizo una pausa, como para asegurarse de que tenía la atención completa de los dos Metelos—. A cambio, claro está, de la absolución de Mario.

—No culpable.

Aquellas habían sido las palabras del pretor al término de la

segunda sesión del juicio contra Cayo Mario.

El veredicto, que resonó entre las paredes de la basílica Sempronia, había pillado por sorpresa a todo el mundo, aunque a nadie tanto como al fiscal. Ese día Marco Antonio había asediado sin piedad a Mario y echado por tierra la defensa de Rutilio, que tenía la cabeza en otro lugar.

—¿Estás bien? —le había preguntado Mario.

—No, no lo estoy —había respondido su vecino con sinceridad—. No solo he perdido el consulado, encima Escauro me ha denunciado a mí por *ambitus*.

Mario parpadeó varias veces. «Escauro, qué hijo de puta vengativo…».

—Muy pocos habrían hecho lo que ha hecho Publio Rutilio —pensó en voz alta en el interior de la litera que los transportaba a él, a Lusia y a Fulcinia camino de casa—. Yo mismo no sé si lo habría hecho.

—¡Por supuesto que no! —espetó su madre—. ¿Quieres que piense que eres idiota? ¡Es el consulado de lo que estamos hablando! Si alguna vez está al alcance de tu mano, tómalo. Sin importar lo que cueste.

Mario la miró como si no entendiera nada, algo que a ella la irritó más si cabe.

—¡Por Cástor! —bufó, indignada, mientras se mecía con el traqueteo de la litera, pegada al hombro de su nuera.

Esta callaba; parecía melancólica. Tal vez los mohines que Fulcinia le había hecho interpretar en la basílica le habían calado el ánimo, pensó Mario. Su esposa era una mujer sin doblez.

Esa noche, en el dormitorio, se reencontraron entre besos largos y profundos que buscaban la reconciliación. No se habían visto desde finales de verano, cuando Mario visitó Cereatas por última vez antes

de la campaña electoral. Entonces se habían acostado, pero solo para cubrir una necesidad recíproca; no se podía decir que hubiesen hecho el amor.

Ahora, en cambio, debían reparar su distanciamiento. Mario, que siempre se había sentido torpe en aquellos menesteres, procedía con una cautela inusual, atento a las respuestas de su esposa. Al principio le costaba descifrar el significado de su agitada respiración, de los estremecimientos de su cuerpo y de las expresiones de su rostro: «¿Le duele? ¿Le gusta? ¿Tal vez le gusta que duela un poco? ¡Qué sé yo!».

Tampoco se le ocurrió preguntarle. Ella le acariciaba el dorso de la espalda cubierta de vello con las manos de dedos finos pero callosos, lo que hizo erizarse la piel de Mario.

—Te amo —dijo este, y enseguida se ruborizó, presa de la vergüenza y el miedo. Nunca hablaban durante el sexo. Haber roto el silencio entre ambos se le antojó un sacrilegio.

—Te amo —respondió ella entre jadeos.

A Mario le gustó el brillo que asomó a los ojos de su esposa. Por fin, con un hondo suspiró, alcanzó el orgasmo.

XLIV

Los censores

Roma, anno DCXXXIX ab urbe condita.
M. Caecilio Metello et M. Aemilio Scauro consulibus[41]

«Por fin cónsul», pensó Escauro al cruzar aquella fría mañana de Año Nuevo el umbral del templo de Júpiter Óptimo Máximo, acompañado por su séquito.

Los pretores, sentados en el semicírculo de sillas sin respaldo al pie de la tarima consular, se incorporaron para recibirlo. Todos menos Publio Decio Subulón.

—Publio Decio —lo llamó por su nombre Escauro, que se detuvo frente a él en seco.

—Marco Escauro —respondió el pretor, a modo de cínico saludo; ni siquiera eso dedicó a Lucio Opimio, que venía con el cónsul.

Si Subulón se hubiera incorporado en ese momento, Escauro lo habría disculpado como despiste inocente. Pero el pretor permaneció sentado de un modo muy ostentoso, como para subrayar la grosería.

—¿No te incorporas al paso del cónsul? —preguntó Opimio, erguido como un áspid.

—¿Es obligatorio? —respondió Subulón con un deje retador en la voz.

Escauro dio un paso hacia él, se inclinó mucho hacia delante y apoyó las manos en los reposabrazos de la silla, de tal manera que

su perfil aquilino quedó a apenas un palmo del rostro del pretor.

—¿Quieres que te obligue?

Subulón tragó saliva, pero le sostuvo la mirada.

«Tendremos que llegar a las manos», pensaba Escauro. Estaba dispuesto a meter en vereda al pretor cuando Marco Metelo cruzó la curia.

—¿Empezamos? —dijo.

Escauro, que reconocía la precedencia de Metelo, asintió. Dio la espalda a Subulón y fue a ocupar el asiento de patas cortas que lo aguardaba en lo alto de la tarima. Hacía más de un siglo desde la última vez que un varón de su familia se sentaba en él, gesto que Escauro ejecutó con mucha parsimonia. Nada que ver con cómo Marco Metelo se dejó caer sin ceremonias en la silla de al lado. Como si no hubiera diferencia entre esta y cualquier otra silla de su casa, como si aquella también le perteneciese.

Procedieron a adjudicarse las provincias consulares. Puesto que ambos habían entrado en la curia ese primer día de su consulado con un acuerdo sobre las provincias, no hizo falta sortearlas: Metelo gobernaría Córcega y Cerdeña, su colega se quedaría en Italia y presidiría la asamblea de las centurias para elegir a los censores.

Al término de la sesión, Escauro pidió a Cneo Domicio Enobarbo tener un aparte.

—¿Qué tal el viaje desde Narbo? —preguntó el cónsul para romper el hielo.

—Sin contratiempos —contestó el ahora senador raso—. Enhorabuena por el consulado. Disfrútalo mientras te dejen.

—Gracias —dijo Escauro con una sonrisa impostada—. Me congratula que hayas podido estar presente en la inauguración. La vía Domicia debe ser una maravilla de la ingeniería.

—Lo es.

Algo en el ademán de Domicio delataba su baja tolerancia a los rodeos. Escauro carraspeó:

—Vuelves a Roma con más popularidad que nunca.

—Vi la oportunidad y no la dejé escapar —respondió Domicio.

Conchabados, el difunto Fabio Máximo y Cayo Licinio Geta lo habían humillado en el Senado, pero el patriarca de los Enobarbos, además de arrogante, era tenaz. La caída de Graco había dejado al populacho sin su ansiada colonia de Cartago, así que él propuso fundar una *Colonia Narbo Martius* en la Galia. El pueblo la aprobó entusiastamente, y Domicio se había pasado los tres últimos años repartiendo tierras entre familias romanas escogidas y comprando así muchas lealtades.

—Tienes la popularidad —reiteró el cónsul, antes de pasar a susurrar—: ¿También la voluntad de usarla? Fabio está muerto, pero… sé cómo puedes vengarte de Geta.

Al oír aquel nombre, el rostro de Domicio se contrajo en una expresión de odio africano.

Escauro había dado en el clavo. Las comisuras de sus labios se combaron hacia arriba en una media sonrisa cómplice, que animaba a Domicio a sincerarse.

—Roma está podrida —declaró el senador—; por doquier abunda la corrupción, y la licencia de las costumbres pide a gritos una purga.

—Hablas como un censor, por Hércules —dijo Escauro con tono aprobatorio.

—Tal vez quiera serlo.

—Lo serás si te presentas, no me cabe duda. Pero una purga como la que sugieres no puede acometerla uno solo de los censores. Necesitarás el concurso de un colega respecto a los nombres concretos que deberán ser purgados. Sé de buena tinta que Metelo

el Dalmático está dispuesto a ser ese colega, si decides presentarte.

Domicio se rascó las patillas pelirrojas.

—Y tú… ¿qué pretendes ganar si nos presentamos?

Al oír aquella pregunta, la media sonrisa de Escauro se convirtió en sonrisa completa.

—La salud de Roma, por supuesto.

Sila y Quinto Roscio habían entablado una estrecha amistad desde que se conocieran en circunstancias tan frívolas un año antes. Era el amor por el teatro lo que más los había unido. Sila incluso se había animado a compartir con Roscio sus farsas, esas que había escrito bajo el techo de Afranio, cuando disponía de buen papel, cálamo y tinta, y que tras la muerte de su amigo había desterrado al fondo de un baúl. Roscio las había leído todas con avidez y no había tenido miedo de señalar errores, ni pudor para ensalzar aciertos.

A veces, mientras sus ojos bizcos se deslizaban sobre las líneas de tinta seca, el actor, en un arrebato genial, se subía a la mesa baja del comedor y recitaba de principio a fin los monólogos y chistes que acababa de leer hacía apenas un instante. En esas ocasiones Sila, gracias al arte de su huésped, se partía de risa en el triclinio, como si aquellas líneas no fueran invención suya.

Sila también prestaba oídos a los interminables chismes que su nuevo amigo le traía. Roscio hablaba por los codos y parecía conocerse los secretos más sórdidos de todo el mundo en Roma: que si aquella matrona aparentemente ejemplar tenía varios amantes, que si aquel senador había seducido a la esposa de un rival político… Sabía las causas secretas de todos los divorcios, qué marido era impotente, qué mujer frígida y cuál muchacha demasiado amable con los esclavos de la familia se había casado a toda prisa ante la incipiente curvatura de su vientre.

En las últimas semanas, no obstante, Sila había notado que la conversación de Roscio giraba casi exclusivamente en torno a Quinto Lutacio Cátulo. Y, aunque su amigo lo negaba, era obvio para Sila que había caído por completo en las redes de su admirador.

Esa mañana Roscio había estallado en llanto antes incluso de traspasar la puerta y se había lanzado a los brazos de Sila como si lo hubieran asaetado por la espalda.

—Me ha dejado —gimoteó.

Llevaba un rato largo deshaciéndose en lágrimas con la cabeza hundida en el regazo de Sila, que le acariciaba los cabellos ondulados de la nuca.

—¿Quién?

—¡Quinto Cátulo! ¿Quién va a ser, por Juno?

—Pero si estaba loco por ti.

—¡Lo está! O eso dice.

—¿Entonces?

Roscio se sorbió los mocos ruidosamente.

—Su suegro, Cneo Domicio, lo ha amenazado con las penas del Tártaro si no se convierte en un marido ejemplar para su hija.

—¿A estas alturas? —preguntó Sila, que refrenó el impulso de reírse.

—Domicio se va a presentar a censor y no está dispuesto a pasarle una a Cátulo, ni antes ni mucho menos después de haber sido elegido.

—¿Tan seguro está de que saldrá elegido?

Roscio se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Se presenta en alianza con Metelo, el *pontifex maximus*. Ganarán y no habrá censores más estrictos.

Sila se quedó pensativo. Se acordó una vez más de su antepasado Rufino, pero también de que los rivales políticos de un censor no

eran los únicos que podían sufrir sus represalias.

¿Qué era lo que le había dicho Afranio una vez…?

«Nada temo más que a un censor que se crea el cargo».

XLV

El ladrón de la noche

Roma.
Verano del 115 a. C.

Un calor propio de la canícula, pesado y húmedo, se aferraba al aire del dormitorio a pesar de lo avanzado de la noche. Mario había notado que su esposa se revolvía en sueños, pero lo había achacado a lo difícil de conciliar el sueño bajo aquella ola de calor. Él mismo se mantenía en un duermevela pegajoso, ni despierto del todo ni dormido en ningún momento.

De repente Lusia se dobló de dolor, como delató el gemido ahogado que dejó escapar.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, sobresaltado.

—Una punzada… —respondió ella, que se había llevado las manos al vientre.

Solo llevaba encinta cuatro meses. «Demasiado pronto para ponerse de parto», se dijo Mario.

Otro gemido lastimero le nació a su esposa en la garganta y pilló a ambos por sorpresa. La forma en la que Lusia se encogió sobre su vientre curvo puso a Mario en guardia. El mismo lugar, rebosante de esperanza, en el que apenas una semana atrás ella había empezado a sentir las mariposas de su bebé, ahora era sede de un dolor que no presagiaba nada bueno.

Lusia giró con dificultad, tratando en vano de encontrar la postura que aliviara su molestia.

—¿Qué te ocurre, por Hércules? ¿Qué sientes? —preguntó Mario con desesperación, que la rodeó con los brazos; la piel de su esposa estaba cubierta de un sudor frío, a pesar del calor bochornoso.

Una nueva punzada de dolor atravesó a Lusia. Otro gemido, más bien grito, escapó de sus labios, que lograron articular una palabra:

—Sangre…

Antes de que ella le diera nombre, un repentino olor metálico había llegado a las fosas nasales de Mario. En mitad de la oscuridad, él palpó las sábanas entre las piernas de su mujer y las encontró húmedas.

Mario llamó a voces a los esclavos, que cruzaron la puerta trayendo lámparas de aceite. La luz anaranjada y titilante reveló la lividez del rostro de Lusia, su frente perlada de sudor, sus ojos anegados de lágrimas contenidas inútilmente y, lo más espantoso, la aterradora mancha roja que empapaba el lecho.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Mario, que enseguida mandó a los esclavos a buscar un médico.

Él mismo saltó de la cama para tomar un paño limpio, o lo que fuese con lo que contener la hemorragia, pero un último chillido ahogado de su mujer le hizo darse la vuelta. La mirada desencajada de Lusia, que se había llevado las dos manos a la boca, apuntaba a una pequeña figura entre las sábanas, con una diminuta cabeza y unos minúsculos brazos y piernas.

Era su hijo, o lo que habría sido su hijo, bañado en sangre, y ellos, como víctimas de un cruel maleficio, eran incapaces de apartar la vista.

Las primeras luces del alba, que se colaban por entre las celosías de

las ventanas, encontraron a Mario sentado al borde de la cama ensangrentada. Su esposa yacía exhausta en otra habitación, tendida en un lecho de sábanas limpias, recuperándose del trance. La figura malograda de su hijo había sido envuelta con respeto y apartada por los esclavos; Fulcinia se había encargado de disponer lo demás.

No era la primera vez que la noche les robaba un hijo. Mario recordó el primer embarazo truncado de Lusia, hacía cinco años, dos meses después de que él, procedente de la Galia, regresase a sus brazos. Aquella vez, el aborto resultante fue poco más que un coágulo de sangre, que acabó consumido por el fuego.

Los médicos que habían consultado entonces, hombres de barba y túnica impecables, habían asegurado, con la confianza de quienes eran ajenos a su dolor, que aquello era común y que a veces incluso reforzaba la fertilidad del útero, como si el cuerpo se purgase para una siembra más fructífera. Les habían aconsejado paciencia, un par de lunas de descanso, y luego intentarlo de nuevo. Pero la tardanza de Lusia en volver a quedarse encinta había supuesto una lenta agonía que se burlaba de los buenos augurios de aquellos médicos.

Y ahora esto.

Mario apretó las mandíbulas. Se incorporó del lecho, salió al pasillo y se asomó a la alcoba en la que su esposa dormía. A pesar de la palidez de su rostro, Lusia era fuerte, y el médico que la había inspeccionado hacía una hora dijo que se recuperaría. Pero…

—Debes plantearte la posibilidad de que Lusia y tú no podáis tener hijos —había dicho su madre con cruel franqueza, antes de que Mario, encolerizado, la mandase a dormir; no quería que Lusia oyera esa acusación de labios de Fulcinia ni de ninguna otra persona.

Ahora que estaba solo con sus pensamientos, empero, se atrevió

a preguntárselo a sí mismo: «¿Y si jamás podremos tener hijos?».

XLVI

Una guerra para Escauro

Quedarse en la ciudad ofrecía al cónsul seguridad personal y la capacidad de ejercer su influencia política, pero limitaba las oportunidades para la grandeza.

Roma entraba en el ecuador de su consulado y lo más sonado de cuanto Escauro había hecho había sido prohibir a los glotones el consumo de lirón, musaraña y marisco en sus banquetes. Pero el pueblo veía en los estrictos censores el espíritu motor de esta ley suntuaria, y al cónsul más como a un ejecutor que un autor.

Escauro había comenzado a preguntarse cuál sería su legado cuando una embajada procedente de Aquilea pidió entrevistarse con él. Al parecer, los bárbaros carnios que vivían enriscados en los Alpes habían puesto el ojo en las fértiles llanuras sobre el *Mare Superum* y estaban enardeciendo a las tribus circundantes. Los celtas tauriscos, que tenían un reino propio al norte de Aquilea, en las montañas, también estaban en pie de guerra. La intervención de un ejército consular antes de que acabase el año podría meterlos en cintura a tiempo y preservar la seguridad de la colonia amenazada.

La codicia hizo brillar los ojos de Escauro, no solo por la oportunidad de ganar inesperados galones militares: todo el mundo sabía que el territorio de los tauriscos estaba preñado de yacimientos de oro de altísima pureza.

El mismo día que la curia lo autorizó a marchar al norte con dos

legiones, Escauro encontró su atrio inundado de senadores avariciosos —inclusive algún excónsul, como Lucio Opimio— que solicitaban acompañarlo en calidad de legados. Cuál fue la sorpresa general cuando les dijo que ya había ofrecido ese puesto a Cneo Servilio Cepión.

Escauro defendió su decisión en el Senado con un panegírico dedicado al viejo Cepión, que todos los presentes, incluido este, escucharon con perplejidad: Cepión era cabeza y faro del Senado, su familia era conocida por su frugalidad y apego por la disciplina, lo que estaba en juego no era poca cosa, etcétera.

—¿Y la verdadera razón? —quiso saber el Dalmático en privado.

Escauro le sonrió.

—Mis razones son mías. Pero… con los dos cónsules y Cepión fuera de Roma, el Senado os seguirá a los censores como líderes naturales. La ciudad estará en vuestras capaces manos. ¿No te basta con eso?

El *pontifex maximus* se mesó una barba invisible.

—Me basta.

Todo estaba atado. Todo menos una cosa.

La víspera de su partida, Escauro se despertó temprano, se aseó, desayunó con mucho apetito y, tras atender a sus clientes en el atrio, marchó al Foro, donde encontró a Publio Decio Subulón sentado en la silla curul, sobre su tribunal.

—Levantadlo —ordenó el cónsul a sus lictores.

Estos, bien aleccionados de antemano, agarraron a Subulón de las axilas y lo levantaron a pulso del asiento entre pataleos y protestas vanas. Escauro tomó entonces la silla de los reposabrazos marfileños, la alzó por encima de su cabeza y la fue a estrellar una y otra vez contra el entablado del tribunal, hasta hacerla añicos bajo la mirada estupefacta del pretor y los ciudadanos que los rodeaban.

—Así aprenderás a levantarte al paso del cónsul —dijo Escauro, que arrojó a sus pies los reposabrazos marfileños con un sonido de madera.

XLVII

La visita de Emilia

El rumor había llamado esa mañana a la puerta de Sila como a la del resto de los vecinos del Palatino. El joven salió de casa trastabillante luego de introducirse a toda prisa entre las costuras de la primera túnica de la que echó mano. A punto estuvo de tropezar y bajar rodando la empinada calzada del *clivus Victoriae*; como una exhalación cruzó el Velabro y en la puerta Carmental se encontró con Roscio, que trató de seguirle el ritmo a través del *Forum Holitorium*.

Ya en el Campo de Marte, se abrieron paso a codazos entre el gentío congregado allí por lo mismo que ellos: para ver con sus propios ojos cómo una legión de operarios desmontaba a hachazo limpio las gradas y la escena del teatro de madera cercano al Pórtico de Metelo.

Ante el estupor general, un pregonero sudoroso —la pegajosa humedad del cercano Tíber era asfixiante incluso a esa hora de la mañana— se subió al podio portátil que sus asistentes dispusieron frente a él y leyó una primera vez para sus adentros las tablillas de cera con sus apuntes. El movimiento parsimonioso de sus labios, que, enmarcados en sudor, pronunciaban en silencio cada palabra escrita, creó mayor expectación entre la multitud. Cuando finalmente habló, el torrente de voz entonado por aquellas cuerdas vocales bien entrenadas logró imponerse al runrún sordo de la plebe tanto como

al ruido clamoroso de los trabajos:

—«Edicto de los censores Lucio Cecilio Metelo, hijo de Lucio, y Cneo Domicio Enobarbo, hijo de Cneo, a todos los ciudadanos y a quienes habitan nuestra urbe: En la vigilia de las costumbres patrias y de la dignidad de la República, hemos observado con creciente inquietud cómo ciertas representaciones escénicas atraen a la juventud y la desvían de sus deberes para con el Estado. Por ello, y para evitar que el ocio corrompa más corazones, hacemos público nuestro juicio a continuación: no aprobamos la celebración de ningún espectáculo escénico a menos de una milla de nuestras sagradas murallas, a excepción del canto tradicional con flauta latina y las llamadas farsas atelanas, ni aprobamos que un ciudadano romano o de nombre latino se preste a la deshonra de ser actor, salvo en las representaciones exceptuadas más arriba, para lo cual será necesario que obtenga nuestro permiso expreso. Si hubiera quienes actuaran contra lo escrito más arriba, a nuestro juicio y sanción se somete. Dado en Roma, en el año del consulado de Marco Cecilio Metelo y Marco Emilio Escauro».

Mientras el pregonero hablaba, la muchedumbre volvió el rostro hacia el cercano templo de las Ninfas, donde se guardaban todos los registros de los censores. Allí, al final de la escalinata que ascendía hasta el pórtico, Domicio y Metelo contemplaban su obra.

—Con los cónsules de campaña, los censores dominan la ciudad —observó Roscio.

Sila y él habían tomado asiento al borde de los muelles, sobrevolados por escandalosas gaviotas. Con las piernas colgando sobre las aguas turbias, los ojos grises de Sila miraban más allá de la isla de Esculapio, que partía en dos la corriente del río.

—Alguien habrá en el Senado que tenga algo que objetar —dijo.

Roscio movió la cabeza de lado a lado con resignación.

—Los censores pueden expulsar del Senado a cualquiera de sus miembros y ya se ha corrido la voz de que Metelo y Domicio preparan una lista negra de senadores a los que van a fulminar. Nadie se atreve a chistarles.

—¿Y entonces? ¿Qué vamos a hacer?

—Yo, pedir permiso para actuar, supongo. Con un poco de suerte podré interpretar tus farsas, cuando decidas publicarlas…

—Me halagas, pero ambos sabemos que has nacido para interpretar a Plauto, no a Sila.

Roscio suspiró; una sonrisa triste le cruzó el rostro.

Estuvieron allí sentados un rato más, arrullados por las gaviotas, hasta que el sol se tornó abrasador y decidieron despedirse.

—¡Por cierto! Este mes tengo que viajar a Lanuvio para la boda de mi hermana —dijo Roscio—. Estás más que invitado, si quieres venir.

Sila le sonrió.

—Será un placer.

Los dos amigos se despidieron en la puerta Carmental. Sila volvió a subir el *clivus Victoriae* dispuesto a seguir durmiendo el resto de la mañana, pero sus planes se torcieron cuando, próximo a casa, reparó en una figura femenina que rondaba su porche.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó.

—Claro que puedes —le dijo la joven de bucles castaños con una sonrisa acarminada.

El rostro de Sila se volvió más pálido aún de lo acostumbrado al reconocer a la joven cuyos hombros cubría un chal de lino.

—Emilia —pronunció su nombre con un hilo de voz. La joven, divertida, hizo una genuflexión. Él tragó saliva—. ¿Qué haces aquí?

—Por Cástor, ¿no es evidente? Me he cansado de que mis mensajeros me devuelvan tus excusas o las de tu esclavo. ¡No puedes estar siempre indispuesto o de viaje! —Ella rio, consciente

de la incomodidad de él—. Ahora invítame a pasar, por favor.

Sila obedeció; le abrió la puerta de su casa, y ella se adentró en el vestíbulo con paso decisivo.

—Me gusta cómo has dispuesto el mobiliario, aunque hay un poco de polvo en el ambiente —dijo Emilia, cuyos ojos perfilados de estibina repasaron con mirada rapaz la estancia—. Vas a tener que disciplinar a tus esclavos.

—Epicado es mi único esclavo —dijo, señalando al atriense, que les dio la bienvenida—. Una liberta limpia la casa cada dos *nundinia.*

—Ya veo. Por eso los esclavos son mejores: se les puede castigar físicamente.

La joven se plantó en mitad del atrio espacioso y se descubrió los hombros. Vestía una túnica sin mangas que le cubría hasta los tobillos, pero que apenas velaba las curvas propias de su femineidad. Sila apartó la vista como si quemase, lo que a ella empezó a contrariarla más que divertirla.

—Epicado, retírate.

La orden fue expeditiva, y el esclavo ilirio los dejó solos en el acto.

—Supongo que ya sabes quién soy —dijo Emilia.

Sila asintió mecánicamente.

—Emilia Lépida, la hija del cónsul Marco Emilio Lépido Porcina. El que fuera dueño de esta casa.

—Sí, aquí me crie… antes de que mi padre me entregase a las vestales.

—¿A qué has venido, por Hércules? —demandó saber su anfitrión.

Emilia rio con picardía.

—Te contestaré en verso:

Aún no he festejado, padre Zeus, el banquete de mis bodas.[42]

Sila se quedó petrificado; notó el sudor resbalarle por las sienes y

las náuseas estrangularle la boca del estómago.

—Lo confieso —prosiguió la joven, que se acarició sugerentemente con la yema de los dedos el escote, bien ceñido por el reborde dorado de su túnica traslúcida—: desde aquella noche en casa de Barro, eres una espina clavada en mi costado. Tras reencontrarnos la molestia no ha dejado de crecer, y ahora es ya suplicio, sobre todo porque me has estado evitando durante meses… Por eso vengo a ti, ¿no quieres terminar ahora lo que dejamos empezado?

Emilia cruzó los brazos tras la espalda de tal manera que nada pudiera distraer a Sila de la visión de sus senos, pequeños pero firmes, y dio un paso hacia él contoneándose. Al joven patricio se le erizó hasta el último pelo rubio del cuerpo y retrocedió instintivamente. Ante la expresión contrariada de ella, dejó que fuese otro poeta griego el que lo excusara:

> *Florece el cardo dorado. Ahora son más lascivas las mujeres, pero débiles los hombres, pues Sirio les agosta la cabeza y les reseca las rodillas.*[43]

Emilia se carcajeó ante su ocurrencia, pero la risotada no hizo sino subrayar su decepción.

—¿Qué es esto, un certamen?

—Tú has empezado.

Emilio enarcó una ceja.

—Está bien —dijo, dispuesta a tomárselo como un juego—. Puesto que citas a Alceo, conocerás estos versos también:

> *Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora importa*
> *gozar de todo aquello que un dios pueda ofrecernos.*[44]

La joven se apretó contra su cuerpo y se puso de puntillas, de

manera que Sila pudiera oler sus labios perfumados con nardo y mirra. Con una mano le acarició la espalda —lo que le provocó incómodos escalofríos—, mientras con la otra le sobaba la entrepierna por encima de la túnica.

Sila dio un respingo. Otros dos versos escaparon de sus labios trémulos:

Si vas a decir lo que quieres, también vas a oír
lo que no quieres.[45]

Emilia se separó de él y puso los brazos en jarras. Se había cansado de aquel tira y afloja en griego y un rubor colérico empezaba a asomársele al rostro redondo.

—Habla claro, pues.

—No quiero condenarme, por Hércules.

—¡Ja! —se volvió a carcajear ella de forma impostada—. ¿Te crees que lo que hicimos en casa de Barro no ameritaría por sí solo una condena?

—¡Desconocía que fueses una vestal!

—¡Lo mismo da, por Júpiter! —La joven picó el suelo con el talón y cruzó los brazos sobre el pecho.

Sila la vio morderse el interior de la mejilla; sentía pánico de lo que aquella lamia, a la que sacaba dos cabezas de altura, pudiera estar tramando.

—Puesto que todo tu cuerpo está rígido menos la parte que me importa —dijo ella al tiempo que lanzaba una mirada desdeñosa a su entrepierna—, te dejaré ahora para que te mentalices bien de esto: tu destino y el mío están unidos desde el momento en el que besaste mis labios y te restregaste contra mí como un animal en celo. No puedes denunciarme sin condenarte a ti mismo, ¿me oyes?, así que estamos obligados a entendernos. Te aconsejo, pues, que te

esfuerces en ser el mejor de mis amigos y te garantizo que no te arrepentirás. Pero si me vuelves a rechazar la próxima vez que te requiera…, bueno, que sepas que no me faltan medios para hacerte la vida imposible. ¿Has comprendido?

Sila movió la cabeza de arriba abajo muy lentamente.

—He comprendido —musitó.

XLVIII

La promesa de Roscio

Sila hizo el equipaje dispuesto a marchar al campo con Roscio. Deseaba alejarse lo máximo posible de la ciudad; únicamente lamentaba que Lanuvio, a veinte millas, no estuviera más lejos de Roma.

Su amigo lo esperaba con un medio de transporte y cocheros en las inmediaciones del Circo Máximo; un esclavo aseguró el equipaje tras la caja del carro tirado por bueyes. A Sila no dejó de sorprenderle la cantidad de bultos de su amigo.

—¿Todo este equipaje para unos días?

Roscio se encogió de hombros.

—¿Hace mucho que no vas al campo? —le preguntó a Sila cuando ambos empezaron a mecerse hombro con hombro dentro de la cabina.

—Desde antes de recibir la *toga virilis* —contestó su amigo, que, asomado a la ventanilla, observaba el rastrillo de la puerta Capena, bajo la que pasaban en esos momentos.

La familia de Sila aún conservaba algunas haciendas en las que él recordaba haber vivido un tiempo siendo niño. De aquella época conservaba un recuerdo muy nítido de cómo su padre lo aupaba para subirlo a un potro de madera, sus primerísimas lecciones de equitación.

—Yo intento evitarlo todo lo que puedo —confesó Roscio—. El

tiempo en el campo pasa mucho más despacio que en la ciudad. Comprobarás que la vida en mi aldea está atrasada unos cien años respecto a Roma.

—¡Ya será menos!

Luego de una breve parada para aliviar la vejiga en la encrucijada de *Tres Tabernae,* el carro siguió traqueteando a lo largo de la vía Apia hasta internarse en las colinas Albanas. La aldea de Roscio se llamaba Solonium. Allí, por lo visto, su familia tenía tierras y mucho predicamento, y se codeaban con el resto de los magnates de Lanuvio: los Papios Celsos, los Torios Balbos, los Procilios y los Metios. Estos eran nombres que no resonaban en los oídos de Sila, pues no formaban parte de la élite romana; sin embargo, en su municipio estas familias acaparaban dictaduras y flaminatos desde hacía generaciones.

Roscia, la hermana de Roscio, contraía matrimonio con Publio Quincio, segundo hijo de un terrateniente; ambos tenían dieciocho años. La boda fue tan rústica como cabía imaginar. Tras el sacrificio de un cerdo a Juno Sospita, los invitados ocuparon las mesas dispuestas en el prado para celebrar el banquete nupcial a la sombra de encinas e higueras. Les sirvieron carne asada bañada en abundante salsa para untar con pan de trigo y espelta, salchichas y morcillas humeantes, toda variedad de quesos espolvoreados con hierbas aromáticas, grandes cuencos rebosantes de higos maduros y pulposos y pasteles de miel… El vino fluía en vasijas de barro, diluido para que durase el largo banquete, y el clamor de las cigarras ocultas en el oscuro follaje era agradablemente ensordecedor.

Al atardecer, cuando hubo oscurecido, los invitados encendieron antorchas y acompañaron a Roscia con toda la pompa a casa del flamante marido.

—Virginidad, virginidad, ¿adónde vas que me abandonas? —

inquirió al aire la novia cuando este la cogió en brazos para cruzar el umbral.

—*No volveré jamás, no volveré*[46] —dio la respuesta su hermano. Y, para dar su toque a la despedida, continuó recitando:

Novio afortunado, te has casado
justo como pedías a los dioses
y tienes a la novia que querías.
Eres hermoso y tienes ojos dulces,
y el amor se vierte por tu rostro deseado.
Afrodita te ha hecho un gran honor.[47]

Quincio se adentró en la casa con su esposa en brazos, y los invitados los siguieron hasta el tálamo. Este estaba dispuesto en el corazón de la edificación, más un altar que una cama, cubierto por flores y hierbas olorosas y una colcha bordada con símbolos de fertilidad, promesa de futuros hijos. Ahí se despidieron de los invitados hasta el día siguiente.

—Durante el banquete estuve sentado al lado de un tal Nevio, el marido de una prima del novio —comentó Sila a su amigo de regreso a su casa para pasar la noche—. No había forma de que se callase. No paraba de hablarme de magníficas oportunidades de inversión en la *Colonia Narbo Martius*.

—Para esta gente, *nobilis* es sinónimo de rico, y la voz de que yo venía con un Cornelio patricio se corrió muy rápido —explicó, divertido, Roscio, que se había repantingado junto a él en un diván.

—Bueno, eso explica por qué durante el banquete todo el mundo me miraba como si fuese Argos y tuviera cien ojos.

Ambos rieron, aunque Sila volvió a percibir la inquietud de su amigo.

—No regresaré a Roma —confesó este atropelladamente; el alcohol le había dado el valor para sincerarse—. Por eso traje tanto equipaje. Hablé con el director de mi compañía antes de dejar la ciudad. Me dijo que nos irá mejor en Campania.

—¿En Campania?

Roscio asintió.

—Putéolos, Cumas, Neápolis, Pompeya… Son medio griegos allí, y, a diferencia de en Roma, sus magistrados valoran mucho el teatro.

—Afranio me habló de los teatros de Campania… Son de piedra, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Pétreos, firmes y enormes. Como a mí me gustan.

El actor se mordió el labio inferior provocativamente, y Sila dejó escapar una carcajada.

—No me queda otra más que ir a donde vaya la profesión —prosiguió Roscio tras coger aire—, pero odio dejar Roma, sobre todo ahora que te he conocido. Me sentía muy solo antes de conocerte, ¿sabes?

—¡Anda ya! —se burló Sila, que sabía de buena tinta lo bien conectado que estaba su amigo—: Si no conoces a más de mil personas en Roma, no conoces a nadie. ¿Y todos los moscardones que beben los vientos por ti?

—Sí, moscardones, tú lo has dicho. Me ven más como un tarro de miel abierto que como a una persona. Hago como que no me importa, incluso como que lo disfruto, pero… —Hizo una pausa—. Aquí en Lanuvio yo era un niño raro que prefería leer poesía bajo los árboles antes que correr por el campo. Y en Roma resulta que solo soy otra cara bonita de las muchas que amenizan las veladas de la élite con recitales de Safo. Y ni siquiera tan bonita, porque soy bizco —apostilló con voz trémula.

—¡No seas tonto! —protestó Sila, al que le soliviantaba que su

amigo se hiciese de menos. Su estrabismo era un defecto insignificante en un rostro bellísimo, incluso estaba dotado de encanto, como el de un pequeño lunar en mitad de una faz muy pálida.

Roscio hizo una pausa; se estaba emocionando.

—Lo que pretendo decir es que… nunca había tenido un amigo de verdad, Lucio.

Sila, que también se emocionó al oír aquello, tomó las manos de Roscio entre las suyas.

—Siempre seremos amigos, Quinto Roscio, te lo prometo.

—¿De veras? —inquirió el otro, que tuvo que sorberse los mocos; sus ojos bizcos relucían con la humedad de sus lágrimas.

—¡Claro que sí! Pero tú prométeme que me escribirás a menudo y que, cuando te asientes en Campania, me invitarás para que vaya a visitarte.

A Roscio se le iluminó el agraciado rostro de efebo.

—Te lo prometo —dijo, y se arrojó en brazos de Sila, que lo apretó contra el pecho.

Al separarse, Roscio se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Te voy a enseñar algo —dijo.

El joven actor se levantó y tiró del brazo de Sila. Luego le hizo señas para que lo acompañase a la planta de arriba.

Sila se dejó guiar hasta lo que parecía un cuarto trastero. Allí su amigo le enseñó la cuna de su infancia.

—Cuando era un bebé, mi nodriza me encontró un día durmiendo con una culebra enroscada al cuerpo, un presagio muy auspicioso.

—¡Tan auspicioso que me cuesta creerlo! —exclamó Sila—. ¿Es cierto, por Júpiter?

Roscio y su encantador estrabismo le sonrieron con picardía.

—No lo pondrás en duda cuando me convierta en el actor más aclamado de Italia —dijo, fanfarrón, y agregó—: Tú puedes ser el autor de farsas más aclamado, si quieres.

Sila le devolvió la sonrisa, pero a medias.

—Me has hecho recordar una anécdota de mi niñez que tenía olvidada…

—¿Cuál? —preguntó Roscio con interés.

—Poco después de nacer mi hermana melliza y yo, una mujer misteriosa se apareció mientras mi nodriza me daba el pecho y dijo algo.

—¿El qué, por Juno?

Sila hizo algo de memoria; quería asegurarse de que las palabras fuesen las correctas.

—«Salud, niño, feliz para ti mismo y para tu patria». Luego la mujer se desvaneció. No hubo forma de encontrarla ni de averiguar su identidad.

Al oír aquello, Roscio enarcó una ceja muchísimo.

—¿Te lo has inventado?

Sila negó con la cabeza; sus cabellos rubios se movieron con la inercia.

—Mi padre solía contármelo de niño, antes de convertirme en una decepción para él. Tenía absurdas esperanzas de que yo podría llegar al menos a pretor, como su padre y el padre de su padre, etcétera. Volver a sentar a los Cornelios Sila en la silla curul…

—¿Y por qué no? Si alguien tiene derecho a sentarse en una silla curul, eres tú.

Sila hizo un gesto con la mano, como si desdeñase esa posibilidad.

—No todo es el linaje. Además, no entra dentro de mis planes.

—¿No te gustaría ser pretor? A mí me gustaría que lo fueses. ¡O cónsul! ¡Y luego censor! Seguro que tratarías mucho mejor a los

actores que los estirados de ahora.

Sila se sonrió ante la ocurrencia. Luego se cruzó de brazos.

—Admito que de niño era casi una obsesión que mi padre me había instilado. Pero los censores me quitaron el caballo estatal y me degradaron a *proletarius*. No lo veo posible.

Roscio se mesó en silencio una barba inexistente.

—Hagamos una cosa —dijo—: yo me comprometo a convertirme en el mejor actor de Italia, y tú a llegar, ¡como mínimo!, a pretor. ¿Te parece?

Roscio le tendió la mano, dispuesto a sellar el trato. Sila, aún con los brazos cruzados, pareció pensárselo, como si le asustase aceptarle a su amigo aquel apretón de manos.

—Está bien. —Le estrechó la mano con firmeza.

XLIX

La letal ambición de Escauro

Galia Cisalpina.
Septiembre del 115 a. C.

Tres semanas habían bastado para someter a los bárbaros. Tres semanas para provocar una masacre que fertilizase con los despojos de los carnios las llanuras al norte de Aquilea. Tres semanas para expulsar a los tauriscos de sus montañas preñadas de oro y apropiárselas.

El cónsul dio orden de levantar el campamento instalado en el valle. Los bagajes estaban cargados ya en carros tirados por acémilas y los legionarios esperaban en formación la orden de marchar.

Escauro y Cepión, ataviados con la coraza musculada, faldellín de *pteruges* y botas de campaña, inspeccionaban un manzano silvestre que, al instalar el campamento tres semanas atrás en las abruptas colinas, había quedado del lado interior de la empalizada. Un centurión hacía un recuento minucioso de las manzanas que colgaban de sus ramas, sin olvidar las que habían podido caer al suelo.

—Doscientas veinticuatro manzanas en total, cónsul —notificó al terminar.

—Las mismas que cuando llegamos —observó Escauro.

En tres semanas nadie había arrancado un solo fruto de las ramas del manzano.

—Has ganado la apuesta, Marco —le dijo el viejo Cepión a su lado —. Tus hombres han demostrado una disciplina intachable.

«Por supuesto —se dijo Escauro—. Los latigazos, las mutilaciones y los castigos físicos en general tienen ese efecto cuando un comandante no teme recurrir a ellos».

Esa noche, en el *praetorium* de la colonia romana de Aquilea, ambos hombres compartieron un buen vino en copas de exuberante orfebrería.

—Tengo entendido que cien de estas no valen lo que una sola semana de oro extraído de las minas de los tauriscos —señaló Cepión, que, sentado frente al escritorio del cónsul, se detuvo a apreciar la artesanía del vaso antes de llevarse el borde dorado a los labios y dar un sorbo ruidoso.

—Lo comprobaremos muy pronto —dijo Escauro, que hizo oscilar su propia copa en la mano—. Tengo intención de empezar a explotar los yacimientos el año que viene, tan pronto como se derrita la nieve.

—Te harás mucho más rico de lo que ya eres —señaló Cepión—. Espero que no te olvides de mí, tu legado…

—Oh, tendrás lo que te mereces por tu impecable servicio, te lo garantizo.

Cepión mostró sus dientes amarillos tras una sonrisa avariciosa. Luego levantó la copa y volvió a llevársela a los labios. Desde detrás del escritorio que los separaba, Escauro observó en silencio cómo la nuez del viejo subía y bajaba repulsivamente a medida que su garganta tragaba cual cañería el líquido carmesí. Un hilillo rojo se deslizó por la comisura de sus arrugados labios, que Cepión se

limpió con el dorso de la mano, moteado por la edad.

—Un vino excelente. Algo picante.

—Lo es —concordó Escauro, si bien apenas se había humedecido los labios con él.

—Debo decir que me sorprendió no menos que al resto del Senado que me escogieras a mí para ser tu legado. Hemos tenido nuestras diferencias…

—Bueno, bueno, ya sabes lo que dice el poeta, ¿no?

—¿El qué?

Escauro se aclaró la garganta antes de recitar:

Adula bien a tu enemigo. Y cuando esté a tu alcance,
dale su castigo sin darte para eso pretexto ninguno.[48]

Cepión frunció el ceño de cejas canosas.

—¿Qué…?

De pronto sintió un calambre muy intenso en el estómago. Seguido por otros que lo hicieron llevarse una mano al torso musculado de la armadura coriácea. Escauro permaneció impertérrito, como si aquello no lo tomase por sorpresa. Cepión, que todavía sujetaba su copa con la otra mano, echó un vistazo al interior vacío, donde no quedaban más que los posos oscuros, casi sanguinolentos, del vino que el cónsul le había servido.

—No… —musitó.

Escauro dejó muy lentamente su copa —llena hasta el borde— sobre la mesa. El cónsul entrecruzó los dedos de las manos sobre el vientre acorazado mientras contemplaba en silencio cómo nuevas punzadas de dolor atravesaban las entrañas de Cepión.

—¡Maldito! —le espetó este, quien, medio asfixiado, se llevaba las manos al cuello de la coraza y trataba de coger más aire—. ¡Cobarde!

El anciano se irguió como pudo y, con un torpe movimiento de su brazo enjuto, desenfundó el gladio que llevaba al cinto. Pero, antes de que pudiera levantarlo amenazadoramente contra su envenenador, gritó de dolor y cayó de espaldas.

Escauro no hizo ni el amago de incorporarse. Todo lo contrario: se apoltronó todavía más en el asiento y, tras cerrar los ojos y lanzar un hondo suspiro, dejó que lo arrullasen los gorjeos agónicos de Cneo Servilio Cepión.

L

La promesa de Mario

Roma.
Septiembre del 115 a. C.

Lusia trabajaba en el telar como un autómata, con la línea de los labios muy recta y una mirada de párpados entornados. El murmullo de los esclavos en el atrio, el ruido proveniente de la cocina y el trajín que se colaba por la ventana procedente de la calle le llegaban a sus oídos como un eco distante.

Su vientre, cuya creciente curvatura había sido reflejo durante meses de la vida que maduraba en su interior, volvía a ser plano. Habían pasado ya dos lunas llenas desde el incidente, y su periodo había vuelto con ellas regularmente. En definitiva, no había sufrido secuelas físicas del lacerante aborto, y tal vez eso era lo que más le dolía: la perfecta indiferencia de su cuerpo.

Echaba de menos sentirse grávida con el peso de su hijo. El vacío que su pérdida había dejado era la peor de las cargas. También la atormentaba lo que Mario callaba. Su marido no era un hombre precisamente locuaz, pero ella había aprendido a leer la forma en la que la miraba. Y, si antes sus ojos rebosaban de la emoción y el amor que no sabía expresar con palabras, estos se habían vuelto sendos pozos de atroz silencio.

—*Domina* —le interrumpió el esclavo atriense—, un niño pregunta por tu esposo.

—¿Un niño…?

Lusia acompañó al esclavo de regreso al atrio. Allí, su suegra, que se le había adelantado, trataba de ahuyentar con malos modos a un niño vestido con una túnica de retazos mal cosidos:

—¡Vete, pordiosero, y no vuelvas más por aquí, o mandaré a mis esclavos que te den una buena tunda!

—¡Fulcinia! —protestó Lusia—. ¿Cómo le dices eso a un niño? ¿No tienes corazón?

—¡Alma de cántaro! ¿Quieres que se nos llene el atrio de huérfanos?

—Lo que quiero es que salgas de aquí inmediatamente.

Tanto su suegra como el atriense miraron a Lusia con ojos desorbitados.

—¿Cómo dices? —preguntó Fulcinia para darle ocasión de retractarse. Ella, sin embargo, no vaciló; se sentía dispuesta a todo por defender a aquel niño.

—¿Estás sorda? —le dijo—. ¡Vete!

La edad encorvaba a su suegra, pero en ese momento esta se irguió como un áspid. Por un instante pareció que fuese a morder a Lusia, plantada frente a ella, pero, ante la impavidez de esta, se desinfló y optó por batirse en retirada.

—¿Qué sucede? —preguntó Lusia al niño; se había puesto de cuclillas frente a él y apoyado con delicadeza las manos en sus hombros.

—Mi nombre es Cayo Trebonio —dijo este tras enjugarse las lágrimas—. Mi padre me ha mandado a buscar a Cayo Mario. Debe venir a nuestra casa urgentemente.

El pequeño Trebonio pronunciaba las palabras de manera correcta y con una determinación poco infantil. No debía tener menos de diez años, pensó Lusia; sin embargo, el tamaño de su cabeza —

exacerbado por la escualidez de su cuerpo— y su corta estatura —señal de deficiente alimentación— lo hacían parecer más niño de lo que en realidad era.

—¿Por qué, Trebonio? —inquirió ella—. ¿Qué le pasa a tu padre?

—Se muere.

La sorpresa de Mario, pretor, al ver a su esposa irrumpir en su tribunal cogida de la mano de un niño harapiento fue mayúscula. Informado por el pequeño Trebonio de lo que sucedía, no dudó en acompañarlo a casa.

Hacía semanas que el padre no llamaba a su puerta, cosa que a Mario le había extrañado mucho. «Debí haberlo investigado; ahora jamás me lo perdonaré», pensó mientras el niño le tiraba de la mano.

Escoltados en todo momento por dos lictores, el pretor y su pequeño guía abandonaron el Foro y recorrieron las sórdidas callejuelas de la Subura hasta el portal de un bloque de pisos de fachada renegrida. Mario hizo esperar a los lictores abajo mientras subía con el niño las escaleras de madera, que crujieron bajo el peso de ambos hasta llegar al ático. Allí, en un apartamento diminuto, encontró a un Trebonio desfigurado por la enfermedad, tendido en un jergón piojoso.

—Cayo Mario…, has venido —dijo, con un hilo de voz apenas.

Las fiebres estivales se habían cebado con él. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, los labios resecos y pálidos, la frente empapada en sudor frío…

«Está a punto de expirar».

El pretor le cogió de la mano.

—Por supuesto que he venido.

Mario echó un rápido vistazo a su alrededor. Reparó en la cota de

malla, el gladio y la rodela que colgaban de la pared; lo único que Trebonio se resistía a empeñar, a juzgar por lo desangelado del antro. Su hijo se arrodilló ante el jergón junto a Mario y, con las manos cruzadas, balbuceó una plegaria, la misma, supuso el pretor, a la que había oído a su padre recurrir cuando era él el que guardaba cama:

—*O Febris diva, Febris sancta, Febris magna… pro pater male affecto rogo…*[49]

—El chico es fuerte —observó Trebonio, que le revolvió el pelo por última vez con una mano huesuda—. Cuídalo, Cayo Mario. Prométeme que… lo… cuidarás…

LI

La huida de Sila

El padre de Roscio había muerto hacía muchos años y había sido su madre la que los había criado a él y a su hermana con mucho mimo, tal vez demasiado. Esta, encantada de alojar a un Cornelio patricio bajo su techo, le brindó a Sila su hospitalidad, de la que él se aprovechó el resto del verano. Pero, con la llegada de septiembre, Roscio debía partir al sur para participar en los festivales de la vendimia, que se acompañaban de representaciones teatrales en honor del griego Dionisio. Era el momento de que él regresase a Roma.

La madre de Roscio puso un carro y esclavos a disposición de Sila, que realizó el traqueteante camino de regreso a la ciudad solo y en total silencio, como el de los sepulcros y cipreses que flanqueaban la calzada. Anochecía cuando el carro atravesó la puerta Capena. El cochero lo condujo por las calles congestionadas de tráfico hasta la entrada oriental del Palatino, que Sila subió a pie acompañado de un esclavo que cargaba su equipaje. El cielo, teñido de rosa y violeta cuando cruzaron las murallas, estaba incrustado de estrellas para cuando se internaron en el callejón de su casa.

Mientras sacaba del bolsillo la llave de la puerta, Sila reparó en las voces que provenían del interior. Estaba seguro de que no se trataba del estudioso Epicado, que acostumbraba a recluirse cuando su amo no lo requería; ni tampoco de su realquilado del piso superior, un

liberto taciturno que pasaba largas temporadas fuera de Roma y que, cuando estaba en casa, se hacía notar mucho menos que las ratas de las paredes.

Sila aguzó el oído, esforzándose por ignorar el canto de los grillos del callejón para centrarse en los ruidos del interior. Eran risas y gemidos mujeriles lo que estaba oyendo, de eso no cabía duda.

«Pero ¿qué demonios…?».

Sila introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta con violencia, casi arrojándose sobre ella. Le abofeteó el olor a ranciedad, a sudor, a sexo.

En el suelo del espacioso atrio, tendidos sobre una mullida cama de cojines bordados, cinco personas retozaban y se refocilaban medio desnudas. Sila quedó perplejo, y más perplejo aún el esclavo que venía con él.

Ninguno de los dos parpadeó mientras la escena lasciva seguía desarrollándose ante sus ojos, con total despreocupación por parte de sus protagonistas, quienes, centrados en dar y recibir placer, apenas si alzaron la mirada para dirigirla con indolencia hacia el vestíbulo y la puerta abierta de par en par.

—Pues tenías razón, Emilia. Al final ha regresado.

Sila reconoció la voz y las facciones bañadas en sudor de Tito Betucio Barro, que había hablado sin apartar la boca de los senos de Emilia.

—¡Te lo dije! —exclamó esta entre gemidos ahogados.

Visiblemente acalorada, la sacerdotisa, que ocupaba el centro de la escena, estaba sentada a horcajadas sobre el torso sudoroso del joven Cayo Licinio Craso, a quien Sila reconoció de la fiesta de inauguración de la casa —ahora profanada— hacía dos años. Su hermana, la vestal Licinia, jadeaba tumbada boca arriba, totalmente rendida a la aparente pericia de un tercer varón, que le acariciaba

con los labios y la lengua la cara interna de los muslos y completaba la orgía. A este Sila lo reconoció también: era su casero, Marco Emilio Lépido, el hermano de Emilia.

—¿Se unirá a nosotros? —preguntó este, con el rostro aguileño enrojecido.

—Se nos ha ido un poco de las manos nuestro convivio —dijo su hermana entre jadeos—. Espero que no le importe que nos hayamos puesto cómodos en la casa de nuestra niñez… ¡Qué recuerdos!

Los dedos de ambos se entrelazaron cuando la vestal alargó el brazo hacia su hermano y él correspondió el gesto. Sila sintió náuseas y temió y deseó a la vez que el mismo Júpiter los fulminase a todos en cualquier momento.

«¿Y Epicado?».

—¡Epicado! —empezó a llamarlo a gritos.

Sila se adentró, muy a su pesar, en el atrio y rodeó la orgiástica escena con la espalda pegada al estuco de las paredes. Él también estaba sudando. Se asomó a todas las estancias y por fin dio con su mayordomo hecho un ovillo en el *tablinum*.

—¡Por todos los dioses!

El esclavo, amordazado, lo miró ojiplático y comenzó a retorcerse en el suelo como una oruga. Lo habían atado de pies y manos después de reducirlo a golpes, a juzgar por los moratones del rostro.

«Están locos», se dijo Sila mientras liberaba a Epicado de sus ataduras tan rápido como podía con las manos temblorosas. «Están completamente locos y son peligrosos».

—Siiiiiiiiilaaaaaa —lo llamó Emilia desde el atrio.

Mientras Epicado se incorporaba con las rodillas temblequeantes y se masajeaba las muñecas magulladas, su amo corrió hasta el escritorio y sacó una bolsa de dinero del doble fondo de uno de sus cajones. Luego se abalanzó sobre la estantería con forma de panal

en la que descansaban sus libros.

—Toma —le entregó al esclavo los que consideraba más valiosos, aquellos que Afranio le había regalado cuando estaban juntos: Terencio, Plauto, Menandro…—. Vamos.

Sila apremió al esclavo, y ambos regresaron al atrio con múltiples rollos de pergamino bajo las axilas.

—¿A dónde vais, por Cástor? —preguntó Emilia, que se había separado de la orgía tras hacer a Craso alcanzar el clímax.

Al verla caminar hacia ellos desnuda, con la V de su velludo pubis salpicada de perlas blanquecinas diminutas, Sila creyó enloquecer. De un empujón devolvió a aquella lamia al enredo de carne del centro del atrio y, mientras los demás orgiastas se recuperaban todavía del marasmo de su acaloro, tiró de la túnica de Epicado y emergió con él al frescor de la noche.

—¿Estás bien? —preguntó al mayordomo cuando estimó que se habían alejado lo bastante.

—¡No, por Júpiter!

Sila se volvió al otro esclavo, el que había venido con él de Lanuvio y todavía cargaba su equipaje.

—Cuento con tu total discreción —repuso el romano, que le entregó una moneda para comprar su silencio.

Habían bajado por el *clivus Palatinus* y se encontraban en el Foro. Grupos de mendigos acampaban aquí y allá, bajo los pórticos de los templos y de las basílicas.

—¿A dónde vamos, *domine*? —inquirió Epicado.

Puesto que el orgullo le impedía recurrir a su familia, y Roscio se encontraba a cientos de millas de Roma, solo había un lugar al que Sila pudiera ir.

—Vamos a la Subura. Tened los ojos bien abiertos.

Sila se encontraba ante la puerta de Nicópolis, cuya superficie tocó con los nudillos por primera vez en dos años.

—¿Quién va? —preguntó la propietaria del bloque desde el interior.

—«Aeschinus sum ego. Aperite aliquis actutum ostium».[50]

Se hizo el silencio al otro lado de la puerta, roto al cabo por el sonido de un pestillo que se abría.

—¿Sila? —preguntó Nicópolis, que asomó la cabeza por la rendija de la puerta entreabierta.

—El mismo —contestó él.

Ella abrió la puerta del todo. Vestía un camisón de lino holgado y llevaba suelto el pelo; a excepción de algunos cabellos plateados, este seguía siendo negro como la pez, si bien había perdido esos destellos que recordaban al del plumaje del cuervo.

—Qué mayor te veo —dijo Nicópolis, que se apoyó en el marco de la puerta; era evidente que no tenía prisa por dejarlo pasar—. ¿Has cumplido los veinticinco ya?

—Veintitrés de momento.

Ella chasqueó la lengua y puso una mueca. Puede que su juventud le resultara insultante, pero, por cómo se llevó la mano al pecho, Sila pensó que debía de sentir alguna clase de molestia física.

—Te sienta bien cumplir años.

—Te diría lo mismo, porque te veo preciosa, pero temo que me desuelles.

Ella rio con amargo sarcasmo.

—Te confundes, Ésquino. No soy la joven Pánfila; más bien su madre, Sóstrata. —Hizo una pausa para apoyarse en la jamba contraria—. ¿Qué se te ofrece?

—Me veo obligado a pedirte que nos acojas esta noche a mí y a mis esclavos, si fuese posible.

—¿Qué sucede? —inquirió ella con sorna—. ¿No tienes espacio en tu lujosa *domus* del Palatino?

—He tenido que dejarla precipitadamente debido a… una plaga.

Nicópolis se irguió mucho y se cruzó de brazos.

—Espero que no de chinches.

—No, no… De… ratones.

—Bien, porque no voy a dejar que me infestes la casa de asquerosos bichos chupasangre.

—Te juro por Pólux que no eran chinches.

Nicópolis permaneció en mitad del umbral, con los brazos cruzados y una ceja enarcada mientras ponderaba si dejarlo pasar.

—Está bien —sentenció al fin, y se hizo a un lado para que pudiera entrar—. Quédate conmigo. Tus esclavos pueden subir al ático con los míos.

Sila le dio las gracias de corazón. El esclavo de los Roscios dejó su equipaje en el cuarto de estar de Nicópolis, y luego Epicado y él subieron las tortuosas escaleras hacia los apartamentos de las plantas superiores, subdivididos en cubículos para el hacinamiento de los plebeyos. Nicópolis cerró la puerta del apartamento e hizo un gesto a Sila para que la acompañase al dormitorio.

Ambos se tendieron a oscuras en la cama de matrimonio, junto a la que había ardido un pequeño incensario, con brasas aún calientes. El dulzón aroma a mirra no relajó a Sila. Estaba demasiado nervioso aún por lo ocurrido en el Palatino como para dormir, y su anfitriona solo fingía hacerlo, coartada perfecta para ovillarse «en sueños» contra el cuerpo de él, que no reaccionó. Tampoco lo hizo cuando ella, que le había apoyado una mano en el pecho, comenzó a acariciárselo con la yema de los dedos; sabía que rechazarla la ofendería mortalmente, ¿qué debía hacer?

Por fin ella se incorporó un poco para inclinarse sobre su boca, y

le dijo en griego, sin rastro del antiguo orgullo del que hacía tanta gala cuando se conocieron:

Viniste, hiciste bien, te anhelaba a mi lado.[51]

Sila se estremeció. A aquella distancia podía oler el aroma a vino de su aliento. Cuando ella intentó besarlo en la oscuridad, él apartó el rostro.

—No es el momento —le dijo.

Ella se incorporó y quedó con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

—Adelante, dilo —musitó con resignación.

—¿El qué?

Nicópolis suspiró:

Tu suave piel ha dejado de florecer. Ahora
languidece, la arrastran los surcos de la funesta vejez.[52]

—¡No es eso, por Hércules! —protestó Sila, que se incorporó también y se volvió hacia ella—. Estoy agotado físicamente de un largo viaje, he tenido una noche horrible, y tampoco creo que debamos tropezar dos veces con la misma piedra. La primera vez no terminó bien.

Nicópolis calló. La tenue luz de luna iluminó su silueta.

—Fui esclava —dijo con un hilo de voz mientras se masajeaba el pecho.

—¿Cómo? —preguntó él, al que aquella confesión lo tomó desprevenido.

—En Nicópolis, en Cilicia, nací libre, pero me esclavizaron con trece años. Hubo una guerra civil. Un pretendiente al trono de Seleuco avanzó desde el norte con su ejército, y el rey que lo ocupaba porque lo había usurpado unos años antes hizo lo propio

desde el sur. Los que estábamos en medio nos echamos al mar para huir, pero caímos en las redes de los piratas. Estos nos llevaron a Delos, el mayor mercado de esclavos del *Mare Internum*. Al final del día yo ya tenía comprador.

Sila comprendió que Nicópolis había decidido contarle su historia por fin y decidió callar y prestar atención.

—Me separaron de mis padres y hermanos, a los que jamás he vuelto a ver, y me metieron en un barco cuyo rumbo yo desconocía. Días más tarde me desembarcaron en la costa de Sicilia. Pasé de unas manos a otras y acabé en el interior de la isla. Me había comprado un griego muy rico de Enna al que le gustaban las jovencitas. Durante un año abusó de mí hasta cansarse y luego me entregó a su mujer para servirla como criada. Ella era casi más cruel que él, la muy perra —dijo, haciendo rodar las erres—. Fui esclava en su casa diez años.

—¿Y después te… manumitieron? —preguntó él con expectación.

Nicópolis se carcajeó con amargura.

—Después estalló la guerra servil. ¿No recuerdas la guerra servil?

—No. Yo no había nacido cuando empezó.

Nicópolis volvió a chasquear la lengua.

—Siempre se me olvida lo insultantemente joven que eres.

—¿Cómo te liberaste? —preguntó Sila.

—Un día los esclavos que pastoreaban los rebaños de los ricos liberaron a los que cultivaban sus campos y todos ellos tomaron la ciudad por sorpresa. Irrumpieron en las casas y mataron a los amos. Los míos eran especialmente odiados. Asaltaron su villa, los apresaron y a sus esclavos nos declararon libres, aunque no nos dieron más opción que acompañarlos a la ciudad. Debíamos asistir al juicio de nuestros amos.

—¿Los juzgaron?

—Y sentenciaron. Al *dominus* lo ejecutaron los pastores, y a su mujer nos la entregaron a sus esclavas para que nosotras le aplicásemos el castigo que creyésemos apropiado. ¡Qué miedo teníamos cuando nos vimos frente a ella! Temerla era nuestra costumbre. Estuvimos paralizadas por el miedo hasta que una de nosotras empezó a insultarla. Las demás la imitamos, y con cada insulto íbamos perdiendo un poco de nuestro miedo. De los insultos pasamos a los golpes. Entre todas la golpeamos, la arañamos, la empujamos… Y finalmente la arrojamos de uno de los altos precipicios de Enna.

Sila parecía fascinado y horrorizado a partes iguales.

—¿Qué pasó después?

—Los esclavos eligieron como líder a un sirio llamado Euno. Dijo que su auténtico nombre era Antíoco y que en realidad era de alta cuna, un vástago de la dinastía seléucida hecho preso por piratas en el tumulto de las guerras civiles, como mi familia. Afirmó que la diosa Atargatis quería que nos dirigiéramos a él como rey.

—¿Y le hicisteis caso?

—Cuando a un mes del inicio de la rebelión los esclavos bajo su liderazgo derrotaron al pretor romano, sí, todos empezamos a creer ciegamente en sus profecías.

—Pero Roma lo derrotó —apostilló Sila.

—Al cabo de tres años y después de que humillase a más comandantes de los que a Roma le gusta recordar.

Era un hecho. Sila no lo discutió.

—¿Qué pasó contigo? ¿Escapaste?

—No. Los romanos me capturaron en Tauromenio y el cuestor organizó una subasta pública a fin de encontrar nuevos amos para mí y los demás prisioneros. Un comerciante que acompañaba al ejército se encaprichó de mí, me compró y me llevó a Roma. Era un

buen hombre, la mar de cándido. Aunque mi cuerpo le pertenecía, todavía pretendía cortejarme. Me hacía regalos y me trataba amablemente con la esperanza de que yo llegara a corresponder sus sentimientos. Le hice creer que así era, y, cuando descubrió que estaba embarazada, me liberó y se casó conmigo. —Nicópolis hizo una pausa—. El niño nació muerto, y el padre murió poco después. No quería que se me conociera por el nombre de mi infeliz marido, que para poder darme la libertad antes tuvo que comprarme, así que continué llamándome Nicópolis, el nombre que me dieron los esclavistas, porque me recuerda que una vez tuve una infancia feliz al otro lado del mar, en Cilicia.

—¿Por qué no usar el nombre que te dieron tus padres? —inquirió Sila.

Ella se abrazó las rodillas.

—Porque esa chiquilla murió a los trece años, la primera noche que pasó sola en la bodega de una galera esclavista.

LII

El ascenso de Escauro

Roma.
Octubre del 115 a. C.

En el Senado los excónsules dieron todos el pésame por la muerte de su tío a Quinto Servilio, nuevo jefe, a los treinta y tres años, de los Servilios Cepiones.

«Es joven, muy joven, y los coturnos del difunto le vienen grandes —pensó Escauro—. Los Servilios permanecerán a la sombra de los Metelos durante al menos otra década».

El cónsul permanecía hierático sentado en la silla curul. Él había traído a Roma las cenizas de Cepión y había convocado inmediatamente al Senado para informar de lo ocurrido: el anciano había fallecido en Aquilea de una apoplejía; los médicos de la legión habían dado fe de ello.

Tras los excónsules, les llegó el turno a los pretores de cantar las alabanzas del finado y de su heredero. Druso fue el primero, y los demás siguieron su estela. Ni siquiera Subulón, conocido demagogo, se salió del guion. Cuando aquel hubo tomado asiento de nuevo, Mario se alzó para tomar la palabra:

—Quienes me han precedido han hablado de Cneo Cepión. Y como han hablado mucho y muy bien de él, mejor de lo que yo podría hacerlo, me siento disculpado si decido hablar, en cambio, de

otra persona que ha fallecido recientemente también. —Los senadores cruzaron miradas de desconcierto; hubo murmullos que se elevaron al techo de la curia—. Su nombre era Cayo Trebonio. No era de noble cuna, pero sí noble de espíritu. Nació de padre y madre romanos, con abuelos romanos; heredó una humilde granja que mantuvo productiva con su trabajo. Casó con una mujer romana y esperaba engendrar pronto hijos romanos. Más hete aquí que el censo de Escipión Emiliano y Mumio el Acaico lo encuentra apto para servir en las legiones, y él decide alistarse para combatir en Hispania, una guerra que le roba diez años de su vida.

»*Patres conscripti*, yo no soy un hombre culto: no hablo griego, ni pretendo hablarlo, ni soy dado a leer poesía. Pero que los griegos tuvieron Troya bajo asedio diez años parece ser cosa sabida y aceptada por todo el mundo. He oído que, cuando regresaron a sus ciudades, se encontraron que estas habían cambiado y que sus conciudadanos ya no los querían, y fueron repudiados por estos. Algo así le pasó a Trebonio: licenciado con honores, regresa a Italia y allí encuentra que su granja está en la ruina. Ya no vale lo que dice el censo de Escipión y Mumio, y no le queda otra más que malvender sus predios ancestrales. Casi a la vez descubre que, fruto de su reencuentro, su esposa ha quedado encinta; cuando esta da a luz a su hijo, Trebonio enviuda. Al final, los censores Lucio Casio Longino Rávila y Cneo Servilio Cepión anotan que Cayo Trebonio ya no es propietario, sino *proletarius*.

»Este hombre, con un hijo a su cargo, habiendo perdido la casa que construyeron sus antepasados, en la que él nació; habiendo perdido su identidad, sin ninguna perspectiva de futuro, se pasa los siguientes diez años pidiendo limosna ante mi puerta y la de otros senadores. Durante un año recobra la esperanza cuando cabe la posibilidad de que marche como colono a Cartago, pero este

espejismo se desvanece rápido. Al final muere en un ático de la Subura, olvidado de la patria, sin más compañía que la del hijo que deja huérfano y… un antiguo oficial bajo el que una vez sirvió, que le sujeta la mano mientras expira…

—¿Qué estás insinuando? —lo interrumpió Lucio Casio, que no aguantaba más tiempo callado en su escaño; el rostro arrugado por la severidad del excensor le hacía aparentar mucho más de sus cincuenta y cinco años—. ¿Acaso estás diciendo que Cneo Cepión y yo somos culpables de la ruina y muerte de este hombre? *Τὸν τεθνηκότα μὴ κακολογεῖν*.[53] ¡Me importa un bledo que hables mal de mí, pero sería muy mezquino hacerlo de Cepión cuando sus cenizas están todavía calientes!

—¿Era eso lo que insinuabas? —vociferó Quinto Servilio, rojo de ira.

—¡Yo he entendido que todo el Senado es culpable por oponerse a los proyectos revolucionarios de Cayo Graco! —espetó Lucio Opimio.

—¡No he dicho ni lo uno ni lo otro! —se defendió Mario, que no ocultó su frustración con la falta de entendederas de los senadores —. ¿Tenéis acaso el corazón de piedra? ¿No os conmueve la suerte de vuestros compatriotas?

Fue imposible razonar con sus adversarios, a los que había soliviantado enormemente, por encima del clamor que inundó la curia. Escauro llamó al orden sin resultados; sus lictores picaron en vano el suelo con el extremo de los fasces.

—Se pospone la sesión —anunció el cónsul desde la tarima—. Y se aconseja a Cayo Mario que en el ínterin no abra la boca más de lo necesario.

—Ese Mario es un dolor de muelas, por Hércules —observó Domicio.

—¡No me digas! —dijo el Dalmático, que miró a Escauro de soslayo.

El cónsul revisaba en esos momentos la lista de purgados del Senado, que los censores harían público en breve: treinta y dos nombres entre rivales de los Metelos, enemigos de Domicio (el de Cayo Licinio Geta era el primero de la lista) y otros que habrían sido expulsados de la curia bajo cualquier censor, como el indeseable hidrocefálico de Casio Sabacón.

—Estamos a tiempo de incluirlo a él —apostilló Domicio, recordando sus propias tiranteces con Mario, de las que ahora podía vengarse.

Escauro alzó la vista del pergamino, que dejó extendido sobre el escritorio, con pisapapeles sujetando sus extremos.

—¿Soléis hablar con vuestros capataces de finca? —preguntó de repente; los censores lo miraron con extrañeza—. Yo sí. Es muy interesante. La última vez estuvimos hablando de diversas plagas y de cómo cada una se combate con un remedio específico. Para combatir el gorgojo, por ejemplo, se recurre a fumigaciones con azufre, mientras que para matar a la mosca del olivo las fumigaciones se hacen con estiércol. Del mismo modo, para combatir el pulgón, se rocían las plantas con ajenjo, y, para combatir el oídio, se espolvorean las hojas de la vid con ceniza de leña y cal.

—¿Te ha poseído la esfinge? —lo interrumpió Domicio con sarcasmo—. ¿Acaso somos Edipo? ¡Habla claro, por Pólux!

El Dalmático concordó con su colega:

—Déjate de acertijos, Marco.

—Cayo Mario y Cayo Licinio Geta son dos plagas igual de molestas pero distintas. No podéis aplicar contra ambos el mismo remedio. No surtiría el efecto deseado.

—¿Y qué lo haría? —preguntó el *pontifex maximus*.

—A Mario hay que mandarlo lejos de Roma. Hacerlo gobernador de una provincia. Hispania Ulterior.

—¡Eso sería como recompensar su audacia, por Hércules! —protestó Domicio.

—Hispania es una provincia demasiado rica —señaló el Dalmático.

—Precisamente. Los demagogos solo alientan revoluciones mientras ellos mismos no tienen gran cosa que perder —explicó Escauro—. A Mario le hace falta enriquecerse, pero enriquecerse de verdad: amasar una fortuna como solo la gobernación de una provincia rica puede proporcionarle. Debe poseerlo la avaricia, y con ella, el miedo a perderlo todo… Solo así lograremos domesticarlo.

Los censores se miraron con cejas enarcadas.

—Está bien —dijo el Dalmático—. Probaremos a hacerlo a tu manera.

—Gracias. Ahora, si eso está zanjado, me veo en la obligación de trasladaros lo que todo el Senado se pregunta… La tradición os compelía a nombrar a Cepión *princeps Senatus* en este censo. Pero Cepión está muerto…

—Y tampoco quedan excensores patricios vivos —observó Domicio.

—No es la primera vez que pasa —dijo el cónsul—. Podemos contrastarlo aquí, en el templo de las Ninfas, donde tenemos a mano los registros, pero creo que, en estas circunstancias, se recurre a aquellos patricios que han alcanzado el consulado.

—¡El único excónsul patricio vivo está en Macedonia ahora mismo, haciéndome la cama! —se quejó el Dalmático, que se refería, naturalmente, a Quinto Fabio Máximo Eburno.

—Por las Furias que no tengo ningún interés en hacer líder del Senado a un Fabio —apostilló Domicio—, ¡y menos aún a la «putita de Júpiter»! ¿Por qué toda Roma sabe que tiene una marca de

nacimiento en el culo, eh? Se supone que hemos prometido una revolución moral, ¡vamos a purgar el Senado, no podemos poner la degeneración al frente de él!

El *pontifex maximus* asintió a las palabras de su colega censor.

—¿Entonces? —preguntó Escauro, que juntó ponderativamente las yemas de los dedos—. ¿Quién será el cabeza de lista del Senado?

Domicio se rascó las patillas cobrizas, muy pensativo.

«Piensa más fuerte, barba de bronce. ¡Más fuerte!».

—¿Por qué no tú?

«¡Sí!».

—¿Yo? —se hizo el sorprendido Escauro.

—Tú mismo has dicho que debíamos escoger entre aquellos que han alcanzado el consulado, ¿no? —apuntó el *pontifex maximus*—. ¿Y quién mejor que un amigo para ocupar este puesto crucial, por Hércules?

—Tu nombramiento no solo tendrá nuestro apoyo, también el de los *optimates* —agregó Domicio.

—Eburno podrá patalear, pero nada más —subrayó Metelo.

—¡Está decidido! Marco Emilio Escauro, serás nuestro *princeps Senatus*.

El cónsul llegó tarde a casa. Desde su regreso de la Galia se estaba quedando en una villa de su propiedad, cuatro millas al norte de las murallas. Para llegar a ella, su litera debía cruzar el lodoso Tíber sobre el puente de madera llamado Milvio, que —era evidente por cómo crujía— había conocido tiempos mejores. Luego de pasar por encima de la desvencijada estructura, la villa de Escauro era la primera a la izquierda de la vía Flaminia.

La litera abandonó la calzada y recorrió prácticamente a oscuras un camino de grava flanqueado de pinos piñoneros, cuyas altísimas

copas en forma de parasol se recortaban contra los últimos destellos violáceos del cielo nocturno. Al final del camino arribaron a la casa solariega, de fachada cubierta por una espesa madreselva. Dentro, Escauro encontró a su mujer tejiendo junto a sus esclavas. Su hijo jugaba en el suelo con figuras de madera. Él lo cogió en brazos y lo sentó en su regazo.

—Voy a ser *princeps Senatus* —anunció, tras darle un beso al niño en la coronilla.

Su mujer lo felicitó protocolariamente antes de concentrarse de nuevo en su labor. Su abúlica reacción no habría sido diferente a la de oír de labios del cocinero que esa noche cenarían berzas. Lejos de irritarlo, esto satisfizo mucho a Escauro, que no esperaba de su esposa otra cosa más que sumisión.

LIII

La revelación de los arúspices

El *haruspex maximus* compareció ante los senadores a petición de la mayoría de estos. Vestía, como el resto de los arúspices, de forma muy curiosa, con una túnica que le llegaba por las rodillas, un manto que le cubría los hombros y un gorro de fieltro de proporciones cónicas, bien sujeto al mentón por un barboquejo de cuero.

Hacía unas semanas un ciudadano llamado Helvio atravesaba Campania con un séquito de esclavos y bagajes. De repente el aire había cambiado, el gris de unas nubes plomizas devoró el azul del cielo y un primer trueno retumbó con una violencia que hizo estremecerse a todos. Las primeras gotas de lluvia habían caído pesadas como proyectiles, y el vendaval dobló las copas de los árboles y amenazó con arrancarlos de cuajo con un crujido espantoso.

El miedo se había apoderado de Helvio; pensó que él y su hija de trece años debían encontrar refugio cuanto antes, así que hizo montar a la niña en la grupa de uno de sus caballos. Su intención había sido que galopasen juntos hasta la villa más cercana para ponerse allí a cubierto. La niña se ruborizó ante la idea de montar el animal a horcajadas, pero cedió porque la tormenta arreciaba y su padre la urgía. Helvio apenas había terminado de ayudarla a subir a la silla de montar cuando un rayo, que prendió los cielos con un destello cegador, impactó en la coronilla de su hija. Un aura azulada

la envolvió a ella y a su caballo, que al instante siguiente se desplomó como un títere al que hubiesen cortado los hilos.

La tormenta amainó de forma tan repentina como se había levantado. Las únicas pruebas de su paso habían sido el extraño olor acre suspendido en el húmedo ambiente, la tierra convertida en lodo bajo sus pies y las ramas rotas de los árboles esparcidas por doquier. La niña, naturalmente, había muerto. Su cuerpo desmadejado yacía en el barro; sus cabellos chamuscados despedían volutas de humo y su piel lucía marmórea. Pero lo más extraño de todo aquello había sido cómo el impacto del rayo levantó sus prendas y descubrió sus partes pudendas. Del mismo modo, la descarga había arrancado la silla de montar y las bridas del caballo fulminado junto a ella.

El relato de lo ocurrido había generado una gran inquietud en Roma; los dioses se comunicaban por medio de tormentas y rayos, y todo el mundo tenía sus teorías sobre lo que habían querido decir en esta ocasión. Para poner negro sobre blanco era por lo que el Senado había convocado al templo de Apolo al jefe de los arúspices. Conocidos sobre todo por leer las entrañas de los sacrificios, estos adivinos etruscos aseguraban también haber descifrado el sentido de los rayos enviados por Júpiter contra la tierra.

—La doncella Helvia, *patres conscripti*, representa a las vírgenes vestales, y el caballo, al orden ecuestre —declaró el adivino con un marcado acento de Etruria, o sea, sin distinguir entre las vocales largas y breves del latín y tendiendo a aspirar las consonantes—. En cuanto a la pérdida de sus prendas y arreos, esto alude a la pérdida del pudor. De lo que se sigue que una o más vestales han cometido adulterio con miembros del orden ecuestre.

El clamor de los senadores reverberó entre las paredes del templo y escapó por las puertas abiertas, donde se apelotonaba la muchedumbre. Esta armó su propio escándalo en el pórtico, antes

de derramarse por la escalinata y dispersarse en todas direcciones.

En menos de una hora la plebe enfurecida tenía asediados el atrio de Vesta y la Regia, residencia oficial de las vestales y sede del Colegio de Pontífices, respectivamente, sitas en el extremo sur del Foro. Ante esta crisis Escauro sugirió al *pontifex maximus* citarse en el templo de las Ninfas. El Dalmático aceptó, feliz de alejarse del tumulto.

—La *virgo vestalis maxima* ha querido encararse con la multitud. ¡Esa vieja chocha se irrita con cualquiera menos con sus novicias, a las que es incapaz de meter en vereda! —declaró Metelo—. Con sus imprecaciones ha soliviantado más todavía a los plebeyos, que no le han arrojado frutas podridas únicamente por respeto a la diosa a la que dice servir. La situación es grave.

«Sobre todo para ti», pensó Escauro, que veía sudar profusamente al Dalmático, aunque los calores de verano hacía ya semanas que habían quedado atrás.

En tanto que *pontifex maximus*, Metelo era el supervisor de las vestales, y todo el mundo le pediría cuentas a él. No parecía razonable culpar de la crisis a su predecesor, cuyas cenizas hacía ya más de dos años que habían inhumado, y, como el cargo era vitalicio, tampoco podía hacerse el loco confiando en dejarle el problema a su sucesor.

Eso era lo que, personalmente, hubiera preferido hacer Escauro, cuyo consulado estaba próximo a acabar. Y es lo que habría hecho, si hubiera terminado ya de exprimirle a Metelo todo el jugo.

Había una razón por la que llevaba semanas viviendo en las afueras y convocando al Senado en el Campo de Marte: quería un triunfo por haber vencido a los carnios, y la ley le obligaba a no cruzar las murallas hasta que el Senado se lo hubiera concedido, so pena de renunciar a su reclamación.

El problema con los triunfos era siempre el mismo: la envidia. No en vano el *vir triumphalis*, elevado por un día al estatus de dios en la tierra, se pertrechaba compulsivamente de amuletos y hechizos que apartaban de sí el mal de ojo. Antes de eso, la envidia de sus pares en el Senado bien podía negarle su triunfo al general que lo pedía, por más que se lo mereciera.

Para sorpresa de nadie, Escauro dependía de personas muy envidiosas. Opimio, por ejemplo, no era partidario de concederle el triunfo, porque él, tras destruir la ciudad rebelde de Fregelas siendo pretor, lo había pedido, pero el Senado se lo había negado. Y el Dalmático, que se había ganado el *agnomen* tras triunfar sobre los dálmatas, bien podía nombrarlo *princeps Senatus* (a algún patricio había que nombrar…), pero recelaba de compartir con él la distinción del triunfo.

«Se merece sudar un poco más», se dijo Escauro mientras observaba a Metelo dar vueltas por el centro de la estancia.

—La culpa es de la *vestalis maxima* —trataba de convencerse a sí mismo—. ¡Sí, la culpa es de ella!

—La vieja está ahíta de incienso y tiene las córneas abrasadas de pasarse el día mirando directamente el fuego sagrado —dijo Escauro, a quien no le parecía bien usar a la *virgo vestalis maxima* de chivo expiatorio—. En realidad, si hay una persona en Roma que no supiera desde hace años que la mitad de las vestales son más putas que las gallinas, es ella.

El Dalmático resopló exasperado.

—¡Malditos charlatanes etruscos! ¡Soy el *pontifex maximus* de la religión romana y ellos ni siquiera son romanos! ¡No debería aceptar lecciones de ellos, por Júpiter!

—«No entiendo cómo dos arúspices no prorrumpen en risas al mirarse de frente» —citó Escauro de memoria—. Catón el Censor.

—Imagino que lo diría por esos gorros con forma de polla —repuso Metelo, que tomó asiento, se inclinó hacia delante y entrecruzó los dedos, dispuesto a oír ideas—: ¿Qué me recomiendas que haga?

Escauro se echó hacia atrás en la silla de respaldo de cuero, que emitió un sonido correoso al tensarse. Tras aclararse la voz, trajo a colación dos versos griegos:

> *No te angusties en exceso porque anden las gentes del pueblo revueltas, Cirno. Tú toma el camino del medio, como yo.*[54]

—He estado releyendo a Teognis —agregó inocentemente, en respuesta al ceño fruncido del Dalmático—. Hoy mismo di que abrirás una investigación para esclarecer tan graves acusaciones. Eso apaciguará a la plebe por ahora.

—¿Y luego? —demandó saber Metelo, cuyas rodillas se movían de arriba abajo con nerviosa impaciencia.

—Luego les arrojamos un nuevo hueso que roer —contestó Escauro, que no ocultaba su desprecio por la masa—. La plebe es voluble y se deja distraer con facilidad. Lo que hoy les indigna, mañana lo habrán olvidado, basta con ponerles otra cosa ante los ojos. Un espectáculo digno de admirar. Algo como… un triunfo.

Al oír aquella palabra, Metelo se cruzó de brazos.

—¿Tu triunfo?

—Al pueblo de Roma le gustan los triunfos —dijo Escauro tan solo.

Aunque el gesto del *pontifex maximus* aún denotaba oposición, el temblequeo de sus rodillas sugería vulnerabilidad, como la del muro que empieza a agrietarse.

—Seré honesto contigo. El principal motivo por el que no hemos aprobado tu triunfo es mi primo Marco.

—¿Tengo yo la culpa de que Marco Metelo insistiera en ir a

gobernar una provincia ya pacificada? —inquirió Escauro, que se llevó las manos al pecho. «Condenados Metelos y su orgullo omnímodo», pensó, al ver que el Dalmático se encogía de hombros —. Que el Senado prorrogue un año la gobernación de tu primo —continuó, dispuesto a encontrar una vía satisfactoria para todos—. Debería ser tiempo suficiente para que peine el interior de las islas y crucifique bastantes bandidos sardos como para ameritar un triunfo.

—Un año después del tuyo…

—Cuando triunfe, todavía será más joven que yo ahora —contraargumentó Escauro veloz.

El Dalmático se agarró el mentón mientras ponderaba la cuestión.

—Está bien, por Hércules —sentenció al fin—. Triunfarás.

LIV

El triunfo de Escauro

Roma.
27 de noviembre del 115 a. C.

La corona de laurel pesaba sobre la frente calva de Escauro más de lo que este se había imaginado, y sentía sobre el rostro aquilino la gravidez de la espesa pintura roja que asfixiaba los poros de su piel. Los oídos, llenos del eco de su propia ambición, no registraban apenas el clamor de las trompetas, que retumbaban al paso del vibrante carro que lo transportaba sobre los adoquines de la vía Sacra, camino del Capitolio.

El *vir triumphalis* desdeñó la máscara de respeto y reconocimiento bajo la que sus pares ocultaban su envidia. Los versos obscenos que le dirigían los legionarios que marchaban tras su carro, y que en circunstancias normales les habrían costado la flagelación, eran el tradicional peaje que él debía pagar para aplacar esa envidia. Un peaje muy pequeño a cambio de entrar en los anales de la Historia.

Un esclavo, lazo que la tradición le imponía también para atarlo a su propia mortalidad, volvió a susurrar a sus espaldas:

—*Respice post te*. *Hominem te esse memento.*

Aquellas palabras, pronunciadas cuando al esclavo le venía en gana, debían desmoralizarlo, achicar su orgullo.

«Buena suerte», pensó.

Hacía ciento sesenta y cinco años, tres meses y catorce días desde la última vez que un varón de su familia —su tatarabuelo— había tenido que soportar las mismas impertinencias. Lo había comprobado consultando los fastos de madrugada.

El triunfo del cónsul y flamante *princeps Senatus* no era sobre los insignificantes celtas carnios, cuyos cautivos de melenas largas desfilaban con dificultad bajo el peso de sus grilletes, a la espera de ser vendidos como esclavos. Su triunfo era sobre el injusto destino que había hecho patizambo a su abuelo, tratante de carbón a su padre y soldado raso, apartado cuatrocientas leguas de donde ahora se encontraba, a él mismo.

LV

El exilio de Mario

Arpino.
17 de diciembre del 115 a. C.

Un año más Mario huía de la licencia cada vez mayor de las fiestas Saturnales para refugiarse en la aldea que lo vio nacer. Allí lo esperaba Lusia, que se había adelantado para supervisar las muchas tareas del otoño: la cosecha de la vid y del olivo, la siembra de habas y garbanzos, el drenaje y aireado de la tierra, la recolección de manzanas y membrillos… No lamentó que Fulcinia, para tormento de sus esclavos, se hubiese quedado en la ciudad, mortalmente ofendida por algo que a él le traía sin cuidado. Para Mario, el valle del Liris era el auténtico seno materno.

El carro tomó el camino de gravilla que se apartaba de la calzada para internarse en sus dominios, y el señor de Cereatas introdujo de nuevo la cabeza que había asomado por la ventanilla. Peinó con dedos torpes el flequillo castaño de Trebonio, que se había quedado dormido en su regazo.

—Ya hemos llegado —le sacó del sueño Mario con tono de apremio.

Había querido hablarle bajito, como recordaba que su esposa hacía cuando lo arropaba por las noches, pero él no sabía hablar entre susurros. Su voz emergía naturalmente bronca de la garganta,

perfecta para lograr que los legionarios subieran la colina, pero no para despertar con dulzura a un niño.

Trebonio rezongó un poco. Ya no vestía harapos, sino la toga pretexta de reborde púrpura que llenaba con un cuerpo mejor alimentado. Sobre el pecho le colgaba la bula de oro, con forma de corazón, que Mario y Lusia le habían impuesto al poco de acogerlo.

—¿Es esa? —preguntó el niño, que había sacado la cabeza por la ventanilla luego de desperezarse.

Se refería a la casa que, en esos momentos, emergía, como un sueño o un espejismo, de las nieblas del valle.

—Esa es —le confirmó Mario.

Allí había nacido hacía cuarenta y dos años.

«Cuarenta y dos».

Tenía la edad para ser cónsul, pensó. Quizá lo sería, si hubiera venido al mundo en una *domus* del Palatino y no entre esas cuatro paredes de toba y cascotes argamasados.

Los caballos que empujaban el carro se detuvieron frente a la fachada. Lusia, que había reconocido desde el huerto el carro que subía la pendiente, se limpió las manos manchadas de tierra en el delantal de trabajo que vestía sobre ropas parduzcas. Al ver a Trebonio saltar de la cabina del carro, la esposa de Mario se puso en cuclillas y extendió toda la envergadura de sus brazos para recibirlo.

—Te he echado de menos, corazón —le dijo y plantó suaves besos por todo su rostro.

—¿Y a mí? —preguntó su marido con los brazos en jarras.

—No te pongas celoso —contestó ella, que se le abrazó al cuello y le besó en los labios.

Esa noche, después de cenar, Mario se aseguró de quemar un poco de incienso ante el larario. En el dormitorio, Lusia, que venía de

arropar a Trebonio, volvió a rodearle el cuello con los brazos y a presionar sus labios contra los de él. Al hacerlo, abrió la boca en pos del reencuentro de sus lenguas. Habían pasado muchos meses sin verse; quería hacer el amor.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella al notarlo distraído.

Mario, taciturno, le ofreció un rollo de pergamino que había traído consigo de Roma y que ella no hizo el amago de desenrollar. No habría podido descifrar las letras garrapateadas en él, y tampoco le hacía falta para saber que eran malas noticias.

—Es la copia de un *senatus consultum* —dijo Mario—. Han decidido prorrogar mi *imperium*. Pretenden que gobierne una provincia.

—¿Cuál?

—Hispania, probablemente.

Por alguna razón, siempre acababa volviendo a Hispania.

—¿Cuál Hispania? —preguntó su esposa. Sabía que había dos provincias con ese nombre.

—Creo que Ulterior.

Ulterior. La más lejana.

Lusia tuvo que sentarse en el borde de la cama; le era imposible ocultar su decepción.

—Yo no lo he pedido —le aseguró su marido, que tomó asiento a su lado.

—Tampoco lo has rechazado.

—No puedo rechazarlo, por Júpiter. Es una de las provincias más ricas del imperio.

—No quiero riquezas, Cayo Mario, te quiero a ti —le dijo ella, que tomó las manos de él entre las suyas.

Mario vio que su mujer aún tenía tierra bajo las uñas y creyó sus palabras. Ella era feliz así, escarbando la tierra del huerto, negra,

húmeda y fértil. Envidiaba en su fuero interior a las esposas de esos treinta y dos senadores expulsados por los censores de la curia y detestaba que el nombre de Mario apareciese tan arriba en la lista del Senado, cada vez más cerca de… ¿de qué?

—Debo ir —dijo él.

Ella movió la cabeza de lado a lado.

—No debes, pero sé que irás.

Lusia lo miró a los ojos y le acarició la áspera sombra de la barba con más ternura de lo que tocaba al niño que dormía en la habitación contigua. Él estrechó con una mano aquellos dedos finos pero callosos y comenzó a besárselos.

—Todavía tenemos hasta marzo —dijo, como si tres meses no fuesen a pasárseles volando.

Lusia se carcajeó amargamente.

—Supongo que nos bastarán —repuso— si empiezas ya a desnudarme.

LVI

El primer juicio de las vestales

Roma, anno DCXL ab urbe condita.
M. Acilio Balbo et C. Porcio Catone consulibus[55]

Como al enfermo al que se le administra dormidera para el dolor, el intermitente malestar del pueblo con que no se procesara a las vestales se veía rápidamente anestesiado por una nueva fiesta, espectáculo o evento señalado del calendario: tras el triunfo de Marco Emilio Escauro, la inauguración en enero de los cónsules Balbo y Catón, las *Equirria* y las *Liberalia* en marzo, una sucesión constante de *ludi sollemnes* a partir de abril, el Caballo de Octubre, la ceremonia de *lustratio* de los censores…

Ante la desmemoria del pueblo, tampoco la nobleza tomaba la iniciativa. Todas las vestales eran hijas o hermanas de los hombres más poderosos e influyentes de Roma, quienes, aun enfrentados políticamente entre sí, tenían idéntico interés por soterrar esta cuestión.

Parecía que las sacerdotisas habían esquivado el proyectil cuando una noticia espantosa alcanzó Roma: el ejército del cónsul Catón había sido aniquilado al norte de Macedonia por los escordiscos, un pueblo bárbaro terrible que sacrificaba a sus prisioneros a los dioses de la guerra y bebía directamente de los cráneos de sus enemigos. Por si eso fuese poco, habían atajado como espectros por los densos

bosques tracios para tomar desprevenida a la guarnición de la frontera, a la que habían masacrado también.

La ciudad quedó conmocionada. Las viudas de guerra ocuparon el Foro. El pueblo buscó culpables. Los aliados de Catón, alguien a quien cargar el muerto. Y toda Roma se acordó súbitamente de las vestales: seis mujeres colocadas por encima de los simples mortales para que dedicaran a cambio sus vidas al mantenimiento de la *pax deorum*.

Hacía un año los arúspices las habían acusado ante el Senado de haber quebrantado sus votos; ahora, como no se había hecho nada al respecto, los dioses retiraban el manto de su protección a las legiones romanas. La plebe sumó dos y dos, y el atrio de Vesta volvió a verse sitiado por manifestantes furiosos mientras, en su interior, el Colegio de Pontífices procesaba en dos juicios rápidos a las vestales Emilia y Licinia. Contra esta última no se presentaron como prueba más que rumores increíbles, pronto desechados. Contra la primera, en cambio, testificó voluntariamente un esclavo del piceno Tito Betucio Barro, que aseguró haber tenido que presenciar, para su horror, las fornicaciones de su amo y la vestal.

El Colegio de Pontífices declaró a Emilia culpable y la sentenció a muerte. La tradición aconsejaba que fuese azotada primero y luego enterrada viva, pero, por deferencia hacia los Emilios Lépidos, se le permitió quitarse la vida limpiamente y en privado con un trago de cicuta.

No se tuvo la misma consideración con su amante piceno. La conciencia religiosa de la plebe, herida profundamente, solo se daría por resarcida cuando alguien fuese sometido en público a alguno de los brutales castigos prescritos por la tradición. A este respecto, razonaron los pontífices, Barro era el chivo expiatorio perfecto al que someter a las peores vejaciones.

Así pues, el reo fue conducido al Foro para ser ejecutado a la vista del pueblo, que no dejó de arrojarle fruta podrida mientras subía al cadalso con un ruido de grilletes. El encargado de administrarle el castigo era el mismísimo *pontifex maximus*, que lo esperaba con la cabeza velada y un garrote en la mano. Aquella ejecución era el eco de otra época más primitiva, cuando a un padre (el *pontifex maximus* era, *mutatis mutandis*, padre putativo de las vestales) se le permitía cobrarse su venganza contra el corruptor de su hija.

Tito Betucio Barro temblaba desde la coronilla a los dedos de los pies. Con los tobillos aherrojados y las muñecas atadas tras la espalda, lo habían hecho andar hacia el público, que pedía a gritos su muerte, e hincarse de rodillas frente a él. Su cuerpo —sobre el que, a juzgar por los espasmos inducidos por el miedo, apenas tenía ya control— se encorvó mucho hacia delante, con la cabeza hundida entre los hombros como si así pudiera burlar el inminente garrotazo y los muchos que vendrían después. Si los dioses se apiadaban de él, proporcionarían al brazo del *pontifex maximus* la fuerza y el tino necesarios para matarlo al primer golpe o, cuando menos, hacerle perder el conocimiento.

—*Favete linguis!* —ordenó el Dalmático.

El sanguinario clamor de la plebe romana dio paso al religioso silencio que precedía al sacrificio, y Barro, en un arrebato de dignidad, alzó la vista para enfrentarse al millar de pupilas negras de la multitud. Pero, al toparse de frente con los ojos grises de Lucio Cornelio Sila, la sorpresa desplazó el pretendido desafío en su mirada. Y, casi sin solución de continuidad, el garrote le aplastó la cúspide del cráneo, hundiéndosela en los sesos.

Que podía ser él quien esa mañana gris subiera al cadalso en lugar de Barro era un pensamiento que no abandonaba a Sila. Y, al igual

que la polilla es peligrosamente atraída por la llama, a él esa afinidad morbosa con el reo lo había empujado al Foro para presenciar su ejecución.

Sila se había creído anónimo entre la multitud, pero, cuando Barro lo reconoció, se sintió señalado y se apoderó de él la ansiedad del animal acorralado o del criminal que es sorprendido *in flagrante delicto*. Aquel hombre desaliñado y cargado de prisiones de hierro conocía su secreto más oscuro, y Sila, que se había arrebozado instintivamente, solo respiró con alivio culposo después de oír el sonido de su cráneo al fracturarse. La visión del cuerpo tembloroso de Barro agonizar sobre el cadalso fue no obstante demasiado para él, que se abrió paso como pudo entre la plebe enfervorecida. La sangre derramada no parecía haber colmado la sed de esta, y eso lo inquietó muchísimo.

Sila abandonó el Foro y subió con prisa el *clivus Palatinus*. La inesperada denuncia hacía un año de los arúspices contra las vestales le había permitido regresar a la casa del Palatino. Estaba seguro de que Emilia y sus perversos amigos tendrían perfil bajo y lo ocurrido en su atrio no se repetiría, al menos mientras la sospecha pendiese sobre sus cabezas como la espada de Damocles.

Ahora, aunque su acosadora estaba muerta, Sila había decidido abandonar la ciudad. Lo había dispuesto todo para su partida el mismo día que aprehendieron a Barro, y el ansia de sangre que acababa de presenciar en el Foro lo había convencido de no desistir de su propósito, dudoso de su propia seguridad. Tres preguntas martilleaban sus sienes: ¿Cuál de todos los esclavos de Barro era el que lo había delatado? ¿Acaso había sido uno de los que estuvo presente aquella noche fatídica, hacía seis años? De ser así, ¿se acordaría del nombre de Sila? Que este no hubiera trascendido no quiere decir que no pudiera hacerlo en el futuro.

—¿Está todo listo, Epicado?

Un esclavo más bien corpulento, pálido y pelirrojo, que descansaba en el suelo como un bulto más, se incorporó con deferencia al ver a su amo cruzar el umbral. Su nombre era Tárula, de padres tracios, y había llamado la atención de Sila en el mercado. Le había costado dos mil sestercios, el precio mínimo por un sirviente sin más cualificación que la fuerza bruta. Ni siquiera hablaba latín, solo un griego con terrible acento bárbaro. Tras lo ocurrido a Epicado, se sentía más seguro así.

—Sí, *domine* —respondió el atriense—. El carro nos recogerá en una hora.

LVII

Hispania

Roma, anno DCXLI ab urbe condita.
C. Caecilio Metello Caprario
et Cn. Papirio Carbone consulibus[56]

Cayo Mario arrojó el despacho enviado por el Senado sobre el escritorio. Lo recogió su hermano Marco Mario, ahora cuestor bajo su ala. Era la copia de un *senatus consultum*.

—Me vuelven a prorrogar —anunció el gobernador mientras sus asistentes le desabrochaban los cierres de cuero de la coraza musculada.

—Tendrá que ver con la derrota de Catón en Tracia —dijo Marco—. Aquí lo único que debemos enfrentar son bandidos en las colinas. ¿El Senado no suele prorrogar a los gobernadores de las provincias que están en calma cuando la situación es crítica en otra parte para no levantar demasiada polvareda?

Era una explicación muy razonable, que Mario, al que sus asistentes lo ayudaban a sacarse la cota de malla por encima de la cabeza, consideró tremendamente ingenua. Marco no estaba tan curtido como él, ni tampoco poseía su mismo carácter áspero; aunque aprendía rápido, puede que nunca aprendiese del todo.

—Me quieren apartar de Roma —sentenció Mario.

—¿Quiénes?

«¿Quién va a ser?», se dijo y se dejó caer en la silla tan pronto como sus sirvientes le desembarazaron del faldellín de *pteruges*.

—Los *nobiles*. Te habrás dado cuenta de que hombres como nosotros no les gustamos.

Mario se había acercado demasiado al sol sin que sus alas se quemasen, como las de aquel griego… ¿Ícaro? Ícaro. No cabía duda de que los *nobiles* le estaban haciendo pagar por ello.

Uno de sus lictores introdujo la cabeza por la puerta de lona del *praetorium*.

—*Propraetor*, Cayo Lusio está aquí, como habías pedido.

Asintió.

—Bien, que pase.

Su sobrino se internó en el pabellón y realizó el saludo militar tras cuadrarse ante él.

—Me has hecho llamar, tío.

—Sí. Acércate.

El joven dio un paso hacia su escritorio. Iba a cumplir los veinte años y tenía la mirada inquisitiva de su abuelo, tanto es así que Mario creyó estar mirando directamente a los ojos de su difunto suegro. Aunque este último ya tenía el pelo blanco cuando lo conoció, Mario sabía que en la plenitud de su vigor había sido igual de moreno que el joven rubicundo que ahora tenía delante, con los mismos mechones ondulados sobre la frente y las orejas.

—Como sabes, en los últimos meses he reclutado a guerreros várdulos para formar parte de mi cohorte pretoriana. He creído conveniente que tengan un comandante romano para aclimatarlos más a nuestra disciplina. Serás tú.

—Es un honor. No te defraudaré.

—Eso espero. No tengo más que añadir. Retírate.

El joven así lo hizo.

—Deberías reconsiderarlo, por Hércules —dijo Marco—. Conozco a Lusio. No está preparado para semejante responsabilidad.

—Yo creo que sí —respondió su hermano.

Cuando su sobrino, mozo de sus establos en Cereatas, se había ofrecido para acompañarlo a Hispania, seguro de su competencia como jinete y espadachín, Mario había enarcado una de sus pobladas cejas, pero había decidido ver de qué pasta estaba hecho. Lusio se había destacado como miembro de un escuadrón de caballería, como él mismo lo había hecho bajo el mando de Escipión hacía veinte años, cosa que lo llenaba de cierto orgullo.

—Su actitud ha dejado que desear en las últimas semanas —insistió Marco—. Sus contubernales…

—Lusio se aburre —lo interrumpió el gobernador, que se creía lo bastante familiarizado con las quejas de los compañeros de tienda de su sobrino—. Esto lo tendrá entretenido y reconducirá sus energías a algo útil.

Mario entendía las reservas de su hermano. Había algo en Lusio que a él tampoco terminaba de gustarle. Algo que tenía que ver con cómo insistía en jugar a sorprender a sus compañeros por la espalda y rodearles el cuello con un brazo, obligándolos a forcejear con él luego de tumbarlos en el suelo. Un forcejeo parecido tenía lugar en el agua cuando se bañaban en el río, sin que, entre ahogadilla y ahogadilla, Lusio ocultara su erección. A Mario no le gustaba un pelo aquello, pero había preferido hacer la vista gorda.

LVIII

Las delicias de Pompeya

Pompeya.
Finales de la primavera del 113 a. C.

A Sila le llamaba poderosamente la atención cuán diferente eran de Roma todas las ciudades de Campania, que recorrió en compañía de Roscio. La ortogonal pulcritud de Capua miraba por encima del hombro el caótico abigarramiento romano, y la herencia griega presente en todo el golfo de Neápolis delataba el alma de villorrio de la señora de Italia, que todavía se refocilaba en su incultura.

Sila, asombrado, quería conocer todo cuanto Campania pudiera ofrecerle. Luego de seguir a Roscio y a su compañía en su última gira por Teano, Capua, Cumas y Putéolos, había convencido a su amigo para cruzar el golfo ellos dos solos, sin esclavos y con el equipaje imprescindible. Desde el puerto de Putéolos se tardaba menos de cuatro horas en arribar al estuario del Sarno. Allí, la ciudad de Pompeya se alzaba en una suave pendiente con la mole del Vesubio como telón de fondo. Los tejados de terracota roja asomaban por encima de las murallas de caliza y piedra volcánica, que cruzaron por la puerta más cercana a los muelles. Una amplia avenida los condujo al foro, en el corazón de la urbe, que consistía en una plaza monumental cercada por pórticos de doble altura, con un templo dedicado a Júpiter en su extremo norte y una basílica al

sur. Por doquier había estatuas de héroes y dioses locales. Junto con los bronces, no escaseaban tampoco los mármoles, símbolo de riqueza y sofisticación.

Pompeya había sido una ciudad de los samnitas, que su padre le había pintado siempre como bárbaros feroces, miembros de una nación tribal repartida en rústicos asentamientos. Como para desmentir ese retrato poco halagador, la ciudad del Vesubio desplegaba ante los ojos de Sila todas las amenidades propias de la civilización que Roma se negaba a permitir: desde el imponente teatro de piedra a unas lujosas termas públicas que afeaban a los baños privados de Roma su roñosería.

Roscio, sabedor de que poco tenían que ver los antros mal ventilados de la ciudad del Tíber con los salones abovedados de aquellas termas, sugirió visitarlas nada más se registraron en una posada del camino de Estabias. Tras pagar medio as al portero, cruzaron una elegante palestra a cielo abierto y dejaron sus ropas en pequeños nichos de mármol pulido del vestuario, o *apodyterium*. La atlética desnudez de Sila contrastaba con los contornos suaves del cuerpo de Roscio, más parecido al de un Cupido, como los que había representados al fresco en las paredes.

Un esclavo los ungió bien con aceite antes de pasar al *tepidarium*, donde los recibió un calor suave y envolvente. Tomaron asiento en bancos de piedra y dejaron que sus cuerpos relucientes se molificaran antes de internarse en el *caldarium*. Allí el aire saturado de vapor era más denso, y en el centro de la estancia había una piscina cuadrangular en la que el visitante podía sumergirse por completo.

Aguardaron pacientemente a que otro esclavo limpiase la mezcla de sudor y aceite de sus cuerpos, empezando por Sila. El beso metálico del estrígil, acompañado del sonido de rascar, lo hizo

estremecerse placenteramente. Mientras, su mirada de ojos grises sobrevoló la vaporosa superficie del estanque, saltando de bañista en bañista, hasta que se detuvo en el mozo más bello que jamás hubiera visto.

Este, que meditaba con la parte posterior de la cabeza apoyada en el reborde marmóreo de la piscina, dejaba flotar su esbelta desnudez con los pies cruzados sobre los tobillos y los brazos extendidos en forma de cruz, que movía con un suave aleteo. Era moreno, con una media melena encrespada por la humedad que le caía a dos aguas sobre la frente. Su rostro, totalmente lampiño, poseía una redondez encantadora, y sus facciones eran suaves, con una nariz redondeada, ojos ocultos bajo unos párpados de pestañas largas y oscuras, y unos labios carnosos hechos para ser besados.

Completamente hipnotizado, Sila se introdujo en las cálidas aguas y nadó hasta el muchacho presa de un magnetismo irresistible.

—¡Salud! —le dijo—. Mi nombre es Lucio Cornelio Sila y soy ciudadano romano. Me disculpo de antemano porque no hablo la lengua osca.

El mozo, arrancado de su plácido ensimismamiento, despegó la nuca del mármol pulido y lo atravesó con ojos de un verde nebuloso, pero no dijo nada.

—*Δυνάμεθα διαλέγεσθαι Ἑλληνιστί, εἰ βούλει*[57] —insistió Sila, que se colocó a su lado.

—Sé hablar latín —respondió el muchacho informativamente y se apartó para asegurarse de que sus hombros no se tocaban.

Sila, algo contrariado por lo que parecía una muestra de desprecio, volvió a pegarse a él.

—¿Cómo te llamas? —demandó saber.

—Metrobio.

—Es un nombre muy bonito —observó el romano, que habría

dicho lo mismo aunque se llamara Obultronio o Aurunculeyo.

—Es un nombre de esclavo —repuso el mozo desapasionadamente y volvió a evadirse como un escurridizo pez hacia el centro de la piscina.

Su voz carecía por completo de un timbre o inflexión que traicionase sus emociones, lo que confundió a Sila; ni siquiera podía decir que el muchacho pareciera molesto. Aquella indiferencia no hizo sino avivar su deseo, por lo que echó a nadar tras su estela.

—¿Has venido con tu *dominus*? ¿Dónde está?

—Ha ido a la letrina. Enseguida volverá.

—Pues no debería dejar sola a una belleza como tú en un sitio como este —dijo al tiempo que peinaba un húmedo mechón de pelo negro que caía sobre la frente de Metrobio.

—Y tú no deberías tocar la propiedad de otro hombre.

—¿Y si te compro? —preguntó Sila—. Pasarías a ser de mi propiedad.

—No tienes dinero para comprarme.

—No sabes cuán rico soy.

—Sé lo rico que es mi *dominus* y lo valioso que soy para él —repuso Metrobio, que a continuación dirigió la mirada por encima del hombro de Sila—. *Heus, lupus in fabula*.[58]

El romano se dio la vuelta. Los ojos verdes de Metrobio apuntaban a un hombre de mediana edad y carnes flácidas que en ese momento cruzaba el umbral del *caldarium*. Este se cruzó con Roscio, al que ya terminaban de rascar el sudor, y pareció reconocerlo, puesto que se detuvo para saludarlo con mucho entusiasmo.

—¿A qué es más aficionado tu *dominus*? —preguntó Sila al ver cómo el hombre acariciaba el brazo de Roscio—. ¿Al teatro o a los efebos?

Metrobio no contestó. Celoso tal vez, se alejó de Sila y nadó hasta

el borde de la piscina, de la que salió propulsándose grácilmente. El romano, que se vio obsequiado con la grata visión de sus nalgas lampiñas y turgentes, lo siguió veloz. Ambos atravesaron el *caldarium* para unirse a la animada charla que el amo de Metrobio sostenía con Roscio.

—Este es Maras Espurnio, un admirador —lo presentó el actor—. Maras, este es Lucio Cornelio Sila, un amigo.

—Ciudadano romano —apostilló Metrobio, que se había pegado al costado de su amo con la misma displicencia que un gato en busca de atención.

—Un placer —dijo Sila, que le tendió la mano a Espurnio.

—El placer es todo mío —contestó este, estrechándosela con firmeza—. Le estaba contando a Quinto Roscio que tuve el privilegio de verlo actuar en Putéolos hace tres días.

—Ah, ¿sí? Interpretó un sublime Calidoro, ¿verdad? —le tiró flores su amigo al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo.

—Desde luego —concordó Espurnio, que apretó más contra sí al esclavo abrazado a su cintura—. ¡Qué grata coincidencia encontrarnos aquí! ¿Puedo saber dónde os estáis alojando?

Al decirle Roscio que se quedaban en una humilde casa de huéspedes, el hombre negó vehementemente con la cabeza.

—De ninguna manera, por Hércules —sentenció y apostilló en griego:

> *Ni correcto ni bueno es, Alcínoo, que un huésped*
> *se encuentre sobre estas cenizas sentado y al lado del fuego*.[59]

»Por favor —dijo—, aceptad mi hospitalidad y quedaos en mi casa. Está muy cerca, junto a la puerta Marítima, y tendréis todas las comodidades que podáis imaginar.

—Estaremos encantados de aceptar tu hospitalidad, Maras

Espurnio —dijo Sila antes de que Roscio pudiera abrir la boca.

Sus ojos grises buscaron la complicidad de Metrobio, pero el esclavo apartó la mirada con mucha parsimonia. Todos regresaron juntos al *apodyterium*, donde otro sirviente del pompeyano vigilaba sus pertenencias. Tras vestirse con una suntuosa túnica de color azafrán, Espurnio mandó a este sirviente a buscar los bultos que Sila y Roscio habían dejado en la posada, e invitó a sus nuevos huéspedes a acompañarlo a él y a Metrobio a su casa.

Tal y como su anfitrión les había dicho, la casa se encontraba cruzando el foro, junto a la puerta por la que habían accedido esa mañana a la ciudad. El atrio era amplio y solemne, y un trampantojo de mármoles adornaba el estuco de las paredes. Tras él un peristilo de columnas dóricas abrazaba un jardín fragante, con una fuente central de la que brotaba agua fresca y pequeñas estatuas de bronce sobre pedestales marmóreos a su alrededor. Sila y Roscio, les dijo su anfitrión, se alojarían cada uno en una habitación propia.

Era obvio, por el lujo que los rodeaba, que Espurnio era un hombre tremendamente adinerado y que su familia y la de su esposa, Minia Castricia, eran de las más influyentes de Pompeya. Cuando Metrobio había dicho que Sila no podría pagar su precio, seguramente estuviera en lo cierto. Aun así, durante su estancia en la casa de Espurnio no dejó de rondar al esclavo, cuya calculada indiferencia, lejos de desmoralizarlo, más lo espoleaba.

—Date por vencido —lo aconsejó Roscio cuando ya llevaban un *nundinum* en Pompeya—. No está interesado.

—Lo estará, te lo garantizo —respondió Sila, ofuscado pero decidido a salirse con la suya.

LIX

El precio de Metrobio

Para cuando ya no pudo convencer a Roscio de quedarse por más tiempo, Sila no había hecho todavía ningún progreso en la dirección que deseaba. Metrobio parecía inexpugnable, y eso era algo nuevo para él.

La víspera de su partida, durante el banquete que Espurnio había organizado para despedir a sus huéspedes, Sila bebía a sorbos y en silencio, con la vista siempre fija en el hermoso esclavo. Al igual que el troyano Ganimedes para Júpiter, Metrobio, vestido con un sencillo quitón de lino de faldilla corta, hacía de copero para su amo, sobre cuya copa se inclinaba en ese instante para servirle el embriagador néctar de las faldas del Vesubio.

—¡Sila! —lo sacó Roscio de su embrujo.

—¿Sí?

Se hizo un incómodo silencio. Roscio carraspeó.

—Maras dice que se encargará de que tus farsas se interpreten aquí, en Pompeya.

—¿Es eso posible? —inquirió Sila, cuya mirada sobrevolaba el borde de su copa.

—Por supuesto, siempre que accedas a que sean traducidas al osco —respondió Espurnio—. Los pompeyanos adoramos las farsas atelanas, y los ediles son buenos amigos… Siempre lo son.

—No lo dudo —musitó Sila, que alzó su copa vacía para que

Metrobio acudiera con el enócoe.

—¿Entonces? —demandó saber Roscio.

—Entonces ¿qué? —contestó su amigo, que no apartaba los ojos del copero mientras este le escanciaba más vino.

—Por Hércules, ¡estás en las nubes, chico! —se carcajeó Espurnio.

—Fíjate bien, amor, creo que Metrobio lo ha hechizado —observó con tino y una sonrisa aviesa Minia Castricia.

Lejos de negarlo, Sila le dio la razón:

—Tu esposa no se equivoca, Maras. —Ante la perplejidad que asomó al rostro de su anfitrión, añadió—:

> *No te asombres, Simónides, de que yo también*
> *me haya mostrado subyugado por la pasión hacia un bello muchacho.*[60]

Tras sobreponerse a la audacia del joven, Espurnio dejó escapar una carcajada aún más sonora.

—Sí, sí —dijo mientras rodeaba a Metrobio por la cintura, y recitó —:

> *Dichoso aquel que posee el amor de los muchachos, solípedos caballos,*
> *perros de caza y huéspedes de otras tierras.*[61]

—¿De verdad él te ama? —inquirió Sila, envalentonado por el alcohol.

Metrobio lo miró con ojos muy abiertos, llenos de terror. Roscio le llamó la atención a su amigo por lo bajo. Castricia arqueó una ceja tanto como era anatómicamente posible. Espurnio frunció mucho el ceño.

—¿Importa? —repuso este—. Este espléndido vino no me ama, pero me lo gozo igual.

Espurnio echó a reír mientras apretaba más la cintura de su esclavo, lo que sublevó profundamente a Sila.

—Para lo que insinúas te vale cualquier otro esclavo hermoso. A mí, solo Metrobio me serviría. Véndemelo.

Una estridente risotada le nació de los pulmones a Minia Castricia, que enseguida ahogó con el vino de su copa. Su marido, que parecía tomarse sorprendentemente bien la osadía de su huésped, le sonrió a Sila de oreja a oreja sin soltar en ningún momento la esbelta cintura de su esclavo.

—Veamos —reflexionó—. ¿Por cuánto te vendería yo a mi Metrobio, un esclavo que sabe cantar y bailar, que habla osco, latín y griego, y recita poesía en estos tres idiomas; que es el goce y deleite de mis días desde hace años…? —Fingió pensárselo y al cabo dijo—: Por ser tú, Lucio Sila, yo te lo vendería por cien mil sestercios.

Al oír aquella cifra, Roscio se atragantó con el vino, pero Sila, reclinado junto a él, no se achantó:

—Te conseguiré cien mil sestercios —dijo y alargó la mano hacia Espurnio.

—Me diviertes, muchacho —repuso este, que, tras dudar un instante, se la estrechó—. Si consigues cien mil sestercios yo mismo te entrego a Metrobio vestido de azafrán.

A mitad de la velada, Sila se excusó del *triclinium* para ir a mear. Al salir de la letrina, se encontró con que Metrobio lo esperaba en el peristilo.

—¿Por qué has hecho eso? —lo confrontó el esclavo, que, por primera vez, prescindió ante Sila de su perenne circunspección.

El romano dio un paso decidido hacia él y lo agarró de las muñecas:

El amor me sacudió
como el viento que en el monte
estremece las encinas.[62]

—¡Tonterías, por Hércules! —bufó Metrobio, que se zafó de sus manos.

—¿No me crees?

—¿Por qué habría de creerte? ¿Porque quieres que sea tu esclavo?

—Porque lo primero que haré cuando te compre será liberarte.

Metrobio quedó en silencio. Bajo las oscuras cejas negras y el ceño fruncido, sus ojos entornados trataban de vislumbrar las intenciones del romano.

—¿A cambio de qué? —preguntó.

Sila dio otro paso hacia él y peinó el flequillo a dos aguas sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Un beso… Solo quiero un beso tuyo.

Metrobio contuvo la respiración. Las aletas de su nariz de contornos suaves se ensancharon, se dilataron sus pupilas todavía más en la penumbra del peristilo, y tampoco pasó desapercibido a Sila el tic de sus labios sonrosados, tentados de humedecerse. Aquello, y que por una vez no se alejase de él, lo interpretó el romano como una invitación a que gratificase su pequeño deseo.

Sin dudar se inclinó sobre el rostro de Metrobio, que tomó entre las manos, y presionó los labios contra los del esclavo. Saboreó primero el labio inferior, más carnoso, y luego el superior, que tenía la forma del arco del dios del amor, y mientras lo hacía aspiró hondamente el aroma a rosas y lirios que envolvía a Metrobio, perfumado con caros ungüentos de Capua que su amo compraba para él.

—¡Por Juno Sospita, cien mil sestercios! —exclamó Roscio, que, prudentemente, se había abstenido de comentar lo sucedido la noche anterior hasta luego de hacerse a la mar.

Cien mil sestercios. Más de diez veces su estipendio anual, pensó Sila, apoyado en la baranda de la nave que los devolvía a Neápolis. Allí Roscio tenía su morada, porque desde su puerto se podía llegar a cualquier punto del golfo en menos de dos horas.

—Los conseguiré, por Júpiter —dijo Sila, que mantenía los ojos entornados fijos en la brumosa silueta del Vesubio—. Ya lo verás.

LX

El tesoro enterrado en la bodega

Monte Falerno.
Verano del 113 a. C.

Los muros de la casa solariega, sita con austera dignidad en las laderas centrales del Falerno, parecían brotar de la misma tierra volcánica, oscura y fértil. Era una casa de labor y herencia, no de exhibición, como las villas de recreo que proliferaban en la costa. La belleza del lugar residía únicamente en su función.

Desde su posición elevada, la casa tenía una espléndida vista de las sesenta *iugera*[63] de viñedos sobre los que se enseñoreaba. Estos se extendían en hileras hacia el lejano valle, el *ager Falernus*, abonado con la sangre de romanos y cartagineses. El aire, denso y cargado de sol, olía a uvas y tierra. Sila lo aspiró hondamente y se estremeció. El valor de la hacienda se sentía no en la ostentación grosera de obras de arte, pinturas al fresco, fuentes de mármol y estatuas de bronce, que destacaban por su ausencia, sino en la compacta solidez de la tierra que pisaba.

—¿Qué te parece? —preguntó Publio a su espalda.

—No lo recordaba tan verde.

—Ya. Padre tenía muchas propiedades y ninguna estaba bien cuidada. La mayoría completamente en ruinas. Tendría que haberse deshecho de ellas hace mucho.

—Eran la herencia de nuestros antepasados —le recordó Sila—. Renunciar a ella era impensable para él.

Publio se encogió de hombros.

—Los acreedores tomaron esa decisión por mí —dijo—. Pero me han hecho un favor, ya que he podido volcar todas mis energías aquí.

Sila escudriñó el rostro de su hermano, que se había endurecido mucho en los últimos cuatro años, y lo comparó con el suyo propio. Aunque la imagen mental que tenía de sí mismo era todavía juvenil, el espejo le mostraba que sus facciones habían adoptado ya la forma que las definiría las próximas décadas, y la adultez de estas resultaba inapelable. Todo su rostro desprendía prematura seriedad. La frente era amplia y el ceño tendía a fruncirse. Las cejas rubias eran rectas y severas. Los ojos, gélidos, no reflejaban ya inocencia alguna. La nariz recta y roma sobresalía notablemente del rostro. Bajo ella la línea de unos labios finos denotaba severidad. Junto con el ceño prominente, la viril angulosidad de pómulos, mentón y mandíbula subrayaba su madurez. Tenía veinticinco años, pero bien pudiera aparentar treinta. Lo único que lo anclaba a su pasada mocedad era la resplandeciente cabellera rubia, larga como para taparle la mitad de las orejas.

Sila giró de nuevo el rostro hacia el horizonte y volvió a escudriñar con mirada torva los campos. Aquella finca era el postrero vestigio de un patrimonio mermado, el último bote salvavidas tras el naufragio de la nave. Con todo el paisaje halagüeño de viñedos salpicados de esclavos ofrecía a los Cornelios Sila una promesa de futuro.

—Nuestras tierras del Lacio y Campania… ¿Es esto todo lo que queda? —preguntó.

Publio negó con la cabeza, aunque con poca decisión.

—Hay quinientas *iugera*[64] más repartidas entre Minturnas y Túsculo, pero el beneficio que arrojan es muy inferior. Las viñas son el cultivo más rentable, con diferencia. Cada *iugerum* da ochenta ánforas en promedio, y un ánfora de cualquier vino se paga a quince sestercios, mínimo. Pero este no es cualquier vino, es vino de las laderas centrales del Falerno. Puede que no sea tan caro como los importados de Grecia, pero ya conoces el dicho del poeta: «Quinque Thasi vini depromam, bina Falerni».[65]

—¿De cuánto es el beneficio neto? Entre esto y lo del Lacio.

—Treinta y cinco mil las viñas y setenta y cinco mil todo lo más.

Ciento diez mil sestercios de los que Sila no veía ni la décima parte. Puede que con esas rentas su hermano y su madrastra tampoco fuesen ricos —no desde luego para los estándares de la nobleza—, pero él era directamente un pordiosero.

—O sea —dijo tras hacer unos cálculos—, que el *iugerum* aquí es cuatro veces más productivo.

—Así es. Por eso voy a expandir los viñedos hasta las cien *iugera*. Aún queda mucha ladera por cultivar.

—Pero comprar los terrenos y los esclavos, plantar las vides, las estacas, los esquejes… Todo eso costará dinero —observó su hermano.

Publio asintió.

—Ciento treinta mil sestercios —precisó.

—¿De dónde sacas ciento treinta mil sestercios, por Hércules? No tienes liquidez para invertir.

—He pedido un préstamo.

—¿A qué interés? —preguntó Sila, que puso los brazos en jarras.

—Al seis por ciento.

—Sin ser yo experto agrónomo, las viñas no producen hasta el tercer año de plantarlas, suponiendo que tengas quien te compre la

uva en la vid, y los intereses se van sumando.

—¡Como si no lo supiera! —exclamó Publio, algo molesto con el tono paternalista de su hermano.

Sila cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bien, pues la cuestión es: ¿cuándo lo devolverás todo? ¿Cuántos años tus uvas engordarán a un usurero antes de empezar a ver tú un as?

—Planeo saldar mi deuda en cinco años.

Sila rio, condescendiente.

—Imposible, por Hércules. Tendrías que vivir con menos dinero que yo.

Publio no se dejó impresionar.

—Te enseñaré cómo —dijo.

Publio empujó la puerta de madera, pesada y encastrada en la ladera de la colina, que se abrió hacia el interior subterráneo. Los recibió una ráfaga de aire fresco, con un peculiar aroma a fruta fermentada, y el sonido de un goteo lejano.

Bajo la gruesa bóveda de piedra y ladrillo que soportaba el peso de la montaña, enormes tinajas de barro atesoraban en su interior el fruto de las cosechas más recientes. Sila se maravilló de su tamaño y siguió a su hermano hacia el fondo de la bodega, débilmente iluminado por la tenue llama de las lámparas de aceite. Allí, bajo la montaña, añadas más viejas maduraban a oscuras dentro de miles de ánforas apiladas horizontalmente en estantes de madera. A juzgar por el polvo acumulado sobre las que Publio quería enseñarle, estas llevaban allí unos cuantos años. Sobre el tapón de arcilla seca, había una inscripción: FAL OPEIMI VIII.

—«Falerno de Opimio, ocho años» —leyó Sila en voz alta.

—El año que murió nuestro padre la cosecha fue muy buena —

explicó su hermano—. Excepcionalmente buena. La lluvia descargó todo lo que tenía que descargar en primavera y el verano fue cálido y seco. Una breve helada de otoño antes de la vendimia terminó de concentrar el sabor de la uva. El mosto de ese año presagiaba un vino de calidad superior.

—Por Baco, hablas como un auténtico vinicultor —se cachondeó Sila, que vio cómo su hermano se ruborizaba.

—Aún tiene que madurar —puntualizó este—, pero son seis mil ánforas del mejor vino que probarás en tu vida.

Sila arqueó una ceja.

—¿A cuánto el ánfora?

—¿De una añada de esta calidad? La más parecida es la del consulado de Lucio Anicio Galo hace cincuenta años. El precio inicial es de cien sestercios.

Sila abrió los ojos de par en par.

—¡Cien sestercios! —exclamó.

Eso eran sesenta ases el trago. Un trago de falerno costaba cuatro ases, y ya era el más caro que se podía encontrar en las tabernas de Pompeya, como informaban las cartas de vino al viajero:

Por un as, puedes beber vino;
por dos, puedes beber el mejor,
y por cuatro, puedes beber falerno.

—Seis mil ánforas —murmuró Sila, que se desnucó para ver las filas más altas de los estantes—. Seiscientos mil sestercios…

—En cinco años habrá madurado. Con mil setecientas ánforas pagaré la deuda y los intereses.

—Y todavía quedarán cuatro mil trescientas ánforas. Cuatrocientos treinta mil sestercios —apostilló Sila.

Suficiente para hacer que un humilde *proletarius* pasara de la

última centuria a codearse con los équites.

Publio asintió.

—Pero eso no es todo. Extrapolando lo vivido con el vino de Anicio, este vino *opimiano* podría revalorizase seis sestercios al año. De aquí a treinta años una bodega de cuatro mil ánforas valdrá… más de un millón de sestercios. ¿Comprendes, Lucio? Los problemas financieros de la familia se habrán terminado.

Sila acarició la superficie polvorienta de una de las ánforas. Capital embotellado esperando la maduración perfecta. Una fortuna líquida, nunca mejor dicho.

—Este es mucho más barato —bromeó Publio en su *tablinum*, ya de regreso en la casa mientras servía a su hermano una copa de vino blanco.

Sila sonrió a medias. Su hermano abrió un cajón de su escritorio y extrajo una llave de un falso fondo. La llave abría el imponente cerrojo de un *arca ferrata* adosaba a la pared. Sila no se levantó de su asiento frente al escritorio, pero alargó el cuello tanto como se lo permitió la anatomía. De su interior Publio extrajo tres argénteos lingotes de forma trapezoidal, impresos con un sello que reconocía su curso legal, y los depositó uno a uno en el escritorio mirando hacia Sila.

—¿Qué es esto? —preguntó este sin moverse un ápice de la silla.

—Treinta libras[66] de plata.

—Eso ya lo veo, por Pólux.

—Son tuyas.

—¿Mías?

—Llega el verano, y al saber que iba a verte mi madre me pidió que te adelantase yo el pago de tu estipendio. Esto es un poquito más, diez mil sestercios. —Sonrió—. Un regalo. Te daría más, ¡no

quiero parecer roñica!, pero el resto es lo que me han prestado para expandir los viñedos.

Sila alargó el brazo para coger el lingote más próximo a él. Lo sopesó unos instantes entre las manos, y una sonrisa amarga cruzó su rostro.

—¿Qué sucede, por Hércules? —preguntó su hermano.

—*Ecce, perditio Sullarum.*[67]

Sila estalló en cáusticas risotadas, y Publio lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Diez libras de plata le costaron a nuestro antepasado el escaño en el Senado —aclaró el mayor de los hermanos tras dejar el lingote de vuelta sobre el escritorio—. Me he acordado.

—Ah, sí —repuso el menor, que se estremeció cuando recordó las severas lecciones de su iracundo padre ante las máscaras de cera de sus ancestros—: Publio Cornelio Rufino, fulminado por la austeridad de los Luscinos… Padre no se cansaba de contárnoslo.

—Para él aquel era el origen de nuestra ruina.

Publio volvió a tomar su copa con la mano y la alzó con decisión.

—¡Por el fin de la ruina! —exclamó.

—Por el fin de la ruina —lo imitó su hermano, que al llevarse la copa a los labios miraba por encima de su borde en dirección al *arca ferrata*.

Sila había reflexionado mucho en compañía de Epicado sobre la mejor manera de conseguir los cien mil sestercios que Maras Espurnio reclamaba por Metrobio. Pedir un préstamo, como había hecho su hermano, era inviable. Nadie en su sano juicio le iba a dar cien mil sestercios para comprar un esclavo y, aunque así fuera, dos tercios de su estipendio irían solo para pagar los intereses.

Descartados los prestamistas, estaba la familia. Si le pedía a su

madrastra el dinero, sería como adelantarle más de diez años de su estipendio, que estaría devolviendo durante décadas, y de todos modos era obvio que su madrastra no tenía cien mil sestercios para entregarle. Su cuñado Sexto Nonio tal vez sí, pero no se lo daría sin intereses, por más que Cornelia intercediera.

Sila se acordó más que nunca de Afranio, cuya familia poseía miles y miles de *iugera* en el Piceno y al que probablemente se le habrían caído cien mil sestercios al suelo al cambiarse de túnica. Su amigo estaba con las sombras del inframundo y ya no podía ayudarle, pero al menos le había enseñado tres o cuatro cosas relativas al dinero. El retorno económico de la agricultura era del seis por ciento, y su renta de nueve mil sestercios debía ser el seis por ciento de ciento cincuenta mil sestercios invertidos en equis *iugera* de las que su hermano había mencionado y que pertenecían legalmente a su madrastra. Si ella las vendiese, dispondría al menos de ciento cincuenta mil sestercios contantes y sonantes, pero, una vez enajenadas las tierras, no habría rentas, y Sila perdería para siempre su estipendio.

¿Estaba dispuesto a quedarse con una mano delante y otra detrás y fiar su futuro a… a qué? ¿Su éxito como escritor de farsas atelanas? ¿La generosidad de su acaudalado hermano?

No dejaba de pensar en cómo Publio disfrutaría de una vejez dorada gracias al tesoro que se había encontrado en las bodegas, criando polvo. Pensaba en eso, y en los lingotes que había visto en su caja fuerte. Ciento treinta mil sestercios en libras de plata. Bastante para comprar la libertad de Metrobio y vivir tres años más sin recurrir a su madrastra. Tiempo y recursos suficientes para empezar una nueva vida en cualquier otra parte, muy lejos. En las ricas y exóticas provincias orientales, como Macedonia, o mejor Asia, donde nunca lo encontrarían. Era una faena para su hermano, pero

en cinco años se habría recuperado. Ya tendría tiempo de ampliar los viñedos en el futuro.

Ciento treinta mil sestercios en lingotes de diez libras eran treinta y nueve lingotes. Trescientas noventa libras de peso.[68] Sila necesitó la ayuda del forzudo Tárula, equipado de alforjas como una mula, y también la de un sufrido Epicado para sacar entre los tres los lingotes de la casa en mitad de la noche. Podían alcanzar la costa a pie antes del alba y montar en un barco de pescadores, comprárselo si era preciso. A la hora de comer habrían llegado a Pompeya, y luego… Luego ya se vería.

LXI

El segundo juicio de las vestales

Roma

Hacía un calor infernal para una inquisición en mitad del Foro, pero ahí estaba el severo Lucio Casio bajo la solana, sentado en su tribunal. Imperturbable, salvo por el sudor que humedecía su amplia frente, surcada de arrugas. Las cejas gruesas se proyectaban hacia delante, ensombreciendo su mirada, intensa y penetrante, y a la vez vuelta a sus bien guardados pensamientos. Los labios, muy finos, estaban fuertemente apretados, con las comisuras de los labios ligeramente caídas, lo que daba a su rostro una expresión de amargura. El mentón cuadrado reforzaba la impresión de carácter firme e inflexible. Exactamente por lo que estaba ahí.

Los jueces, vestidos con voluminosas togas de lana y apretados en bancos de madera al pie del tribunal, lucían más descompuestos bajo el sol abrasador. Y para la vestal Licinia, sentada ante ellos, el sol era el menor de sus problemas.

La sangre del piceno Barro había aplacado a la plebe por un tiempo. Por muy poco tiempo, a decir verdad. No estaban nada contentos con que se hubiera dejado a la vestal Emilia morir por su propia mano, lejos de sus ojos chispeantes de odio y de sus voces imprecatorias.

«La plebe es una bestia que olfatea la debilidad —pensó Escauro,

que contemplaba el juicio junto con los demás senadores desde la puerta de la Curia Hostilia—. La plebe únicamente obedece a la mano que la disciplina. El menor titubeo por parte de esta cambia las tornas, y el amo se convierte en presa». Eso le había pasado a Metelo el Dalmático, que ni siquiera había hecho acto de presencia, incapaz de soportar la humillación de ser desautorizado como juez y como *pontifex maximus*.

Que el Colegio de Pontífices condenase a la vestal Emilia, en lugar de aplacar a las masas, solo las había azuzado más. Querían la cabeza de Licinia, así como la de su hermano y la del hermano de Emilia, sobre los que corrían sórdidos e incestuosos rumores. También querían sentar ante los jueces a una tercera vestal llamada Marcia. ¡Y nada de brindarles un final compasivo en atención a su buena cuna!

El fanatismo religioso sincero y el secular odio de la plebe hacia sus mejores se mezclaba peligrosamente con su sentido del espectáculo, viva y morbosamente excitado ante la posibilidad de presenciar una ejecución histórica. Todo eso querían las masas; solo tenían que encontrar a alguien que se lo diera. El tribuno de la plebe Sexto Peduceo era ese alguien. Suya fue la idea de instituir un tribunal especial presidido por el excensor Lucio Casio Longino, idea que la plebe compró con entusiasmo. Todo el mundo conocía a Casio y sabían que la draconiana severidad y la intransigencia de este juez, convencido ciegamente de su propia rectitud, precipitarían el veredicto deseado.

Escauro se estremeció al pensar que, a veces, hasta la masa sin rostro del pueblo demostraba conducirse con más inteligencia que un *nobilis* tan curtido como Casio, aunque a este siempre le hubiera gustado jugar a populismos. Y así habían llegado a esa situación, en la que el Senado debía presenciar una pantomima de juicio bajo un

sol de verano que los asaetaba a todos con sus rayos, aún más inclemente que Casio, como si, aliado con la plebe, quisiera adelantar el veredicto.

—El deber del fiscal es el de presentar los cargos. El de la defensa, refutarlos —decía casi sin aliento Lucio Licinio Craso. El primo de la vestal y abogado defensor tenía la visión emborronada por el sudor, que hacía ya mucho que había expugnado la barrera de sus cejas y le irritaba los ojos con su salitre—. El deber del testigo es decir lo que sabe o ha oído, y el del presidente del tribunal asegurarse de que cada uno cumple con lo que debe. Por tanto, Lucio Casio, si permites a un testigo argumentar y atacar mediante especulaciones, yendo más allá de lo que sabe o ha oído, estarás confundiendo los derechos del fiscal con los del testigo, darás alas a la subjetividad de un testigo deshonesto y pondrás a mi defendida en la posición de tener que defenderse dos veces. Tres, si tenemos en cuenta que este juicio se lleva a cabo con flagrante desprecio hacia el principio de *bis de eadem re ne sit actio*, entre otros.

Casio se inclinó sobre su tribunal, con la curva de sus labios mustia y amenazadora. La esbelta figura del abogado, de veintisiete años, luchó encomiablemente por no encogerse.

—Conocerás un principio superior a cualquiera, jovencísimo Craso —dijo Casio—: la majestad del Pueblo Romano, que dispuso otra cosa.

«Estoy seguro de que se cree lo que dice —pensó Escauro, mientras el populacho reunido en el Foro vitoreaba aquellas palabras —. Casio es tan profundo como un charco».

Vio entonces que Quinto Metelo se le acercaba. El *princeps Senatus* le hizo una seña para que se internasen en la curia.

—Llegan informes de mi primo Cayo. La situación en Tracia es estable, pero delicada —le informó en voz baja el hermano del

Dalmático.

Ese año, el año del consulado de Cayo Cecilio Metelo y Cneo Papirio Carbón, los magistrados duales se habían repartido sus provincias de mutuo acuerdo. El primero cruzaría el *Mare Superum* para meter en vereda a los bárbaros escordiscos y poner orden en Macedonia, el feudo de su familia. El segundo marcharía a Aquilea y recabaría información sobre una amenaza desconocida que tenía alborotadas a las tribus de más allá de los Alpes.

Escauro se mesó la barbilla puntiaguda. No había sido buena idea mandar a Cayo Metelo a Tracia. Se acordó de algo que Escipión Emiliano había dicho una vez, en Hispania, a propósito del inútil de Cayo, que servía bajo su mando: «Si la esposa del Macedónico pariese un quinto hijo, balaría como una cabra». De ahí el *agnomen* Caprario. La sonrisa que le cruzó el rostro anguloso desconcertó a Quinto.

—Dile al Dalmático que Marco Livio Druso debe ser cónsul el año que viene.

El benjamín de los Metelos lo miró con una mezcla de grata sorpresa ante la sugerencia del nombre de Druso y de extrañeza al oírlo de labios de Escauro.

—Mi hermano aún no ha decidido a quién quiere apoyar —repuso.

—Precisamente por eso te lo digo. Haremos que el Senado prorrogue el *imperium* de tu primo y mandaremos a Druso con otro ejército consular para reforzar su posición.

—Mi hermano preguntará por qué Druso. Querrá saber si tú te fías de él.

—Oh, sí —contestó Escauro—. Druso es un hombre honrado.

—Lo es.

—O lo que es lo mismo, un hombre sin imaginación. Por eso me fío.

Una cacofonía de abucheos, con los que el público pretendía amedrentar a Craso, se coló dentro de la curia procedente del Foro. El *princeps Senatus* puso cara de profundo fastidio.

—Hay que acabar con esta farsa, encontrar la forma de avasallar de nuevo a esta peste, por Júpiter.

—Y cuanto antes. O no quedará una vestal en Roma —observó Quinto, genuinamente preocupado.

LXII

La promesa de Sila

Maras Espurnio no había entregado a Metrobio con un velo azafrán, pero lo había entregado. Nadie, por rico que fuese, decía que no a trescientas noventa libras de plata que llamaban a su puerta. Y si hubiera rechazado el dinero para quedarse con su catamita, Minia Castricia probablemente lo habría estrangulado ahí mismo, en el peristilo de su lujosa casa, con el delicado runrún de la fuente de mármol para acompañar sus estertores.

El pompeyano todavía intentó retrasar la formalidad de la compra al día siguiente, pero Sila insistió en que llamase a sus testigos ese mismo día. No dejaba de pensar que ya hacía horas que Publio habría despertado, y la inexplicable ausencia de su hermano quizá lo hubiera empujado a registrar el *arca ferrata* de su *tablinum*, cuya llave guardaba en el doble fondo de su cajón, sorprendentemente mal disimulado.

No había tiempo que perder, y Sila había mandado a Epicado a patearse el puerto en busca del transporte más rápido hasta Ostia. El pequeño barco de cabotaje que los había traído a Pompeya —una nave pesquera que se habían encontrado esa mañana en la costa cuando se disponía a salir a faenar— era insuficiente para aquella travesía.

—Una nave oneraria zarpará mañana al alba rumbo a Carales, en la costa de Cerdeña —informó Epicado cuando regresó del puerto—.

El piloto dice que luego proseguirán a Ostia.

—¿A qué precio el pasaje? —demandó saber Sila.

—Veinte sestercios por cabeza, *domine*. Ochenta sestercios.

Sila le entregó al esclavo ilirio veinte denarios —Espurnio había tenido a bien cambiarle a moneda corriente diez libras de plata—, mandó a un atribulado Metrobio a hacer el equipaje y luego releyó, con los ojos encendidos por la embriaguez del vencedor, la descripción de su trofeo en las tablas de venta que Espurnio le había entregado:

> Res: Servus natione Graecus.
> Nomen: Metrobius.
> Aetas: Annos XVI.
> Statura: Pedes VI altus.
> Corpus: Libras CLX pondus.
> Crinis: Fuscus.
> Conditio: Sanus, sine vitiis notis, non fugitivus, non fur.
> Ars: Legere, scribere, cantare.[69]

Como indicaba su nombre, la nave oneraria era un bestia de carga que surcaba los mares. Su línea de flotación ocultaba un vientre de roble y brea preñado de ánforas, y su único mástil, otrora un alto pino, sostenía una gran vela cuadrangular, de lienzo remendado que se henchía con el soplo de los vientos.

La cubierta emitía quejidos de madera bajo los pies descalzos de los marineros de piel curtida y manos fuertes. La proa arremetía contra las olas con serena indiferencia, y la popa, desde donde el piloto gobernaba la nave con pulso firme, dejaba tras de sí una estela de espuma que se disolvía en el infinito azul verdoso del *Mare Internum*.

Apoyado en la baranda, Sila vio la silueta de Neápolis desaparecer

en el horizonte. No había tiempo de despedirse de Roscio, al que quizá un día volviese a ver.

Ni la comodidad ni la intimidad estaban incluidas en el pasaje. El barco tenía una eslora de sesenta pies[70] y todo el espacio estaba optimizado para transportar mercancía y beneficios. Esa noche, mientras la nave continuaba su travesía bajo las estrellas, Metrobio se apartó de los demás para acurrucarse entre bagajes, con la espalda apoyada contra la borda. No había hablado en todo el día, y Sila, que había preferido dejarlo tranquilo, empezaba a estar preocupado. Al sentarse frente a él con las piernas cruzadas, Metrobio no hizo amago de reconocer su presencia. Parecía ausente. Cuando Sila le tocó el hombro con una mano en busca de un contacto, notó que temblaba, pero no de frío.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándolo a los ojos.

El mozo despegó los turgentes labios, pero la voz tardó en trepar por su garganta.

—Yo… tenía una vida —empezó a decir, con un hilo de voz—. Puede que no fuese mía sobre el papel, pero… la había hecho mía. Tenía un amo que me mimaba, tenía ungüentos, una casa que conocía, amigos… y lo he perdido. Me has sacado de allí para meterme en este barco sin preguntarme. ¿Qué soy para ti? ¿Una dócil acémila? ¿Un podenco que te seguirá a todas partes? ¿Un juguete nuevo con el que entretenerte hasta que te canses? —La voz se le quebró antes de responderse a sí mismo—: Un esclavo…

—Te dije que te liberaría —le recordó Sila.

—¡Oh, libertad! —exclamó Metrobio con amarga ironía, extendiendo los brazos—. ¿Y a dónde iré, por Hércules? ¿Y qué sé yo de la libertad? Me has arrebatado lo poco que tenía y me has arrojado a un océano de incertidumbre. ¡Literalmente estamos en mitad del mar! ¡Yo no pedí nada de esto! Oh, dioses, ¿por qué tuve

que besarte?

—Cálmate, por Júpiter —ordenó, más que rogó, Sila.

—¡No me ordenes que me calme! —estalló Metrobio, que se incorporó en la oscuridad con los puños apretados pegados al cuerpo. Los tablones de madera de la cubierta emitieron un quejido de madera.

—Haz que se tranquilice, joven —intervino uno de los marinos, en popa—. No queremos que nos haga zozobrar.

Sus compañeros de tripulación rieron. Sila los mandó callar y a continuación, todavía sentado, extendió un brazo hacia Metrobio muy lentamente y en silencio.

El esclavo, cuyo pecho se hinchaba y deshinchaba con ansiedad, lo miraba desde arriba con ojos anegados de lágrimas. Como una fiera acorralada, dio un manotazo rabioso a la palma que Sila le tendía, lo que, en su agitación, le hizo perder el equilibrio. Debido al balanceo de la nave habría caído por la borda de no ser porque el romano, con agilidad felina, lo agarró de la muñeca y tiró de él. Metrobio cayó sobre Sila, que quedó acostado sobre la cubierta. El barco se bamboleaba y gruñía como un viejo cascarrabias.

—¡Te he dicho que tranquilices a tu esclavo! —le reprochó el mismo marinero.

—¡NO ES MI ESCLAVO! —tronó Sila, y el marino quedó mudo—. ¿Estás bien? —preguntó a Metrobio con voz sorprendentemente dulce.

Este no dijo nada. Se limitó a sorberse los mocos y volvió a acurrucarse donde antes, abrazándose las rodillas. Solo cuando el sueño lo amansó, Sila se levantó y se sentó a su lado. El esclavo, agotado, apoyó la cabeza en su hombro, y el romano, en su cabeza. Durmieron algunas horas, mecidos por el mar, hasta que los despertaron la aurora y el ajetreo matutino de la tripulación.

Propulsados por los vientos, llegaron a Cerdeña al tercer día de navegación. La isla era baja y arenosa, con su parte más alta oscurecida de vegetación. Carales, ubicada sobre una colina de suave pendiente, era un abigarramiento orgánico y denso que desconocía el plano hipodámico. La reciente herencia púnica permeaba todavía el barro y la caliza de las casas, por más que los magistrados romanos hubieran establecido su residencia en la acrópolis.

—Necesitaremos todo el día para descargar y volver a cargar la nave, así que zarparemos rumbo a Ostia mañana al alba —les dijo el piloto—. Tenedlo presente porque no os esperaremos, ni tampoco hay reembolsos.

Luego de vestirse con toga, en la que Epicado le ayudó a envolverse, Sila pidió a Metrobio que por favor desembarcase con él.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—Ahora lo verás.

Sila preguntó a unos legionarios por la ubicación del *praetorium*. Le indicaron que subiera la vía Sacra hasta lo alto de la colina que se enseñoreaba del lugar. Allí, la administración romana se había instalado en un antiguo alcázar púnico, de muros de piedra caliza y mampostería que la alborada teñía de un color rosado. A pesar de ser muy temprano, había una cola notable para cruzar bajo el rastrillo, pero vestir la toga le daba a Sila la autoridad para adelantar a cualquier no-ciudadano.

—Soy Lucio Cornelio Sila, hijo de Lucio, de Roma —dijo con decisión y muy erguido a los legionarios que guardaban la puerta, exactamente como un patricio que se sabe en su derecho—. Vengo por una manumisión.

Al oírlo, Metrobio alzó la vista del suelo y lo miró con ojos resplandecientes. El soldado que les daba el alto no dijo nada por

unos instantes, como tratando de recordar si los Cornelios Sila eran o no una familia noble. El *cognomen*, la toga y el séquito de tres esclavos, aunque reducido, lo convenció de dejarlos pasar.

El eco de sus pasos era amortiguado entre aquellos muros de piedra. Su altura resguardaba el patio interior del sol la mayor parte del día. En este patio, un olivo de ramas plateadas proyectaba una sombra escuálida sobre las aguas de una cisterna de bordes pétreos recubiertos de musgo y líquenes.

En uno de los laterales, la plataforma de madera del tribunal romano, verdadero centro de gravedad en aquel patio, atrajo sus miradas. Sobre esta plataforma descansaba una pesada mesa bien provista de pergamino, tinteros, cálamo, pesos y medidas, a la que rodeaban las sillas de varios escribas y servidores públicos. Y, por supuesto, la silla curul del magistrado.

Desde el pórtico más peticionarios hacían cola para aproximarse al tribunal. Sila no vio rastro de lictores, así que la persona que dispensaba justicia esa mañana no era el procónsul, sino uno de sus legados.

—¿Cuál es la naturaleza de tu petición? —preguntó este a Sila cuando Metrobio y él subieron por fin los peldaños del tribunal.

—La manumisión de mi esclavo.

—¿Es tu primera vez? —preguntó el legado al reparar en su juventud.

—Sí… Aunque vi a mi padre hacerlo en Roma alguna vez.

—¿Necesitas que repasemos el ceremonial?

Tras asentir, uno de los escribas explicó paso a paso la ceremonia y las palabras que cada uno debía pronunciar. Cuando tanto Sila como Metrobio estuvieron preparados, el legado dio paso al *dominus* con un gesto:

—Yo, Lucio Cornelio Sila, hijo de Lucio —empezó a decir

solemnemente mientras sujetaba a Metrobio de la mano, cuya palma notó húmeda—. He traído a mi esclavo Metrobio para liberarlo por los méritos de su leal servicio y su diligencia.

Uno de los escribas lo iba anotando todo. Luego de que el cuestor hiciera un leve gesto con la cabeza, otro de sus asistentes tomó una sencilla vara que descansaba sobre la mesa, preparada de antemano, y le tocó la cabeza a Metrobio con ella:

—Te declaro hombre libre *ex iure Quiritium*.

Sila, que todavía sujetaba con fuerza la mano de Metrobio, lo miró directamente a los ojos, en los que vio reflejados la emoción y el miedo, miedo tal vez de que él le estuviera gastando una broma cruel. Con voz firme como para disipar aquel miedo, y sin dejar de mirarlo a los ojos, dijo:

—*Hunc hominem liberum volo.*

Los párpados de Metrobio se cerraron, ocultando sus ojos verdes, y Sila notó que el mozo contenía la respiración como para atesorar aquel instante. Luego él soltó su mano, lo tomó de los hombros y lo hizo girar sobre sí mismo. Metrobio, dándole la espalda, se alejó de él un par de pasos. Y el legado, que presidía la escena, dictó sentencia con una palabra:

—*Addico.*

Adjudicado.

—Entonces ¿ya está? —preguntó el liberto a la salida del alcázar.

—Así es —le dijo Sila—. Esos escribas han anotado lo ocurrido en los archivos de la provincia, y cuando regresen a Roma lo volcarán de oficio en el censo de los ciudadanos. A partir de ahora eres Lucio Cornelio Metrobio.

Este parecía tan confundido como aliviado. Era increíble que una ceremonia tan corta pudiera otorgarle no solo la libertad, sino

también todos los derechos de un ciudadano romano. O casi todos.

—¿Y ahora?

—Ahora puedes hacer lo que quieras. Eres libre.

Metrobio frunció el ceño.

—¿Y tú? —quiso saber—. ¿Qué harás, Lucio Cornelio Sila?

Sila suspiró hondamente. Estaba agotado. Tuvo que sentarse sobre una roca en el margen del camino que bajaba desde el alcázar. Desde allí tenían una visión periférica de los techos de caliza y adobe de la ciudad, de las salinas que la rodeaban, de las playas de arena blanca y del puerto allá a su frente abrazado por dos promontorios que se proyectaban hacia el mar.

—Huiré. La plata que pagué por ti era robada. Estos dos me ayudaron —dijo, señalando a Epicado, que agachó la cabeza, y a Tárula, que no se enteraba de nada—. Así que huiremos todos.

Metrobio los miró a los tres con incredulidad.

—¿A dónde? —preguntó.

Sila se encogió de hombros.

—A Grecia. A Asia. Lo más lejos que podamos. Todavía tengo treinta mil sestercios para empezar de cero en alguna parte —dijo, y su mirada se desvió fugazmente a la bolsa que colgaba todo el rato del hombro de Tárula, mucho mejor instrumento de disuasión que un *arca ferrata*; en su interior quedaban todavía ocho lingotes y más de ochocientos denarios—. Pero antes tengo que pasar por Roma. Quiero despedirme de mi hermana melliza. Es la única persona a la que debo decir adiós cara a cara antes de desaparecer.

Metrobio no dijo nada. Se quedó muy pensativo por un rato, con el ceño fruncido, la vista clavada en el suelo de grava y los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando por fin alzó la mirada y despegó los carnosos labios, dijo:

—Iré contigo, Lucio Cornelio. ¿No es lo que hacen los libertos

romanos? Seguir a su patrono.

Sila asintió. Una velada sonrisa le cruzó el rostro antes pálido, ahora quemado por el sol.

—Entonces yo, como patrono —dijo, poniéndose en pie—, velaré por ti, Lucio Cornelio, hasta el final de mis días.

Metrobio le sonrió de vuelta. Sila le tendió la mano, y el liberto, sin dudarlo, se la estrechó.

LXIII

Karkinos

La nave oneraria volvió a cruzar el mar Tirreno, esta vez con la bodega llena de sacos de grano sardo destinado a bocas romanas, cada vez más voraces. En tres días arribaron al puerto de Ostia, sobrevolado de ruidosas gaviotas. No había grandes muelles de piedra: las naves de mayor calado fondeaban en el estuario y la carga y descarga se hacía por medio de barcazas.

Vistos desde la cubierta, los estibadores parecían hormigas que formaban una cadena desde la playa hasta los hórreos rebosantes de grano, sal y ánforas. Había eficiencia en mitad del caos.

Anochecía, así que buscaron alojamiento en una posada. Allí Sila tomó la bolsa de Tárula —que pesaba aún sus buenas noventa libras,[71] aunque el tracio la hiciera parecer ligera— y pasó a una faltriquera unos doscientos denarios, que confió a Epicado a la mañana siguiente.

—Quédate aquí con Tárula y los bultos. Busca pasaje para… ¿Atenas? —Sila miró a Metrobio buscando confirmación; el liberto se encogió de hombros con mucho encanto—. Atenas, si te parece bien.

—Siempre he querido conocer Atenas, *domine* —dijo el esclavo ilirio con un brillo en la mirada—. Pasear por los mismos bosques consagrados a las Musas que Platón y Aristóteles…

—No se diga más —lo interrumpió Sila con una palmada en el

hombro—. Negocia con algún piloto. Dispones de monedas de sobra. Comed, bebed y fornicad a mi salud con alguna puta que no les haga ascos a dos esclavos. Regresaré pronto.

En la casa de posta más cercana, Sila y Metrobio alquilaron un caballo y dejaron el puerto camino de Roma. La vía Ostiense, flanqueada de pinos piñoneros, los llevaba en paralelo al turbio y lodoso Tíber, menguado por el estiaje. A medida que avanzaba la mañana, el calor húmedo se hacía más y más sofocante.

Atravesaron la puerta Trigémina cuando el sol se acercaba al cénit. Subieron por la calle de los fabricantes de yugos y, tras cruzar el Foro, ascendieron el Argileto y el *clivus Suburanus*. Abrazado a la cintura de Sila, Metrobio, si bien fascinado por lo escarpado del Capitolio y los templos del Foro, apretaba la nariz contra la espalda del romano. El aire pesado y agobiante traía consigo la pestilencia de un millón de callejones en los que la basura se descomponía al sol.

—No me imaginaba que Roma oliese tan mal —dijo el liberto.

—Es difícil imaginarlo sin haberlo olido nunca, sí —repuso Sila, que espoleó al caballo en el tramo final.

Aquello le había hecho recordar que los ricos tenían buenas razones para abandonar la ciudad en verano. El portero de Nonio le confirmó sus temores al informarle de que sus amos no se encontraban en la ciudad, sino en Trébula Sufenas, de donde su *dominus* era originario.

—¿Dónde queda? —preguntó Sila, con el caballo cogido por las riendas.

—En las colinas de Sabino, pasado Tibur.

—¿De cuántas horas a caballo es el viaje? ¿Lo sabes?

—Si partes ahora llegarías al atardecer —dijo el portero.

Sila le dio las gracias, pero maldijo por lo bajo.

—El caballo está demasiado cansado para cargar con los dos otras seis horas —observó Metrobio, que acariciaba el musculoso cuello del animal.

—¿Eres experto en caballos, por Pólux? —preguntó Sila algo impertinentemente.

—Conocía a los caballos de mi amo en Pompeya, sí —respondió el liberto sin achantarse.

—Ya no tienes amo —le recordó Sila, que se dispuso a montar de nuevo—. Tienes que empezar a creértelo. Te lo digo en serio. Mientras que los archivos del gobernador de Carales no se vuelquen en el censo, la única prueba de tu estatus es tu actitud, tu apariencia y tus compañías. Mientras estés conmigo daré fe de que eres mi liberto, pero, si pareces un esclavo, la gente te tomará por esclavo. Y no queremos dar lugar a malentendidos que se puedan complicar —explicó mirando a los ojos a Metrobio; luego se volvió y de un salto subió a la grupa del caballo.

—Lo tendré en cuenta —dijo el liberto, con los brazos en jarras—. ¿Qué hay de tu hermana?

—Iré yo a Trébula.

—¿Tú solo? ¿Y qué pasa conmigo? —inquirió Metrobio con estupor —. ¡Acabas de decir que si me separo de ti la gente se pensará que soy un esclavo!

—No he dicho eso. He dicho que la gente se pensará que eres un esclavo si te comportas como tal. Ahora monta —apostilló, tendiéndole la mano—. Te llevaré con una amiga.

Nada más cruzar la puerta que les abrió Escirto, Sila supo que algo iba terriblemente mal. A pesar de los incensarios y flores frescas, pudo paladear la enfermedad suspendida en la densa atmósfera del familiar apartamento.

El recuerdo de la mujer de fuego y mármol se hizo añicos cuando Nicópolis salió a recibirlo. La túnica de lino que antes enfundaba sensualmente su voluptuoso cuerpo le caía en vertical de unos hombros huesudos. Su rostro mismo era una máscara de piel extendida sobre el cráneo, de una palidez mortal, casi transparente. Sus ojos, hundidos en las cuencas, eran apenas dos rescoldos del fuego perfilado en galena que una vez fueron. Su cabellera negra había perdido todo lustre hasta volverse rala y quebradiza.

Sila vio primero el fantasma de su belleza, y solo después a la mujer moribunda. Nicópolis caminaba hacia él lenta, pesadamente, levemente inclinada, como si una asimetría dolorosa tirara de la mitad de su cuerpo. Ella trató de sonreírle, un esfuerzo titánico que se frustró al reparar en la expresión de espanto del joven, reflejo de su propia demacración.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sila, que la tomó de los angulosos hombros y la hizo sentarse en el diván más cercano.

—*Karkinos* —respondió ella con un hilo de voz, al tiempo que se llevaba la mano al pecho—. Así lo llaman los griegos…

El sudor se me vierte por encima,
se adueña de mí el espanto,
estoy más pálida que la hierba
y me parece que voy a morirme.[72]

»Estoy cansada de sangrías y de cauterizaciones. Los médicos son unos carniceros —dijo y volvió su atención al muchachito griego, que, paralizado, los miraba desde el umbral.

—Este es Metrobio, mi liberto —lo presentó Sila, que alargó hacia él un brazo para invitarlo a acercarse—. Metrobio, esta es Nicópolis. Mi mejor amiga —apostilló, a la vez que la cogía de la mano huesuda. Lo hizo con mucha delicadeza, pues temió que pudiera

quebrarle las falanges.

—¿Tu liberto? —preguntó la mujer con una sonrisa grotesca, y su mirada vidriosa saltó de uno a otro mientras guardaban silencio—. Ah, ya comprendo:

> *Amar a los muchachos es algo delicioso, ya que antaño*
> *incluso el Crónida, rey de los inmortales, se enamoró de Ganimedes.*[73]

Metrobio clavó la vista en el suelo, Sila permaneció impasible, calibrando las intenciones de Nicópolis, y ninguno de los dos confirmó o desmintió nada, así que ella decidió cambiar de tema:

—¡Oh, querido! Me tienes que poner al día de tantas cosas. Te fuiste de Roma sin avisar.

—Sí, a Campania… —dijo escuetamente—. Debo pedirte un favor. Mi hermana está en Trébula Sufenas y tengo que viajar hoy. ¿Puedes acoger a Metrobio esta noche? No quiero que se quede solo. Mañana estaré de regreso al mediodía.

—¿Y luego te quedarás conmigo hasta el final? —demandó saber ella, que lo miraba a los ojos sin parpadear.

Sila permaneció callado un instante, pero asintió con la cabeza.

—Hasta el final —dijo, con total convencimiento, y Nicópolis le rodeó el cuello con los cadavéricos brazos.

—¿De verdad esperaremos a que…? —preguntó Metrobio en la calle.

—No será mucho —respondió Sila, que ajustaba las bridas del caballo luego de darle al liberto unos denarios para emergencias—. Quizá suceda antes de que yo regrese —agregó.

Por el estado de Nicópolis, era una posibilidad que no debían descartar.

—¡No digas eso, por Hércules! —le recriminó Metrobio.

El liberto lucía conturbado. Sus brazos formaron un escudo alrededor de su cuerpo, un gesto que delataba inseguridad y miedo.

Sila dio un paso hacia él.

—Mi cuñado es rico y sin duda tiene establos. El caballo podrá descansar y reponerse durante la noche. Con él fresco saldré antes del alba y estaré aquí incluso antes del mediodía —dijo, mientras le acariciaba la nuca por debajo de la media melena—. ¿Me esperarás?

—Te esperaré —contestó Metrobio.

Sila le dio un beso en la frente, justo debajo de la raya que dividía en dos cascadas simétricas su cabello, y aspiró su olor. Luego se separó de él y dio un salto para subir a la grupa del caballo.

—¡Espera! —exclamó Metrobio antes de que Sila tirase de las riendas.

El liberto se adelantó, se puso de puntillas, alzó la barbilla y cerró los ojos. Sila, sin pensárselo dos veces, se inclinó hacia él y recibió el angustiado beso que sus labios le ofrecían.

—Hasta pronto —se despidió Sila tras volver a erguirse sobre la montura.

—Hasta pronto —repuso Metrobio, con entonación de ensalmo.

LXIV

La traición de Nicópolis

A medida que la vía Tiburtina se adentraba en la campiña, la silueta de Roma se disolvía en la distancia. El aire, libre de las partículas en suspensión de sudor, especias, basura y polvo, olía a tomillo silvestre y a herbácea quemada por el sol del estío.

El sonido de los cascos del caballo repicando en la calzada era acompañado de un ensordecedor coro de cigarras ocultas en el follaje de pinos y cipreses. El aire se iba haciendo más liviano y fresco y el paisaje se elevaba a medida que pasaban las horas. La sombra de los árboles se alargaba sobre la tierra cuando el rumor del río Anio anunció la cercanía de Tibur, encaramada en una colina de travertino, con los montes de Sabino como telón de fondo.

Sila y su montura cruzaron el puente sobre el Anio y desdeñaron el camino bien pavimentado que conducía a la ciudad; en su lugar tomaron la senda que se internaba en los montes de laderas boscosas, sumidas en una fresca penumbra. A pesar del respiro que supuso la drástica bajada en la temperatura, el caballo respiraba laboriosamente, y Sila dejó que recorriese al ritmo que le placiera el último tramo del camino por collados sinuosos. El ocaso pintaba las cimas de naranja cuando al jinete divisó las finas columnas plateadas del humo de los hogares, y poco después Trébula apareció sobre una colina en lo hondo del valle. El pueblo se acurrucaba en sí mismo, rodeado de viñedos, olivares y umbrosas selvas que el

crepúsculo teñía de malva y azul.

Los munícipes más acaudalados eran los Plaucios y los Nonios, conque Sila no tuvo dificultad en encontrar la casa de su cuñado. Allí los mozos de cuadra se ocuparon de su montura, y él pasó al interior de la casa para calentarse, pues la noche era fría en los collados; por esto el abrazo de su hermana se sintió todavía más reconfortante.

—Por Cástor, ¿qué haces aquí? —preguntó Cornelia mientras todavía se mecía en los brazos de su hermano, que aspiró profundamente el olor a leña de sus cabellos rubios—. ¿Y por qué estás tan rojo? ¿Te has quemado? —demandó saber, inspeccionándole el rostro flagelado por el sol, que había empezado a despellejarse.

—He hecho un viaje por mar —dijo él para quitarle importancia, antes de volverse hacia su cuñado—. Así que este es el famoso Sexto Nonio.

—Y tú el famoso hermano mellizo —repuso el hombre moreno que le estrechó el antebrazo.

—Lamento haberme perdido la boda —aprovechó para disculparse Sila—. Nuestro padre era todo un *cunnus*, como bien sabes.

Sila cenó con ellos y jugó un poco con su sobrino, que ya tenía siete años. Sobre el fresco suelo de piedra de la casa dispusieron los soldaditos de plomo y los caballos de madera, que el niño de cabello oscuro movía con la misma concentración que un cónsul o un pretor. Justo lo que su ambicioso padre deseaba para él, si la unión de la sangre patricia y el dinero plebeyo daba fruto.

A Cornelia, no obstante, el plan urdido por su marido le era indiferente. Sentado en el suelo de terracota con la espalda apoyada en la pared, Sila se fijó en cómo su hermana miraba al niño y vio el

amor incondicional derramarse de sus ojos grises. Parecía que Cornelia tenía todo lo que quería, y eso a Sila le dio mucha paz. Por supuesto, no mencionó su inminente partida, de la que su hermana trataría de disuadirlo por todos los medios. Era mejor dejarlo así.

—¿Visitarás a Publio y a nuestra madrastra como me has visitado a mí? —le preguntó Cornelia cuando subían la escalera del primer piso. Nunca perdía la esperanza de que los cuatro volvieran a ser una familia.

—He vuelto a ver a Publio, de hecho —contestó Sila, que notó la plata de su hermano volverse más pesada dentro de la bolsa que llevaba al hombro—. Lo vi en Campania, en la casa del Falerno. Le va muy bien con los viñedos que heredó de nuestro padre, aunque las cosas se le van a complicar un poco, creo. Asuntos de negocios, préstamos e intereses. Nunca sale nada como uno lo planea —apostilló ante la mirada de extrañeza de su melliza, recordando algo que Afranio solía decir.

Cornelia empujó la puerta del dormitorio donde él podría descansar esa noche.

—Me despido ahora de ti —dijo Sila—. Mañana partiré muy temprano.

—¿No puedes quedarte más?

Sila negó con la cabeza.

—Imposible. Me esperan en Roma —contestó, lo cual era verdad.

—Visítanos más a menudo —dijo su hermana cuando se fundían en un abrazo.

Él, con la cabeza hundida en su cuello, no respondió, pero estrechó con más fuerza su cuerpo, como si así pudiera compensar estar ausente el resto de sus vidas.

Sila partió antes del alba, de manera que cruzó la puerta Esquilina

de Roma antes del mediodía, como había prometido a Metrobio. Al descender el *clivus Suburanus*, encontró el Argileto atestado de gente que bajaba en dirección al Foro.

—¿Qué sucede? —preguntó a uno de los plebeyos desde la grupa del caballo.

—Van a enterrar a dos galos y a dos griegos en el *Forum Boarium* —contestó este, a lo que Sila frunció el ceño. No había tenido lugar en Roma una ceremonia similar desde las guerras púnicas.

—¿Por qué? —inquirió.

—Por el juicio de las vestales. —La extrañeza se apoderó visiblemente del rostro despellejado de Sila, lo que pareció divertir al plebeyo—. Por Pólux, ¿es que vives bajo una piedra, amigo? —se mofó.

Sila se irguió mucho en la silla de montar, y algo en su porte y su mirada feroz hizo al plebeyo repensarse las confianzas que se tomaba, no fuese a dirigirse con impertinencia a un *nobilis*:

—Tres vestales han sido condenadas a muerte por adúlteras. El Senado, luego de consultar los Libros Sibilinos, ha mandado expiar su pecado con el sacrificio de dos galos y dos griegos. Al mediodía los sepultarán vivos en mitad del antiguo mercado de la carne.

Sila dejó al plebeyo proseguir su camino. Consideró aquello de mal agüero, así que espoleó al caballo hasta casa de Nicópolis. Tras amarrarlo a la entrada, subió las escaleras saltando los quejumbrosos escalones de dos en dos y aporreó la puerta llamando el nombre de Metrobio. Pero no fue su liberto el que abrió, tampoco el esclavo Escirto, sino la misma Nicópolis.

La esquelética figura se colgó de su cuello y le echó el fétido aliento a la cara. Él la apartó con tanta delicadeza como le permitió la repulsión física que lo embargó.

—¿Y Metrobio? —preguntó.

Nicópolis no dijo nada, y él registró la casa llamando al liberto por su nombre.

—¿Y Metrobio? —volvió a preguntar, con el pulso acelerado.

La figura cadavérica frente a él se encogió de brazos.

—Se ha marchado. Se fue en mitad de la noche. No sé dónde habrá ido, ni si volverá.

—Mentira —espetó Sila, que leyó el engaño en las esferas vidriosas del fondo de sus cuencas—. Mientes, por Júpiter. Metrobio dijo que me esperaría.

—Ah, pero ya sabes lo que dice el poeta:

> *Semejante es la conducta del muchacho y del caballo,*
> *pues este no llora a su jinete caído en el polvo,*
> *sino que, cuando está harto de cebada, carga con el siguiente amo;*
> *del mismo modo también un muchacho se enamora del de turno.*[74]

—¡No, maldita sea! —bramó él, que apretó mucho los puños.

—Si además le diste dinero, fue como dejar abierta la puerta de la jaula.

Se hizo el silencio.

—¿Tú cómo sabes que le di dinero?

El despojo de Nicópolis se hizo el remolón antes de contestar:

—Lo vi desde la ventana.

—¿Qué más viste, por Júpiter?

De nuevo Nicópolis tardó en dar una respuesta. Un torrente de rabia, pena, indignación y desespero se agolpaba en la salida de sus mermados pulmones, tras ese pecho ulceroso cuya putrefacción Sila creía estar oliendo, saboreando.

—Os vi besaros —dijo ella.

Las cuencas de sus ojos se anegaron de lágrimas, y una mueca de labios retraídos dejó ver cómo apretaba los dientes.

—¿Qué has hecho?

El alboroto que se coló por la ventana le recordó el ritual expiatorio que iba a tener lugar en el *Forum Boarium*. Sin dar pie al pensamiento racional, Sila, poseído de un miedo atroz, se zafó del peso de la bolsa de plata, cuyo contenido dejó que se desparramara por el suelo del apartamento. Sin mirar atrás se lanzó al rellano y bajó las escaleras a toda velocidad. En la calle se topó con la procesión de los plebeyos, una pompa desordenada y cacofónica, que rezumaba la banalidad de quienes consideran el sacrificio humano otra clase de espectáculo.

Sabedor de que a caballo iba a tardar más que a pie, Sila echó a correr, y empujando, embistiendo y saltando casi por encima de los viandantes consiguió abrirse camino hasta el Foro, pasó por delante del templo de Cástor y bajó por la calle de los etruscos, que discurría en paralelo a la Cloaca Máxima, hasta alcanzar el viejo mercado de la carne.

Nunca antes había recorrido aquella distancia en tan poco tiempo. Nunca antes se le había hecho tan eterna. La expectante multitud cercana al templo de Hércules señalizaba el lugar escogido para tan macabra ejecución. De nuevo Sila se abrió camino a codazos, hasta encontrarse con la escena: diez sacerdotes con la cabeza velada observaban con hieráticos semblantes cómo unos esclavos públicos terminaban de cavar las fosas en las que sepultarían a continuación a las cuatro personas que esperaban a un lado, cargadas de grilletes. Como le había dicho aquel plebeyo, se trataba de dos galos y dos griegos, o, para ser más precisos, una gala y un galo y una griega y un griego. Pero este último, que se agitaba incontrolablemente bajo el peso de sus prisiones de hierro, no era

Metrobio.

Tras un largo suspiro y llevarse la mano al corazón, la razón recuperó el control de su cuerpo y le dijo que no habría tenido sentido que lo fuera. Pero entonces ¿dónde estaba su amado?

De regreso en el apartamento, Nicópolis lo esperaba llorando en el diván. Los lingotes de plata y los denarios estaban esparcidos por el suelo, tal y como habían caído. Ella no los había tocado. ¿De qué le iban a servir?

—Te lo preguntaré una sola vez —dijo Sila, muy calmado; la clase de calma que antecede a la tempestad—: ¿dónde está Metrobio?

Nicópolis se echó a llorar de nuevo. Quiso disculparse primero, hacer que Sila entendiera que lo que había hecho había sido presa de la desesperación de verse pudrir en vida y celosa hasta el infecto tuétano de la rozagante vitalidad de los enamorados.

Él, de pie en mitad del salón, guardó silencio mientras esperaba pacientemente la respuesta a la pregunta formulada, pero su respiración se aceleraba por momentos. Nicópolis pudo ver cómo las aletas de su nariz se abrían y cerraban violentamente. Ella se sorbió los mocos y se enjugó las lágrimas con unos dedos enjutos que eran como de momia, antes de ofrecerle la respuesta:

—Ordené a Escirto que lo vendiese como esclavo —confesó y extendió las extremidades cadavéricas hacia Sila como implorando un último abrazo juntamente con su perdón.

Él se abalanzó entonces sobre ella y le rodeó el cuello con las manos, hundiéndole los pulgares en la tráquea. El único sonido que emergió de su garganta fue un gorjeo ronco, que anunció su muerte. Pero, antes de que Nicópolis dejase de existir, Sila se aseguró de que sus oídos le oyeran recitar como un poseso:

Yacerás muerta, y de ti no quedará ningún recuerdo
en los tiempos a venir, pues no tienes tu parte
de las rosas de Pieria. Vagarás desapercibida
por la mansión de Hades, entre las sombras de los muertos.[75]

El homicida pronunció aquellos versos, inspirados por un sádico genio, con espumarajos en la boca, sin aflojar su opresión del cuello de su víctima. Ambos se miraban a los ojos: los de él emitían un destello de furia y odio que eran como pavesas de una hoguera rugiente; los de ella rebosaban sorpresa y terror, luego se volvieron hacia arriba y las pupilas se ocultaron para siempre dentro del cráneo.

LXV

El legado de Nicópolis

Sila dedicó el resto del día a recorrer el mercado de esclavos del Campo de Marte, pero fue en balde. Un mozo como Metrobio iba a volar tan pronto como alguien lo subiera desnudo a una plataforma. Su única pista era el esclavo Escirto, así que decidió volver a casa de Nicópolis a esperarlo.

Había dejado el cadáver tendido en su cama, aparentando la muerte natural, o todo lo natural que puede ser la muerte de quien padece una enfermedad tan atroz. Al subir las escaleras, se encontró con que una de las muchachas que hacía la colada para Nicópolis había encontrado el cuerpo y había alertado de su muerte. Un hombre que decía llamarse Marco Estlaccio Pandoro se había presentado enseguida con un médico para certificar el fallecimiento, que todos esperaban desde hacía tiempo, y disponer las exequias.

—Hay una tumba en la vía Apia donde la esperan las cenizas de su marido y de su hijo —explicó Pandoro.

Por el *cognomen* de origen servil, era evidentemente liberto de un Marco Estlaccio, fuese quien fuese. Este hizo un gesto para que Sila y él tomaran asiento en la mesa de ébano deslucido del comedor.

—Así que tú eres Lucio Cornelio Sila.

El joven patricio asintió.

—Muy bien. En ese caso, haremos esto rápido. Además de un viejo esclavo de la familia, soy el albacea testamentario de Estlaccia

Nicópolis. No sé si sabes que ella te había nombrado su heredero universal.

Sila parpadeó varias veces antes de negar con la cabeza.

—Por Pólux, no lo sabía —contestó, mirando en dirección al dormitorio, donde se encontraba el cadáver. Su sorpresa era genuina, como pudo constatar Pandoro.

—Bueno, pues estás de enhorabuena, aunque esté mal expresarlo así en estas luctuosas circunstancias. Nicópolis era una mujer razonablemente rica, esa es la verdad. Su marido, nuestro antiguo *dominus*, le dejó cuatro inmuebles en propiedad, aquí en el Argileto y en el Aventino también, de los que percibía rentas.

—Pero son alojamientos de plebeyos, como este —dijo Sila con un desdén innato, propio de un patricio. Sin duda aquellos cuchitriles no podían dar mucho dinero.

—Oh, pero los plebeyos siempre necesitan alojamiento —le recordó Pandoro—. A quinientos sestercios el alquiler, veinte años de rentas pueden hacer muy rica a una persona, sobre todo una que era bastante ahorradora.

«¿Nicópolis ahorradora?». Sila miró a su alrededor.

Se fijó bien en los desgastados tigres y camellos de las paredes y en el ajado mobiliario. Si de verdad la finada era rica, también debía de ser cierto que era ahorradora, por no decir tacaña.

—¿A cuánto asciende el patrimonio?

—A trescientos mil sestercios, la mayor parte en metálico.

—¿Es broma, por Hércules?

—No, no es broma —respondió muy serio el liberto—. Mañana puedo volver con las tablas enceradas que contienen el testamento y los libros de ingresos y gastos para revisarlas juntos, si te place.

—Me place —contestó Sila.

Escirto no regresó a casa hasta una semana más tarde. La puerta estaba entreabierta, de modo que al llamar con los nudillos esta se abrió hacia el interior con un chirrido de bisagras.

La única iluminación del apartamento era la rendija de luz que se colaba entre las cortinas corridas.

—*Domina?* —preguntó al aire, pero nadie le respondió.

Se temió lo peor, así que cruzó el salón penumbroso y avanzó hacia el dormitorio preparado para encontrarse cara a cara con la muerte. Lo recibió, empero, la cama hecha y vacía de su ama.

—Has tardado más de lo que esperaba en gastarte los diez denarios que di a Metrobio. —Lo sobresaltó un susurro rauco al regresar sobre sus pasos.

El esclavo de rostro cetrino desenvainó un cuchillo, dispuesto a defenderse. Desde un extremo de la mesa de comedor, ocultos en las sombras del apartamento, unos ojos grises lo acechaban.

—Son ciento sesenta tragos del vino más barato; cuarenta del mejor. Supongo que prefieres cantidad a calidad.

—Soy abstemio —contestó Escirto, que reconoció la voz de Lucio Cornelio Sila. El esclavo bajó el cuchillo, pero no del todo—. ¿Y la *domina*?

—Muerta. —Sila se levantó muy lentamente de la silla. Escirto contuvo la respiración—. ¿A dónde llevaste a mi liberto?

—¿Por qué debería decírtelo?

—Porque tu *domina* me nombró a mí su heredero y ahora me perteneces. ¿Qué, acaso creías que te daría la libertad como parte de sus últimas voluntades? —inquirió al reparar en la expresión conturbada del esclavo—. Te lo advierto, si no me das respuestas, ejerceré mi derecho de propiedad hasta las últimas consecuencias: te descuartizaré poco a poco, empezando por los dedos de las manos y los pies uno a uno, y luego arrojaré tus pedacitos a la

Cloaca Máxima.

Escirto volvió a levantar cuchillo, que arrojó un destello mortal:

—Inténtalo, por Hércules.

Antes de que terminara su amenaza, el musculoso Tárula se abalanzó sobre él. Había estado esperando en una habitación contigua, tras la cortina que colgaba del dintel y a la que Escirto daba la espalda. Durante el breve forcejeo, el cuchillo cayó al suelo con un tañido metálico.

—¡Está bien, está bien! —suplicó el esclavo de rostro cetrino al verse reducido por la fuerza del tracio—. Te lo diré todo, por Júpiter.

Sila se acercó lentamente, como el tigre de pintura agrietada que acechaba al venado en la pared de detrás de él, y recogió el cuchillo del suelo.

—Te dejaré las cosas claras desde el principio —empezó a decir, acariciando el vientre de Escirto por encima de su túnica con la punta del cuchillo—. Sírveme o traicióname, pero estate seguro de esto: hagas lo que hagas, siempre te daré tu merecido. ¿Has comprendido?

Una perla de sudor le corrió al esclavo por la sien.

—Lo comprendo…, *domine*.

LXVI

La deuda de Sila

El portero le hizo esperar en el vestíbulo mientras iba a buscar a la *domina*. Un instante después Sila escuchó pasos acercarse, y en el umbral apareció su madrastra. Al verlo, el rostro quincuagenario de ella se descompuso con una mezcla de sorpresa, preocupación y una antigua tristeza.

—Lucio… —musitó.

Le costaba reconocer al hombre curtido, alto y de anchas espaldas que permanecía de pie e inmóvil frente a ella, pero su cabello rubio y sus ojos grises eran inconfundibles.

—Te has mudado —observó él con voz áspera, antes de tragar saliva.

En la puerta de la casa de la Subura, un esclavo le había indicado que su madrastra vivía desde hacía un año en el Cérmalo, un selecto barrio en la ladera occidental del Palatino. Un cambio radical a mejor, quizá motivado por el descubrimiento de la fortuna que maceraba en ánforas de barro bajo la ladera del Falerno.

Sila parecía contener la respiración. Tárula arrastraba tras él un pequeño carro de transporte de mercancías; el esclavo tracio descargó tres pesadas arquetas que depositó con un golpe sordo en el suelo de mármol del atrio. Sin mediar palabra ante la expresión de extrañeza de su madrastra, Sila se sacó por encima de la cabeza un collar del que colgaba un juego de llaves antiguas. Con ellas abrió

cada una de las arquetas, que revelaron un contenido de lingotes de plata, apilados con precisión.

—¿Qué significa esto, hijo?

«Hijo». Aquella palabra dio un vuelco al corazón de Sila.

—Imagino que no has hablado con Publio recientemente.

—No desde que dejó Roma para instalarse en la villa de Falerno durante una temporada.

—Bien. Esto son trescientas noventa libras de plata que… *tomé prestadas* de Publio hace unas semanas, más otras sesenta por las molestias. En total, ciento cincuenta mil sestercios. Agradecería que se los hicieras llegar. Los habrá echado muy en falta. Dile de mi parte que nunca se separe de las llaves de un *arca ferrata*.

Su madrastra se llevó una mano a los labios al entender lo que insinuaba.

—¿Por qué no recurriste a mí? —demandó saber, con genuina preocupación en su mirada—. Si estabas en apuros podías haberlo hecho…

—¿Tú tenías cien mil sestercios en tu monedero para darme?

—No —admitió ella.

—Pues ya está.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué llegaste a ese extremo? ¿Qué pasó, por Cástor?

Ella le tomó el rostro entre las manos. Él se permitió apoyarse en el suave tacto de sus manos. El recuerdo de Metrobio lo torturaba, pero decidió no compartir su dolor.

—Eso es cosa mía —murmuró, antes de apartarse lentamente—. Baste decir que era una urgencia. Házselo saber a Publio, si todavía no me ha denunciado al prefecto de Capua. Dile que lo siento de veras.

Sila hizo el amago de irse, pero ella tiró con delicadeza de la tela

de su túnica.

—No te vayas. Quédate. Toma asiento y hablemos, hijo.

—No soy tu hijo —repuso él con un nudo en la garganta.

Ella no se achantó.

—Cuando me casé con vuestro padre, tu hermana y tú erais poco más que bebés, con cabellos rubios ensortijados, resplandecientes como un trigal al sol —dijo ella mientras le peinaba el flequillo con los dedos—. La primera vez que os vi pensé inmediatamente en Diana y Apolo. ¿Cómo no iba a enamorarme de vosotros? El corazón siente verdades que la razón no entiende. Eres mi hijo porque así lo siento, Lucio.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Sila, empañando la visión de sus pupilas bordeadas de gris.

—No puedo quedarme —dijo, con un hilo de voz—. Debo hacer un largo viaje y no sé cuándo regresaré —se sinceró.

Su madrastra emitió un suspiro apesadumbrado, pero no renunció a la esperanza de volver a ser una familia. Nunca lo haría.

—Búscame a tu vuelta —le dijo mientras sujetaba las manos de él entre las suyas.

Sila permaneció en silencio por un instante, hasta que la férrea coraza que había llevado durante ocho años terminó de resquebrajarse.

—Lo haré —prometió y se fundió en un abrazo con su madrastra.

LXVII

Sicilia

Panormo

Los vientos etesios permitieron a Sila hacer la distancia que separaba Ostia y Panormo en menos de tres días, exactamente como le había pasado a Escirto. Si la isla de Delos no estuviera a un océano de distancia, Nicópolis habría ordenado a su esclavo deshacerse de Metrobio directamente allí. Tuvo que conformarse con Sicilia en la esperanza de que el liberto acabara haciendo el mismo periplo que ella, solo que en sentido inverso.

En los hórreos cercanos al puerto, junto con la pesca de ese día, se hacinaba la mercancía humana. Un millar de esclavos se subastaba sobre plataformas de madera, a menudo atados de pies y manos y hasta amordazados. El sol de mediodía, blanco y furioso, abrasaba su piel y calentaba los grilletes que los aprisionaban. De sus cuellos colgaban las tablas con sus nombres, sus defectos, sus habilidades y su precio. Entre sus cuerpos desnudos pululaban, como moscardones, los traficantes, que pregonaban a voz en grito un catálogo de virtudes y talentos: «¡Este, este es fuerte para el campo! ¡Este es versado en las letras griegas! ¡Este es un joven y leal sirviente! ¡No huidizos, no ladrones!».

Metrobio, así expuesto, no habría durado mucho antes de que alguien lo comprase. Sila, vestido con toga, apretó los puños. A su

lado caminaba el silencioso Tárula, así como Escirto, que trastabillaba aherrojado de pies y manos. El esclavo de piel cetrina había malvendido a Metrobio a un traficante llamado Hermias Macrón. El sobrenombre de Macrón era un mote chistoso, como se hizo evidente en cuanto Escirto lo identificó: Hermias se movía como una pulga sobre la plataforma desde la que vendía esclavos al por mayor. Los cuatro mechones grasientos que le quedaban sobre la cabeza los tenía peinados de una oreja a otra por encima de la calva. El sudor le corría a mares por la frente.

Sila y sus esclavos se le acercaron al terminar la subasta. La rabia que ardía tras los ojos gélidos del togado irradiaba un aura de peligro que puso sobre aviso al traficante antes incluso de bajarse de la plataforma.

—¿Quién va? —preguntó.

—Me llamo Lucio Cornelio Sila. Hace un *nundinium* este hombre —señaló a Escirto, que permanecía cabizbajo— te vendió un muchacho llamado Metrobio.

La cara de Hermias se crispó al reconocer a Escirto. El traficante hizo un asqueroso sonido de mocos que ascienden por la garganta antes de escupir al suelo.

—Compro y vendo cientos de esclavos al día, por Júpiter —dijo—. No esperarás que me acuerde de todas las transacciones.

Las aletas de la nariz de Sila se abrieron con furia contenida.

—Dieciséis años, de origen griego, moreno y muy guapo. Sabe leer, escribir, cantar y habla latín, griego y osco. Era un mozo digno de servir como copero en una buena casa. Sé que lo compraste por una migaja de lo que valía, casi regalado. Si no lo recuerdas a él, estoy seguro de que recordarás el beneficio que ganaste.

Hermias se cruzó de brazos.

—¿Y qué?

Sila, cansado del tira y afloja, dio un paso hacia Hermias.

—Se lo compré a Maras Espurnio de Pompeya y lo liberé en el *praetorium* de Carales. Si me dices a quién se lo vendiste, no te denunciaremos al pretor por traficar con ciudadanos romanos a sabiendas.

Su voz rauca terminó de poner los pelos de punta al traficante siciliota, que descruzó los brazos e, inclinándose hacia atrás, interpuso las palmas de las manos en un gesto conciliador.

—Eh, eh, no tan rápido, por Hércules. Yo no sabía que fuese ciudadano romano…

Sila, poco interesado en sus excusas, dio otro paso más hacia el diminuto Hermias. Al bloquear el sol, su figura proyectó una amenazadora sombra sobre el traficante.

—Quiero a mi amigo de vuelta —declaró—. Tú lo esclavizaste. Devuélvemelo o…

—¡Vale, vale! Ya me acuerdo del mozo —dijo y dirigió una mirada oblicua a Escirto.

—¿Recuerdas a quién se lo vendiste?

Hermias asintió. El comprador se llamaba Dión, de Bidis, una ciudad en el lado oriental de la isla, a un día de caminata de Siracusa. Dión era un intermediario, dedicado a adquirir esclavos en los puertos más lejanos y acercárselos a terceros que pudieran estar interesados en la mercancía. Por tierra o por mar, eran varios días de viaje los que los separaban de Bidis, y Sila se acarició el mentón ponderativamente. Luego tomó la llave de los grilletes de Escirto y liberó al esclavo, que se masajeó con alivio las muñecas enrojecidas. Llevaba aherrojado desde que salieron de Roma.

—Tu deber como esclavo era obedecer a Nicópolis, por eso no te he hecho responsable de tus actos, aunque he estado tentado… —dijo Sila, que chasqueó la lengua tras los dientes—. Ahora me

obedecerás a mí. Ayúdame a reparar el daño que me has hecho. De lo contrario… Bueno, algo me darán por ti en este o en cualquier otro mercado —apostilló, al tiempo que barría a Escirto con una mirada displicente—. No puedo prescindir de servidores en estos momentos, pero te lo advierto: no me tientes. Estoy seguro de que esa escoria de Hermias Macrón conoce alguna mina de esclavos famosa por su alta tasa de mortalidad.

Escirto tragó saliva. Su mirada dio a entender que aquello no sería necesario.

LXVIII

Los planes de Jugurta

Numidia

Un brasero crepitaba en el interior de la tienda de mando, pues la noche en el desierto era fría. Una concubina de piel azabache dormitaba sobre las mantas revueltas de un lecho de campaña. El rey Jugurta, acuclillado y vestido con ropas negras, sostenía un puñal entre las manos.

Mientras jugaba con este, observaba con sus ojos ladeados de párpados gruesos un mapa de Numidia, tal y como los romanos, con Lucio Opimio como voz cantante, la habían repartido cuatro años atrás: la mitad oriental del reino, pegada a la provincia romana de África, para su primo Adérbal; la occidental, pegada a Mauritania, para él. Los montes Aurasios marcaban la frontera.

Si Adérbal hubiera sido mínimamente inteligente, habría insistido a su amigo Opimio para quedarse la parte occidental; así Jugurta tendría que defenderse de él por el oeste y por el este de los romanos. Pero ninguno había objetado nada a aquel reparto: Adérbal quería la mitad limítrofe a la provincia romana, la más abrupta y también la mejor dotada de fortificaciones; Jugurta aceptaba de buen grado los territorios abiertos y salvajes del oeste, ricos en hombres que sumar a su causa. En la preferencia de cada uno se revelaban sus caracteres opuestos: Adérbal planeaba para la

defensa y la huida; él, para la conquista.

—Mi primo y yo somos demasiado diferentes —dijo, aún en cuclillas, cosa que hacía a menudo cuando quería meditar—. Por eso mi ardid no ha salido como esperábamos.

—¿Mi señor? —inquirió Bomílcar, que se debatía para no posar la vista sobre los pechos de ébano de la concubina, que subían y bajaban al compás de su respiración, una suerte de plácido ronroneo.

Jugurta alzó la cabeza y miró a su lugarteniente con ojos tristes. Bomílcar era un númida de clara ascendencia cartaginesa, con el rostro oliváceo y cabello y barba rizados.

—Jamás entenderemos los pensamientos del otro —explicó el rey —. Ni él los míos ni yo los suyos. Yo había creído que, si algunos de los nuestros penetraban en su territorio, incendiaban unas pocas aldeas y regresaban con unos centenares de cabezas de ganado como botín, Adérbal se vería obligado a declararme la guerra. Pero es demasiado cobarde, Bomílcar… Se contenta con enviar emisarios para protestar airadamente. Los emisarios regresan llevándole mis insultos. Y ni así responde como se esperaría de un rey. Ni siquiera como se esperaría de un hombre, si me apuras.

—Tenéis razón, mi señor. Es un cobarde.

Jugurta se incorporó y enfundó el cuchillo. En ese momento, una tercera figura, morena y de ojos rapaces, se internó en la tienda. Se trataba de Aspar, el embajador del rey en Roma.

—Mi señor —dijo, al tiempo que efectuaba una pronunciada reverencia.

El rey despertó bruscamente a la concubina.

—Largo —le dijo.

Ella obedeció tras recoger sus ropas del suelo a toda prisa y cruzó la tienda dando pequeños saltos como un gamo.

—¿Qué noticias traes, Aspar? —inquirió Jugurta entonces mientras se calentaba las manos en el brasero.

—Las mejores, mi señor —respondió el diplomático—. Uno de los cónsules ha sufrido una derrota aplastante en los Alpes.

—¿Cómo? ¿A manos de quién?

—Han tenido que ser los celtas —aventuró Bomílcar.

Aspar negó con la cabeza.

—Se trata de una nueva tribu que viene de más al norte. Los rumores hablan de un agresor que baja de las montañas al amparo de una espesa bruma, que desprecia caminos y sendas, y surge de lo más denso del bosque para caer sobre las aldeas. Sus cánticos de guerra recuerdan el bramido del trueno que reverbera en las cumbres. Toman para sí ganado, caballos y esclavos, e incendian todo lo demás.

—¿Tienen nombre?

—Los romanos los llaman *cimbri* y *teutones*. Cada uno es grande como un oso y tienen pelo y barbas rojas.

—A mí eso me suena a cuentos de viejas —espetó Bomílcar, y Aspar le devolvió una mirada despreciativa.

—Lo que importa —dijo el emisario— es que más de la mitad de aquel ejército consular ha sido aniquilado y la otra mitad huyó por el campo de batalla en pequeñas bandas, dispersa y rota la legión. Mientras tanto, el segundo cónsul está enredado en otra guerra contra los tracios, a seis mil estadios de aquí.

—Dicho de otro modo —tradujo Jugurta para conveniencia de Bomílcar—: es el momento de atacar.

LXIX

Siracusa

Siracusa

El perfil de Siracusa era el de una gran metrópoli, como no había otra en la Magna Grecia. Los tejados de terracota sobresalían por encima de los muros de Epípolas, el barrio más moderno. El núcleo de la Siracusa primitiva era la isla de Ortigia, que estaba unida al continente por un puente de piedra, un estrecho cuello de ánfora vigilado por torres defensivas, que convertían la isla en una ciudadela inexpugnable. Allí se encontraban la residencia del gobernador, los templos de Atenea y Ártemis y la fuente de Aretusa.

Esta última era un corazón de agua dulce que latía a escasos pasos del océano, resguardada por un dique. Sus aguas eran límpidas, llenas de carpas, con un pequeño islote de palmitos y papiros en su centro. Junto a ella, apoyado contra la baranda del muro bajo que servía como mirador, Sila apretaba las mandíbulas.

Él, Escirto y Tárula habían viajado a Bidis en busca de Dión, pero el traficante de esclavos estaba muerto: se había partido el cuello al caerse del caballo. Metrobio no se encontraba entre los esclavos que languidecían en sus ergástulas. Dión lo habría vendido antes de morir, pero sus archivos, que la viuda dio a Sila permiso para consultar, no registraban tablas de venta con el nombre de Metrobio. Era posible que la muerte sorprendiera a Dión antes de actualizar su

archivo, o que Metrobio fuese objeto de una transacción informal, como regalo a alguien, por ejemplo.

A pesar de aquel revés, Sila se había propuesto encontrarlo a toda costa, pero lo lograría antes si contaban con ayuda oficial, de ahí su visita a Siracusa. El *praetorium* del gobernador romano se ubicaba en el antiguo palacio del tirano Hierón. La sala de audiencias era digna de un monarca helenístico, adornada con estatuas de los dioses fundidas en bronce por los principales escultores de Grecia, bustos de mármol de Paros y tablas pintadas con retratos de todos los tiranos de Siracusa.

Había recibido a los peticionarios el cuestor Manio Aquilio Floro. Su padre había sido cónsul dieciséis años antes, y Aquilio escuchó la denuncia de Sila con la arrogancia de pertenecer a una familia nobiliaria que gozaba de influencia y poder.

—Lucio Cornelio, ¿sabes cuántos esclavos hay en Sicilia? —había preguntado desde la silla curul. Sila no hizo amago de responder, consciente de que la pregunta era retórica—. Lo que pides es que el pretor busque una aguja en un pajar. No, peor aún: un grano de arena concreto en la playa.

La postura del cuestor, con el codo apoyado en el reposabrazos de marfil y el puño hundido en la mejilla, traicionaba su desidia. A su lado, inclinados sobre un escritorio, los escribas rascaban con la punta de los estilos la superficie encerada de sus tablillas. Tras ellos, una estatua de Marco Claudio Marcelo, espada de Roma, conquistador de Sicilia, presidía la escena.

—Metrobio no es una bestia de carga, no está hecho para el trabajo pesado —había insistido Sila—. Es un muchacho refinado, educado, políglota. No será uno de los cientos de miles de braceros empleados en los campos, sino esclavo doméstico de una familia aristocrática en el oriente de la isla, mucho más fácil de ubicar…

—Esto son cuitas de naturaleza privada —lo interrumpió el cuestor —. ¿Queréis que la administración de esta provincia se rebaje a buscar un esclavo extraviado?

—¡NO ES UN ESCLAVO! —había vociferado Sila, lo que hizo a Tárula y Escirto dar un respingo tras él y detuvo por un instante el rascar la cera de los funcionarios—. Es un ciudadano romano bajo mi protección que ha sido secuestrado y vendido contra derecho. Esto es un delito tipificado por la *lex Fabia de plagiariis* aprobada en el año del consulado de Quinto Fabio Labeón y Marco Claudio Marcelo, hijo de ese mismo Marcelo —había apostillado, y señaló con el codo muy recto la estatua de bronce tras los escribas y el cuestor—: «Qui hominem ingenuum vel libertinum invitum celaverit invinctum habuerit emerit sciens dolo malo…».[76] He venido a denunciarlo ante el pretor, por Júpiter.

Manio Aquilio, poco impresionado con que Sila hubiese buscado consejo legal, se había inclinado hacia delante, agarrado a los reposabrazos de marfil.

—Hoy yo soy el pretor —había declarado, a la vez que atravesaba a Sila con una mirada torva—. Roma está en crisis. El ejército consular que debía guardar la entrada a Italia ha sido derrotado por unas tribus norteñas, Cayo Metelo mantiene a raya solo por ahora a los bárbaros escordiscos, y de África nos informan de movimientos de tropas en el reino de Numidia. Toda la administración de Sicilia espera órdenes del Senado. Tu denuncia ha sido registrada y se tramitará cuando otros asuntos de mucha mayor urgencia lo permitan. Ahora retírate —había sentenciado al tiempo que movía una mano como el que espanta moscas.

—*Cunnus!* —maldijo Sila, que estrangulaba la baranda de hierro de la fuente como si se tratase del cuello de Aquilio.

—Tenemos la lista de nombres —le recordó entonces Escirto, pues

le convenía dar esperanzas a su *dominus*.

En efecto, no habían dejado la casa de Dión en Bidis sin un listado de sus clientes.

—Lista larga —observó Tárula en latín.

El tracio tenía razón. Dión abastecía de esclavos a muchas personas del oriente de la isla. Metrobio podía estar en cualquier ciudad a ese lado del Etna.

—Sí, Tárula, la lista es larga —reconoció su amo—. Será mejor que nos pongamos con ella ya. No descansaré hasta que Metrobio aparezca —agregó, y en sus ojos grises ardió una fatídica determinación.

LXX

El regreso de Mario

Insula Gaditana, anno DCXLII ab urbe condita.
M. Livio Druso et L. Calpurnio
Pisone Caesonino consulibus[77]

El templo de Hércules Gaditano se alzaba en el borde mismo del mundo, donde la lengua de arena se rendía al mar. El estruendo del Atlántico subía y bajaba con las olas que lamían la orilla tostada por el sol. Su aliento, húmedo y salado, era arrastrado por un fuerte viento de poniente, peinando los arbustos de lentisco que se aferraban a las sinuosas dunas con desesperación.

Allí, en aquel último suspiro de tierra, Cayo Mario aguardaba a que su sucesor desembarcase de la nave que lo había traído a Hispania. Lo flanqueaban su hermano Marco y su sobrino Lusio. La guardia de várdulos permanecía en segundo plano; la postura de estos bárbaros hispanos no era la del rígido legionario romano, sino una calma atenta, de ojos entornados y manos que descansaban sobre el pomo de los gladios.

Los pies de Lucio Calpurnio Pisón hijo imprimían hondamente la huella de sus cáligas al acercarse por la playa, seguido de cerca por sus hombres de confianza, la *cohors amicorum*.

—*Salve*, Cayo Mario —dijo muy ceremoniosamente—. El Senado y el Pueblo Romano me envían.

—*Salve*, Lucio Calpurnio. La Hispania Ulterior está en orden y en paz.

Ambos comandantes se estrecharon con fuerza el antebrazo en señal de reconocimiento, y con ello sellaron el relevo.

—Sé que mi padre y tú no habéis sido precisamente amigos —le habló Pisón en confianza mientras ambos caminaban por la playa.

Aunque los seguían sus compañeros, el rugido del Atlántico les proporcionaba cuanta discreción precisaban.

—No, no precisamente —admitió Mario, que se acordó del rostro adusto de Pisón el Frugal reprendiéndole desde su escaño.

—A menudo esas rencillas que se forjan en la curia se trasladan a los campamentos. Me preocuparía enfrentarme a mezquinas zancadillas durante la toma de posesión —le advirtió Pisón muy seriamente.

Mario detuvo la marcha para mirarlo a los ojos.

—Joven Pisón, todos estamos aquí para servir a Roma. Tienes mi palabra de que ningún hombre que haya servido bajo mi mando te dará el más mínimo problema. Y, si así fuera, tienes mi adhesión incondicional para que lo castigues como se merece. No está la cosa para que andemos poniéndonos zancadillas entre nosotros.

—No, no lo está —corroboró Pisón escuetamente, y reanudó la caminata con las manos cruzadas tras la espalda.

—La situación… ¿es más o menos grave que lo que dicen los despachos? —inquirió Mario.

—Metelo Caprario y Marco Druso combaten a los escordiscos en Tracia. Los dioses no han querido que cimbros y teutones crucen los Alpes, pero campan a sus anchas por la Galia, alterando a las tribus y poniendo en riesgo la colonia de Narbo y a nuestros aliados.

—¿Y en África?

—Se dice que Jugurta ha derrotado a su primo Adérbal en batalla

y que lo tiene sitiado en Cirta. Tal vez tú, por proximidad, tengas mejor información.

—Lo mismo hemos oído en Hispania.

—Si es cierto, es un incumplimiento flagrante del tratado que Jugurta firmó con Roma hace cinco años. El Senado envió una legación a Numidia tan pronto como se abrió la temporada de navegación.

—¿Quiénes son los embajadores?

—Cayo Memio, Cayo Bebio y Aulo Manlio, los tres de rango cuestorio.

Mario tuvo que hacer un esfuerzo para poner cara a aquellos hombres. A Memio no hubo manera, o sea, que habría sido elegido cuestor después de que él dejara Roma. «Cachorros —dijo para sus adentros—. Los párvulos del Senado. Y ninguno de familia ilustre, conque…».

—Esperan que Jugurta se les mee encima y no quieren mandar a nadie importante para que el insulto no parezca tal —pensó Mario en voz alta.

—Así es —reconoció Pisón.

LXXI

El consejo de Roscio

Siracusa.
Primavera del 112 a. C.

—El pretor está en una misión.

Sila escudriñó las facciones de este nuevo cuestor. Era un Servilio, pero no uno de los más aristocráticos Cepiones, sino un Servilio Vatia, que se jactaban de haberse pasado de los patricios a la plebe. Con todo, bajo su afección de plebeyez latía la misma altanería.

«Nueva administración, idéntico desdén», se dijo Sila, que llevaba un rato sentado en los escalones del templo de Atenea. Tras él, devotos y sacerdotes cruzaban constantemente unas enormes puertas de bronce, con espléndidos batientes crisoelefantinos.

Roscio, al que había sumado a sus esfuerzos, le acariciaba con visible preocupación los mechones rubios de la nuca, mientras Tárula y Escirto, de pie en los escalones, temían la rabia contenida tras su hieratismo. Casi un año después de empezar a rastrear los clientes de Dión, no habían conseguido dar con Metrobio. Lejos de mostrarse cooperativos, a menudo debían enfrentar la hostilidad de los amos. Sila se dio cuenta rápidamente de por qué: ¿qué pasaría si se corría la voz de que Dión de Bidis compraba y vendía hombres libres? Todos los esclavos que hubieran pasado por sus manos jurarían haber sido vendidos contra derecho, y ello supondría un

gran quebradero de cabeza a sus amos. Era mejor darle a Sila con la puerta en las narices.

El patricio se acordó de repente de Sexto Pompeyo y de cómo los picenos estaban obligados a besar el suelo que pisaban sus pies. Si él fuese alguien, los siciliotas, para empezar, dejarían de ofrecer resistencia y se plegarían a sus pesquisas. Y estaba seguro de que la administración se mostraría mucho más colaborativa. Pero no era nadie.

Sila suspiró con abatimiento mientras se abrazaba las rodillas:

—Jamás lo volveré a ver, ¿verdad? —preguntó.

—No digas eso —trató de animarlo Roscio, que se apretó más contra él.

—Soy un *privatus*, un particular. No tengo capacidad de obligar a nadie y estoy a merced de la indolencia de otros —le recordó Sila, que señaló con desprecio la fachada del palacio de Hierón, reconvertido en *praetorium*.

—Sí, tienes razón, eres un *privatus* —reconoció Roscio—; tendrás que remediarlo.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que no recuerdas tu promesa?

—Que siempre seré tu amigo.

Roscio pareció halagado y a la vez contrariado, tanto que le dio a Sila una suave colleja en su cogote rubio, como para incitarlo a recordar.

—¡La otra promesa! ¿Tan borracho estabas que no la recuerdas? Me prometiste que llegarías a pretor. ¿Qué te parece pretor de Sicilia, como tu abuelo?

Sila se carcajeó, pero su amigo no estaba de broma. A decir verdad, el semblante de Roscio había adoptado la sombría severidad del más serio de los arúspices.

—¿Quieres salvar a Metrobio? ¿Quieres que esta provincia te respete y te obedezca? —insistía—. Entonces, Lucio Cornelio Sila, ¡cumple tu destino!

LXXII

La audiencia con Jugurta

Útica.
Verano del 112 a. C.

El salón estaba flanqueado por hileras de columnas tras las que se extendían las naves laterales propias de cualquier basílica. Los rayos del sol se colaban en el interior por una claraboya en el techo e iluminaban la tarima del tribunal, donde tres figuras togadas esperaban en silencio.

La primera embajada no había surtido efecto. Los tres legados llegaron a Cirta, erigida sobre imponentes acantilados de pronunciada escarpadura, y contemplaron los manteletes, las torres de asedio y toda clase de máquinas de guerra. No pudieron entrevistarse con Adérbal, aunque Jugurta les prometió mandar a su embajador a Roma para dar cuenta al Senado de todo lo sucedido.

Tan pronto como los tres legados hubieron levado anclas, se recrudeció el asedio, que ya duraba cinco meses. El tiempo que había ganado era precioso, y Jugurta puso todo su empeño en que la ciudad cayese de una vez. Pero Cirta demostraba ser inexpugnable; únicamente caería cuando se agotase el agua de sus numerosas cisternas.

Tampoco pudo evitar que dos agentes de su primo se descolgasen por el acantilado y, tras una jornada de caminata, alcanzasen la

costa de Rusicade, donde se hicieron a la mar. Llevaban consigo un mensaje de Adérbal que causó un enorme revuelo en Roma: Jugurta había quebrantado el tratado al agredir a su primo, un rey amigo de Roma. ¿No iban a tener consecuencias su audacia y su mala fe?

Por fin el pregonero anunció la entrada del rey Jugurta de Numidia. La figura vestida de negro del númida traspasó el umbral del salón de audiencias con decisión y avanzó con grandes trancos hasta el pie del tribunal.

—Marco Emilio Escauro —dijo, pronunciando el nombre completo del jefe de la embajada con un susurro rauco, la única voz que sabía poner cuando quería ser algo parecido a melifluo—. El Senado me honra al enviarte a ti, su cabeza de lista.

—¿Así es como lo ves? —repuso sarcásticamente Escauro, que ocupaba la cátedra central. A su derecha estaba sentado Quinto Cecilio Metelo, y a su izquierda, Espurio Postumio Albino, un senador *optimas* aliado suyo.

Jugurta y el *princeps Senatus* se sostuvieron la mirada por un instante, sondeándose el uno al otro.

—Te hemos convocado a Útica, Jugurta, hijo de Mastanábal, para que des cuenta de tus graves crímenes.

—¿Crímenes? ¿A qué crímenes os referís? —preguntó el númida; sus ojos de párpados gruesos fingieron sorpresa.

—Has quebrantado el tratado firmado con nuestro predecesor, Lucio Opimio. Has atacado a tu primo, el rey Adérbal, al que tienes sitiado en Cirta en estos momentos. Has desobedecido a los embajadores mediante los que el Senado te ordenó poner fin a esta guerra —enumeró Escauro, cuya voz, que reverberaba dentro de la basílica, se elevaba en un crescendo amenazante.

—Si se me permite defenderme —lo interrumpió el númida, que se llevó una mano al pecho—, os diré que nada hay más digno de mi

estima que los designios del Senado. Tú, Escauro, sabes de primera mano que desde muy joven yo no he hecho sino esforzarme por merecer la aprobación de vuestros líderes. Sabes que fue por mis méritos, no con malas artes, que me gané a Escipión Emiliano. Por mis méritos fui nombrado heredero por mi tío Micipsa, y desde entonces arrostro grandes peligros. —A pesar de su acento, Jugurta había llegado a dominar el latín y tenía suficientes conocimientos oratorios para defenderse—. Hiémpsal me amenazó de muerte, todo el mundo lo sabe, y desde hace años afronto las asechanzas de Adérbal. Si la situación ha llegado a este extremo, mis señores, es por pura autodefensa, y en esto creo que me respalda el *ius gentium*…

—Basta —le ordenó Escauro, que alzó la palma de la mano. El númida calló, y el *princeps Senatus* prosiguió con voz solemne—: Jugurta, hijo de Mastanábal, regresarás inmediatamente a Numidia y levantarás el sitio de Cirta. Luego te replegarás a tu territorio, más allá de los montes Aurasios, y no volverás a cruzarlos nunca más. De lo contrario te enfrentarás a la cólera del Senado y el Pueblo Romano. ¿Has comprendido?

—He comprendido.

—¿Obedecerás?

La mirada ligeramente triste de sus ojos saltó de Escauro a Postumio y de este a Metelo. Lo miraban con el ceño muy fruncido.

«Eso es todo lo que podéis hacer —se reafirmó el númida—: fruncir el ceño».

—Lo juro por la memoria de mi abuelo Masinisa —respondió y de nuevo se llevó la mano al pecho.

—Las amenazas no surtirán efecto —dijo Metelo con frustración más tarde, cuando cenaba con Escauro.

Lo hacían sentados a la mesa, no reclinados. El benjamín de los Metelos casi no había tocado su plato.

—Las amenazas solo surten efecto cuando las puedes respaldar con acciones —apostilló el *princeps Senatus*, que comía con apetito y masticaba con la boca abierta—. Jugurta tiene espías en Roma. Sabe perfectamente que tenemos una guerra entre manos en Tracia, y otra que se está gestando ahora mismo en la Galia. No podemos meternos en Numidia, no antes de que tu primo Caprario y Marco Druso hayan asegurado Macedonia.

—Entonces ¿hemos venido para nada? —se quejó Metelo.

Justo en ese momento cruzó el umbral Postumio.

—No, no para nada —respondió Escauro, que se dirigió a continuación al recién llegado—: ¿Lo tienes?

Postumio asintió.

—¿A quién? —preguntó Metelo.

Escauro escupió los huesecillos de una codorniz y se enjuagó las manos en un cuenco de agua perfumada con limoncillo.

—A Masiva, nieto de Masinisa. Un rival al trono de Numidia que tenemos que poner a buen recaudo.

—¿Y Adérbal?

—Está condenado —sentenció el *princeps Senatus*.

LXXIII

La candidatura de Mario

Roma.
Otoño del 112 a. C.

Adérbal estaba muerto. Sus hombres, atormentados por la sed y el hambre, lo habían obligado a rendir la plaza y entregarse. Tan pronto como se abrieron las puertas de Cirta, Jugurta ordenó una gran masacre, también de ciudadanos itálicos y romanos que se encontraban allí dedicados al comercio.

Caprario y Druso habían reducido por fin a los tracios. No había excusa para retrasar la declaración de guerra, y el Senado decretó que África fuese una de las dos provincias confiadas a los cónsules del año siguiente. Enseguida se inició la contienda por los sufragios.

—¿Te presentarás? —preguntó Trebonio con voz quebradiza, propia de un adolescente.

El muchacho de trece años, recostado en el triclinio, miraba a Mario con los ojos muy abiertos y expectantes.

—Se presentará —respondió por él Fulcinia desde su taburete.

En aquellos dos años, su madre se había ablandado mucho, pensó Mario, pues había aprendido a tolerar la presencia de Trebonio, que Lusia mimaba como si fuera su propio hijo. Los tres habían ido a recibirlo a su llegada a Ostia antes del verano, junto con un muy nutrido grupo de clientes, libertos y esclavos. Incluso se les habían

unido espontáneos, comerciantes y operarios del puerto, que querían echar un vistazo a Cayo Mario, el tribuno que tuvo las agallas de encarcelar a dos cónsules.

—No habrá mejor momento —dijo Mario—. Acabo de regresar de Hispania. El pueblo conoce mis galones. Y tengo riquezas para financiar la campaña sin tener que endeudarme.

Hablaba para satisfacer la curiosidad de Trebonio, pero en realidad buscaba excusarse ante su esposa, a la que veía mover la comida en el plato.

—¿Y si te toca África como provincia? —preguntó ella sin alzar la mirada—. Acabas de regresar, tú mismo lo has dicho. ¿No disfrutaremos ni un año completo de tu compañía?

—No adelantemos acontecimientos —dijo Mario.

—Pero es lo que quieres, ¿no? Para eso te presentas a cónsul.

—¡Por supuesto! —graznó Fulcinia.

Si su hijo se convertía en cónsul, debía ir a una provincia en guerra y ganar un triunfo, y luego convertirse en censor. Sería un nuevo Lucio Mumio Acaico.

—Si me toca África, será mi deber ir —dijo Mario.

—¿Y tu deber para con nosotros? —inquirió su esposa.

—Su deber es ennoblecer a su familia —se adelantó Fulcinia de nuevo.

Lusia miró a su marido, pero este no contestó.

La campaña de Mario al consulado fue limpia. Bajó al Foro todos los días vestido de blanco, se dirigió a la plebe desde el pórtico de los templos, y las puertas de su casa estaban abiertas de par en par para cualquiera que quisiese entrar y despachar con él.

—Mi norma era conocer a diez personas nuevas cada día —le decía Publio Rutilio desde el triclinio contiguo; Mario lo había invitado

a cenar para orientar su campaña.

—¿Crees que lo conseguiré? Honestamente.

Rutilio suspiró.

—Tú y yo tenemos cuarenta y cinco años. Eso han sido noventa cónsules. De estos noventa, solo dos que hubieran surgido de la nada fueron elegidos: Lucio Mumio y Marco Perperna.

—Hay que contarte a ti en ese cómputo. Así que son tres, no dos —le corrigió Mario—. Eso mejora las probabilidades.

Rutilio rio amargamente; cuatro años después de que le robasen el consulado, había renunciado a perseguirlo.

—¿Te reuniste ya con los *curatores tribuum*? —preguntó.

Mario asintió. Los treinta y cinco *curatores* daban las indicaciones de voto a las tribus antes de dividirlas en centurias. Entrevistarse con ellos era el mínimo para cualquier candidato; el máximo no se conocía, y los *curatores* se dejaban querer. Mario, no obstante, había decidido que su campaña fuese limpia, sin sobornos.

—Soy el único candidato de la tribu Cornelia, así que esa al menos la tengo en el saco, creo.

—¿Crees? —inquirió Rutilio—. Es crucial que consigas al menos el voto de tu propia tribu, si no quieres hacer el ridículo, por Pólux.

—Estatilieno me dijo que recomendaría el voto por mí y por Escipión Nasica.

Quinto Estatilieno, miembro de una familia senatorial menor, era el *curator* de la tribu Cornelia. Aunque en su entrevista con Mario se había hecho el interesante, no podía recomendar el voto por otro candidato sin quedar terriblemente mal.

—¿Escipión y tú? ¿Por ese orden? —inquirió Rutilio con una media sonrisa.

—No lo creo. ¿Te lo imaginas? «Año del consulado de Cayo Mario y Publio Cornelio Escipión Nasica».

Sonaba a chiste, y ambos rieron. Luego Rutilio dejó su copa sobre la mesa; Mario entendió que iba a decir algo serio.

—Esto me ha recordado aconsejarte que debes dejar de hablar de África. Todo el mundo quiere a un Escipión para esa guerra.

—Eso mismo me dijo Estatilieno… Yo le recordé que este es el mismo Escipión Nasica que cuando se presentaba a edil le estrechó la mano a un hombre de campo y al encontrársela muy áspera le preguntó si acostumbraba a caminar con las manos en vez de con los pies.

Hizo el amago de volver a carcajearse, pero Rutilio permaneció serio.

—Da igual lo necio y arrogante que sea Nasica. África será para él.

—Será para quien decida el sorteo —repuso Mario muy ceñudo.

A Rutilio se le ensombreció el rostro.

—Mario, escúchame —dijo—: los votantes no se arriesgarán a que se produzca ese sorteo si les das a entender que vas a disputarle el mando de la guerra en África a Nasica. El pueblo quiere a un Escipión en África.

Un Escipión había derrotado a Aníbal. Otro había destruido Cartago. Parecía obvio que un tercero derrotaría a Jugurta y restablecería la tranquilidad en África.

Mario apuró su copa de un trago.

—¡Supersticiones! —exclamó—. ¡Bah!

El día de los comicios se acercaba, y el sincero y firme apretón de manos que los ciudadanos le devolvían, acompañado de las aclamaciones de la plebe, le hacían pensar a Mario que su buena fortuna prevalecería sobre el viejo y oxidado andamiaje de la nobleza. No había en su mente espacio para la derrota.

La víspera de la asamblea, Mario llevó a Trebonio a observar las

pasarelas de votación ya instaladas en el Campo de Marte.

—¿Cómo se elige a los cónsules, Mario? —preguntó el adolescente.

—Ya sabes que hay treinta y cinco tribus, cuatro urbanas y treinta y una rurales. La mía es una tribu rural, la Cornelia; cuando cumplas la mayoría de edad, te inscribiré en ella —dijo, al tiempo que le tocaba en el hombro, antes de proseguir con su explicación—. Para elegir a tribunos militares, tribunos de la plebe, cuestores y ediles no hay misterio: las treinta y cinco tribus se reúnen y votan. Para elegir a pretores, cónsules y censores es diferente. —Mario comenzó a garabatear en el suelo de tierra con una rama que había arrancado de un arbusto—. El día de los comicios, las tribus se dividen en cinco clases según su renta. La primera clase se distribuye a su vez en setenta centurias; es la que más centurias tiene. Con estos votan doce centurias de *equites equo publico*, seis de senadores, así como dos centurias de ingenieros. Estos son los ciudadanos más ricos; en total hacen noventa centurias. Las clases segunda, tercera, cuarta y quinta tienen todas cien centurias en total. Restan dos centurias de cornetas y tubas y una de *proletarii*. En total, ciento noventa y tres centurias.

—¿Cuántos ciudadanos tiene cada centuria?

Mario se encogió de hombros.

—No se puede saber —dijo—, depende de quiénes se presenten para votar. Las centurias más pobres son *a priori* mucho más populosas que las de los ricos, pero solo los más ricos de las tribus rurales pueden permitirse venir desde sus aldeas, así que algunas de las centurias más humildes están desoladas. Los pobres de las tribus urbanas sí están físicamente presentes en la ciudad, pero la inmensa mayoría están hacinados en la única centuria de *proletarii* y nunca se molestan en aparecer.

—¿Por qué?

—Porque la elección de los cónsules se decide antes de que lleguen a votar. Primero lo hace la *centuria praerogativa*, que se sortea siempre entre las centurias de primera clase, y se anuncia su voto, que condiciona el de las demás. Luego votan seguido las otras sesenta y nueve centurias de primera clase, las doce de équites con caballo estatal, las dos de artesanos y las seis de senadores. Van noventa centurias. La mayoría absoluta son noventa y siete, por tanto, si los ricos se coordinan (y puesto que son pocos, pueden hacerlo fácilmente) basta con que voten siete centurias de segunda clase para decidir una elección. No es necesario llamar a los más pobres para votar.

El dibujo en la tierra acabó pareciéndose a algo así:

ORDEN DE VOTACIÓN	NÚMERO DE VOTOS	VOTOS ACUMULATIVOS
CENTURIA PRAEROGATIVA (1 CENTURIA DE PRIMERA CLASE)	1	1
PRIMERA CLASE (69 CENTURIAS) + ÉQUITES (12 CENTURIAS) + INGENIEROS (2 CENTURIAS)	83	84
SENADORES	6	90
SEGUNDA CLASE	25	115
TERCERA CLASE	25	140
CUARTA CLASE	25	165
QUINTA CLASE (25 CENTURIAS) + CORNETAS Y TUBAS (2 CENTURIAS)	27	192
PROLETARII	1	193

Trebonio se acarició el mentón, tal y como había visto hacerlo a Mario en más de una ocasión, mientras analizaba los garabatos que aquel había trazado en el suelo.

—Entonces los pobres del campo no pueden viajar a la ciudad, y los de la ciudad no se tienen en cuenta —dijo al cabo—. ¿Todo lo deciden los ricos?

Mario asintió. Excluir a los pobres era injusto, pero era también lo que hacía viable el proceso electoral. El censo de Metelo y Domicio había arrojado una cifra de trescientos noventa y cuatro mil ciudadanos; en las estructuras de madera habilitadas en el Campo de Marte con suerte cabía la décima parte, naturalmente la más adinerada.

—En otros tiempos era más injusto —trató de excusar Mario al sistema—. Los más ricos tenían diez centurias más que ahora. Suficiente para decidir ellos solos la elección.

—¿Cómo esperas ganar con un sistema así? Tú eres un hombre del pueblo.

—Me compadezco del pueblo, pero yo soy un hombre muy rico. Mis iguales están en las centurias de primera clase. Es a estos a quienes he intentado convencer de mi aptitud para ser cónsul.

Trebonio y él callaron. Estuvieron observando las pasarelas de madera hasta un poco antes de la puesta de sol.

—Te deseo mucha suerte mañana, Cayo Mario.

—Te doy las gracias, Cayo Trebonio. Ahora vámonos a casa.

LXXIV

La oferta de César

Al día siguiente, la *centuria praerogativa* se decantó por Publio Cornelio Escipión Nasica y Lucio Calpurnio Bestia. Un voto poco halagüeño para Mario, que asistió impertérrito al rápido desvanecimiento de sus posibilidades a medida que avanzaba la jornada. Esta concluyó pronto, con el voto de la centuria noventa y nueve. Noventa y cinco habían votado por Escipión y Bestia, dos por Escipión y Mario, una por Bestia y Mario, y una por Mario y Bestia.

ELECCIONES CONSULARES, 112 A. C.		
RESULTADO DESPUÉS DE QUE VOTARAN 97 CENTURIAS:		
CANDIDATOS	VOTOS RECIBIDOS	RESULTADOS
P. CORNELIO ESCIPIÓN NASICA	97	ELEGIDO
L. CALPURNIO BESTIA	95	-
C. MARIO	2	—
RESULTADO DESPUÉS DE QUE VOTARAN 99 CENTURIAS:		
P. CORNELIO ESCIPIÓN NASICA	97	ELEGIDO
L. CALPURNIO BESTIA	97 (95+2)	ELEGIDO
C. MARIO	4 (2+2)	RECHAZADO

—Al menos nuestra tribu te ha respaldado —había tratado de animar a Mario su hermano Marco. Era el mínimo absoluto.

—Cena en mi casa esta noche —le dijo Rutilio—. Te presentaré a alguien que te quiere conocer.

El alguien que su vecino quería presentarle era Cayo Julio César. Mario lo conocía del Senado, pero César, que no había alcanzado ninguna magistratura curul, solo podía cruzar la curia durante las votaciones, no tomar la palabra. En consecuencia era muy fácil pasarlo por alto. Incluso allí, recostados en el *triclinium* de Rutilio, Mario parecía olvidarse de la presencia de aquel hombre desgarbado, pálido y de ojos negros.

—Tenías razón, Rutilio —se lamentaba con una copa de vino poco aguado en la mano—. No debí haber antagonizado con Nasica.

—Le has dejado el camino expedito a Bestia. Date cuenta cómo él no ha dicho ni una palabra acerca de África.

—Lo sé, lo sé.

Mario apuró su copa.

—¿Te volverás a presentar, Cayo Mario? —preguntó con curiosidad César.

—El año que viene será imposible con los candidatos que hay. Son *nobiles* de primer orden.

—No me pareciste un hombre que se dejase arredrar por los *nobiles* cuando arrojaste a prisión a Cota y Metelo.

Mario se puso a mascullar mientras un esclavo le escanciaba más vino.

—Por Hércules, acaban de barrer el Campo de Marte conmigo. Dame un respiro, Cayo César.

—Pero ¿te presentarás? No tiene que ser el año que viene…

—Cuantos más años pasen, más se diluirá el recuerdo de mi pretura en Hispania —dijo Mario, antes de agregar—: ¿Por qué

tienes tanto interés en si me vuelvo a presentar?

—Rutilio sabe que he seguido tu campaña con mucho interés. Incluso he promovido tu candidatura entre los miembros de mi tribu, la Fabia.

«No con demasiado ahínco, evidentemente», se dijo Mario, que hundió en el fondo de su copa la vista, ensombrecida por sus gruesas cejas.

—La Fabia es también la tribu de Escipión Nasica —le recordó Rutilio a Mario cual *nomenclator*.

Mario comprendió de pronto la magnitud del gesto de César. No ocultó su sorpresa.

—Había supuesto que todos los patricios votarían por Escipión, y más los de su misma tribu —dijo—. ¿A qué debo tu extraordinario apoyo?

César le sonrió.

—Verás, Cayo Mario, tienes cuarenta y cinco años.

Mario pensó inmediatamente en los alfilerazos de su madre.

—¡Ya sé, ya sé! Hace tres años que tendría que ser cónsul, pero empecé el *cursus honorum* tarde…

—No me refiero a eso —lo interrumpió César—. ¿No recuerdas en el año del consulado de quiénes naciste?

Mario frunció el ceño.

—*Sexto Iulio Caesare et Lucio Aurelio Oreste consulibus*[78] —dijo de manera formularia.

César asintió.

—Los Césares somos una familia muy antigua, nacidos de los Julios Libones y estos a su vez de los Julios Julos, razón por la que se dice, y yo lo afirmo, que descendemos directamente del troyano Eneas a través de su hijo Julo.

—Y en consecuencia también de la diosa Venus —apostilló Mario.

Él no daba crédito a las fantasiosas genealogías de los patricios, pero conocía las historias con las que estos se daban aires de grandeza. César asintió de nuevo.

—Julo fue el primer rey de Alba Longa. Su descendiente, Ilia, dio a luz a Rómulo y Remo, que fundaron Roma. Durante el reinado de Tulo Hostilio la *gens* Julia de Alba fue transplantada a Roma y nos convertimos en una de las principales familias patricias. En el primer siglo de la República ocupamos la magistratura suprema, entre consulados y tribunados militares *consulari potestate*, no menos de quince ocasiones —relató César con orgullo mientras Rutilio escuchaba con el interés propio del historiador y Mario se preguntaba a dónde conducía aquel largo y florido prolegómeno—. Lamentablemente, como les pasó a otras grandes familias patricias, luego caímos en el olvido. En los doscientos años siguientes, solo Lucio Julio Libón llegó a cónsul. Luego de que mi tío Sexto César alcanzase el consulado, los Julios pensamos que recobraríamos nuestro lugar a la cabeza del Estado.

—Pero no fue así, obviamente —dijo Mario, con ganas de abreviar.

—No fue así —remedó César—. Mi primo, en quien estaban puestas todas nuestras esperanzas, murió de una apoplejía en Pisa mientras ostentaba la pretura. Mi esposa Marcia y yo, que ya teníamos tres hijos, acogimos a sus huérfanos…

—¿Muchas bocas que alimentar?

—Cuatro varones y dos hembras. No tengo tanto dinero para financiar la legítima ambición de ellos ni las dotes de ellas.

Los Julios Césares eran pobres. Eso Mario lo entendía muy bien. Pero…

—¿Qué tiene que ver esto conmigo?

César dio un sorbo de su copa antes de responder.

—Verás, Cayo Mario, mí me parece que es un presagio que tú

nacieras el año del consulado de un César.

Mario se carcajeó.

—¿Un presagio de qué, por Júpiter? —demandó saber.

—De que nuestras familias están unidas de algún modo. De que la grandeza de los Césares está ligada necesariamente a tu grandeza.

—¿Mi grandeza? —Mario enarcó una de sus espesas cejas.

—La que obtendrías con nuestra ayuda —precisó César.

Solo dos personas le habían hablado a Mario de su «grandeza» futura, la más reciente, Congonnetiaco, el hijo de Bituito. Él miró de reojo a Rutilio, que permanecía callado, como un convidado de piedra en su propia casa.

—¿Cómo me ayudaríais los Julios Césares exactamente? —quiso saber.

—Mi hija Julia se casó hace dos años con Quinto Granio, un rico équite de Putéolos. Era el mejor partido que pudimos encontrarle, pero siempre supe que no era el matrimonio indicado. Un pálpito me lo decía. Tras mucho interrogar a los dioses sobre esta cuestión, estos han confirmado mis sospechas de la manera más expeditiva posible… Granio ha muerto.

—Lo lamento —dijo Mario muy protocolariamente.

César hizo un movimiento con la mano, como si el fallecimiento de su yerno fuese una cosa menor.

—Tienes fama de demasiado rústico, Cayo Mario, demasiado agreste. Desconoces los usos y las costumbres de la ciudad de la que pretendes ser líder. No conoces las letras griegas. Un hombre de campo no llegará jamás a cónsul, esa es la verdad. No vivimos en la época de los Curios y los Luscinos, ni siquiera la de Catón.

—No me digas…

César dio otro sorbo a su copa.

—Los Julios Césares no tenemos dinero, pero somos refinados,

cultos; hablamos griego como si fuese nuestra lengua materna, y disfrutamos de Menandro y de Dífilo…

—Pues yo no —lo interrumpió Mario—. Ve al grano, por favor.

César lo complugo:

—¿No has pensado cuánto mejoraría tu imagen pública si contrajeses matrimonio con una patricia tan noble como lo es mi Julia? La hija de los Césares, engendrados por Venus, y de una Marcia Rex, que como bien sabes descienden del rey Anco… Un matrimonio así te cubriría con una pátina de respetabilidad. Que una descendiente de tantísimos cónsules se casara contigo sin duda te marcaría a ti para el consulado. Además, Julia es más que fértil, pues en dos años dio a Granio dos hijos; ella podría darte un heredero, uno de sangre patricia…

Mario parpadeó varias veces seguidas. ¿De verdad César le estaba ofreciendo a su hija en matrimonio? Dejó que el patricio hablara todo lo que quisiera. Él no tenía palabras.

—Será mejor que me vaya ya —dijo al cabo, tras apurar de un trago el contenido de su copa—. Mi esposa me está esperando.

César tenía razón en una cosa, Mario era un hombre de campo y no se sentía cómodo con su tortuosa oratoria, sus genealogías y su prepotencia. ¡Romper su matrimonio de quince años para casarse con la hija de César…! ¿Así de fácil…?

Pensó en Lusia. Su Lusia. Con su rostro honesto, sus manos encallecidas por el trabajo de la tierra, sus ojos llenos de devoción. La repulsa del pueblo en los comicios le había devuelto la alegría a su mirada. Después de todo su marido no sería cónsul. No iría a África. Se podría quedar en Roma, en Arpino, o donde fuese mientras fuese con ella. Podrían volcar su amor el uno en el otro y ambos en Trebonio, el hijo que el destino les había deparado después de que la naturaleza se lo negara dos veces. Mario lo tenía

todo, menos el consulado.

Mientras Lusia arropaba a Trebonio, Mario se encaminó sigilosamente hasta el aposento de su madre. La encontró sentada en el borde de la cama, vestida con una sencilla túnica de lino. No llevaba velo, por lo que el cabello ceniciento le caía por los hombros.

—¿Estás bien, madre? —preguntó Mario.

Le había extrañado la mirada vacía que Fulcinia le dirigió cuando cruzó el umbral. Ella parpadeó, y sus ojos parecieron recobrar la chispa inquisitiva que los caracterizaba.

—Estoy perfectamente. ¿Qué quieres?

Mario arrastró una silla para tomar asiento cerca de su madre.

—Una vez, cuando era niño, jugando en las colinas, encontré un nido de águila. Tenía siete polluelos en su interior. Sabía que si lo contaba no me creeríais, puesto que las águilas nunca ponen más de tres huevos. Por eso cogí el nido entero y me lo llevé a casa. Te pusiste histérica.

—¡Como para no! —exclamó ella con el ceño muy fruncido.

—Tu hermano, Lucio Fulcinio, dijo que debía de ser un presagio de grandeza. Él quería consultar a los arúspices, pero murió poco tiempo después. De niño olvidé aquel episodio rápidamente, y no había vuelto a recordar las palabras de mi tío hasta hace poco. Ahora no dejo de preguntármelo: ¿llegó él a consultar a los arúspices en Etruria?

—Lo hizo —confirmó Fulcinia—. Antes de morir buscó en Tarquinia al *Ordo Sexaginta Haruspicum*.

—¿Qué le dijeron, por Hércules?

—Que el hombre que encontró el nido con los siete polluelos ostentaría el consulado no una, sino siete veces.

Mario parpadeó con estupor. ¿Siete consulados?

—¿Por qué no me lo contaste nunca?

—¿Qué te iba a contar, hijo mío? Ningún hombre ha sido cónsul tantas veces, por patricio o noble que fuese. Y tú… —balbuceó, al tiempo que acariciaba la áspera mejilla de su hijo.

—Yo solo soy un Mario —terminó él la frase.

Su madre asintió. Ni siquiera ella era tan ambiciosa como para azuzarlo en persecución de aquel espejismo.

—Cuando enterramos las cenizas de tu tío en Tarquinia, el *haruspex maximus* me reveló la consulta de mi hermano. Muy interesado, me preguntó si yo sabía de quién se trataba el hombre excepcional que había encontrado el nido. Estupefacta, le dije que no. Cuando se lo conté a tu padre, él se carcajeó.

Mario agachó la cabeza, pero Fulcinia acunó su rostro con ambas manos y le hizo levantarlo para que se mirasen a los ojos. La mirada de su madre no era dulce, ni tierna, pensó él, pero ardía con un fuego acogedor, hogareño.

—Los arúspices erraban, eso estaba claro —le dijo—, pero sembraron en mi interior una pregunta que me atormentó durante años: «¿Hasta dónde puede llegar un Mario?». Sé que he sido severa contigo, pero mira todo lo que has conseguido, hijo. Más de lo que tu padre habría imaginado jamás. Más de lo que yo imaginaba cuando marchaste a Hispania la primera vez.

Mario bajó la mirada y se revolvió incómodo en la silla. Sentía vergüenza. Su madre le besó en la frente y él se incorporó. Ya era hora de dormir.

—Te deseo buenas noches, madre —se despidió él desde la puerta.

—Buenas noches, hijo —respondió ella con su habitual circunspección.

Mario quiso saber el número máximo de consulados ostentados por un solo hombre en los casi cuatrocientos años de República, y no se le ocurría a quién preguntar si no era a Publio Rutilio. De acuerdo con su vecino, que había leído mucho y contrastado la información con los archivos de las principales familias de Roma, la distinción recaía en Marco Valerio Corvo, seis veces cónsul.

—Patricio, naturalmente —señaló Rutilio—. Como también eran patricios Cayo Sulpicio Pético, Quinto Fabio Máximo Ruliano y Quinto Fabio Máximo Verrucoso, el Aplazador. Los tres cónsul en cinco ocasiones. Solo los iguala un plebeyo…

—Marco Claudio Marcelo, la espada de Roma —respondió veloz Mario, como el alumno que se sabe la respuesta y quiere impresionar al maestro—. Pero Marcelo era un *nobilis*, nieto y bisnieto de cónsules…

—Por Pólux, ¿cómo si no habría sido cónsul cinco veces? —preguntó Rutilio de manera retórica mientras volvía a enrollar los pergaminos, antes de enfundarlos cuidadosamente en sus estuches de cuero cilíndricos—. ¿Por qué querías saber esto?

—Curiosidad —contestó Mario escuetamente, antes de volverse hacia sus propios pensamientos.

Era imposible que alcanzase siete consulados. Los arúspices se habían equivocado, pero… ¿por cuánto margen? Él no ambicionaba siete consulados, ni cinco, ni tres. Uno le bastaba.

—Te aseguro que la oferta de César el otro día me cogió tan desprevenido como a ti —aprovechó para excusarse Rutilio, que encontraba a Mario más taciturno de lo normal.

—Eso espero, porque me pareció una enorme falta de respeto. Amo a mi mujer —dijo el arpinate—. Amo a mi mujer —repitió, más categórico que antes.

Aún pensó en decirlo una tercera vez, como si aquellas palabras

pronunciadas en voz alta equivaliesen a un sortilegio capaz de exorcizar unos pensamientos que no deseaba tener.

LXXV

Bestia

Numidia, anno DCXLIII ab urbe condita.
P. Cornelio Scipione Nasica
et L. Calpurnio Bestia consulibus[79]

Lucio Calpurnio Bestia sabía que el pueblo quería a Escipión Nasica en África, así que en toda la campaña no se acordó de que existiera una provincia de ese nombre; por lo que a él concernía, el mundo se reducía a dos continentes.

Una vez elegido, empero, no se conformó con ser el cónsul que se quedaba en Italia para realizar las levas y supervisar el entrenamiento de los reclutas en el Campo de Marte. Lejos de dejar el camino expedito a su colega, como todo el mundo había supuesto que haría, se negó a pactar con él las provincias y lo fio todo al sorteo. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de obtener lo que quería, y la apuesta le salió bien. Nasica, que había sido discípulo de Panecio de Rodas, se tomó la derrota como cabía esperar de un estoico. Así obtuvo Bestia el mando de la guerra contra Jugurta.

—¿Juegas a la *petteia*, Lucio Calpurnio? —le preguntó Escauro al cónsul.

Ambos montaban a caballo, el uno al lado del otro. Su conversación se elevaba a duras penas por encima del ruido

ensordecedor de veinte mil cotas de malla, escudos y gladios envainados que se sacudían al ritmo de la marcha.

—Bastante bien, a decir verdad —fue la respuesta de Bestia.

—Lo supuse.

—¿Qué te hizo suponerlo?

Escauro miró de arriba abajo al cónsul, vestido, como él, con la coraza musculada y el faldellín de *pteruges*. Un yelmo empenachado remataba su cabeza cuadrada. Bestia era un hombre en la cúspide de su vigor, inasequible al cansancio, el hambre o la sed, como le gustaba demostrar al obligar al ejército a marchar sin descanso bajo el abrasador sol africano. Pero, más allá de su buena forma física, era también muy inteligente.

—Has demostrado ser muy astuto.

La sonrisa de Bestia al oír aquello reveló unos dientes muy blancos.

—Estoy obligado a serlo —se justificó—. Si lo fiásemos todo a un nombre y a las riquezas, sería Nasica quien estaría aquí hoy.

—Desde luego —convino Escauro, que de compensar carencias con astucia sabía bastante—. Pero no ha sido tu forma de manipular al electorado lo que me ha convencido de tu sagacidad.

—¿Qué lo ha hecho, por Hércules?

—Escogerme a mí de legado.

Bestia se carcajeó.

—¿Qué hay de extraordinario en que quiera a un hombre de tu experiencia a mi lado para asesorarme? —inquirió, haciéndose el inocente.

—Ambos sabemos que no te interesa mi consejo.

—¿No?

Escauro movió la cabeza de lado a lado para negar. Pensó que debía ajustarse mejor el barboquejo, pues el yelmo se sacudía

demasiado.

—Pongamos que esta aventura militar que tanto codiciabas y que tanto potencial tiene para proporcionarte la gloria termina, ¡los dioses no lo quieran!, en desastre. El pueblo, supersticioso, inmediatamente pensará que un Escipión no habría corrido la misma suerte y que la culpa es tuya por desoír su preferencia. —Escauro miró de reojo a Bestia; el cónsul lo escuchaba con los labios muy rectos mientras se mecía en la grupa de su caballo—. ¿Cómo evitar que el Senado entregue tu cabeza al pueblo en bandeja de plata? La única manera, lógicamente, es dispersando la responsabilidad. Y la mejor forma de dispersar la responsabilidad, ya que no puedes hacer partícipe de esta expedición y de su resultado a todo el Senado, es haciendo partícipe a su *princeps*. En conclusión, estoy aquí más como rehén que como consejero.

Bestia tragó saliva. Puede que nunca hubiera dado con alguien tan inteligente como él.

—¿Te percataste de esto antes o después de aceptar ser mi legado?

—En cuanto tus labios pronunciaron mi nombre —respondió Escauro, siempre calmo.

—¿Y por qué aceptaste, por Hércules, si sabías que te estaba utilizando?

—Admiro la astucia —contestó el *princeps Senatus*.

Escauro tenía cincuenta años y solo le quedaba una cosa por alcanzar en la vida. Luego de eso tendría que mantenerse en la cima con uñas y dientes. Para ello iba a necesitar una mano derecha. Alguien a quien ungir su heredero, y que, con el estímulo de esa zanahoria, defendiera la posición de Escauro frente a cualquier advenedizo. Bestia reunía una serie de cualidades prometedoras, ¿superaría la prueba?

El cónsul condujo a su ejército a través del fértil valle del serpenteante Bagradas, convertido en una daga que apuntaba directamente al corazón del reino de Jugurta. El avance de las legiones fue impecable. Los romanos se apoderaron de varias plazas fortificadas, hicieron cuantiosos prisioneros y sometieron las colinas con una celeridad que confirmaba la eficacia de su preparación. La marcha de Bestia fue una demostración del poderío romano y prometía un final rápido y contundente para la guerra en África.

Los centinelas alertaron que una partida de jinetes númidas bajaba de las colinas, pero eran demasiado pocos como para atacar. Antes de acercarse más al campamento romano, los númidas descabalgaron y continuaron el trayecto a pie; sujetaban ramas de olivo por encima de sus cabezas, en señal de sumisión.

—*Estisne vos legati oratoresque missi a populo Numida ut vos populumque Numidam dederetis?*[80] —les preguntó Bestia en mitad del campamento, a la vista de los legionarios, a los que había ordenado formar en manípulos expresamente para que fuesen sus testigos.

El jefe de la embajada, el númida Aspar, a quien Escauro había conocido años atrás en casa del Macedónico, barrió el campamento con una mirada de rapaz.

—No —contestó—. Solo mi rey Jugurta puede rendir Numidia.

—¿Dónde está tu rey? ¿Se esconde detrás de ti? —demandó saber Bestia, que alargó el cuello como para buscar la figura achaparrada de Jugurta entre los emisarios.

Aquello provocó risas entre los manípulos formados a ambos lados del *cardo maximus.* Escauro vio los ojos entornados de Aspar chispear con una furia impotente.

—Mi rey se encuentra en la ciudad de Vaga, a dos días de marcha al norte —dijo el númida.

—Bien. Volverás con él y le dirás que lo espero en persona para que proceda a su rendición. Este es mi cuestor, Cayo Sextio Calvino —señaló al joven oficial, que tenía un ojo vendado tras perderlo en una de las escaramuzas al inicio de la campaña, una digna herida de guerra para enorgullecer a su padre excónsul—. Cayo Sextio y una cohorte os acompañarán a Vaga para ofrecerle a tu rey un salvoconducto. Además, rendiréis cuarenta mil modios de trigo, como muestra de buena voluntad. —Bestia hablaba con la suficiencia de quien sabe que tiene todas las bazas, para disgusto del númida, que solo podía poner cara de asco—. Habrá tregua hasta que Jugurta se presente. ¿Habéis comprendido mis términos?

Aspar asintió.

—Los hemos comprendido.

Jugurta no hizo esperar al cónsul. Después de que Sextio se presentase en Vaga escoltado por una cohorte, aceptó el salvoconducto que le ofrecía y se dirigió al campamento romano en el valle. Encabezaba un lento convoy de mulas y carros tirados por bueyes, que transportaban los modios de trigo exigidos por Bestia. Cuando se aproximaban al campamento, el cónsul hizo formar al ejército de nuevo a ambos lados del cardo; él esperó frente al *praetorium*, con Escauro a su vera, a que Jugurta se le acercara.

—*Dedisne te populumque Numidam, urbes, agros, aquam, terminos, delubra, utensilia, divina humanaque omnia, in meam populique Romani dicionem?*[81] —le preguntó al númida.

Las fosas nasales de este se abrieron con rabia contenida.

—Nos entregamos —dijo.

—*At ego recipio*.[82]

Bestia, exultante, hizo un gesto con el que invitó al rey sometido al interior de su tienda. Los siguió Escauro y nadie más.

—Sé lo que comporta la *deditio* —empezó a decir Jugurta, que no ignoraba las implicaciones del intercambio de fórmulas ocurrido afuera.

—Rendición incondicional —aclaró el cónsul, por si acaso.

Jugurta asintió.

—Los términos serán los que tú decidas imponerme.

—Así es —dijo Bestia—. ¿Traes sugerencias?

Escauro vio cómo, al oír aquello, los ojos del númida resplandecieron.

—Soy consciente del odio que mi conducta ha despertado en Roma —dijo el númida, que miró de reojo a Escauro—, pero creo que es de interés de nuestros dos pueblos que yo siga en el trono de Numidia.

Bestia se carcajeó.

—¿Y para qué he hecho está guerra, por Hércules?

—Para pacificar Numidia. Mátame o quítame del trono, y conseguirás lo contrario —advirtió Jugurta—. Los númidas obedecen a su rey. Sin rey, se echarán a las colinas. Ya sabéis cuán montaraces son.

—Les podemos dar otro rey —le recordó Escauro al cónsul—. Uno de la misma sangre.

Para eso había sacado de Numidia al príncipe Masiva hacía un año. El nieto de Masinisa se encontraba a buen recaudo en casa de los Postumios Albinos, en Roma.

—Si te refieres a mi primo Masiva, no sería aceptado como rey —se apresuró a decir Jugurta—. Los númidas respetan la fuerza, no la sangre. Por eso me fue tan fácil deshacerme de Hiémpsal y Adérbal. Si yo desapareciese, mis súbditos proclamarían reyes a mis hijos o encontrarían a sus propios caciques. —Hizo una pausa—. El verano está al caer. Sería un infierno para vuestras legiones tener que librar

una guerra de guerrillas en las regiones más áridas de mi país, sin calzadas, sin grandes ciudades, sometidos constantemente a las asechanzas de nuestros jinetes, los mejores del mundo.

Bestia permaneció en silencio mientras sopesaba la cuestión. Escauro pensó que el cónsul jugaba a un juego peligroso, pues un *dediticius* no podía negociar los términos de su rendición.

—A los númidas les importa mucho quién reina sobre ellos, y a los romanos no os importa nada —insistía Jugurta, que cada vez se encontraba más cerca de lograr su objetivo—. No os importó abandonar a Adérbal a su suerte a pesar de que os era fiel como un perro faldero, ni es su muerte lo que os ha incitado a la guerra, solo mi rebeldía, de la que hoy me retracto para siempre. Nunca pretendí rebelarme al poder de Roma, solo defender mis derechos y mi propia vida frente a la inquina de mis primos. Muertos Hiémpsal y Adérbal, no ansío otra cosa más que recobrar la amistad del Senado y el Pueblo Romano.

—Está bien, pongamos que te dejo en el trono —dijo el cónsul, sin prometer nada—. Tendría que dejarte armas y recursos suficientes para mantener tu reino.

—No esperaría menos de tu generosidad —repuso el númida con mucha afectación.

—¿Y qué llevaré yo a Roma, por Júpiter? —demandó saber Bestia.

—Los cuarenta mil modios de trigo que he traído conmigo y los treinta elefantes de guerra que el cuestor Sextio requisó en Vaga para empezar. Puedo añadir cabezas de ganado y caballos. Decenas de miles.

—Háblame de dinero —puntualizó Bestia, que juntó las yemas de los dedos en un gesto interesado.

El único vicio del cónsul —la avaricia— acababa de dar la cara, pensó Escauro, que aun así mantuvo los finos labios pegados.

—Numidia no tiene minas —se excusó Jugurta—. Somos ricos en grano, ganado y caballos, no en metales preciosos. Aun así, puedo ofrecer treinta y cinco mil libras romanas de plata. Insuficientes quizá para el Tesoro romano, pero tal vez contribuyan a… disculpar las molestias que esta guerra os haya podido causar a vosotros personalmente.

Los ojos tristes del númida escudriñaron desde debajo de sus pesados párpados a Bestia y Escauro.

«Treinta y cinco mil libras de plata. Más de once millones de sestercios», pensó el *princeps Senatus* tras efectuar un rápido cálculo mental. El mismo que acababa de hacer Bestia. El silencio se había cernido sobre los tres en el interior del *praetorium*.

—Parece un comienzo —musitó el cónsul sin separar las yemas de los dedos.

LXXVI

Jugurta en Roma

El verano en África transcurrió en calma, con el ejército merecidamente ocioso en los cuarteles de Útica, seguro de su invencibilidad. Allí, Bestia recibió la noticia de que Escipión Nasica había muerto, lo que lo obligaba a él a regresar a Roma para presidir los comicios.

Tras dejar al mando a Sextio, el cónsul se embarcó junto con Escauro. Acunados por las olas y su adormecedor murmullo, la ventajosa paz africana que creían haber sellado los acompañó a lo largo de la travesía. Les sorprendió descubrir que la ciudad no respiraba al mismo compás, sino que jadeaba presa de una indignación febril. ¿Trigo, caballos, elefantes? ¿Dónde estaban las armas de Jugurta? ¿Dónde el propio rey? ¿Acaso era aquello una auténtica *deditio* si no era traído a Roma para pagar por sus atroces crímenes?

Lo que más alarmó a Escauro tras tomarle el pulso a la ciudad fue comprobar que los équites secundaban el clamor de la plebe. Se trataba de la misma coalición —fortunas descontentas y nervio revolucionario— que años atrás había aupado a Cayo Graco y amenazado con quebrar el dominio del Senado. Quizá estuvieran a tiempo de ahogarla en la cuna, pero Escauro necesitaba averiguar la raíz del descontento ecuestre. Por eso mandó llamar enseguida a Marco Tulio Cicerón,[83] un terrateniente de Arpino afincado en

Roma al que había captado como cliente durante su consulado.

—Yo creo de buena fe en la cooperación de équites y senadores, Marco Emilio —reiteraba Cicerón—. Nuestra armonía aporta a la República estabilidad y prosperidad, justo lo que Roma necesita, ahora y siempre. La deserción de mis compañeros del orden ecuestre me inquieta tanto como a ti.

—¿No les satisface la paz? —preguntó el *princeps Senatus*—. La paz es buena para los negocios.

—La paz es un buen negocio, sí, pero hasta los publicanos más avariciosos anteponen ciertas cosas al dinero —le recordó Cicerón. Escauro lo habría puesto en duda, pero no quería interrumpir a su cliente—: La masacre de los comerciantes de Cirta es algo que tocó de cerca a muchos équites. Jamás se lo perdonarán a Jugurta.

—Quieren venganza —resumió Escauro, y Cicerón asintió.

Ese era un sentimiento que Escauro podía comprender. Así que todo se debía a un error de cálculo. Había supuesto que los équites, sobre todo los publicanos, antepondrían la paz en África a la venganza contra Jugurta.

—Además de eso, ha calado la idea de que los *nobiles* se han dejado corromper por el dinero del rey. Mantenerlo en el trono le da una pátina de verosimilitud a estos infundios.

—¿«Ha calado» o la han instilado? —inquirió el *princeps Senatus*, que jamás había creído que en política las cosas sucedieran porque sí.

—El tribuno de la plebe Cayo Memio es quien alienta estas ideas.

Las piezas iban encajando, pensó Escauro. Memio, un joven senador que había participado en la primera embajada a Jugurta antes de la guerra, había encontrado su nicho.

—Es un demagogo —prosiguió Cicerón—. Dice que hará comparecer a Jugurta ante el pueblo para que denuncie a aquellos

miembros de la nobleza a quienes ha sobornado.

Escauro dejó escapar una risotada, pero el semblante de Cicerón permaneció serio.

—¿Cómo, por Hércules? —demandó saber.

—Memio dice que, si el pueblo lo aprueba, mandará al pretor Casio a Numidia para escoltar personalmente a Jugurta. Dice que, si el númida desoye el requerimiento del pueblo y no acompaña a Casio de regreso a Roma, se probará que es un falso *dediticius*, que su rendición no ha sido tal y que el cónsul Bestia ha cometido traición.

Escauro ya no sonreía. Lucio Casio Longino, el *praetor peregrinus*, era el hijo de Rávila. La severidad del excensor durante el juicio de las vestales hacía dos años había disparado la popularidad de los Casios Longinos y cimentado una reputación de incorruptibles en mitad del desprestigio general de la nobleza. Sin duda el hijo se prestaría a las intrigas de Cayo Memio como el padre se había prestado a las de otro tribuno, Sexto Peduceo, con tan feliz resultado.

La pelota, pues, estaba sobre el tejado de Jugurta.

El Circo Flaminio era un vasto mar de cabezas que disputaban unas con otras por lograr una mejor visión del rey númida. En el momento en el que este había subido a la tribuna de madera, una oleada de silencio se extendió por la arena abarrotada. La plebe esperaba ver un monstruo, un tirano que llevase ENEMIGO PÚBLICO tatuado en la frente. Les sorprendió encontrarse con un hombre bien parecido, vestido con una túnica andrajosa y dotado de una dignidad que desarmó la furia con la que lo habían recibido.

Aunque solo fuera por unos instantes, el odio quedó amortiguado por una fascinación morbosa. De repente alguien entre la multitud

gritó:

—¡Muerte al carnicero de Cirta! ¡Al suplicio con él!

Y, como el dique que cede a la riada, la cólera regresó con más fuerza que antes: los puños se alzaban amenazadores por encima del mar de cabezas que rugía. Se corría el riesgo de que la tribuna se convirtiese en un cadalso, y Cayo Memio tuvo que emplearse a fondo como orador para calmar los ánimos.

—¡*Quirites*, escuchadme! —decía en el borde de la plataforma, con los brazos totalmente extendidos y las palmas de las manos mirando hacia el público—. ¡Aunque vuestra cólera es tan grande como justificada, demostrad que la dignidad del pueblo romano es más grande aún! El pretor Lucio Casio y yo mismo hemos ofrecido a Jugurta un salvoconducto por su testimonio, y ni un solo cabello de su cabeza sufrirá daño alguno mientras yo sea tribuno de la plebe. ¡Los dioses son mis testigos!

Cuando logró apaciguar a la plebe, se volvió hacia el númida:

—Jugurta, hijo de Mastanábal, ¿has o no has sobornado a miembros del Senado?

Los ojos de toda la asamblea se posaron en el rey, a la espera de su confesión.

—*Veto!* —exclamó una voz atiplada cuando Jugurta hizo el amago de despegar los labios.

Se trataba de Cayo Bebio, que había participado el año anterior en la misma embajada que Memio a Numidia y había sido elegido tribuno de la plebe en los mismos términos.

—Jugurta, ¡te conmino a guardar silencio! —añadió, señalando al rey.

Todo el circo quedó mudo de repente, y luego el estupor dio paso a la indignación, y esta al alboroto. La asamblea se convirtió en un coro de abucheos y gritos de desprecio. Pero la desvergüenza

triunfó.

Desde una grada más elevada, Escauro y Bestia demostraban no menos sorpresa ante lo ocurrido.

—¿Es esto cosa tuya? —preguntó el cónsul.

—No. Pensé que había sido cosa tuya.

—Tampoco.

Ambos habían hablado, ciertamente, de la posibilidad de sobornar a uno de los tribunos, pero hasta ese momento Bebio había parecido tan enemigo del rey númida como Memio.

—¿Entonces quién ha sido?

Los dos miraron en dirección a Jugurta, al que Casio sacaba del circo escoltado por sus lictores.

—¿Por qué iba él a hacer un viaje de quinientas millas para no pronunciar ni una palabra? —preguntó el cónsul.

Escauro, con el ceño muy fruncido, se llevó la mano al mentón. Tenía una teoría e hizo un gesto a Bestia para que lo siguiera:

—Hay que decirle a Postumio que refuerce la vigilancia sobre Masiva.

—Se encuentra en casa de Postumio Albino, en el Palatino. Muy bien guardado —advirtió Bomílcar.

Jugurta lo escuchaba mientras se sacaba la túnica andrajosa de suplicante por encima de la cabeza de cabellos rizados. Se encontraban en una lujosa villa del monte Pincio, fuera de las murallas. Casio le había ofrecido su hospitalidad al rey como parte del salvoconducto, pero Jugurta prefería tener libertad de movimientos; por eso ocupaba la villa de Cayo Sulpicio Galba, un pontífice al que tenía bien untado. Lo bueno de los pontífices —que no esgrimían poco poder— es que su cargo era vitalicio, a diferencia de los magistrados como Bebio, cuyo tribunado expiraba con el año.

No se podía comprar a un tribuno, y ya está, había que estar sobornando a alguno nuevo todos los años. Un fastidio.

El numerito ante la plebe romana había sido un trance desagradable pero necesario. Cayo Memio le había dado la excusa perfecta para acudir a Roma y despachar a su molesto primo. Otro más. Quizá nunca pudiera deshacerse de todos, ya que los hijos de Masinisa habían engendrado multitud de bastardos (como lo era él mismo, por otra parte). Por ahora se conformaba con quitar de en medio a Masiva.

—¿Cómo vamos a llegar hasta él? —inquirió Bomílcar.

—No «vamos». Voy —le corrigió Jugurta.

Había ciertas cosas que un rey númida debía hacer con sus propias manos. Quitarle la vida a un pretendiente al trono era una de ellas.

—Masiva está muy bien protegido, mi señor. No podéis ir solo.

—Debo y lo haré.

Jugurta se aproximó a la mesa, donde había desplegado un rudimentario mapa del Palatino. En él, Bomílcar había señalado la casa de Postumio.

—Crearás una distracción. Un incendio aquí. —Su índice se posó como un puñal sobre el templo de Cibeles.

El patricio Espurio Postumio Albino se presentaba a cónsul en mitad del descrédito de la nobleza, por ello se aseguraba de exteriorizar, tan hiperbólicamente como era posible, su inquina hacia Jugurta. Como parte de su campaña, defendía la pretensión al trono del príncipe Masiva y prometía que, si era elegido cónsul, haría votar al Senado sobre la cuestión.

Jugurta tenía todas las de perder, así que Masiva debía morir.

Lo menos inquietante de la acción emprendida por Jugurta era

romper los mil tabúes centenarios que prohibían cruzar las murallas servianas a gobernantes extranjeros como él. El númida, arrebozado en sus habituales ropajes negros, con solo una estrecha franja abierta a la altura de los ojos, se internó en la ciudad al abrigo de la noche. Era fácil no ser visto si no se quería. Roma no tenía alumbrado público y en noches sin luna como aquella la oscuridad que engullía los callejones era casi total. El viandante nocturno debía llevar su propia luz, aunque en muchos barrios era preferible no hacerse notar de ningún modo. Por menos de un sestercio unos maleantes podían acuchillarte en un callejón y tirar tus despojos a una alcantarilla abierta. Las patrullas organizadas por los *tresviri nocturni* no podían estar en todas partes, así que la noche romana estaba plagada de peligros y secretos.

Esa noche, se concienció Jugurta, el peligro era él.

Los Postumios Albinos eran una de las familias patricias más antiguas de Roma. Ello se traducía en una gigantesca *domus* acostada perezosamente en las laderas del *clivus Palatinus*, con múltiples anexos y jardines interiores. Y, como todas las casas romanas, estaba dotada de compluvios para recoger el agua de lluvia en marmóreas piscinas. Jugurta planeaba utilizar estas oquedades en su beneficio.

Con agilidad felina, la sombra en la que se había convertido se encaramó al techo de una casa adyacente y saltó de un tejado de terracota a otro sin que sus fantasmales pisadas perturbaran el sueño de sus residentes. Allí se apostó, acuclillado, y esperó a que los agentes de Bomílcar cumpliesen su misión. Miraba en dirección oeste, donde sobresalían los tejados de los templos de Victoria y de Cibeles. En el mapa conseguido por Bomílcar aquella zona del Palatino aparecía bajo el nombre de Cérmalo.

Media hora más tarde, no más, la quietud amenazante de la noche

romana quedó rota por el tañido de campanas. Poco después las llamas del incendio habían crecido lo bastante como para que Jugurta las viese lamer las tejas del Cérmalo. Los vientos transportaban gritos cruzados de «¡Fuego, fuego!». También en el interior de la casa de Postumio se había dado la voz de alarma.

Roma no poseía un cuerpo público destinado a la extinción de incendios. La ciudad lo fiaba todo al sentido de la responsabilidad de *nobiles*, que podían movilizar a una legión de servidores para combatir las llamas. Justo lo que todo el mundo esperaba de un patricio como Espurio Postumio, que, además, se presentaba al consulado.

—Masiva, quédate aquí —oyó Jugurta decir al romano, que sin duda había salido de la cama y se había vestido a toda prisa para no perder la ocasión de coordinar la lucha contra el fuego.

El númida se asomó al impluvio más cercano y reconoció la figura morena de su primo. Postumio se había llevado con él a la mayoría de sus servidores, pero había dejado dos gladiadores atrás, algo simbólico. Sin duda no haría falta más para defender a Masiva si este no salía a la calle.

Jugurta ancló una cuerda al tejado —la necesitaría para escabullirse más tarde— y se descolgó por el impluvio. Cayó por sorpresa encima de uno de los gladiadores, al que acuchilló en el cuello. El otro, con notable presencia de ánimo, se abalanzó sobre el intruso, pero este lo esquivó sin dificultad y le clavó el puñal en las costillas.

—¿Quién eres? —preguntó Masiva, con los ojos muy abiertos.

—La Muerte —susurró el intruso.

Su objetivo estaba desarmado, pero no era así como debía morir un príncipe númida. Jugurta empujó con un pie una de las espadas cortas que se habían desprendido de las manos muertas de los

gladiadores. Esta se deslizó con un ruido metálico sobre el suelo de teselas hasta los pies de Masiva, que no vaciló en recogerla. Su enemigo tomó la otra espada.

Durante unos instantes se sostuvieron la mirada y se tantearon. Luego Masiva atacó con un grito de guerra. Sus espadas emitían un aullido de metal al encontrarse una y otra vez, un chillido sibilante que perforaba los oídos. Masiva asestaba golpes con la furia de quien sabe que pelea por su vida, mientras que su rival parecía danzar a su alrededor. Cuando Jugurta, consciente de que el tiempo corría en su contra, estimó que su primo se había ganado la muerte del guerrero, pasó a la ofensiva.

El príncipe, jadeante, bloqueaba cada vez con mayor dificultad las estocadas de su enemigo, hasta que al fin una de estas le atravesó limpiamente la garganta.

—Saluda a nuestros primos Hiémpsal y Adérbal cuando te los encuentres en el infierno —le susurró Jugurta al oído mientras Masiva, incapaz de responder con el acero aún clavado en la tráquea, vomitaba sangre a borbotones.

Había cumplido su misión. Era el momento de trepar por la cuerda y desaparecer por los tejados.

LXXVII

El incendio del Cérmalo

El rugido de las llamas era un sonido vivo y hambriento que hacía estremecerse a todo el Palatino. El aire era denso y acre y olía a la madera quemada del templo de Cibeles. El fuego se había iniciado allí y continuaba danzando en una profanación ardiente sobre su esqueleto renegrido.

Alimentadas por la madera seca del techo y las ofrendas, las llamas se retorcían y estiraban en el aire como dedos amenazantes que se cernían sobre los tejados más próximos. Las ascuas, transportadas por un viento cómplice, caían como una fina lluvia roja. Una sibilante serpiente de fuego culebreó por los tejados mientras las llamas del templo lamían las paredes de los edificios contiguos, apenas separados por unas callejuelas estrechas. Incapaces de huir, las casas del Cérmalo prendieron una a una.

Los vecinos del selecto Palatino se echaron a sus lujosas calles, convertidas esa noche en corredores del infierno. En las cadenas humanas, que se habían formado para llevar vasijas y cántaros de agua al corazón del incendio, se mezclaban promiscuamente esclavos y senadores; un fulgor anaranjado iluminaba en los rostros de estos últimos la desesperación de quien ve arder no solo su hogar, sino también su legado.

El aire, cada vez más espeso a medida que las fortunas centenarias se consumían, ardía con un calor que hacía sudar a los

ricos tanto como a los pobres. A la desesperada, con hachas y mazos, los hombres más prominentes de la ciudad y sus lictores trataban de abrir un cortafuego derribando los muros recién enjalbegados de sus fastuosas *domus*.

En mitad del pandemónium, Lucio Cornelio Sila, que había cruzado el monte para unirse a la refriega, recordó que su madrastra se había mudado de la Subura al Cérmalo; su casa era una de las que rodeaban el templo de Cibeles.

Sin pensárselo dos veces, el joven echó a correr a lo largo de estrechas callejuelas incendiadas. Las llamas cubrían las fachadas a izquierda y derecha, y el calor se le pegaba a la piel como una segunda ropa. El aire, cargado con la muerte de un barrio entero, le abrasaba los pulmones con cada bocanada. Los gritos de los vecinos atrapados en las casas que se consumían y el estruendo lejano de atrios que colapsaban eran el telón de fondo de su frenética carrera.

Sila esquivó a grupos de matronas y doncellas de alta alcurnia que huían despavoridas en dirección opuesta, saltó por encima de carros volcados y durante todo el tiempo sintió el corazón galoparle dentro del pecho. En su interior sabía que era demasiado tarde.

Al amanecer, el incendio aún rugía, pero se había creado un cortafuego alrededor para contenerlo.

En casa de Postumio, el príncipe Masiva yacía en el suelo junto a los cuerpos de dos gladiadores.

—¡Te dije que reforzases la vigilancia! —estalló Escauro, rojo de ira bajo los churretes de hollín.

Al verse atacado, el pecho tiznado de negro de Espurio Postumio se hinchó como el de un palomo.

—¡Y lo hice, maldita sea, pero esta noche necesitaba a todos mis hombres para combatir el fuego o habría ardido el Palatino entero!

¡Tu casa, la mía, todo! ¿Cómo iba a imaginar que se atrevería a allanar mi propia casa?

—¿Quién? —preguntó Lucio Opimio.

—¿Eres tonto o te lo haces? ¡Jugurta! ¿Quién si no? ¡Debes arrestarlo de inmediato! —dijo, volviéndose hacia el cónsul Bestia, que traía la toga teñida de negro.

—No puedo hacerlo. Mientras sea rey le ampara el *ius gentium*.

—¡No debería ser rey! ¡Ni siquiera debería estar vivo! ¡Es culpa tuya por no rematarlo en su madriguera cuando pudiste hacerlo!

Bestia dio un paso para encararse a Postumio, que no se arredró.

—¡Calmaos los dos! —ordenó Escauro—. Postumio tiene razón en que solo ha podido ser Jugurta.

—¿Qué pruebas tenemos? —inquirió Opimio.

—Lucio, amigo mío, el que está en el suelo con la garganta atravesada es el pretendiente al trono de Numidia. ¿Quién esperas que lo haya matado? ¿Ptolomeo de Egipto? ¿Mitrídates del Ponto?

—Yo solo digo que Memio y Casio le prometieron un salvoconducto y que necesitaremos pruebas para retirárselo.

Postumio se sulfuró al oírlo:

—¿Esa alimaña del desierto vierte sangre en mi atrio, bajo el techo donde duermen mi esposa y mi hijo, y yo lo tengo que dejar estar porque Memio y Casio la invitaron a Roma a delinquir impunemente?

—No lo dejaremos estar —repuso Escauro—. Con o sin salvoconducto Bestia tiene razón en que a Jugurta, por ahora, lo ampara el derecho de gentes, pero aun así podemos asestarle un golpe que no se espera. Con su séquito ha venido a Roma su hombre de confianza, Bomílcar.

—Lo arrestaré ahora mismo —dijo el cónsul, que entendió perfectamente lo que Escauro pretendía.

—Ve.

Bestia partió con sus lictores.

—Esto es una declaración de guerra —le dijo Postumio a Escauro —. Así lo verá el pueblo.

—Lo sé.

—Que el Senado fije las provincias consulares ya. Macedonia para Marco Minucio y Numidia para mí. No pienso dejar piedra sobre piedra.

—Ya lo veremos —repuso Escauro, que se fiaba mucho más de la avaricia de Bestia que de la efervescencia de Postumio.

Para cuando Sila hubo llegado a la casa de su madrastra, esta se había convertido en una tumba de fuego. El techo se había hundido, la puerta estaba encajada en un marco de madera calcinada. El calor que emanaba la mansión lo obligó a retroceder. La carrera había terminado.

Sila revivió en silencio la impotencia que había sentido aquella noche mientras Cayo Julio César desenrollaba el testamento. Cornelia tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto como había llorado, pero ahora guardaba un solemne hieratismo mientras acariciaba la coronilla de Publio, que no se encontraba en Roma durante el incendio.

César carraspeó antes de leer:

—«En vida, mi esposo, Lucio Cornelio Sila, dejó por escrito su deseo de repartir su patrimonio dejando tres cuartas partes a nuestro hijo Publio y una cuarta parte a mí, con la condición de que yo pagase un estipendio anual de nueve mil sestercios a mi hijastro, Lucio Cornelio. Esta es una decisión que yo nunca he compartido. En el corazón de un hombre atribulado se gestan errores de los que a veces ni la dulzura de una esposa puede apartarlo. Ahora, por

fortuna, está en mi mano rectificar ese error. Movida por la profunda pena que durante tantos años me ha provocado esa injusticia, y puesto que mi hijo Publio recibió tres cuartas partes del patrimonio de su padre, desearía que al menos la cuarta parte que mi marido me dejó a mí fuese íntegramente para Lucio Cornelio Sila, a quien instituyo en heredero universal de todos mis bienes. A ti, mi querido Publio, te ruego que comprendas esta última voluntad. Te pido que dejes a un lado cualquier resentimiento y que tiendas la mano a tu hermano. Que mi muerte sirva para unir vuestros caminos, no para separarlos. Y que entre vosotros y vuestra hermana Cornelia reinen el amor y la concordia que yo siempre deseé. Que mi espíritu halle el descanso ahora, sabiendo que se ha hecho lo correcto».

La fachada de serenidad de Cornelia se resquebrajó a medida que César leía. El llanto que emergió de las grietas fue uno de gratitud y de alivio, y las lágrimas que le resbalaban por las mejillas suponían un tributo al sentido de la justicia de su madrastra. Sila, por su parte, trataba de descifrar la reacción de su hermanastro, al que Cornelia se abrazó fuertemente. O, más bien, su falta de reacción. Estaba claro que la súplica de concordia de la difunta le había caído encima como una losa. Aún debía digerir aquello y decidir si la última voluntad de su madre era sal o bálsamo para las heridas de la familia.

—Me gustaría hablar contigo a solas un momento, Lucio Cornelio —le dijo César.

Sila asintió. Ambos abandonaron el pequeño *tablinum* de César y pasearon por el peristilo desvencijado de su casa suburana.

—Tu madrastra y yo siempre fuimos muy amigos. Surgiste a menudo en nuestras conversaciones y puedo dar fe de que ella me expresó los mismos sentimientos que había consignado en su testamento.

—Era una buena mujer —dijo Sila.

Era una fría mañana de noviembre y el mundo parecía cubierto por un velo gris, pensó.

—He oído que has estado viviendo en Sicilia.

—Sí. Hasta hace unos meses.

—¿Por negocio o placer?

—Negocios —respondió Sila, bastante taciturno.

—¿Y qué planes tienes ahora? —se interesó César.

Sila había cruzado las manos tras la espalda. En el patio interior vislumbró a una jovencita sentada en un frío banco de piedra. Estaba leyendo, tratando de aprovechar los tibios rayos del sol invernal.

—Los próximos censores encontrarán que tengo patrimonio suficiente como para recuperar el caballo estatal —pensó en voz alta.

—Así es —dijo César, a pesar de que solo conocía el patrimonio que su madrastra le dejaba, superior a los cuatrocientos cincuenta mil sestercios. A esa fortuna había que sumarle lo que Sila aún conservaba de la herencia de Nicópolis.

El joven patricio era un hombre indudablemente rico.

La muchacha del patio permanecía inmóvil como una estatua mientras ellos caminaban a su alrededor por la galería de columnas. Vestía una túnica de lana oscura, confeccionada para resistir el frío, no para llamar la atención. Sin fíbulas de oro o plata, la tela caía con una simplicidad honrada. Su cabello, recogido en un moño sin artificios, estaba libre de lazos o adornos.

—¿Te acuerdas de mi sobrina Julila? —preguntó César al reparar en cómo Sila no le quitaba ojo de encima.

—Recuerdo a una niña —contestó—, no a una mujer.

Decía la verdad; apenas reconocía a la niña rolliza que Julila había

sido en las facciones angulosas de aquella joven tan bien compuesta.

—Sí, desde luego ha florecido —le sonrió César—. ¿Sabes? He sopesado mucho con quién debería contraer matrimonio… Tu madrastra me sugirió tu nombre.

Sila se detuvo en seco y volvió los ojos grises hacia César.

—¿Eso hizo?

—Con mucha insistencia. Yo le dije que no me oponía en principio al matrimonio con un Cornelio patricio de antepasados tan nobles, pero que, dada tu situación económica y la de mi familia, sería hacer pan con unas tortas —explicó César sin acritud.

—Mi hermano sería mejor partido.

—Tu hermano está comprometido con la hija de Lucio Cecilio Rufo, el prestamista.

—No lo sabía.

—Tu madrastra me hizo partícipe del contenido de su testamento y me dijo que, si acaso yo me mostraba receloso por tus perspectivas económicas, aquello lo subsanaría —dijo César—. Estoy dispuesto a honrar su deseo, si tú estás dispuesto a acceder a un matrimonio por *confarreatio*.

—¿Por *confarreatio*?

César asintió.

—Era la forma preferida de nupcias para los patricios hasta hace poco. Indisoluble —subrayó—. Hoy parece que eso espanta a los jóvenes. Cuanto más ambiciosos, peor. El matrimonio es una alianza entre familias y en un tiempo de lealtades tan volubles todo el mundo está presto a cambiar de cónyuge.

Los labios de Sila permanecieron pegados. Su atención volvía a centrarse en la joven núbil que leía en el patio. Le gustó ver en ella una dignidad que el dinero no podía comprar ni la pobreza arrebatar.

—¿Por qué él? —preguntó la esposa de César luego de que Sila y su familia se hubieran marchado.

A la mujer, ataviada muy recatadamente con una estola, le había costado formular aquella pregunta. Marcia pertenecía a una familia muy antigua que decía descender del cuarto rey de Roma y la habían educado desde muy niña en los valores de la vieja aristocracia. Jamás habría osado cuestionar la decisión de su marido, el *pater familias*. Sin embargo…

—La reputación de Lucio Sila es espantosa —le recordó a su esposo con un estremecimiento—. Desheredado por su padre, ha vivido, según dicen, de la generosidad de hombres y mujeres…

—También dicen algunos que a Temístocles de Atenas lo desheredó su padre, y que su modo de vida disoluto empujó a su madre al suicidio. Sin embargo, Temístocles alcanzó la cima del poder político y desde allí prestó excelente servicio a su patria.

«Y un servicio aún más excelente a sus parientes y amigos», se dijo César para sí.

—¿Y tú, esposo mío, crees que Sila podrá alcanzar la misma cima? —preguntó Marcia, con un deje de incredulidad en la voz.

Su marido cruzó las manos tras la espalda.

—Nos encargaremos de ello.

LXXVIII

El contraataque de Jugurta

Numidia, anno DCXLIV ab urbe condita.
Q. Minucio Rufo et Sp. Postumio Albino consulibus[84]

Postumio se había lanzado a África en marzo de ese año con la premura de quien persigue su propio destino. Buscaba una victoria fulgurante sobre Jugurta y regresar lo antes posible a Roma para pedir al Senado su triunfo, cosa que no ocultaba. Parecía haber dejado Roma con las cartas laureadas de su victoria ya redactadas, pero, si eso era así, estas languidecieron todo el año en un cajón.

Amargo fue para el cónsul descubrir que su enemigo era un hueso duro de roer: Jugurta prometía la paz con una mano y golpeaba con la otra, huía constantemente para volver a atacar y tenía a Postumio persiguiéndolo como al reflujo de las mareas. Al cónsul le sobraba voluntad, pero le faltaba la capacidad; justo al contrario que a Bestia.

Evidentemente Jugurta sabía que el tiempo corría a su favor. El otro cónsul se encontraba en Tracia, así que, llegado el mes de octubre, a Postumio no le quedó más remedio que embarcarse de regreso a Roma para presidir los comicios. Al frente del ejército de África dejó a su hermano, Aulo Postumio.

—Un inconsciente —señaló Bomílcar—. Estamos de enhorabuena.

La lluvia golpeaba la lona de la tienda de campaña del rey. Jugurta

miró a su lugarteniente, al que hacía un año los romanos habían encarcelado en las canteras del Capitolio. Lo acusaban de haber asesinado a Masiva, pero no tenían pruebas, solo lo habían hecho para presionarle a él. Jugurta no podía permitir que un dignatario de tanto peso como Bomílcar se pudriera en una prisión romana sin arriesgarse a incurrir en la indignación de los demás notables de Numidia. En cuanto logró convencer al Senado de que se le concediera la libertad condicional a cambio de una fianza astronómica, dio esta por perdida y sacó a Bomílcar de Italia. La guerra se reanudó poco después.

Jugurta volvió su atención al mapa en el que su lugarteniente analizaba los últimos movimientos del enemigo. En vez de esperar el regreso de su hermano, Aulo Postumio había sacado a las tropas de los cuarteles de invierno para adentrarse en el territorio enemigo en plena temporada de lluvias. Su objetivo era Sutul, fortaleza donde Jugurta guardaba sus tesoros.

—No podrá tomarla, ni siquiera podrá asediarla —dijo Bomílcar, que señalaba la posición de Sutul con el dedo índice—. La fortaleza está en lo alto de un monte muy abrupto y las lluvias invernales han empantanado la llanura de alrededor. No lo sabe, pero se ha metido en la boca del lobo.

—Aún puede meterse más adentro —susurró el rey.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor? —preguntó Bomílcar.

Jugurta dirigió la mirada al taciturno Aspar.

—Alimentaremos la loca ambición de Aulo Postumio —dijo.

La noche númida era fría y los legionarios dormían un sueño inquieto y lleno de presagios bajo mantas caladas por la lluvia. Habían marchado todo el día hacia un lugar desolado, donde el rey había citado a Aulo Postumio bajo el pretexto de sellar la paz.

Durante aquella última semana, los exploradores habían visto al ejército númida moverse por parajes selváticos y angostos desfiladeros, como si no se atreviera a entablar batalla. Luego los emisarios del rey llamaron a la puerta del *praetorium* para hablar de tregua y de paz en tono suplicante, lo que terminó de endiosar a Aulo Postumio. Convencido de su superioridad, no reparó en que estos mismos emisarios aprovechaban las idas y venidas para acercar la hora de su derrota.

Las nubes cubrían la luna y las estrellas, y se enseñoreaba del campamento una densa oscuridad, que las lámparas de aceite y las antorchas se esforzaban por mantener a raya. De pronto un clamor rasgó el silencio de la noche, un ulular gutural de decenas de miles de gargantas númidas que tenían rodeado el campamento. El caos se desató dentro de los muros; ante el peligro que los asediaba, oculto en las tinieblas, el pánico se propagó como una enfermedad. Los legionarios saltaron de sus jergones y buscaron a tientas sus armas, pero, para entonces, la traición ya había hecho su trabajo: el centurión primipilo de la *Legio III* se había rendido al oro de Jugurta, abriéndole a los númidas el portillo en la empalizada que había jurado defender. Junto con él, una cohorte de auxiliares ligures y dos escuadrones de caballería tracios cambiaron de bando en mitad de la noche.

Al darse cuenta de que el enemigo ya estaba dentro del campamento y de que las murallas se habían convertido en una trampa mortal, la disciplina romana se hizo añicos. Los legionarios echaron a correr sin saber dónde estaba la salvación: si en blandir la espada, en esconderse o en huir. Los que sobrevivieron a la noche lo hicieron al precio de su honor, pues se habían retirado en vergonzosa desbandada hasta la relativa seguridad de las colinas, tropezando los unos con los otros.

LXXIX

La amargura de Mario

Roma.
Diciembre del 110 a. C.

—¿Por qué no te has presentado? —preguntó Fulcinia, abrigada junto a un brasero.

—Es el año de Quinto Metelo, madre —respondió su hijo mientras atizaba el fuego.

No lo hacía porque no tuviera esclavos que pudieran hacerlo; los tenía, de toda raza y condición y especializados en las tareas más insignificantes, como se esperaba en la casa de un senador tan rico como él. Mario azuzaba el fuego él mismo para sentirse menos inútil.

—¿Y el año anterior?

—Los candidatos eran Postumio y Minucio —contestó él escuetamente.

Esperaba vanamente que aquellos nombres tan aristocráticos resonaran en los oídos de su madre, pero Fulcinia hacía tiempo que se mostraba sorda y ciega.

—¿Y este año? —volvió a preguntar.

Mario suspiró.

La de su madre era desde hacía tiempo una mirada que no mira. Los ojos, abiertos de par en par, eran como ventanas a un paisaje neblinoso. A veces había un destello fugaz, una chispa tras las

pupilas veladas por la edad, que se desvanecía rápidamente. Otras veces, pensó Mario, la mirada de su madre era calmada y serena, pero sin dirección, como si hubiera renunciado a buscar y a encontrar. En los momentos más pujantes de su demencia, podía asomar a sus ojos una inocencia infantil, simple y sin pretensiones, algo que Fulcinia jamás había sido.

—¿Cuándo serás cónsul? —demandó saber.

Su hijo no contestó. Hacía dos años que había regresado de Hispania; cuanto más pasaba el tiempo, más se mimetizaba con el mobiliario de la curia, el pueblo olvidaba sus galones y las probabilidades de ser elegido cónsul se esfumaban.

—*Domine* —sacó a Mario de su ensimismamiento el esclavo atriense; parecía algo nervioso.

—¿Sí?

—El cónsul electo Quinto Cecilio Metelo quiere verte.

Mario dejó a su madre frente al fuego y salió al atrio para recibir a Metelo, al que abrazó con cierta incomodidad. Su viejo amigo acababa de ser elegido cónsul junto a Marco Junio Silano.

—El benjamín de los Metelos, cónsul —dijo Mario, que impostó una sonrisa—. Te lo han puesto demasiado fácil. Agradece que no me haya presentado yo.

—Ah, ¿me has hecho el favor? —se rio Metelo.

A pesar de que solo pretendía seguirle el juego a su anfitrión, aquella risa no gustó ni un pelo a Mario, que decidió lanzarle una pulla poco amistosa:

—Al menos como rival mío habrías tenido una excusa para no apoyar mi candidatura —dijo mientras le daba sonoras palmadas en un hombro.

Metelo frunció el ceño.

—Te presentabas contra un Escipión —le recordó inocentemente.

—Sí, uno casado con una Metela. —Al ver a su amigo apartarse, incómodo, Mario decidió recular—: Era un buen romano.

Metelo asintió:

—Lo era. Lloré mucho su muerte.

Silencio.

—¿Y a qué debo la visita del cónsul electo? —inquirió Mario.

—He hablado con Marco Silano. No quiere meterse en África.

—¿Y tú sí, por Hércules?

—Sí, con tu ayuda.

Mario arqueó una espesa ceja en la que relucían las canas.

—¿Me pides que sea tu legado?

—Sí, así es. Tú y Publio Rutilio, pero quería decírtelo a ti primero.

—¿Por qué nosotros? —quiso saber Mario, que se cruzó de brazos —. Hay muchos senadores y excónsules ambiciosos, dentro de tu propia familia incluso, como para recurrir a nosotros.

—No me importan la ambición ni el parentesco —sentenció Metelo —. Me importa terminar con una guerra que se ha alargado demasiado ya. Roma se desangra en África, y mientras tanto tenemos una horda de bárbaros norteños deambulando por la Galia sin que nadie les ponga coto. ¿Cuánto crees que tardarán cimbros y teutones en cruzar los Alpes? No podemos arriesgarnos a que una invasión por el norte nos sorprenda con las legiones y los dos cónsules fuera de Italia. La supervivencia de Roma depende de pacificar Numidia cuanto antes.

—Te escucho —dijo Mario.

—Si la victoria dependiese de hombres y recursos, Bestia y los Postumios se habrían alzado con ella fácilmente. Creo que, para ganar esta guerra, hay que conocer la mente de Jugurta. Rutilio y tú servisteis en Numancia al mismo tiempo que él, ¿no es así?

—Sí, bajo el mando de Escipión. Rutilio y yo éramos voluntarios en

la *cohors amicorum* y Jugurta era jefe de la caballería auxiliar.

—Por eso os necesito. Por favor, dime que aceptarás acompañarme a África.

Mario se rascó el mentón mientras hacía como que se lo pensaba. Luego de dar a Metelo su respuesta, regresó junto a su madre, que seguía encerrada en su propio bucle:

—¿Cuándo serás cónsul?

Los horizontes de la matrona romana rara vez traspasaban el umbral de la *domus*. Mientras que el mundo exterior era el terreno de juegos expedito de su marido, el universo de la mujer se reducía al interior de su casa, donde ella podía mangonear a la servidumbre y disponer todo según su designio, a menudo durante largas temporadas.

Un día de diciembre, no obstante, matronas escogidas se aventuraban al exterior y pasaban la noche fuera de casa, a pesar de la ansiedad de sus maridos. La festividad de la Bona Dea las reunía en casa de un cónsul o un pretor, donde oficiaban ceremonias que ningún varón debía presenciar jamás, pero que se consideraban vitales para mantener la *pax deorum*.

Desde que a Mario lo eligieron pretor, se contaba con que una mujer de su familia acudiera a la ceremonia. Fulcinia, encantada de codearse los últimos cuatro años con las matronas de la nobleza, ya no podría responder a la invitación, así que, aquella noche, Lusia estaba obligada a hacerlo.

—Te esperaré despierto —le había dicho Mario en el vestíbulo.

Su mujer iba envuelta en una estola de lana teñida de púrpura de Tiro, y en el cuello y las muñecas le brillaban sortijas y torques dorados que tintineaban con cada movimiento para anunciar su riqueza. Él recordó la joven rústica de años atrás, la que vestía una

capa oscura y áspera desprovista de adornos. Él también había cambiado, pensó.

Desde debajo de las pobladas cejas que venían a unirse en el ceño fruncido, sus ojos vagaron por el espacioso atrio. Su casa había sufrido numerosas modificaciones para adaptarse a su nuevo estatus. Las columnas de travertino rosa se alzaban esbeltas y relucientes, con basas cubiertas de láminas de bronce pulido. El suelo, un complejo mosaico compuesto por pequeñas teselas de pizarra, pórfido y vidrio, había sido pulido con cera y parecía la superficie de un espejo. La piscina bajo el impluvio, en cuyas cuatro esquinas montaban guardia estatuas de bronce fundidas por maestros de Capua, estaba revestida de mármol blanco veteado, como de mármol era también el *cartibulum* donde exhibían a las visitas la vajilla de plata.

Su fortuna reciente procedía de Hispania, de esas sucias minas que los publicanos exprimían con fruición y de las que él, como gobernador, había sacado su tajada. Era una riqueza dura, metálica, que los esclavos y cautivos de guerra arrancaban de la tierra para él.

La ciudad, y sobre todo su carrera hacia la cima, les había impuesto todo aquel lujo. La suya era la ostentación obligada, dada la creciente posición de Mario. Se había acostumbrado a ella, pensó este, pero nunca dejaría de sentirse como un disfraz.

—No hace falta que me esperes —le había contestado su esposa mientras se abrochaba la capa con una fíbula de oro luego de despedirse de Trebonio.

Lusia cumplía con su deber de mala gana. Su desprecio indisimulado por la vida pública, de la que deseaba apartarse cada vez más, se había incrementado en proporción a la ambición soterrada de su marido, lo que había convertido su matrimonio en una pugna silenciosa: cuanto más le pesaba a él no haber sido

elegido cónsul, más anhelaba ella la paz del campo, lejos del bullicio de Roma y de la mezquindad de su política.

Mario la esperó despierto, tal y como había dicho. Tenía demasiado en lo que pensar. Los blancos carbones del brasero hacía horas que habían terminado de enfriarse cuando su esposa regresó con sus esclavas.

—¡Harpías, eso es lo que son! —oyó maldecir a Lusia en el vestíbulo—: ¡Harpías!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, más por deferencia que por genuino interés.

Su mujer se desabrochó la fíbula de oro y entregó su capa púrpura a una de sus esclavas. Su rostro estaba enrojecido y contorsionado en una mueca de rabia, impotencia y vergüenza, con los ojos hinchados de haber llorado de camino a casa.

—Las Cecilias Metelas, ¡esas brujas!, han convencido a las demás de hablar solo en griego —explicó mientras con gestos bruscos y dedos torpes se quitaba de encima los zarcillos de perlas, los collares de amatistas y las ajorcas de oro.

—¿En griego?

—Lo han hecho aposta para humillarme —sollozó ella.

—Pero ¿qué Metelas? —inquirió Mario. Había cuatro, entre hijas y sobrinas del Macedónico, y quería entender mejor la situación.

—¿Importa acaso, por Hércules? —gimoteó su esposa.

—No… Supongo que no.

La esclava se retiró cargando con toda la opulencia postiza de la que Lusia se había liberado y que le había ido entregando sin mirar, como si le quemase.

—No lo soporto más —confesó con un hilo de voz al tiempo que se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano—. No soporto a esta gente, Mario, ni esta ciudad. Quiero que nos vayamos al campo

con Trebonio y no volvamos jamás.

—Eso no es posible. Soy senador y estoy obligado a vivir en Roma.

—¿Quién te va a ir a reclamar nada? Para tus enemigos es mejor si no apareces por la curia.

Mario tragó saliva.

—Quinto Metelo me ha ofrecido ser su legado en África este año próximo. Si cosecho nuevos méritos, podré presentarme a los comicios en uno o dos años.

Lusia se carcajeó amargamente.

—¡Tú tampoco hablas griego, Mario! ¿Es que no lo entiendes? No eres uno de los suyos. Jamás serás cónsul.

Mario apretó los puños. Las aletas de su nariz se abrieron mucho. Si Lusia hubiera estado más cerca, la habría abofeteado. Por fortuna o por desgracia, se mantenían apartados el uno del otro. ¿Cuándo la cercanía física había dejado de serles reconfortante?

—Cayo Julio César me ofreció la mano de su hija en matrimonio —reveló él, muy sosegadamente—. Eso es mucho mejor que hablar griego, ¿no crees?

Aquello había sido mucho peor que un bofetón.

Lusia permanecía inmóvil, como una estatua, mientras las palabras de su marido y el aristocrático nombre de César resonaban aún en el atrio como un eco fatal. El llanto y la rabia habían dado paso a una conmoción profunda; el abismo que se había abierto a sus pies la dejó sin aliento. Tuvo que sentarse en un diván de la entrada. Luego se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

—Lo siento, no debí decirlo así —se arrepintió Mario.

—Pero lo has dicho —gimoteó ella.

Él sondeó los ojos anegados de lágrimas de la que todavía era su esposa, y lo que vio en ellos lo hizo entrar en pánico. Durante dos

años había imaginado con recurrencia cómo sería su vida con otra mujer más conveniente, y ahora Lusia había tomado consciencia de ello. Nada volvería a ser igual; es más, todo había dejado de ser.

Arrastrado súbitamente por una marea de emociones contradictorias, Mario volcó el brasero con una patada y un grito de furia, y los gélidos carbones se desparramaron por el suelo teselado descomponiéndose en una nube de polvo y ceniza.

LXXX

Nuevos comienzos

Roma, anno DCXLV ab urbe condita.
Q. Caecilio Metello et M. Junio Silano consulibus[85]

César y su hija esperaban cogidos de la mano a que el novio cruzase el atrio de la casa. Los ojos de Mario, ensombrecidos por su ceño prominente, se posaron con cuidado sobre la novia, como si el peso de su mirada pudiera aplastar a aquella joven tan menuda; tenía el rostro cubierto por un velo y una corona de verbena y mejorana ceñía su cabeza. Él le levantó el velo, y sus pupilas oscuras encontraron las de Julia.

No hubo beso; el rito no lo exigía y no existía aún un sentimiento que lo justificase. Simplemente el padre de ella la entregó al novio, que la tomó de la mano. Julia dio un respingo al sentir por primera vez su tacto duro y calloso, recordatorio de los mundos tan distintos a los que pertenecían.

La celebración continuó con un copioso banquete regado en abundante vino: ostras frescas de la bahía de Neápolis, *garum* para dar un toque salado e intenso a los pequeños bocados de carne y champiñones salteados, fuentes de cochinillo glaseado con miel y salvia, aves de corral asadas, pan de trigo recién horneado para untar los jugos de la carne. Para los amantes del dulce, pasteles de queso bañados en miel, uvas pasas, orejones, dátiles y membrillo.

Se sucedieron los brindis, cada vez más estruendosos. Los hermanos y primos de la novia estaban de enhorabuena, sabedores de lo que la alianza de su familia con un hombre adinerado como Mario suponía para su futuro. Este, desde su triclinio, analizaba por encima del borde de la copa sus rostros veinteañeros; su mirada escrutadora, acostumbrada a medir a los hombres que servían bajo su mando, le permitía determinar con un vistazo el arrojo, la astucia y la ambición de cada uno de los cachorros.

En esas reparó en una figura que hasta entonces no tenía ubicada. Se trataba de un hombre joven, de semblante más pálido que el de los Césares, cabello rubio y ojos grises. Sus labios finos esbozaban una sonrisa, pero callaba; no brindaba con la misma euforia que los otros invitados; es más, su mirada desdeñosa amenazaba con devorarlo todo, pensó Mario.

De pronto los ojos grisáceos de aquel hombre le devolvieron la mirada. Al saberse descubierto, Mario se sintió extrañamente inquieto.

—¿Quién es ese? —preguntó a su suegro, recostado junto a él.

—Es Lucio Cornelio Sila —respondió César—, el marido de mi sobrina Julila.

—¿Qué edad tiene? ¿A qué se dedica?

—Cumplirá veintinueve este año. No ha servido en el ejército, si es eso lo que te preguntas. Antes tiene que resolver un asunto pendiente con los censores…

Mientras su suegro hablaba, Mario no apartaba la vista de Sila. El jolgorio cálido de la boda se desvaneció; el sonido de las liras y las voces animadas de los invitados se apagaron en un murmullo distante. La luz de las lámparas de aceite danzaba sobre aquel rostro pálido, acentuando la línea de su mandíbula y el brillo helado de sus ojos. Su sonrisa seguía allí, como una máscara.

—Lucio Cornelio Sila —murmuró Mario muy despacio.

Lo hizo recreándose en cada sílaba, a modo de sortilegio, como si pronunciar aquel nombre en voz alta alejase el daño que pudiera hacerle y le diese poder sobre él. Mario había topado con una mente que no podía descifrar, y la mezcla de fascinación y desasosiego que lo embargó le erizó la curtida piel.

El Campo de Marte, que en las últimas semanas había hervido con las maniobras y los ejercicios de los reclutas, se hallaba comparativamente en calma después de que estos dejaran Italia junto con los cónsules (Metelo a África, Silano a la Galia). El sol de mediodía iluminaba la fachada de la *Villa Publica*. En su interior, Marco Emilio Escauro y Marco Livio Druso, sentados en sendas sillas curules, dirigían las actividades del censo.

Para Escauro, ser censor no carecía, ni mucho menos, de alicientes, pero ante todo era una cuestión moral. Un Bárbula, su tatarabuelo, lo había sido, y él se había presentado candidato al cargo a principios de año convencido de que debía serlo también. Por fortuna, partía con ventaja sobre sus competidores: ser *princeps Senatus* lo marcaba para la censura, y noventa y siete centurias votaron por él y por Druso durante los comicios de febrero.

Ahora los ciudadanos esperaban a ser llamados con una mezcla de nerviosismo y orgullo. Estos en concreto pertenecían a la tribu Falerna. En sus manos, rollos de pergamino y tablas de cera con la lista de sus propiedades y fortunas.

Cuando le llegó su turno, Sila se apartó de la multitud y caminó hacia los censores muy erguido. Aunque el corazón le galopaba dentro del pecho, su ademán irradiaba la seguridad y la confianza propias de quien se sabe respaldado por sus riquezas.

—¿Nombre completo y edad? —preguntó Escauro con cierta

displicencia. Era la enésima vez que formulaba aquella pregunta esa mañana.

—Lucio Cornelio Sila, hijo de Lucio. Veintinueve años.

—¿Estás casado? —inquirió Druso.

—Sí, con Julia, hija de Lucio Julio César.

—¿Hijos?

—Pronto. Mi esposa está encinta.

—¿Propiedades?

Sila, con voz firme y clara, describió con detalle los olivares y trigales de Túsculo y Minturnas, los viñedos de la falda central del Falerno y los bloques de apartamentos que poseía en la Subura y el Aventino. Mientras hablaba, Druso, con el ceño fruncido, revisó muy conspicuamente sus notas, heredadas de censos anteriores.

—¿Cómo eres tan rico, si tu padre no te dejó nada? —demandó saber.

Sila sintió una punzada de ansiedad. ¿También iban a juzgar la procedencia de su fortuna? Una gota de sudor resbaló por su sien albina cuando Escauro se inclinó para pedirle un aparte a su colega.

—¿Sí, Marco Emilio? —preguntó Druso cuando se hubieron alejado un poco.

Escauro se frotó las lumbares. Llevaba toda la mañana sentado en la dichosa silla sin respaldo y la espalda lo estaba matando.

—Pasémosle la mano al muchacho —dijo.

—Según el censo de Metelo y Pisón, que lo privaron del caballo estatal, Lucio Cornelio Sila vivía de un estipendio de nueve mil sestercios, según lo especificado por el testamento de su padre.

—Y una década después ha reconstruido su fortuna. Me alegro por él.

—Aquí pone que su padre lo desheredó por crápula.

—Si verdaderamente lo era, se ha debido de reformar, de lo

contrario no estaría casado con una Julia.

Druso frunció el ceño. No entendía que la historia de Sila resonaba poderosamente con Escauro, que tuvo que explicárselo:

—Mi abuelo fue desheredado por su padre. Mi padre no tenía nada para dejarme a mí en herencia. Y mira, soy *princeps Senatus*, excónsul y censor.

Sila veía a los censores conversar en la distancia. Tras un rato que se le hizo eterno, ambos volvieron a tomar asiento en las sillas marfileñas de patas corvas. Sila contuvo la respiración.

—Has sido censado —proclamó Druso.

—¿Recuperaré el caballo estatal? —preguntó, lleno de miedo.

—Lo recuperarás.

Había superado la prueba. Sila, desheredado por su padre, defenestrado por los censores, había renacido gracias a la riqueza y a su matrimonio con una Julia.

Con la cabeza muy alta, se alejó del tribunal, dejó atrás su pasado y emprendió el camino que, si los dioses querían, lo reuniría con Metrobio.

Agradecimientos

Gracias a mi agente Juan, a mi editor Alberto y a todo el equipo de Plaza & Janés y Penguin Random House, en especial a Aurora, por hacer posible este libro.

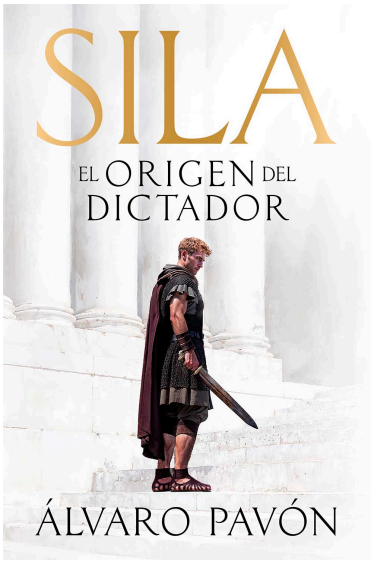
Gracias a Paloma, por ayudarme a entender lo que se oculta tras la política y, en consecuencia, a novelar mejor los episodios políticos recogidos en esta historia.

Y sobre todo gracias a Camilo, por acompañarme mientras escribía.

Nadie lo superó en devolver el favor a sus amigos.

PLUTARCO DE QUERONEA,
Vida de Sila, XXXVIII, 4

El mejor amigo. El peor enemigo.
La épica historia de la persona que cambió el destino de Roma.



Roma, 121 a. C. La República se tambalea en medio de una grave convulsión política marcada por la violencia en las calles y los asesinatos de senadores. Lucio Cornelio Sila, un joven patricio, es desheredado por su padre, pues este lo considera considerar indigno del legado familiar por su vida disoluta. Despreciado por la alta sociedad romana y obligado a valerse por sí mismo, deberá aprender a manejarse con astucia y sin escrúpulos para recobrar la buena fortuna en un mundo donde reinan la lucha por el poder, la traición y la supervivencia del más fuerte, lo que pondrá a prueba su lealtad, integridad y ambición. Pero este solo será comienzo de su épico viaje desde la irrelevancia social hasta lo más alto del gobierno, donde Sila transformará la faz de Roma para siempre.

En su primera novela, Álvaro Pavón captura la esencia de la antigua Roma antes del Imperio, mostrando el lado más sórdido de su sociedad, su política y sus personajes, e inicia una épica trilogía sobre la historia del hombre que, antes de Julio César, dinamitó la República y marchó sobre Roma para instaurar una cruel dictadura.

Álvaro Pavón Romero nació en Sevilla en 1995. Es graduado en Filosofía y máster en Filosofía Moderna, aunque su ámbito de interés es la filosofía griega y romana, lo que lo ha convertido en un apasionado conocedor de la Antigüedad clásica. Vive desde hace años en Bruselas, donde trabaja en el Parlamento Europeo y escribe su tesis doctoral sobre la sociedad griega. Esta es su primera novela.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Álvaro Pavón Romero
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas: Isabel Loureiro

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: © Guillem H. Pongiluppi

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03555-5

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Traducción de Ángel Escobar.

[2] Ídem.

[3] «Salud, niño, feliz para ti mismo y para tu patria».

[4] Abuelo del famoso Julio César.

[5] Traducción de Antonio Sancho Royo.

[6] «Roma, año 633 desde la fundación de la ciudad (121 a. C.), siendo cónsules Lucio Opimio y Quinto Fabio Máximo».

[7] Alceo de Mitilene. Traducción propia.

[8] Cayo Valerio Catulo. *Carmen 61*, aunque el *topos* es anterior a su época. Traducción propia.

[9] Aristófanes. *Los caballeros*. Traducción propia.

[10] Teognis. Traducción propia.

[11] «Nombro heredero a Lucio Cornelio Sila, mi hijo».

[12] Cincuenta hectáreas.

[13] «Lucio Opimio, hijo de Quinto, nieto de Quinto, cónsul, restauró y volvió a dedicar este templo de Concordia».

[14] «Roma, año 634 desde la fundación de la ciudad (120 a. C.), siendo cónsules Cayo Papirio Carbón y Publio Manilio».

[15] Dicho espartano: «Dejad a las leyes dormir hoy».

[16] «¿Queréis y ordenáis, ciudadanos, que a Lucio Opimio se le niegue el agua y el fuego, y que sea arrojado de la roca Tarpeya por los tribunos?».

[17] «Pues no hay cosa peor para debilitar a un hombre que el mar furioso: por grandes que sean sus fuerzas, al punto lo quebrarán las olas brutales». Livio Andrónico, *Odusia*. Traducción de Rocío Carande Herrero.

[18] «¿Quién es más afortunado y está más lleno de encanto que yo? ¿Y por semejante noticia…? ¿Qué podría darte? ¿Qué? ¿Qué? No lo sé». Traducción de Gonzalo Fontana Elboj.

[19] Arquíloco de Paros. Traducción de Carlos García Gual.

[20] Homero. *Odisea*. Traducción de Luis Segalá y Estalella.

[21] Alceo. Traducción propia.

[22] Arquíloco. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[23] Anónimo. Traducción de Carlos García Gual.

[24] Arquíloco. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[25] «Roma, año 635 desde la fundación de la ciudad (119 a. C.), siendo cónsules Lucio Cecilio Metelo y Lucio Aurelio Cota».

[26] «Patria desagradecida, no tendrás ni mis huesos».

[27] Traducción de Avelina Carrera de la Red.

[28] Ídem.

[29] «Roma, año 637 desde la fundación de la ciudad (117 a. C.), siendo cónsules Lucio Cecilio Metelo Diademato y Quinto Mucio Escévola el Augur».

[30] *Scaurus* en latín significa «pies zambos».

[31] Teognis. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[32] La diferencia radica en el empleo del dativo o el genitivo. Traducido al latín, el adagio más conocido emplea el genitivo (*inimici inimicus amicus meus*: «el enemigo de mi enemigo es mi amigo»), mientras que la expresión gramatical y sintácticamente confusa de Mario emplea un dativo (*inimico inimicus amicus meus*: «mi amigo es un enemigo para mi enemigo»).

[33] Abuelo del famoso Marco Antonio.

[34] «Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno». Terencio. *Heauton Timorumenos*. Traducción de Gonzalo Fontana Elboj.

[35] Quinto Lutacio Cátulo. Traducción de Ángel Escobar.

[36] Arquíloco de Paros. Traducción de Carlos García Gual.

[37] «Roma, año 638 desde la fundación de la ciudad (116 a. C.), siendo cónsules Cayo Licinio Geta y Quinto Fabio Máximo Eburno».

[38] Anónimo. *Priapeo 18.* Traducción propia.

[39] Anónimo. *Priapeo 39.* Traducción propia.

[40] «Donde hay humo, hay fuego».

[41] «Roma, año 639 desde la fundación de la ciudad (115 a. C.), siendo cónsules Marco Cecilio Metelo y Marco Emilio Escauro».

[42] Arquíloco. Traducción propia.

[43] Alceo. Ídem.

[44] Alceo. Traducción de Carlos García Gual.

[45] Ídem.

[46] Safo de Lesbos. Traducción de Pau Sabaté.

[47] Safo de Lesbos. Traducción de Pau Sabaté.

[48] Teognis. Traducción de Carlos García Gual.

[49] «Oh, diosa Fiebre, santa Fiebre, magna Fiebre, te imploro por mi padre enfermo…».

[50] «¡Soy yo, Ésquino! ¡Que alguien abra la puerta ahora mismo!». Terencio. *Adelphoe*. Traducción de Gonzalo Fontana Elboj.

[51] Safo. Traducción de Carlos García Gual.

[52] Arquíloco. Traducción propia.

[53] «No hay que hablar mal de los muertos». Quilón de Esparta.

[54] Teognis. Traducción de Carlos García Gual.

[55] «Roma, año 640 desde la fundación de la ciudad (114 a. C.), siendo cónsules Manio Acilio Balbo y Cayo Porcio Catón».

[56] «Roma, año 641 desde la fundación de la ciudad (113 a. C.), siendo cónsules Cayo Cecilio Metelo Caprario y Cneo Papirio Carbón».

[57] «Podemos hablar en griego, si lo prefieres».

[58] «Mira, el lobo en la fábula», equivalente latino de la expresión «hablando del rey de Roma, por la puerta asoma».

[59] Homero. *Odisea*. Traducción de Fernando Gutiérrez.

[60] Teognis. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[61] Ídem.

[62] Safo. Traducción de Pau Sabaté.

[63] Quince hectáreas.

[64] Ciento veinticinco hectáreas.

[65] «Me serviré cinco copas de vino tasio, dos de falerno». El autor es desconocido. El tasio era un vino griego.

[66] Aproximadamente nueve kilogramos.

[67] «Contempla: la perdición de los Sila».

[68] 390 libras romanas = 127,53 kilogramos.

[69] «Objeto: Esclavo de origen griego. Nombre: Metrobio. Edad: 16 años. Altura: 1,60 metros. Peso: 52 kg. Pelo: Moreno. Condición: Sano, sin vicios conocidos, no propenso a la fuga ni a robar. Habilidad: Leer, escribir, cantar».

[70] Aproximadamente 18 metros. 1 metro = 3,38 pies romanos.

[71] Aproximadamente 30 kilogramos.

[72] Safo. Traducción de Pau Sabaté.

[73] Teognis. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[74] Teognis. Traducción de Emilio Suárez de la Torre.

[75] Safo. Traducción de Pau Sabaté.

[76] «El que oculte, mantenga encadenado o compre a un hombre libre o a un liberto contra su voluntad a sabiendas y con dolo malo…».

[77] «Isla de Cádiz, año 642 desde la fundación de la ciudad (112 a. C.), siendo cónsules Marco Livio Druso y Lucio Calpurnio Pisón Cesonino».

[78] «Siendo cónsules Sexto Julio César y Lucio Aurelio Orestes». O sea, el año 157 a. C.

[79] «Numidia, año 643 desde la fundación de la ciudad (111 a. C.), siendo cónsules Publio Cornelio Escipión Nasica y Lucio Calpurnio Bestia».

[80] «¿Sois vosotros los embajadores y portavoces enviados por el pueblo númida para entregaros a vosotros mismos y al pueblo númida?». Era la fórmula ritual en la dedición.

[81] «¿Te entregas a ti mismo y al pueblo númida, sus ciudades, sus campos, su agua, sus fronteras, santuarios, posesiones, todo lo divino y lo humano, a mi poder y al del pueblo romano?».

[82] «Y yo lo recibo».

[83] Abuelo del famoso Cicerón.

[84] «Numidia, año 644 desde la fundación de la ciudad (110 a. C.), siendo cónsules Quinto Minucio Rufo y Espurio Postumio Albino».

[85] «Roma, año 645 desde la fundación de la ciudad (109 a. C.), siendo cónsules Quinto Cecilio Metelo y Marco Junio Silano».

Índice

Sila, el origen del dictador

Dramatis personae

Glosario

Mapas

Presagium

Libro 1

- 1. Lluvia y sangre en el Capitolio
- 2. La revancha de Escauro
- 3. Nicópolis
- 4. Senatus consultum ultimum
- 5. El deber de los Sila
- 6. Los publicanos
- 7. La batalla del Aventino
- 8. La muerte de Graco
- 9. La cabeza de Graco
- 10. «Princeps Senatus»
- 11. La herencia de Sila
- 12. Cayo Mario
- 13. La batalla sobre el Ródano

14. La traición de Domicio
15. El teatro de piedra
16. Regreso a Roma
17. La caída de Domicio
18. Cereatas
19. Opimio en la picota
20. El juicio de Opimio
21. El veredicto del pueblo
22. El cenáculo de los Metelos
23. La lujuria de Sila
24. El regreso de Afranio
25. La enigmática Emilia
26. La despedida de Afranio
27. Un tribuno para Roma
28. La rebeldía de Mario
29. «Mare Superum»
30. «Transvectio equitum»

Libro 2

31. El rey Jugurta
32. Indeseables
33. El desafío de Escauro
34. La ayuda de Opimio
35. «Palatum»
36. Repulsa
37. El secreto de Afranio
38. La ambición de Fulcinia
39. El fraude

40. El secreto del Macedónico
41. «Ambitus»
42. El juicio de Mario
43. «Saturnalia»
44. Los censores
45. El ladrón de la noche
46. Una guerra para Escauro
47. La visita de Emilia
48. La promesa de Roscio
49. La letal ambición de Escauro
50. La promesa de Mario
51. La huida de Sila
52. El ascenso de Escauro
53. La revelación de los arúspices
54. El triunfo de Escauro
55. El exilio de Mario
56. El primer juicio de las vestales
57. Hispania
58. Las delicias de Pompeya
59. El precio de Metrobio
60. El tesoro enterrado en la bodega
61. El segundo juicio de las vestales
62. La promesa de Sila
63. «Karkinos»
64. La traición de Nicópolis
65. El legado de Nicópolis
66. La deuda de Sila

67. Sicilia
68. Los planes de Jugurta
69. Siracusa
70. El regreso de Mario
71. El consejo de Roscio
72. La audiencia con Jugurta
73. La candidatura de Mario
74. La oferta de César
75. Bestia
76. Jugurta en Roma
77. El incendio del Cérmalo
78. El contraataque de Jugurta
79. La amargura de Mario
80. Nuevos comienzos

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Álvaro Pavón

Créditos

Notas